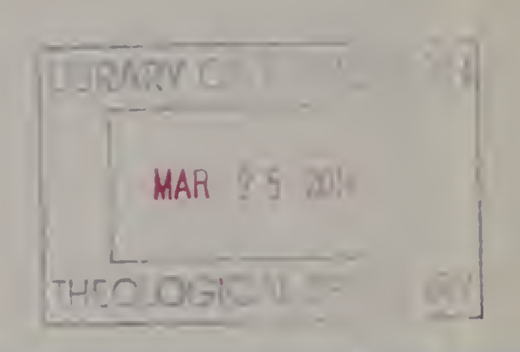



MAR



Biblioteca de Autores Colombianos

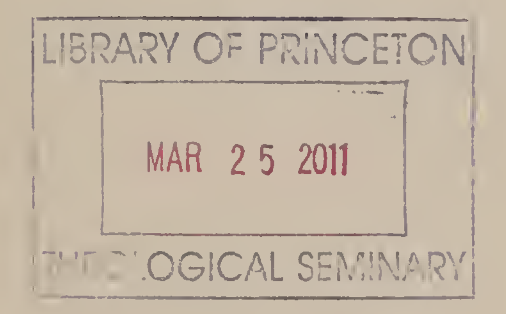
Mgr. Manuel José Mosquera

DISCURSOS Y SERMONES



Ministerio de Educación Nacional
Ediciones de la Revista
BOLIVAR

DISCURSOS Y SERMONES



PUBLICACION DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL BAJO LA DIRECCION DE LA REVISTA «BOLIVAR»

IMPRESO EN LA EDITORIAL SANTAFE—BOGOTA

Mgr. MANUEL JOSE MOSQUERA

DISCURSOS Y SERMONES

Biblioteca de Autores Colombianos

HOMILIA

PRONUNCIADA EN LA FESTIVIDAD DE PENTECOSTES Y DIRIGIDA A LOS ECLESIASTICOS QUE ACABABAN DE RECIBIR DE SUS MANOS LA ORDENACION SACERDOTAL

Noli negligere gratiam, quae data est tibi per impositionem manuum. (I Timoth., IV, 14 - II Timoth., I, 6.)

Después de haberos dirigido a nombre de la santa Iglesia las saludables exhortaciones y advertencias que acabáis de oír, esas palabras tan divinas, tan llenas de aquella unción apostólica, y de aquel bálsamo vivificante de la santa antigüedad, no puedo resistir, hermanos míos, a la necesidad de añadir algunas otras que me dicta la ternura, y el interés particular que debo tomar por vuestra felicidad. Acabáis de ser consagrados con la unción santa, elevados al orden de Melchisedech, al reinado sacerdotal; y bajo estas relaciones sois muy dignos de recibir las efusiones de mi corazón y de fijar la atención de los fieles. A vosotros, pues, nuevos sacerdotes de Jesucristo, cooperadores de mi apostólica misión, digo yo hoy con el grande Apóstol: "No malogréis la gracia que se os acaba de dar por medio de la imposición de las manos". **Noli negligere gratiam, quae data est tibi per impositionem manuum.**

Gracia de instrucción y de luz, para anunciar el Evangelio; gracia de valor y de fortaleza, para defenderlo; gracia de celo y de apostolado, para

extender el reino de Dios y el conocimiento de su nombre; gracia de pureza y de inocencia, para ejercer dignamente un ministerio formidable a los mismos ángeles; gracia que os constituye conductores de los ciegos, maestros de los ignorantes, doctores de los niños, luz de los que se hallan en tinieblas; gracia que os consagra mediadores entre el cielo y la tierra, continuadores de la misión de Jesucristo, dispensadores de sus méritos, vicarios de su caridad y de su ternura por los hombres, canales de todos los dones del Espíritu Santo; gracia, en fin, que elevándoos al más alto de los estados, os dará todos los medios de llenar los augustos deberes que él impone, de practicar las eminentes virtudes que él manda, de evitar los peligros que presenta, y de soportar las penalidades que trae consigo la solicitud pastoral. **Noli negligere gratiam, quae data est tibi per impositionem manuum.**

¡Cuántas gracias en una sola gracia! hermanos míos. Pero qué infelicidad para vosotros, y qué aflicción para mí, si llegáseis alguna vez a malograr esta gracia eminente, y si en lugar de renovarla cada día por nuevas precauciones, la despreciáreis como un dón inútil para los fieles, y para vosotros mismos; si este oro purísimo se obscureciese en vuestras manos, y llegase a suceder que, según la expresión del Profeta, el sacerdote se hiciere como el pueblo; si esa lengua santificada por palabras tan venerables y tremendas, llegase a prestarse a palabras vanas, a discursos profanos; si ese canal que debe enriquecer con sus aguas las ciudades y los campos, no fuese más que una cisterna cenagosa y desecada; si en lugar de ser la sal de la tierra para impedir su corrupción, sólo sirviéseis

para corromperla; si mudáseis la luz en tinieblas, convirtiéndoos en piedra de escándalo, en vez de brillar en medio del mundo como una lámpara siempre viva y luminosa; en fin, si tornáseis un ministerio de vida en ministerio de muerte, y si de un origen de bendición, de reconciliación, de edificación y de santificación, hiciéseis un instrumento funesto de perdición y de ruina, para vosotros y para vuestros hermanos.

No es extraño. hermanos carísimos, que se agrumen a mi imaginación en este día ideas tan lúgubres, cuando sé que todo sacerdote está puesto para la ruina, o para la resurrección de muchos. Cuando Simeón dijo de Jesucristo, Sacerdote Eterno, estas palabras, anunciaba la ruina o la resurrección de los judíos, según el buen o mal uso que hicieren ellos de las gracias que Jesucristo vino a derramar sobre la tierra; pero de cada uno de nosotros se dicen estas palabras por los Santos Padres, según el buen o mal uso que hagamos de la gracia que se nos dá por la imposición de las manos. ¿Y bien, no podré yo tener hoy sino pensamientos tristes? ¿No podré consolarme como San Pablo, en medio de las tribulaciones que por todas partes nos rodean?

¡Ah! hermanos carísimos, hoy que celebramos la publicación del Evangelio; hoy que la Iglesia de Dios dá saltos de alegría; hoy no conviene que mezclemos la amargura con el júbilo de la santa solemnidad de Pentecostés. La Iglesia quiere que hoy nos regocijemos en el Señor, y ya lo habréis notado al recitar los maitines, que con las palabras de David en su admirable salmo LXVII, ella nos exhorta a cantar los triunfos del cristianismo. Pues

yo también tengo hoy motivos de consuelo al imponeros las manos e introduciros en el **sancta sanctorum**, y no puedo dejar de esperar que os guardaréis de ser la ruina de los fieles, y que trabajaréis para ser, antes bien, la resurrección de muchos.

Las felices disposiciones con que la misericordia os ha preparado, son otros tantos garantes, de que los dones celestiales que acabais de recibir fructificarán un día; y de que bien lejos de contristarnos por un abandono que entibiase el fervor con que entrais en el ministerio, os hareis cada día más dignos de la santa alianza que acabais de celebrar con Jesucristo cuyos enviados comenzais a ser; con la Iglesia a la cual os habeis desposado; con los fieles que bien pronto os tendrán por padres; y conmigo mismo, que de hoy mas, os cuento ya entre mis coadjutores, mis cooperadores, y mis hermanos queridos.

Conservad, pues, esta preciosa gracia por el espíritu de oración, al cual está prometido todo, que es la vida de la piedad, el alma de nuestras funciones, el principio de las luces; y hablando continua y dignamente con Dios, aprendereis a hablar eficaz y dignamente a los hombres. Conservadla por la fuga del mundo, maldito por Jesucristo, por la separación de los comercios profanos, donde vuestro honor nada tiene qué ganar, y donde vuestra virtud lo perderá todo. Conservadla por la asidua meditación de las santas Escrituras, en cuya fuente bebereis aquella elevación de pensamientos, y aquella sublimidad de afectos, que correspondan a la grandeza de vuestros deberes, y a la santidad de vuestras augustas funciones. Conservadla, renovándoos sin cesar en el espíritu de

vuestro sacerdocio, por un aumento continuo de vigilancia y de severidad sobre vosotros mismos; poniendo un candado de circunspección en los labios, depositarios de la doctrina y de la ciencia; haciendo un pacto con vuestros ojos para no fijarlos sino sobre objetos tan puros como vuestro ministerio, y para separarlos siempre de todo lo que pueda herir aquel santo pudor, que es el más precioso ornamento de los sacerdotes, como de las vírgenes.

Hé aquí, hermanos míos, un breve resumen de cuanto más extensamente os expuse en los días de ejercicios. Y como habeis recibido estas exhortaciones con deseo de aprovecharos de ellas, me sirven ahora de fundamento para enviaros con la más grande confianza, siguiendo la palabra del Evangelio, a trabajar en la viña que el Señor me ha encomendado: **Ite et vos in vineam meam.**

Id a trabajar sin intermisión, porque la vida de un sacerdote es vida de trabajo y de penalidades, y sus manos no pueden estar ociosas sin hacerse criminales. Todas las denominaciones que le da el Salvador del mundo anuncian un hombre de trabajo y de solicitud continua: es un soldado que no debe jamás cesar de combatir, para conquistar almas; es un pescador de hombres, que siempre debe bogar en alta mar, y echar en sus profundidades la red, para sacar de ellas a los que huyen; es un segador, que para recoger la mies, soporta con resignación el peso del día y del calor; es un mayordomo, que debe dar cuenta rigurosa de su administración, y del empleo de sus talentos; es un pastor que debe correr tras de las ovejas desviadas, atravesando precipicios y montañas y vol-

verlas al aprisco sobre sus hombros; es, en fin, el deudor de todos, dice san Pablo; del fuerte como del débil, del sabio como del ignorante, del cuerdo como del insensato. Ved aquí, hermanos míos, lo que es un sacerdote; y un sacerdote que no llena todos los deberes, y todas las laboriosas funciones de su ministerio, es un sér inútil en la Iglesia, que traiciona su vocación, y que en lugar de sacerdote debería llamársele usurpador; porque lejos de ser pastor, es un ídolo y un simulacro.

Ite et vos in vineam meam. Id, con aquella sumisión y docilidad que hoy venís a prometer, siempre prontos a vivir bajo el cayado pastoral, siempre dispuestos a seguir la voz de vuestro prelado, siempre solícitos para ocurrir a donde la obediencia os señala el lugar que debais cultivar, abrazando con alegría aquella parte de trabajo que se os encargue, cualesquiera que sean vuestras inclinaciones o repugnancias, seguros de que andareis en las sendas del Señor, y hareis su voluntad, cuando sigais la voz de los que ha puesto por órganos de la providencia con que gobierna su Iglesia.

Ite et vos in vineam mean. Partid, con celo y prontitud desde la primera hora, porque la viña del Señor sufre pérdidas continuas por falta de operarios. Ved si no, hermanos míos, cómo crecen los abrojos y los espinos que oprimen y matan la buena semilla, sin dejarla producir los buenos frutos que en otro tiempo recogía la Iglesia. El hambre de la buena doctrina indica la muerte que amenaza, están los enfermos sin médico, los pupilos sin padre, los niños piden el pan de la instrucción y no hay quien se lo reparta. Qué motivos tan poderosos para reanimar vuestras fuerzas, redoblar vues-

tro fervor, y multiplicaros, digámoslo así, supliendo con vuestro celo y laboriosidad el número de operarios útiles en la viña del Señor.

Pero para esto, hermanos míos, es necesario ir, no como mercenarios, que no tienen otro móvil que el del interés, que no miran más lucro que el sórdido de la tierra, y que lejos de apacentar el rebaño, sólo quieren apacentarse del mismo rebaño; sino que debeis entrar a trabajar como siervos fieles, que sólo son avaros del tiempo, que no aspiran a otra gloria que a la del Señor, y que siempre ocupados en la salvación de las almas, son ricos teniendo lo necesario, felices cuandoquiera que pueden ser útiles.

Ite et vos in vineam meam, os repito con Jesucristo. Id para arrancar, y para plantar, dice el Profeta; para edificar, y para destruír; para arrancar los escándalos y para destruír los vicios; para edificar por el buen olor de vuestra vida, y para producir la abundancia de todas las virtudes. Id finalmente a defender la viña del Señor contra el hombre enemigo que la tala, y que después de haber abierto las entradas a los extraños para que la pisen, pretende arrancarla de raiz. Id a defenderla contra el demonio de la impiedad que no conoce freno alguno; contra el demonio del libertinaje que se derrama como un torrente; contra el demonio de la indiferencia, contra el cual parece que no hay remedio; monstruo nuevo, que no tiene igual en ninguno de los siglos precedentes, y que semejante a una bestia feroz, a la bestia solitaria de que habla el Profeta, devasta la viña de Jesucristo, más por sus ardides que por sus furores, y

más aún por sus ataques siniestros, que por oposiciones directas.

Et singularis ferus depastus est eam. (Ps. LXXIX, 14).

Por tanto, hermanos míos, hoy más que nunca debemos aplicaros las palabras de Jesucristo a sus discípulos, al imponeros las manos. **Ecce ego mitto vos, sicut agnos inte lupos.** Os envío como corderos en medio de lobos; es decir, en medio de pruebas, de contratiempos y de contradicciones; en medio de seducciones, de tentaciones, de peligros y de escollos; en medio de hombres enemigos de la verdad que los condena, de la luz que los importuna; en medio de hombres que os aborrecerán, porque aborrecen todo lo que contradice sus pasiones, y porque no quieren ni ejemplos, ni lecciones del sacerdocio; en medio de hombres perversos que se creen intachables, porque ahogan sus remordimientos, y que son amadores de la novedad, de los placeres, y del fausto mundano; en fin, en medio de hombres que, sepultados en la vida de los sentidos, tienen por locura todo lo espiritual, y por inútil el culto y la piedad.

Pero vosotros, como imitadores del Cordero sin mancha que va a inmolarse todos los días en vuestras manos, sed en medio de ellos como corderos. Trabajad en convertirlos en lugar de confundirlos, exhortándolos en toda paciencia como el apóstol San Pablo. Combatid los vicios, haced amable la virtud por una caridad universal, ganad los corazones por la dulzura de vuestras palabras y la humildad de vuestra conducta. Oponed a la malicia del mundo el candor y la simplicidad de una conciencia pura; responded a sus censuras con

la inocencia de vuestras costumbres y la integridad de vuestra vida; a su ingratitud, con nuevos beneficios; a sus calumnias, con buenas obras. Si los padres desechan vuestras lecciones llamad a los hijos; y si éstos también desprecian las palabras de vida que les deis, entonces, trabajad en su salvación por la oración continua, pidiendo al Cielo la mudanza de esos duros corazones. A los que os rehusen el justo tributo de que sois dignos por vuestros trabajos, oponedles la dignidad de la pobreza evangélica, que tanto honra a un discípulo de Jesucristo.

Adornados sólo de las virtudes de vuestro estado, se convencerá el mundo de que es más fácil despojaros, que envileceros; privaros de vuestro salario, que arrancar de vuestro corazón el amor del trabajo; y de que la gracia del sacerdocio de Jesucristo da una cierta elevación de alma, que halla el mejor galardón de sus trabajos en sus mismos trabajos.

Mas, agotando todos los miramientos de la dulzura evangélica y de la caridad cristiana, sabreis defenderos de aquellas complacencias indignas del vigor sacerdotal: a la unción que persuade la verdad, añadireis el celo ardiente que defiende sin temor y sin laxedad; a los amadores de la novedad y de la indiferencia, oponedles la inflexibilidad de los principios católicos; siempre dispuestos a sacrificarlo todo, antes que faltar a la santidad de las reglas de la Iglesia, que dirigen las funciones del santo ministerio. Sí, enseñadles que si la sabiduría del siglo varía con los tiempos, Jesucristo es siempre el mismo; que si hay revoluciones para los Estados, no las hay para la doctrina del

catolicismo; que si la filosofía es versátil como la opinión, la Religión es inmutable como Dios; y que si las luces del día parecen nuevas, la verdad que anuncia el sacerdote cristiano es eterna.

En fin, hermanos míos, muy amados, aunque sois elevados al sacerdocio en vuestra juventud, esforzáos a ser ancianos en vuestra conducta; honrad con ella el santo ministerio como san Pablo, para hacer lucir más la gloria de la Iglesia, consolándola en estos días de aflicción y de penas, con un celo ardiente, con una piedad tierna, y con una caridad tan encendida, que no gusteis sino de Jesucristo, y de Jesucristo crucificado.

Y vos, Dios santo, Sacerdote Eterno, confirmad lo que acabais de obrar en estos nuevos presbíteros. Bendecid sus primeros trabajos, dándoles aquel fruto abundante que sólo pueden esperar de vuestra gracia. Hacedlos poderosos en obras y en palabras, y presentadlos como un espectáculo digno de los ángeles y de los hombres; dándoles un corazón verdaderamente sacerdotal, un corazón doblemente magnánimo, no menos abierto a las miserias del pobre que a las del pecador; no menos sensible a los intereses del Cielo que a las necesidades de la tierra; un corazón que por la feliz unión del valor que no se abate, y de la caridad que jamás se disminuye, haga ver al mundo todo lo que puede, para la felicidad del pueblo, un sacerdote animado del amor de su estado, y del espíritu de su ministerio.

Bendecid también, Señor, toda esta arquidiócesis, multiplicando en ella los buenos operarios evangélicos, para que florezcan todas las virtudes, y se renueve la belleza de sus antiguos días.

Bendecid, en fin, a vuestro indigno ministro, poniendo en mi corazón las palabras de vida que habèis puesto en mis labios. Haced que me aplique a mí mismo las palabras que digo a los otros. Dadme, Señor, fuerza, así como habeis puesto sobre mis hombros tan pesada carga, para que haciendo en todo vuestra voluntad, el padre y los hijos, la cabeza y los miembros, el pastor y el rebaño, reunidos en la tierra en un mismo espíritu de virtud, de piedad y de celo, puedan serlo eternamente, en la misma felicidad y en la misma gloria. Amén.

EXHORTACION PASTORAL

DIRIGIDA A LA ASAMBLEA ELECTORAL DE LA PROVINCIA DE BOGOTA, EN SU ASISTENCIA A LA MISA DEL ESPIRITU SANTO, EN 1º DE AGOSTO DE 1837.

> **Date ex bovis viros sapientes et gnaros, et quorum conversatio sit probata in tribubus vestris, ut ponam eos vobis principes.**
>
> Escoged de entre vosotros varones sabios y experimentados, de una conducta bien acreditada en vuestras tribus, para que yo os los ponga por caudillos.
>
> **(Deuteron., cap. I, V. 13).**

No es una estéril ceremonia el motivo que os trae hoy al pie de los altares, y que me pone en la necesidad de desempeñar mi ministerio pastoral. La religión, honorables electores, que vivifica a la sociedad como el alma al cuerpo; la religión que penetra con su invisible poder hasta el invisible dominio de la conciencia; la religión que muestra al hombre en la eternidad el premio o el castigo de sus acciones, le presenta así el motivo más eficaz que puede tener para llenar fielmente sus deberes sociales. Por esto es que la ley que conoce su propia impotencia para subyugar el espíritu, invoca el poder divino, único capaz de asegurar la obediencia de una manera voluntaria y fiel.

Tal es, señores, el objeto de esta sagrada ceremonia. Aquí venís a reconocer y confesar al Dios de los Cielos y de la tierra, al Dios de la Iglesia y de la sociedad; y como a Señor de todos los hombres y de todas las naciones, le venís a pedir que os enseñe a hacer su voluntad santísima dirigiendo vuestros pensamientos y vuestros deseos. Ved aquí la eminente regla de los deberes de un ciudadano cristiano: a ella debeis acomodar todo cuanto obreis en la asamblea de este año, para desempeñar con pureza y fidelidad la honrosa confianza que os han hecho los pueblos. Si como ciudadanos teneis muchos títulos para corresponder a esta confianza, yo como ministro de Dios me contraigo solamente a recordaros que es un deber importante de la religión, el cumplir con los que la sociedad exige de vosotros. Escuchad benignamente las breves reflexiones que os haré para probar esta verdad.

Una religión cómoda que multiplicando las prácticas piadosas, alterase los deberes sociales; una religión especulativa que sometiendo vuestros espíritus y adhiriendo vuestros corazones a Dios, os libertase de toda obligación y de todo compromiso con los hombres; una religión inerte que estableciéndoos en el asilo de las dulzuras de la piedad, os hiciese mirar con indiferencia el bien público del Estado; sería una religión quimérica y monstruosa; chocaría con la razón; trastornaría el orden, y deshonraría a Dios, que es por excelencia el Padre del orden, y el supremo moderador de todas las cosas: **Rerum moderator, et Pater ordinis.**

En efecto: desde el principio de los siglos, Dios es el autor del orden, que regla al universo: Dios es quien para la gloria de su nombre ha estable-

cido la diferencia de los estados, y la diversidad de las condiciones; y quien, por una sabia economía, ha querido que haya en el mundo superiores y súbditos, generales y soldados, pobres y ricos, sabios y simples, débiles y fuertes, padres e hijos, amigos y allegados: en una palabra, Dios ha establecido diversas relaciones entre los hombres, y por una consecuencia necesaria, determinado cuáles son los deberes de estas relaciones que conserva en la tierra.

Por tanto, señores, no es en el capricho de los hombres, sino en la voluntad de Dios, donde debeis buscar el origen de vuestros deberes. Aunque la sociedad os exige su cumplimiento, ella sola sanciona sus preceptos con penas, sin sujetar bajo su poder otra cosa que lo exterior; pero Dios, que es el vengador de las faltas contra la sociedad, hace efectivo el cumplimiento de estos deberes. Una alma cristiana no los llena sólo por contribuír al orden público, sino para ejecutar las miras de la Providencia divina, siempre amorosa y benéfica con sus criaturas. Dejemos a los gentiles la regla de proceder fundada en el estoicismo, en el placer, y en qué se yo cuántos otros principios vanos, y nunca fecundos en buenos resultados; no queramos ser sabios sin Dios, y obremos por los principios del cristianismo, por el sentimiento religioso que Dios ha inspirado en el corazón humano; y busquemos en la voluntad de Dios la regla suprema de nuestras acciones, no sólo en la sociedad doméstica, sino en la misma sociedad civil. Fundado en estos principios ciertos y seguros, os digo ahora con el santo e ilustre Moisés, en una ocasión semejante a la en que nos hallamos hoy en la repúbli-

ca: "Elegid, honorables electores, escoged de entre vosotros varones sabios y experimentados, de una conducta bien acreditada en vuestras tribus; para ponerlos por moderadores de la cosa pública". ¡Qué palabras tan llenas de sabiduría! Aquí no solamente quiere Moisés hallar hombres distinguidos por algún servicio: esto sólo les daría cierto derecho a la consideración pública y a los honores sociales. Pero el eminente puesto de legisladores exige mayores partes en los que sean llamados a dar vida a la misma patria; es preciso que sean hombres en quienes se hallen reunidas la sabiduría y la experiencia, y que hayan dado pruebas seguras de que poseen estas dos cualidades, tan raras y tan necesarias al mismo tiempo. Porque la primera sin la segunda es apenas como el precoz talento, que lleva por todas partes el desorden producido por la precipitación. ¿Ni cómo es posible que puedan dirigir bien los destinos de la nación los que aún no han aprendido a gobernar su casa? ¿Cómo sabrán efectuar las difíciles combinaciones de los derechos e intereses de los ciudadanos, aquellos que no conocen otro interés que sus pasiones, ni otro derecho que sus caprichos? Vosotros sabeis bien, señores, que la mezcla más imperceptible de interés privado es una fuente fecunda de males en las asambleas públicas, males que la religión, y sólo la religión puede evitar o remediar. Porque ella es origen de todas las virtudes civiles y sociales, la constitución por excelencia de todo el género humano, la ley fundamental de todas las sociedades, sin la cual ninguna puede existir; ella es la única que es conocida en los imperios y en las repúblicas; necesaria a los individuos y a las

sociedades; tanto más necesaria y obligatoria, cuanto que no es obra de los hombres, ni ellos pueden reformarla; tanto más practicable, cuanto que no depende del capricho de los soberanos, ni de las pasiones populares; incapaz de ser alterada por el tiempo mismo, porque toma toda su fuerza del Cielo, y ejerce su dominio en el incorruptible imperio de los espíritus. Todos los sofismas de la gentilidad, y del vergonzoso filosofismo del siglo XVIII, no han podido oscurecer estas verdades; antes bien, los enemigos más encarnizados de Cristo y de su esposa deseaban religión en sus soberanos, cuando la aborrecían y la perseguían. Tan cierto es que no hay sociedad más expuesta a trastornos, y por lo mismo más infeliz, que la que es gobernada por hombres sin religión.

De estas verdades deduzco una consecuencia importante, quiero decir, señores, que debeis escoger hombres cuya sabiduría y experiencia sean gobernadas por el sentimiento religioso, cuya gloria se finque en hacer la voluntad de Dios, legislador de los cielos y de la tierra, soberano de los gobernantes y de los súbditos: en una palabra, que debeis elegir hombres que no sólo teman ser vituperados por sus conciudadanos, sino más bien que teman a Aquel que castiga en la eternidad las perfidias, las intrigas y la suplantación de los intereses de unos pocos sobre los derechos de la nación entera. Y advertid también que el despotismo monárquico, como el oligárquico, no tiene otro freno que el de la conciencia. ¡Infelices de nosotros el día que nuestros legisladores ya no oyesen la voz de la conciencia! Ese día sería la víspera de la fiesta que celebrarán nuestros enemigos, viéndonos

caer en un torrente en que, sucediéndose el despotismo y la anarquía, la desgracia, el llanto y la misma desesperación serían vuestra suerte. Ved, señores, cuál es el riesgo que corre la nación, si vosotros poneis sus destinos en manos de aquellos para quienes la religión sólo es una ocupación popular, o cuando más un medio de política para gobernar las masas ignorantes. Yo haría un agravio a vuestras luces, recorriendo tantos ejemplos como nos presenta la historia en confirmación de esta verdad; pero permitidme agregar estas palabras: Recordad las horribles catástrofes de la llamada Reforma en el siglo XVI, y de la revolución francesa; y que la experiencia de lo pasado no sea perdida para la Nueva Granada.

Pero no olvidemos que nuestra esperanza debe fundarse en el poder de Dios, y que si todo dón perfecto, y toda dádiva preciosa viene de lo alto, también es preciso merecerlos por una completa sumisión a los mandatos del Todopoderoso. En ninguna circunstancia es más necesario dirigir al Cielo nuestras oraciones, y hacerle una santa violencia para obtener su protección y su socorro, que en el momento en que van a nombrarse los mandatarios de la nación. De este primer acto depende la dicha o la infelicidad de la patria; y si vosotros procedeis con una intención recta y pura, mirando sólo el pro-comunal, y considerando que Dios os ha de pedir cuenta del oficio de electores, sin duda las elecciones serán acertadas. Entonces recibireis las bendiciones del pueblo vuestro comitente, y sobre todo, al salir de este mundo de miserias, la conciencia no tendrá de qué acusaros en esa hora fatal.

Vamos ahora a continuar el augusto sacrificio, para alcanzar los dones de inteligencia y de acierto que venís a implorar. Unid, señores, vuestros corazones a las oraciones que yo voy a dirigir al Todopoderoso, presentándole la víctima sin mancha de su Hijo Unigénito, por cuyos méritos alcanzaréis hoy gracias abundantes, y al fin de esta vida la paz sempiterna de la gloria, que os deseo.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

ORACION

PRONUNCIADA EN LA IGLESIA VICEPARROQUIAL DE SAN CARLOS EN LA FIESTA DE ACCION DE GRACIAS CELEBRADA EL DOMINGO DE LA SANTISIMA TRINIDAD DE 1842, POR EL RESTABLECIMIENTO DE LAS MISIONES ENCOMENDADAS A LA COMPAÑIA DE JESUS.

Accedens Jesus locutus est eis, dicens: Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra euntes ergo docete omnes gentes baptizantes eos in nomine Patris, et filii, et Spiritus Sancti; docentes eos servare omnia quacumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi.

Y acercándose Jesús a sus discípulos, les habló en estos términos: A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; id, pues, e instruíd a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.

(Matth., XXVIII, 18, etc.)

Excelentísimo señor: (1)

Si alguna vez he podido subir lleno de consuelo a la cátedra de la verdad, es ciertamente en este fausto día, en que los más venerables recuerdos vienen a unirse a las más vivas y tiernas emociones. ¿Presentóse alguna vez, señores, a nuestra consideración una expectativa ni más consoladora, ni más propia para excitar el celo de la gloria de Dios, que la que ofrece esta pomposa solemnidad? El sentimiento de la piedad se une hoy al de la alegría; el amor patrio es santificado por el amor divino; los cánticos sagrados con que se bendice al Señor, repiten los armoniosos conciertos de los ángeles que lo aclaman tres veces Santo; el concurso de los pontífices, de todas clases del sacerdocio, de los magistrados y del pueblo realza el brillo de la fiesta; y todo esto pasa en un templo, testigo en otro tiempo de grandes virtudes; cuyas bóvedas resonaron con la voz apostólica de los hijos de Ignacio de Loyola; donde se nos recuerda la piedad, la sabiduría y la beneficencia de aquellos célebres varones, hasta en las imágenes de los más grandes santos de la Compañía, que siempre han tenido en ella imitadores fervorosos; donde la nueva tribu santa se presenta hoy a empezar aquí su carrera, ensayándose para la conversión de las almas en la admiración de los que edificaron al mundo por sus obras y por su palabra; donde todo, todo habla a los ojos, al corazón y al alma. ¡Qué momento, y qué lugar para un ministro de la palabra! Confieso, señores, que sería preciso que la elocuencia inimi-

---

(1) El Presidente de la República.

table del gran Bourdaloue viniese hoy a celebrar el triunfo de la piedad, para que no se deslustrase con una palabra débil y pequeña, y para que presentase las victorias de la fe de una manera capaz de excitar nuestra admiración y nuestro reconocimiento, y de interesar a todos los corazones cristianos, a todos los corazones granadinos, en una obra eminentemente religiosa y nacional, que será la aurora de la fe y de la verdad para los gentiles, y de la felicidad para los cristianos.

Vosotros me habéis prevenido ya sin duda, trayendo a la memoria en este momento los decretos del Congreso y del Poder Ejecutivo, que establecen colegios de misiones, y llaman a servirlas a los que, llevando el nombre de Jesús, todo lo sacrifican a la gloria de este nombre adorable. Honra ciertamente a los altos poderes nacionales este acto de piedad, de sabiduría y de patriotismo, que es el motivo de nuestro júbilo; porque vemos en él una inspiración divina, una señal de misericordia celestial sobre esta tierra desgraciada, una maravilla de la bondad de Dios; lo cual exige que nos postremos hoy ante sus altares, a rendirle las más humildes gracias por tan señalado beneficio. Porque bajo cualquier aspecto que se miren aquellos decretos, son el triunfo de la piedad, que es la vida de las naciones, y forman el mejor elogio de los padres de la patria y de los conductores de la nave del Estado; unos y otros se han cubierto de gloria, restableciendo y fomentando las misiones; obra singular del catolicismo, continuación de los trabajos de los Apóstoles.

Por poco que se reflexione, fácil es comprender que nada hay más sagrado para un Estado ca-

tólico, que las misiones; su nombre sólo las pone a cubierto de todo ataque, como sus efectos hacen su elogio; pudiéndose decir de ellas, como de todas las obras de Dios, **que se justifican por sí mismas** (1).

Oponerse a las misiones sería oponerse a la religión en su principio; pues que ella en el fondo no es otra cosa que una gran misión, una misión perpetua. El Padre Celestial envió a su Hijo, el Hijo envió a los Apóstoles, los Apóstoles enviaron a sus sucesores, y éstos son enviados sucesivamente por la Iglesia. Tal es la admirable cadena de la sucesión del ministerio apostólico, en la cual todo se sostiene recíprocamente; cada parte obra con la fuerza del todo; y el conjunto de ellas es tan perfecto, que no admite vacío, ni disminución alguna por pequeña que parezca. El error y el cisma pueden nacer con los que de ella se separan; pero ni el error ni el cisma pueden entrar en ella; economía verdaderamente divina, que al mismo tiempo hace invariable la doctrina, uniforme la enseñanza. irrefragable la autoridad, imponente el ministerio, poderosa la palabra.

Los enviados de Cristo, sus **legados o embajadores**, según la expresión del Apóstol (2), encargados de anunciar la palabra a nombre del Verbo, que es la palabra por esencia, están investidos del incontestable derecho de enseñar, y por consiguiente del derecho no menos sagrado de ser escuchados; investidura augusta, transmitida por los primeros pastores, misioneros por excelencia, a los cuales se

---

(1) Psal. XVIII. 10.

(2) II Cor. v, 20.

dijo por el Enviado del Padre: **Id, enseñad a todas las naciones, que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos** (1).

Habrá, pues, misiones mientras que el mundo exista; durarán por todos los siglos para la iluminación y felicidad del mismo mundo. Nada más grande ofrecen los fastos de la Iglesia, que la relación de estas conquistas apostólicas, y ellas enriquecen también las más bellas páginas de la historia de las naciones; dándoles mayor nombradía, a proporción que son más cristianas. Y sea que, extendiéndose hasta los más remotos climas, vuelen los misioneros en socorro de los bárbaros, para llevarles la Buena Nueva y **anunciarles la paz y la felicidad sobre los montes** (2); sea que dentro de los mismos pueblos cristianos se consagren a renovar la fe y la caridad para la salvación de las almas, siempre los veremos mostrarse dignos de su ministerio y de su origen; siempre dignos de nuestra admiración y de nuestro reconocimiento, como una señal **brillante de la misericordia de Dios en el tiempo de la tribulación** (3).

Ved aquí ya delineado el plan de mi discurso, en el cual pretendo manifestar que el restablecimiento de las misiones es el triunfo de la piedad: para la gloria de la propagación de la fe; y para la felicidad de la conservación de la fe.

Y para que mis palabras no sean vanas, tomo en este santo día las del siempre grande Agustino, y con ellas os invoco. ¡Oh Trinidad Suprema, Poder

---

(1) Matth. XXVII, 19, 20.
(2) Nahum. I, 15.
(3) Eccli. XXXV. 26.

uno, Majestad indivisible! Dios nuestro, Dios omnipotente! Os confieso yo el último de vuestros siervos, miembro exiguo de la Iglesia; y con cuanto os habéis dignado darme que yo sepa y pueda, deseo honraros, pagando hoy la deuda del sacrificio de alabanza (1). Vuestra gloria, Señor Dios Uno y Trino, es lo que solicito; dad, pues, unción a mis palabras, oyendo a la Virgen Inmaculada, Hija, Madre y Esposa vuestra, que intercede por nosotros, favoreciendo nuestras súplicas. **Ave María.**

I

Hubo un tiempo en nuestra América, éra patriarcal y santa, época de fe y de inocencia, que realizó aquel dichoso estado porque anhelan los mortales, sin alcanzar jamás a definirlo. Lográronlo nuestros progenitores por dádiva liberal de la providencia de nuestro buen Dios, que se dignó hacer brillar en el nuevo mundo las virtudes cristianas de la edad primera de la Iglesia. La más perfecta unidad de creencia y de costumbres hacía de cada pueblo una sola familia, que viendo al padre común en el cielo, santificaba su santo nombre, atrayendo de este modo las bendiciones celestiales sobre la tierra. ¿Quién hubiera imaginado entonces que habia de venir un siglo de perdición, en que todo decayera, hasta la piedad santa, llegando a verse la bastarda apostasía en esta tierra de fe y de cristiandad pura? Ya se notaba cierta decadencia en la instrucción y en el fervor cristiano desde la época fatal de 1767, cuando al tiempo del huracán revolucionario, sopló tan reciamente el mortífero

---

(1) S. August. Meditationum, cap. XII

viento de la incredulidad, y de tal manera conmovió la Iglesia americana, que a no haber tenido tan sólidos fundamentos de ortodoxia, se habría repetido la triste escena de otras naciones desgraciadas.

¿Qué fue de las misiones en tan deshecha tempestad? Cuando los hijos huyen de la casa de Jacob ¿los que acaban de llegar de oriente y occidente habrán permanecido en ella? Si en medio de la sociedad tan crudos han sido los padecimientos, tan multiplicados los desórdenes, tan grandes las ruinas ¿qué habrá quedado en el desierto desde el Orinoco y el Meta. hasta el Putumayo y el Marañón? La borrasca que derribó acá lo robusto y consolidado, perdonando algunos restos, lo arrasó todo allá, dejando apenas vestigios de lo que en tiempos dichosos fueron las misiones en el territorio granadino. De los bárbaros se había hecho hombres, de los hombres cristianos, de los cristianos ciudadanos; pero los cristianos y los ciudadanos desamparados, ya no pudieron sostenerse como hombres, y volvieron a la barbarie con pocas excepciones (1).

Un gobierno católico no podía ser insensible a tamañas desgracias, ni mirar con indiferencia lo que desde el mundo antiguo tan seriamente había interesado al gabinete de Madrid.

---

(1) Desde que en 1598 los Padres Medrano y Figueroa llegaron a esta ciudad y se estableció la Compañía de Jesús en ella, sus misioneros avanzaron rápidamente en la reducción de los indios y después de los pasmosos progresos con que no dejaron entre los Muixcas quien no adorase al Dios verdadero, penetraron a los Llanos, donde las naciones de los Archaguas, Ayricos, Jiraras, Chiricoas, Sálivas, Caribes y otras oyeron la voz evangélica. En menos de ochenta años se fundaron la colonia de San Marcos, la residencia de San Salvador, Tame, Pilar del Pauto, San Xavier de Macaguane, San

Las misiones llegan al fin a ser vistas, no ya como un negocio puramente administrativo, sino como una necesidad moral del país; y para comenzar sobre bases sólidas, se piensa en preparar hombres que renueven la época del siglo XVII, formándolos aquellos cuyo perfecto instituto, y una experiencia seguida siempre de sucesos venturosos, los designan como preferentes. Medida fue ésta digna de un hombre de Estado, indicada al congreso y al momento acogida en él con aplauso. Si una contradicción momentánea se suscita en una de las cámaras, es sólo porque la Providencia quiere mostrar de lleno su voluntad, y para que en el seno de la augusta representación nacional se haga la apología del venerable instituto de la Compañía de Jesús, y sea defendida la inocencia, perseguida sin piedad, ochenta años há, por una política sombría e irreligiosa.

Dejo ahora al gabinete ocupado en arreglar una empresa de tamaña magnitud, y me adelanto a contemplarla en sus resultados, celebrando no sólo los de ella sino todos los de las misiones católicas: la gloria de la propagación de la fe.

¡Qué maravillas a cual más estupenda, las que presentan las misiones católicas! ¡Qué milagros de inteligencia, de virtud, de celo! ¡Qué motivos de

---

Ignacio de Betoyes. En el Meta se fundaron las reducciones de Guanapalo, San Miguel de los Sálivas, la Concepción de Cravo y Chacuamare. De allí pasaron los Jesuítas al Orinoco, siendo fruto de su apostólica constancia las fundaciones de Nuestra Señora de los Angeles, San Ignacio, Guama, Santa Teresa, San José de Otomacos y otras. En 1740 el terreno conquistado por los Jesuítas en los Llanos era de más de ochenta leguas en su latitud, y de cerca de trescientas en su longitud. ¿Y qué existe hoy de todo ésto? Tame, Macaguane Betoyes, Guanapalo, y eso mismo en esqueleto.

edificación para la piedad, y de meditación para el sabio! ¡Qué objetos tan propios para elevar las almas y mover los corazones! Pero es preciso prescindir de todo lo que dice relación a las ciencias, a las artes, a la prosperidad política, para tener tiempo de hablar del objeto directo de las misiones, que es la propagación de la fe. Del seno de la Iglesia Católica vemos salir hombres **que vuelan como las nubes** (1), para ir a regar con el rocío del Evangelio regiones tenebrosas, cubiertas con las sombras de la muerte. No es posible saber qué admirar más, si el valor con que se lanzan en medio de los peligros los misioneros, o el celo que los impele, o el fuego de la caridad que los anima.

Pretendió la fabulosa antigüedad explicar la civilización humana, inventando a Orfeo con una lira y una voz que encantaban los bosques y amansaban los monstruos; pero los misioneros, más grandes en la realidad que lo fue aquel dios fantástico en la ficción, por el atractivo de sus virtudes y el ascendiente de su ejemplo, han domado naciones feroces y humanizado a los mismos antropófagos. Después de la predicación de los Apóstoles, cuando convirtieron al mundo antiguo, después de la misión del grande Pablo, que anunció al Dios desconocido en Atenas, que hizo temblar el areópago, y abatió a sus pies la majestad de las faces romanas, nada hay más maravilloso que la misión de Xavier y sus ilustres imitadores, que sin más tesoro que su pobreza, sin más apoyo que su paciencia, sin otras armas que la cruz, extendieron por dos mundos el imperio de Jesucristo, mucho

(1) Isai. LX, 8.

más que Alexandro y Napoleón los suyos por la espada y el fuego.

A la vista de estos nuevos y benéficos conquistadores, las montañas se humillan, los valles se colman, los abismos se cierran y los mares sobrecogidos se calman. **Llegan, y ven la gloria de Dios, y la anuncian a las gentes** (1); los bárbaros se someten, los ídolos caen, los templos se desmoronan, y sobre sus escombros se alzan nuevos Jerusalenes resplandecientes con sus virtudes, que reproducen las maravillas de los primeros días de la fe cristiana. Los respetos de la tierra y las bendiciones del Cielo siguen a esos héroes evangélicos, no menos intrépidos que desinteresados, que renuncian a las relaciones de la sangre y de amistad, a las satisfaccio-
nes de la vida, a las esperanzas de la fortuna, al
mismo amor de la patria, por volar a las extremi-
dades del mundo a llevar la luz de la verdad, para
que el nombre de Dios sea santificado. ¿Puede haber una gloria mayor? ¿Y puede concebirse, cómo por entre obstáculos y peligros infinitos, a pesar de los climas, de la diferencia de costumbres y de lenguas, a despecho de las pasiones y de los hábitos de preocupación mas arraigada, se realicen empresas semejantes, se ilustren nuevos mundos, y sean inundados con torrentes de gracia los restos de los gentiles? ¿Quién no ve aquí la fuerza de la verdad, la virtud de la cruz que **debe atraerlo todo hacia ella** (2), el poder inefable que **habló y la luz fue hecha** (3); **que dijo al aquilón y al mediodía:**

---

(1) Isai. LXVI. 18, 19.
(2) Joan. XII. 32.
(3) Genes. I, 3.

dadme hijos, y el aquilón y el mediodia se los dieron? (1).

Todo es obra divina, y nadie sino los mismos hombres de Dios pueden describir los motivos por qué obran y los medios de que se valen. Porque la experiencia prueba que las conversiones humanas son disimuladas y aparentes, o a lo menos imperfectas e inconstantes. La primera tempestad que se levanta las destruye, como plantas que no había sembrado la mano del Señor. Así es que la novedad de ciertas cosas, los usos agradables, pueden atraer a los bárbaros; pero no renovar su corazón, ni ilustrar su alma; puede dárseles la ciencia que ignoran y las artes de que carecen, pero no hacérseles mejores, ni inspirarles la profunda sabiduría de la religión, que ilumina el entendimiento y humaniza el corazón. "No, las pasiones no se doman con las pasiones, nos dicen los misioneros; la humildad, la mansedumbre, la pobreza, la abstinencia, la mortificación, la paciencia, el menosprecio del mundo, son los medios de renovar la tierra. Jesucristo no quiso rescatar a los hombres sino por la cruz, y tampoco quiere convertirlos, sino por el ministerio de los que **suplen en sí mismos lo que falta a su pasión** (2). Predicamos al mismo Cristo crucificado que los Apóstoles anunciaron con aquellos medios y no debemos usar de otros; combatimos los mismos errores y vicios que ellos, y no triunfaremos sino con las mismas armas con que ellos triunfaron".

¡Qué hombres los que usan de este lenguaje! Con una moral toda de severidad, con una abnega-

---

(1) Isai. XLIII, 6.
(2) Colos. I, 24.

ción que sólo tiene ejemplo en Jesucristo, y con un corazón más grande que el mundo, asombran a los mismos bárbaros, que dudan si son seres celestiales u hombres, los que tan olvidados viven de sí mismos para ser todo para todos. ¿Se dirá que bajo tan humilde exterior se encumbre la ambición, el orgullo, el deseo de dominar o el fanatismo? Sería preciso exceder en barbarie a los mismos bárbaros, para no ver aquí el más alto grado de heroísmo.

Pero la propagación de la fe se personifica en la esclarecida Compañía de Jesús, cuyos beneficios no pueden desconocerse sin ingratitud, ni recordarse sin ternura; cuya extinción contristó a la Iglesia entera, y cuyo restablecimiento la regocijó, consolando a los pastores, que a una voz la pidieron (1); cuyo nombre vivirá en honor en ambos hemisferios mientras el Sol del Evangelio los alumbre; y cuya gloria brillará más allá del tiempo, a despecho del infierno, por los prodigios que salieron de las manos de los hijos del ínclito apóstol de Guipuzcoa; de los inmortales jesuítas; de esos mártires de la verdad; de esos héroes de la palabra para siempre célebres, que superaron a todos los demás; de esos hombres eminentes en todo género de piedad y de saber, que se consagran a la propagación de la fe por un voto magnánimo, extraordinario, digno de los que no llevan en vano el nombre de Jesús, comparable sólo con aquel voto singular de hacer siempre lo más perfecto, que distinguió a Santa Teresa de Jesús entre todas las vírgenes: voto que llevó el Evangelio de gracia al Japón, al Siam, a la China, al Tong-King, a la Etiopía, a la

---

(1) Breve Sollicitudo omnium Ecclesiarum de 7 de agosto de 1814.

Crimea, a Méjico, al Perú; en una palabra, al Asia, Africa y América, cuyas regiones vieron brillar con la luz de la fe el sagrado nombre de Jesús, y a su lado los nombres de los Xavieres, Rhodez, Riccis, Laynez, Torres, Perenines, Almeidas, Jogles, Anchietas, Lizardis, Espinolas, Macetas, Cataldinos, Mastrillys, Grimaldis, Gerbillones, Koeglers, Gotos, Kisais, Figueroas, Richiers, Hurtados... los nombres de más de ochocientos mártires y de ocho mil misioneros sacrificados por sacar de las tinieblas del paganismo generaciones innumerables. ¿Qué pueblo, qué clima, qué región no ha visto a los jesuítas consagrados a todos los trabajos, negados a todos los gustos, emprenderlo todo, tolerarlo todo, para llevar hordas enteras de salvajes, desde el fondo de los bosques hasta el augusto templo de la religión, bajo el estandarte de la Cruz? Si me fuera dado, seguiría ahora sus huellas marcadas con su misma sangre por correr tras de una alma para salvarla; treparía las rocas que ellos escalaron, iría a los inmensos bosques que ellos penetraron, formando al mismo tiempo al hombre racional, al hombre religioso y al hombre social. Pero a cada paso me encuentro forzado a pasar multitud de hechos, a omitir relaciones milagrosas de los jesuítas, porque el tiempo me urge.

Mas no puedo callar, nó, hechos suyos en América, tan honrosos a la piedad, como de gloria para la Iglesia. Pero ¡ay! ¿qué se han hecho tantos monumentos de su celo, en que el genio disputaba a la virtud y en que la religión, las ciencias, las artes... todo hallaba fomento y amparo generoso? La enumeración sola de las naciones que los jesuítas convirtieron o evangelizaron desde la Califor-

nia hasta la tierra de Magallanes, desde el un mar hasta el otro mar, haría interminable hoy mi discurso. Pero de tántas maravillas como obraron, ¿tampoco existe aquel portento que en el siglo **XVIII** ofreció a la Iglesia admirada el espectáculo de una inocencia y de un fervor desconocidos desde los tiempos apostólicos? ¿Qué ha quedado de aquella plantación, regada con la sangre de más de veinte apóstoles, y de cien neófitos martirizados con sus pastores, y que desde el lago de Jarajes hasta la confluencia del Uruguay con el Paraguay dieron frutos de salud y bendición? ¿Dónde está aquella nación afortunada, que por confesión del patriarca de los incrédulos, llegaron a gobernar los jesuítas como un convento? Tan viva imagen de la paz, del orden y de la felicidad eran las dichosas misiones del Paraguay; donde se vio bien probado que no se civilizan los hombres por principios abstractos de la filosofía, sino con el establecimiento de la religión. Esta bella obra, triunfo de la humanidad, como la llama el mismo Voltaire; esa sublime creación, esa población milagrosa, salida, por decirlo así, de la nada, desapareció con los héroes que la llevaban rápidamente al más alto grado de perfección; ese nuevo paraíso terrenal ya sólo es madriguera de salvajes, vueltos a sus agrestes costumbres por la expulsión de sus guías, de sus padres. Estos vieron también sus colegios desiertos; y los que crearon asilos para las hordas errantes, fueron lanzados de sus casas, echados en tierra extraña, sin patria, sin hogar, sin pan; los que humanizaron a los bárbaros de nuestro nuevo mundo, fueron devorados por los filósofos del antiguo; y los apóstoles que con el sudor de su rostro y con su misma sangre regaron desiertos inmensos, para

abrirlos a la civilización y al dominio de los monarcas europeos; los que les dieran vasallos de moral severa y fidelidad incontrastable, sin gastos, ni afanes, ni guerras, recibieron por recompensa una proscripción general, una condenación sin juicio, un juicio sin procedimiento. Los filósofos se dieron los parabienes, al ver tan maltratados a los que no contentos con haber hecho hombres a los indígenas de nuestra América, y fundado iglesias en la China, habían abierto escuelas gratuitas para los cristianos; escuelas que no tuvieron semejantes, según el juicio del sabio Bacon (1). Dijeron también los

---

(1) Si la mayor gloria de Dios, que forma la enseña de la Compañía hacía a los Jesuítas llevar la fe a las más remotas regiones, trabajando incesantemente por la salvación de las almas, también la procuraban llevando la educación al más alto grado de perfección sobre bases sólidas. **Festina lenter; non multa, sed multum,** eran las máximas de las escuelas de los Jesuítas. Nada se improvisaba en ellas; dominando a la Compañía ese espíritu de observación y de comparación, en sus escuelas, como en el mismo instituto se imitaba la naturaleza; y así como ésta sigue siempre en todas sus producciones ese desarrollo lento, pero sin interrupción, que todo lo da perfecto en su género, y proporcionado a la duración y destino de cada sér; así también el espíritu de los jesuítas todo lo conducía con aquella necesaria y sabia lentitud, que acostumbra al hombre desde la infancia a la atención, a la observación y a la comparación, cualidades que dan con la experiencia la perfección posible al hombre en su profesión. Con justicia, pues, hizo un completo elogio de las escuelas de los jesuítas el ilustre Bacon por estas palabras: **Consule scholas Jesuitarum: nihil melius. De dignitate et augmentis scientiarum,** (Lib. IV, cap. IV).

Pueden enseñarse las mismas cosas en muchas escuelas, dice Lamennais, sin que por esto haya unidad de enseñanza, por razón de la diversidad de métodos, y sobre todo, por razón de todos los pormenores y de todas las ideas de que se compone el conjunto de la instrucción, y que varían según el carácter y las opiniones de cada maestro. Pero aun cuando la enseñanza fuese semejante, no resultaría que la educación fuese la misma; y esto es lo que no conciben muchos, porque no comprenden que la educación no consiste únicamente en hacer entrar en la cabeza de los niños algunas palabras de lenguas, o algunas demostraciones matemáticas; sino en formarles el corazón y el espíritu todavía nuevos; nutrirlos con la leche fortificante de la religión y de la moral, y hacer nacer en ellos el gusto y el amor de la virtud, más por ejemplos

filósofos a la generación que se levantaba: Alégrate de no tener por preceptores a los que educaron a tus padres en la superstición y en el fanatismo; y esa generación y las que le siguieron, aprendieron entonces a despreciar las canas paternales, y a sublevarse contra la autoridad, y a renegar de la fe. ¿Y el siglo que cometió este grande atentado contra la humanidad, contra la justicia y contra la política, es llamado nueva éra de la razón, siglo de progreso y de luces? ¿Y se atreve a hablar de inquisición? ¿Y tiene la imprudencia de predicar tolerancia? ¡Oh, hermanos míos, compatriotas queridos! esto es el colmo de la ironía más cruel.

---

que por discursos. Lo que hay que formar es todo el hombre, y formarlo para la sociedad: noble y sublime ministerio, cuyo desempeño es un perpetuo sacrificio, que la sociedad puede desde luégo pedir al interés por un poco de oro; pero que jamás lo obtendrá sino de la religión, porque ella únicamente puede igualar la recompensa al sacrificio.

Aboliendo los jesuítas, se abolió en Francia la educación pública, porque no era educación pública la que recibía en aquellos colegios, donde no había ni unidad de enseñanza, pues que no puede haber unidad de alguna especie sino en un cuerpo cuyos miembros, obedeciendo a un solo pensamiento, concurren a una sola acción.

No se sabe bien todo el celo, los talentos y las virtudes que la educación exige en los que se consagran a ella. ¡Qué rigor de supervigilancia, qué ternura de cuidados, qué dulzura, y al mismo tiempo qué firmeza no son necesarias en el gobierno de esas repúblicas infantiles, donde la atención, la paciencia, la reserva y la gravedad en los jefen deben estar en razón de la ligereza y de la vivacidad de los súbditos! Pero ¿cómo hallar en los maestros cualidades tan raras, si no se les forma por una educación que les sea propia, y si no están constantemente sometidos a una regla inflexible, bajo la autoridad de un superior, que velando sobre ellos a cada instante, sea como el alma que anima los diversos miembros de ese vasto cuerpo?

Este régimen, severo y dulce al mismo tiempo, era la obra maestra del instituto de los jesuítas. Creyóse poderlos reemplazar por institutores mercenarios, casi todos casados, sin lazo alguno común, sin subordinación, divididos en principios, indiferentes al bién, y que, en las nobles funciones que les estaban confiadas, en lugar de un deber qué cumplir, lo que veian era un salario qué ganar. No era difícil prever lo que resultaría de semejante cambio. Desórdenes de toda especie se introdujeron en los nuevos colegios; ninguna supervigilan-

Pero permitidme interrogar por un momento a los autores de tan famoso atentado: ¿por qué no tuvieron cuenta con la prosperidad nacional, ya que la propagación de la fe no les interesaba?

¡Cuántos descubrimientos perdidos para las ciencias! ¡Cuántas riquezas arrebatadas a las naciones! ¡Cuántos pueblos muertos en un mundo despoblado! Un siglo retrogradó la cultura del Meta, del Orinoco, del Amazonas, del Uruguay, con todas las inmensas regiones que riegan ellos, y los otros ríos que les tributan sus aguas, y las cordi-

---

cia sobre los educandos ninguna disciplina para los maestros; algunos llevaron a los colegios la corrupción de sus costumbres, mucho más la de sus principios. La filosofía infestó a la misma infancia; y como ella se lo había prometido de estos funestos establecimientos, casi todos sometidos a su influencia, por cuarenta años derramaron en la sociedad generaciones enteras de incrédulos. (Lamennais, **Réflexions sur l'etat de l'Eglise, etc., pág. 54**).

Guardada la debida proporción, entre nosotros ha sucedido lo mismo que de la Francia dice Lamennais. Los hombres educados por los jesuítas suplieron de algún modo su falta; aunque no pudieron llenar el vacío. Mas cuando faltaron aquellos, y se miró con ojo celoso al clero, el filosofismo tuvo también su época en América. ¡Quiera Dios que haya comenzado a pasar!

Hemos dicho lo que hacían los jesuítas por la educación pública; y sus fastos literarios son una prueba de que ni la Iglesia, ni las congregaciones regulares son enemigas de la ilustración, dígase lo que se quiera por los que llaman al sacerdocio católico patrono del oscurantismo. Pero como los jesuítas existieron en tiempos de la restauración de las letras, daremos aquí una muestra de lo que la Iglesia hacía para la instrucción pública en la edad media, en los tiempos llamados de **ignorancia**. (Para que los niños pobres que no puedan ser ayudados por sus padres no se vean privados de los medios de aprender a leer y de seguir sus estudios, asígnese en cada iglesia catedral al maestro que enseña a los clérigos de esa iglesia y los estudiantes pobres, un beneficio competente, de suerte que su subsistencia quede asegurada, y la vía de doctrina abierta a sus discípulos. El permiso de enseñar será concedido gratuitamente; bajo ningún pretexto se exigirá nada a los que son enseñados, y tampoco se prohibirá a nadie que enseñe, siempre que sea idóneo, y que haya pedido la licencia del caso).

Tales son las palabras del Concilio de Letrán, cap. XVIII, año 1176. Cien concilios más han dicho lo mismo, fuera de las disposiciones pontificias.

lleras de donde nacen; y otros siglos no bastará para volver esos países al punto en que estuvieron. La posteridad imparcial juzga ya severamente a los ministros que a su odio por la religión sacrificaron la felicidad de medio mundo; y llegará tiempo en que sus desgraciados nombres figuren en la historia al lado de aquellos de los enemigos de la humanidad. Porque la época fatal del gobierno de estos ministros fue la que desencadenó el furor filosófico, que tántos desastres y tánta sangre y tántas lágrimas ha costado a la Francia, Portugal y España; para que se vea, que la razón privada de la religión, no es buena, sino para cavar abismos, y asolar la tierra; y si un sabio antiguo llamó a los filósofos de su tiempo amontonadores de nubes, nosotros deberemos llamar a los de esta malhadada época, amontonadores de ruinas; porque hacen el mal dondequiera que dominan, acabando hasta con los bienes que los misioneros habían hecho en los desiertos, por dondequiera que pasaban; y de este modo se verifica aquel formidable juicio de la Verdad eterna, que donde llegan a reinar los impíos, se sigue la ruina de los pueblos: **regnantibus impiis, ruina hominum** (1).

Así te sucede actualmente, ¡Santa Iglesia de España! ilustre por tu antigüedad, ilustre por tus pontífices, ilustre por tu clara ortodoxia. Eres nuestra madre, y desde este lado de los mares no podemos olvidarte perseguida en el tiempo de prueba en que te hallas. Los ángeles de Zaragoza. de Palencia, de Calahorra, de Sevilla, de Urgel, de Córdova, de Menorca y de Placencia, no serán los

———

(1) Proverb. XXVIII. 12.

únicos confesores de tu fe en esta época. Pero ¡vive el Dios de nuestros padres! que nuevos Torcuatos, Indalecios, Vicentes, Lorenzos, Cecilios y aun Eulalias, aumentarán tus palmas y tus coronas, antes que asentarse al cisma ni la herejía en la patria de los Ignacios, de los Xavieres, de los Franciscos de Borja (1).

Pero mientras la impiedad arranca, disuelve y dispersa en Europa, y tala en la América meridional, la religión planta, riega y recoge en otras partes.

Levantad los ojos, y ved esas nuevas luces, cuyos rayos llegan ya hasta nuestra zona tórrida.

¿De dónde parten tan luminosos consuelos? De las nuevas iglesias que han aparecido en el aquilón americano, y en la que fue en otro tiempo isla de los santos. **Las tiendas de Jacob se han dilatado, y sus pabellones se han extendido** (2) hasta en el terreno de naciones extranjeras a la fe ortodoxa; la verdad recobra y engrandece su dominio en el suelo en que el error dominaba, y que antes fue su herencia, y en el que no había conocido la luz santa; la Europa asombrada ve multiplicarse los templos, los sacerdotes y los fieles que vuelven a la unidad; el Africa sale de su largo sueño sepulcral para oír la voz de un sucesor de Agustino, que al mismo tiempo que cultiva la antigua viña de Hipona, sobre sus venerandas ruinas le-

(1) En la persecución que actualmente sufre la Iglesia de España, no era posible que sus obispos, tan ejemplares en todos tiempos por su celo y demás virtudes, guardasen un silencio criminal. Los más de ellos han elevado exposiciones respetuosas al gobierno reclamando los derechos de la Iglesia; por lo cual han sido tratados como criminales por el **liberal** gobierno del regente Espartero, dice un diario francés.

(2) Isai. LIV, 2.

vanta un monumento al que fue grande obispo, grande padre entre los mismos grandes héroes y grandes sabios; encuentra en sus playas a los hijos de Ignacio en Beyrouth, derramando con la fe las ciencias y las artes; la Oceanía ve también iluminadas sus retiradas comarcas con la luz católica, y elevarse la cruz santa, signo de ventura y de felicidad eterna.

¿Qué más? ¡Oh prodigio! El mismo sexo débil, las monjas del Corazón de Jesús y de María, con el celo de ese corazón salvador, vuelan desde la patria del grande Ireneo a partir, más allá de los mares, en Asia y en América, los trabajos del apostolado con los misioneros.

De este modo la Iglesia repara por una parte lo que de otra pierde, cumpliéndose sucesivamente la palabra del Profeta rey: **que las naciones todas vendrán y adorarán al Señor, y tributarán gloria a su nombre** (1).

Y ved aquí el verdadero triunfo de la Iglesia, la prueba más evidente de que ella sola es apostólica, y única heredera de las promesas eternas; de que a ella sola pertenece el poder de convertir, y la fuerza de reproducir, de que en ella sola se encuentra la cualidad de madre y el principio de fecundidad; de que ella sola es el tronco vivo del cristianismo, sin cuya savia, sin cuyo jugo nutritivo, toda rama se marchita y se convierte en leño árido, apto sólo para el fuego, según el bello pensamiento de san Cipriano (2).

---

(1) Psal. LXXXV. 9.
(2) De unitate Ecclesiae,

¿Quién no ve el apostolado y el genio del celo, patrimonio exclusivo de la Iglesia católica, que hieren de tal manera los ojos, que hasta nuestros hermanos separados se ven obligados a reconocerlos? Dos sabios ilustres, Leibnitz y Bacon, rinden homenaje a la superioridad de nuestras misiones sobre todas las demás.

"La China está ya abierta a los jesuítas, decía el primero; el Papa envía un gran número, mientras que nuestra poca unión no nos permite emprender esas grandes conversiones" (1). Bien pudiera haber añadido el filósofo de Hanover a esta confesión, la del ningún celo de las sectas por la propagación de la fe. Y si esto sucedía a principios del siglo XVIII, cuando conservaba todavía el cisma restos del vigor entusiasta de su primera edad, ¿qué sucederá hoy, que se halla herido en el corazón por la serpiente filosófica, largo tiempo acariciada en su seno, y que comienza a caer en un estado de languidez, de marasmo, de agonía prolongada, que lleva a su ocaso al protestantismo?

Aunque se hable de misiones protestantes, de millones de biblias repartidas en Oriente y Occidente, esto no es más que **vanidad de vanidades, y todo vanidad** (2). Sabemos muy bien que ellos numeran sus prosélitos por las biblias que esparcen, bien o mal traducidas a las lenguas vivas de los paganos; pero los que las reciben sólo usan del

---

(1) Robelot, **De l'influence de la réforme**, etc. pág. 37.

(2) Eccles. I, 2.

papel (1). Jamás, jamás podrán compararse esos fantasmas de misioneros con las misiones católicas, donde todo es igualmente sublime y grande por el espíritu de unidad que las dirige, por los motivos que las guían, por los medios que se emplean, por el objeto que abrazan, por los sacrificios que suponen, y por los sucesos siempre magníficos con que cada día son coronadas. Digámoslo de una vez para gloria de la Iglesia romana: sólo en su seno dan fruto las misiones, su unidad reune atletas de la

---

(1) Carta de 20 de junio de 1829 del vicario apostólico de Siam, comunicada por el cardenal Cappellari a Mr. Wiseman en Roma, dice lo siguiente: "Dos emisarios de la sociedad bíblica llegaron aquí, hace cerca de diez meses; esparcieron entre los chinos una inmensidad de libros de la Biblia, escritos en chino. Unos los usan para fumar, otros para envolver los dulces que venden, otros los han dado a nuestras gentes, que me los han traido como inútiles. Estos biblistas suputan sus libros esparcidos, y luégo escriben a Europa que han convertido tantos gentiles cuantos libros han esparcido; mas yo que soy testigo ocular, digo que ni uno sólo se ha hecho cristiano" (**Lectures on the principal doctrines and practices of the Catholic Church, by Nicolas Wiseman, vol. I, pág. 199**).

En la conferencia citada hace Wiseman una reflexión, que merece bien añadirse a esta nota. Jesucristo ofreció a sus discípulos y sucesores **estar con ellos todos los días hasta la consumación de los siglos**, como una garantía del buen suceso que debía tener el ministerio que acababa de encomendarles; por consiguiente, siendo la propagación de la fe el primer paso de este ministerio, los que la propagan con misión legítima, son los que deben reportar buen suceso por la asistencia prometida por Jesucristo. Así sucede, en efecto, a los misioneros católicos, únicos que obtienen resultados positivos, como lo comprueba la historia y los hechos contemporáneos.

Las sociedades de misiones protestantes con su manía de convertir dando una biblia, tienen medios pecuniarios muy superiores a los de los católicos; pero en éstos el celo siempre encendido por la asistencia de Jesucristo hace veces de todo, y suple por todo; mientras que el dinero en abundancia de las sociedades protestantes sólo sirve para multiplicar millones de biblias que van a parar en el papel sucio.

Según datos publicados por los protestantes en 1830, cinco sociedades solamente produjeron aquel año 198.151 libras, que son 990.755 pesos; pero aunque se imprime mucho, no hay propagación de la fe. En conclusión, el buen suceso de las misiones católicas, comparado con la nada de las protestantes, es una prueba luminosa de que la Iglesia Católica es la única heredera de las promesas eternas.

palabra, propagadores ilustres de la fe cristiana. De las colinas eternas, bajo la cátedra de Pedro, **desciende el río impetuoso de la verdad, que regocija la ciudad de Dios** (1), y de allí se derrama por las cuatro partes del mundo.

De la cátedra de Pedro es que nace ese celo que produce las grandes maravillas del martirio, que no cesan de lucir en la Iglesia, y que actualmente brilla en Tong-king y en la Cochinchina (2), **donde no aprecian los misioneros su vida más que a sí mismos, cumpliendo de este modo el ministerio que recibieron del Señor Jesús para predicar el Evangelio de la gracia de Dios** (3).

¡Cátedra santa, principal y eterna! Tu unidad indisoluble llevará estos prodigios de siglo en siglo, por las misiones exteriores para la gloria de la propagación de la fé; pero también los obrará por las interiores para la felicidad de la conservación de la fe.

II

Las misiones interiores, o domésticas, no son menos importantes ni queridas para la Iglesia, que las misiones de los gentiles.

Desde luégo, no siempre hay que superar obstáculos de bosques, desiertos y fieras en las mi-

---

(1) Psal. XLV. 5.

(2) En 1837 murieron mártires en el Tong-king oriental varios misioneros europeos, sacerdotes y cristianos indígenas. En 1840 también murieron varios obispos, sacerdotes y cristianos del mismo modo en aquel reino. **(Alocución de Su Santidad en el consistorio secreto de 27 de abril de 1841).** En 1841 en el Tong-king occidental fueron reducidos a prisión por aquellos gentiles algunos misioneros franceses, y otros catequistas, que es muy probable que hayan muerto mártires. **(The Tablet, February 5, 1842).**

(3) Actor. XX, 24.

siones de los cristianos; mas estos misioneros tienen que bogar sobre la mar borrascosa del mundo, por en medio de tempestades suscitadas por la impiedad, o que luchar con un torrente de depravación, que, desbordándose por todas partes, amenaza las ciudades y los campos; tienen que salvar la sociedad de esa corrupción razonada, la más fatal y la más incurable de todas; deben derrocar, no los ídolos del politeísmo, sino del materialismo y del ateísmo, mil veces más horribles que las falsas e impuras deidades de Grecia y de Roma. Tal es el teatro en donde se ensayan los apóstoles, que deben llevar la fe a los gentiles. En la predicación de los dogmas y de la moral robustecen aquel celo, que después los anima para dar nuevos hijos a la Iglesia, reconciliando a los pecadores con el Cielo, instruyendo a los ignorantes, consolando a los afligidos, levantando al desgraciado; ejercitan la paciencia; aprenden aquella sabiduría de hablar y callar a su tiempo; se acostumbran a llevar sobre sus hombros la oveja descarriada, hasta volverla al redil; y una vez ejercitados en el **arte de las artes, de salvar las almas** (1), ya son aptos para ir a buscarlas en la vida silvestre; habiendo cogido el primer fruto de sus trabajos en hacer felices a los pueblos renovándoles y conservándoles la fe.

En efecto, las misiones interiores renuevan la faz de las parroquias y de las diócesis, porque reparan los escándalos, reaniman el fervor religioso, y muchas veces una sola palabra, un momento de fervor en el misionero, despierta al pecador y al impío, le hace entrar dentro de sí mismo, y de este

---

(1) Gregor. M. Pastor. lib. I, cap. I.

modo, trayendo a serias reflexiones al hombre, se prepara la tierra árida de su corazón para que la gracia fructifique. ¿Cuántos prodigios no han visto en todo tiempo en Europa y América los pueblos cristianos en las misiones periódicas que se hacían? Son recientes y sabidos los nombres de Brydaine, de Cádiz, de Santander y de otros mil, que recuerdan los frutos abundantes de su predicación, testificados en sus escritos; y los progresos con que el catolicismo recobra en el antiguo mundo sus derechos, después que calmó la horrible tempestad que comenzó a tronar en 1789, dicen mucho más de lo que pudiera yo agregar en confirmación de esta verdad.

Pero preveo que se nos preguntará acaso si la Nueva Granada es salvaje o bárbara, o si ha degenerado su creencia, para que pretendamos misionarla. No es ciertamente salvaje ni bárbara, puesto que la cruz adorna nuestros templos, nuestras casas y nuestros mismos cuerpos; tampoco ha degenerado de la creencia de nuestros padres; pero sin renovar el espíritu de fe y de esperanza en nuestros pueblos, acabaremos por degenerar de la fe antigua, y por retrogradar a la barbarie; a la magnitud del mál, debe corresponder la magnitud del remedio; los socorros no deben ser menos extraordinarios que las necesidades; en fin, bárbaros o nó, creyendo todo lo que nuestros padres creyeron o nó, nos aproximamos a pasos largos al último grado de la perversidad humana. ¡Pluguiese a Dios que todos nuestros pueblos estuviesen vigorosamente alimentados con la palabra de vida! ¡Pluguiese a Dios que nunca hubiesen gustado en su

ignorancia del veneno de la impiedad, disfrazado bajo mil formas! ¡Pluguiese a Dios que fuesen bárbaros y no semi-civilizados! Porque no es más difícil traer a la civilización un pueblo bárbaro, que impedir a un pueblo civilizado caer en cierta especie de barbarie con formas civilizadas, desde que comienza a olvidar las grandes verdades de vida eterna que enseña el cristianismo; como sucedió a la Francia, cuya elevada cultura y avanzada civilización no fueron parte para contenerla en las horribles escenas de barbarie con que escandalizó al mundo cristiano en su espantosa revolución; y sólo volviendo a ponerse bajo el amparo de la fe es que ha podido recobrar su dignidad de pueblo civilizado.

La verdadera barbarie no es sólo aquella que lo ignora todo, que carece de luces, que empieza a usar de fórmulas sociales, que se muestra agreste y grosera, que se arrebata por la impetuosidad de sus deseos indómitos, sino también la que pretende saberlo todo, menos lo que no es lícito ignorar; la que abusa de las luces hasta incendiar la sociedad; la que desciende por una corrupción y una decrepitud anticipadas; la que sutiliza para quitar todo freno a las pasiones, rompiendo los lazos invisibles que unen al hombre con el cielo; la que convierte en arte el materialismo, y que con una estupenda falsedad de principios, reduce el estado social a meras operaciones del cálculo; poniendo al hombre en la fatal situación de no creer a su hermano, sino aquello que juzga poderle convenir.

Si no es éste nuestro estado actual, poco se diferencia, porque participamos de todos los defectos de la civilización, sin sus ventajas; hemos apren-

dido lo que hace degenerar al hombre culto, sin haber entrado antes en la civilización verdadera, en la civilización eminentemente cristiana "que es sufrida, dulce y bienhechora; que no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente; no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, antes bien, se complace en la verdad; se acomoda a todo, lo cree todo y lo soporta todo" (1). Véase aquí la perfecta civilización, la única benéfica a los pueblos, descrita, no por el sistema de los filósofos, sino con la doctrina de san Pablo, el cual había aprendido en la altura de los cielos aquella santa y pura filosofía, única verdadera filosofía, que da también una civilización real y verdadera, realizada en el corazón y en las obras, y no en formas y reglas de decoro exterior, que sin mejorar el hombre, lo hacen menos sincero.

Esta civilización, eminentemente cristiana, es la que producen las misiones en los pueblos que ya han recibido la fe; de ésta es de la que tienen grande necesidad nuestros pueblos, para no ser llevados acá y allá por las pasiones innobles de la ambición y de la anarquía, cual frágil caña que los vientos arrebatan y sacuden; y para obtener esta civilización necesitamos que se formen generosos auxiliares de los pastores, que nos presten, digámoslo así, mano fuerte, supliendo, en cuanto esté de su parte, la grande escasez que hay de la palabra divina en pueblos y provincias enteras, y que constituyéndose dignos émulos de nuestro venerable apóstol, el inmortal Margallo, que también supo

(1) I. Cor. XIII, 4, 7.

unir la unción que persuade a la fuerza que impone, puedan señalar sus pasos, como él, por hecho que les atraigan las bendiciones del Cielo, y acaso el odio de los impíos que **rechazan al Señor en sus ministros, sin querer aprender la ciencia de sus caminos** (1).

Preguntad a vuestos mayores; consultad las tradiciones antiguas, y sabréis que hubo un tiempo entre nosotros, en que esas misiones extraordinarias llevaban por los pueblos y las provincias los gérmenes más fecundos de buenas obras y de regeneración cristiana; verificándose en los misioneros lo que de Jesucristo dice san Lucas, **que pasaba haciendo beneficios** (2). Apóstoles privilegiados de los pobres y de los desgraciados, les repartían con abundancia el pan de la divina palabra, no menos necesario que el pan de la vida; obraban conversiones maravillosas, reparaciones, reconciliaciones y reformas; la fidelidad conyugal se hacía incontrastable, la autoridad paterna se robustecía, los delitos públicos se minoraban, desaparecían los escándalos; y el temor de Dios, avivado en cada corazón, velaba en el secreto de la conciencia por los derechos de la religión, por los de la patria y por los de cada individuo.

Todos estos bienes desaparecieron con la Compañía, cuyos infatigables operarios estudiaban los medios de hacer fructuosas las misiones interiores, las cuales habían sido organizadas por un instituto que las contaba entre sus principales atribuciones y que por lo mismo las hacía florecer a pesar de mil

---

(1) Job. XXI, 14.
(2) Actor. X, 38.

obstáculos que el mundo y el espíritu maligno no cesaban de oponerles; por un instituto esencialmente apostólico y social; "el más perfecto que ha producido el espíritu del cristianismo, nacido para el combate, y propio para la paz; constituído para todos los tiempos, para todos los lugares y para todos los empleos; considerado de los grandes y respetado de los pueblos, y que reúne en igual grado el espíritu de la piedad, la civilidad y la austeridad, la dignidad y la modestia, la ciencia de Dios y la de los hombres" (1); instituto aplaudido por un san Carlos Borromeo en medio de un concilio ecuménico; distinguido por los Felipe de Neri, por los Francisco de Sales, por los Vicente de Paúl, por todos los amigos de la humanidad; que arrebató la admiración y los corazones de una santa Teresa

---

(1) Bonald, **Législation primitive, traité du ministére public**, cap IV. — Hace un gran constraste lo que dicen Bonald y otros escritores distinguidos en apoyo de los jesuítas, con lo que leemos en algunos para excluírlos de la sociedad. Sirva de ejemplo el argumento que se forma diciendo: "que sostenían la monarquía ilimitada con sus doctrinas **ultramontanas**, y que a pesar de **sus costumbres puras y de los bienes que han hecho**, no deben existir, porque no están organizados como el pueblo". En cuanto a lo primero, sería preciso que los que así hablan, definiesen lo que entienden por **ultramontanismo**, pues esta palabra se aplica por los de las sectas del **indiferentismo** y del **romantismo religioso** a la **ortodoxia**; pero si por **ultramontanismo** entendemos aquellas opiniones exageradas en favor de la autoridad eclesiástica, que son conocidas, es falso que haya sido propio de la Compañía de Jesús sostenerlas.

Los jesuítas de Francia sostenían por lo común, dice el obispo de Hermópolis, las máximas galicanas, no ciertamente las que defendían los parlamentos llenos de calvinistas, sino las que han profesado, sin salir de la esfera de lo opinable, los obispos hasta Frayssinous. (**Discours de M. Frayssinous en la Chambre des Pairs, séance du 4 julliet 1826**). ¿Qué quiere decir **no estar los jesuítas**, es decir, la Compañía, **organizados como el pueblo?** Siempre palabras sin definir para combatir la Iglesia. Pues los militares, es decir, el ejército, los tribunales, las corporaciones, tampoco están organizados como el pueblo. Abajo todo: no haya más instituciones que la familia: vamos a la vida patriarcal. ¿Se conformarán con esto los filósofos?

de Jesús, de un Bossuet, de un Fenelón, de un Cardenal de Rochefoucauld, de todos los grandes hombres del cristianismo; instituto en cuyo favor levantó la voz en presencia del filosofismo ante Luis XV el episcopado francés, con toda aquella energía y varonil elocuencia que siempre ha caracterizado a la Iglesia galicana (1); instituto... pero ya me desviaba, porque es imposible no abundar cuando se habla de lo que se ama cordialmente, y que tánto interesa a la salvación de las almas.

Ahora conoceréis bien cuál es la causa de que se hayan hecho tan raras las restituciones, de que no se vea reparar los daños causados, de que en lugar de reconciliarse los hombres, apelen, en el siglo de la filosofía, al bárbaro medio de los duelos. ¿No veis ya morir cristianos sin arrepentirse, partir de este mundo sin acordarse de lo mal adquirido, del fraude, de la escandalosa usura?

¿Quién no echa menos aquella fe antigua, que no se desdeñaba de aparecer en todas las acciones de la vida, santificándolas la oración y las obras de piedad? El insigne sofista Juan Jacobo Rousseau, en uno de los lúcidos intervalos de su manía antirreligiosa, explicó bien la causa de estos desórdenes, cuando reconoció la necesidad de llevar el terror divino al fondo de las conciencias; de espantar a los pecadores y sacudirlos fuertemente con la fuerza de la palabra, para hacerlos volver de su demencia, entrar en sí mismos y reconocer el mál que habían obrado.

---

(1) Avis des prélats consultés sur l'affaire des jésuites, en 1761. — Instruction pastorale de M. de Beaumont, archevêque de Paris, etc. de 28 de octubre 1763.

¿Y cuándo más necesario dar la señal de alarma, llevar el terror y el espanto al seno del pecador, que en este siglo de incredulidad, en que la insensatez filosófica ha enseñado a los hombres a **hacer un pacto con la muerte y con el infierno, cubriéndose con la mentira?** (1) ¿Cuándo ha habido más necesidad de templar las armas de la fe, de dar energía al celo, ministros a la palabra, modelos de austeridad a la virtud, que en estos tiempos de imprevisión y de engañosa seguridad, en los cuales hay millares de cristianos que, **como el que duerme en medio del mar habiendo perdido el timón** (2), andan errando a la ventura por entre mil escollos, sobre el mar agitado del siglo, y sobre el océano sin riberas de las opiniones humanas, después de haber perdido el fanal de la fe y la estrella de la verdad; que sin arrepentirse de lo pasado, sin temor de lo futuro llegan en esa funesta calma a las puertas de la eternidad? Pues ahora, en estas circunstancias, es que necesitamos de auxiliares, de enviados extraordinarios, que haciendo resonar la trompeta celestial, y mostrando los rayos de la justicia divina, clamen con más fuerza que nunca: **¡Ay de tí Corozain, ay de tí Betzaida! Cuarenta días, y Nínive será destruída. Si no hacéis penitencia, todos pereceréis** (3). Necesitamos Jonases, que anuncien de nuevo los juicios del Señor, para asegurar la conservación de la fe, que se halla invadida por la incredulidad y por el indiferentismo entre nosotros; desorden nacido de que cuando los hombres se entregan al espíritu del filosofismo,

---

(1) Isai. XXVIII, 15.
(2) Prov. XXIII, 34.
(3) Luc. X, 13. Jon. III, 4. Luc. XIII, 3.

todo, hasta sus intereses, cede a la vanidad del triunfo de opiniones nuevas, que se tienen por propias de talentos políticos y elevados.

Tal vez, al hablar de este modo, mis palabras han parecido demasiado amargas a algunos, y como el juez inicuo con Jesucristo, habrán exclamado:

¡**Blasphemavit**! Ojalá tuviese yo en este día, no un estilo amargo, sino ese **estilo de hierro** de que habla Job, para **referir los crímenes de Judá y las iniquidades de Jacob** (1). ¿Ni por qué había yo de usar de un lenguaje lisonjero, en una época en que el abismo de la corrupción pública, y el progreso de una inmoralidad sin límites, demuestran que la impiedad gana más de lo que se piensa en todos los estados y en todas las condiciones, hasta en el sexo débil, en la infancia misma?

¿Tembláis a vista de este cuadro de horror? ¡Ah! esa sorpresa es la señal más cierta de que aún no hemos tocado nuestra última perdición, el garante seguro de que las esperanzas de los padres de la patria no serán vanas, y de que no será infructuosa para la felicidad de la conservación de la fe, la venida de los nuevos apóstoles, de los hijos de Ignacio, llamados por nuestro gobierno, y deseados por el sacerdocio y por el pueblo.

Dáos prisa! intrépidos apóstoles de la verdad! y oídme en esta ocasión solemne, en que me constituyo órgano de la Iglesia granadina y eco del gobierno de mi patria, para dirigiros desde este lado del Atlántico una voz, que no os puede ser desconocida; porque los hijos del grande Ignacio distin-

---

(1) Job. XIX. 24. Amos. II, 4. Mich. I, 5.

guen siempre las voces de los obispos católicos en el centro de la unidad, donde todas se refunden en la voz de Pedro.

El os habla por el magnánimo Pío VII, que os restableció como "remeros vigorosos en la nave de la Iglesia, habiéndoos ofrecido vosotros mismos a romper las olas de una mar que amenaza a cada instante con el naufragio y con la muerte" (1). Partid, pues, para acá, **ángeles veloces, a predicar a esta nación que se disuelve y se despedaza por sus propias manos** (2). Venid a convertir a los infieles, y a salvar esta sociedad enferma por las opiniones y las costumbres de los incircuncisos; venid a consolar a los pastores, ayudándoles a evangelizar la grey. ¿Tuvísteis jamás una misión más digna de inflamar ese celo apostólico, carácter distintivo que os dejó vuestro insigne patriarca? Xavier, con los mártires del Japón y de la América, os recuerdan desde el cielo que al nombre de Jesús hasta los infiernos se postran. Venid, pues, en el nombre de Jesús; y si fuéseis dignos del odio de vuestros detractores, porque **bienaventurado es el que fuere maldecido por el nombre de Jesús** (3), este honor añadirá nuevo brillo a la gloria de la Compañía; si llegáreis a ser injuriados, responderéis con beneficios a los que no saben lo que hacen; opondréis oraciones a la persecución, buenos ejemplos a los ultrajes; mostraréis que vuestro celo iguala a vuestro desinterés; que vuestra recompensa está en el cielo; que con el nombre de Jesús dáis por señal

---

(1) Breve Sollicitudo - omnium Ecclesiarum, 7 de agosto 1814.

(2) Isai, XVIII, 2.

(3) Matth. V, 11.

de su poder la evangelización de los pobres, como el mismo Salvador (1); y que obedeciendo a la alta vocación de vuestro santo instituto, mientras haya almas qué convertir, ignorantes qué instruír, incrédulos qué combatir y pecadores qué sanar, nada, nada detendrá vuestra carrera.

Este celo magnánimo, que siempre ha distinguido a los ilustres hijos de san Ignacio, es lo que engendra en mi corazón la consoladora esperanza de verme un día rodeado de apóstoles, más dignos que yo de anunciar la palabra de vida, que me ayuden a desempeñar el augusto ministerio que he recibido del Señor Jesús, de apacentar vuestras almas. ¡Feliz mil veces yo, hermanos míos, si hubiese podido trasmitir a vuestros corazones los sentimientos que me animan este día! La gloria de la propagación de la fe y la felicidad de su conservación en nuestra cara patria, se han presentado a mi alma y a mi corazón con el triunfo que la piedad nacional ha conseguido en el restablecimiento de las misiones interiores y exteriores, con sus naturales ministros, los apóstoles de la Compañía de Jesús. Regocijémonos en el Señor, hermanos carísimos; y esperemos ver todos los magníficos efectos que nos prometemos, porque la caridad no se ha extinguido sobre la tierra. Vosotros habéis oído con docilidad mi voz cuando os he anunciado las más terribles verdades; habéis correspondido a mis invitaciones para objetos santos, ¡dígalo este templo! y no podéis ser insensibles cuando se trata de la felicidad de mil generaciones.

---

(1) Matth. XI, 5.

Yo me represento ya vuestra piedad y vuestro patriotismo rivalizando en generosidad, y formando una honrosa confederación con la Iglesia y con el Estado para realizar el gran designio de poner la base de la futura felicidad de la Nueva Granada. ¡Idea consoladora! ¿Seréis sólo una delicia transitoria de la imaginación? No, hemanos carísimos; el cielo descenderá sobre la tierra; todos viviremos como hermanos, todos como amigos fieles, todos seremos felices en el destierro de la vida, pasando sus días en las castas delicias de la observancia de la ley santa del Señor, trabajando en el tiempo para la eternidad bienaventurada, sin más ambición que la del grande Ignacio, para la mayor gloria de Dios. **Ad Majorem Dei Gloriam. Fiat, Fiat, Fiat.**

ORACION

PRONUNCIADA EN LA IGLESIA METROPOLITANA CON MOTIVO DE LA SOLEMNIDAD RELIGIOSA CON QUE SE INAUGURABA LA NUEVA CONSTITUCION DE LA REPUBLICA (AÑO DE 1843)

> **Quicumque hanc regulam sequti fuerint, pax super illos, et misericordia.**
>
> Sobre todos los que siguieren esta regla, venga paz y misericordia.
>
> **(Ad Galat., VI, 15)**

Nunca ha sido tan grande la necesidad de elevar nuestras oraciones al cielo, para hacerle una santa violencia, y alcanzar la divina misericordia, como en los tiempos turbulentos en que nos ha tocado vivir. En medio de la agitación y de los trastornos públicos; resintiéndose todavía la tierra neogranadina de los fuertes sacudimientos políticos que han hecho una espantosa armonía con los volcanes de nuestras encumbradas cordilleras, se ha reconstituído el edificio social por medios legítimos; pero necesitaba robustecerse y afirmarse, y no podremos conseguirlo sino por la paz de la República, la cual es, dice san Agustín, la ordenada concordia de los ciudadanos en mandar y obedecer: **Pax civitatis, ordinata imperandi, atque obediendi concordia civium** (1). Y como la constitución polí-

(1) De Civit. Dei, lib. XIX, cap. XIII

tica de un Estado no es más que la regla de mandar y obedecer, de su observancia depende la paz de la República.

Pero sólo el que dijo "Sea la luz, y la luz fue", puede ilustrarnos en estos críticos momentos; sólo el que fundó los cielos puede volver a su centro a una sociedad conmovida hasta en sus cimientos; sólo el que dice al mar "Hasta allí llegarás", puede contener el diluvio de las pasiones sublevadas, y este torrente de corrupción y de licencia que amenaza arrasarlo todo; sólo Aquel cuya voz todopoderosa reanima los mismos muertos, puede vivificar nuestros huesos áridos, reunirlos y resucitar nuestra sociedad, que es ya casi un cadáver, doblemente muerta a la verdad y a la virtud; sólo El que Es puede fijar la paz en la Nueva Granada, y darle con ella la tranquilidad del orden, nuevo sér y nueva vida.

Comprendísteis sin duda, señor Excelentísimo, la profunda verdad de este pensamiento, cuando en la sabiduría de vuestros consejos dispusísteis que los granadinos se hallasen hoy en el templo del Dios vivo. Todos han correspondido a vuestro llamamiento: el sacerdocio y el pueblo fiel, los magistrados y los ciudadanos, los defensores de la patria y sus tiernos hijos que se forman en las escuelas públicas, el mismo sexo débil tan interesado en el bién procomunal; no hay quién no venga hoy a humillarse delante del altar del Cordero, para poner debajo del amparo celestial de la Divina Providencia las instituciones patrias. Al mismo tiempo que vos vais a dirigir la nave del Estado bajo reglas nuevas y más proporcionadas a su situación, todos debemos conjurar la tempestad, santificando

nuestra vida civil, por la solemne confesión de que ella depende de la Religión, como la vida del alma. Tal es, en efecto, este acto augusto, en que la piedad y el patriotismo vienen a confirmar su concordia en medio del santuario, para que la justicia y la paz reinen en nuestra amada patria, a pesar de la peligrosa crisis que por todas partes presenta un siglo de desventuras para América.

Recordáis, desde luego, señores, los largos y costosos ensayos, en que ha desaparecido casi toda aquella generación que echó los primeros fundamentos de nuestra República; y véis al mismo tiempo con pesar, que al cabo de más de treinta años sólo nos quedan tristes memorias, y que ni la experiencia de lo pasado ha sido poderosa para fijar nuestros destinos. Yo os habría pedido antes de pronunciar estas palabras, que cerráseis las puertas de este emplo, para que no oyesen los extraños tan amarga confesión, si no hablara hoy en un lugar donde hasta el disimulo es una infidelidad al ministerio de la palabra. Lo repito: nuestra situación no es hoy mejor que en las diversas épocas de gloria, de ilusión, de sangre y de llanto, que han anublado nuestra juventud, que angustiaron los últimos días de nuestros padres, y que a tántos han hecho exclamar con el profeta de Hus: "Perezca el día en que nací" (1).

¿Y de dónde ha podido nacer esta cadena de desgracias, que ha hecho de nuestra vida una crisis prolija y angustiosa? ¿Cómo, después de una generación, nos hallamos todavía recomenzando nuestra organización social? Dejo a los políticos el exa-

---

(1) Job., III, 3.

men de las causas humanas, que son sólo síntomas de la enfermedad moral, causa radical del desorden social de nuestra América, causa que minó los tronos más antiguos, y que no han alcanzado a contrapesar todos los elementos de orden que la duración de los tiempos había acumulado. Hablo del trastorno de los dos principios cardinales, salvadores de las naciones, ejes sobre los cuales únicamente puede moverse con regularidad el mundo político —la legitimidad del gobierno, y la religión nacional—: la legitimidad, porque sin ella ningún gobierno lleva el carácter del origen divino de la autoridad; la religión, porque sólo ella satisface las necesidades de la sociedad, y la libra del naufragio a que la acarrea una orgullosa filosofía.

Cansada ya la sociedad de oscilaciones y de desastres, y oprimida de ruinas, siente ahora más que nunca la necesidad de elevar al Cielo las miradas de su espíritu, harto tiempo fatigado en estériles investigaciones y de hallar en la tierra caminos sólidos donde asentar sus pies ensangrentados por las espinas de las tortuosas sendas en que ha vagado a la ventura. En una palabra, es preciso buscar en la legitimidad del gobierno, y en la religión nacional, el medio de adquirir y conservar la paz; porque ésta es la ordenada concordia de los ciudadanos en mandar y obedecer: **pax civitatis, ordinata imperandi, atque obediendi concordia civium.** A esto reduzco todo mi discurso: nada diré de nuevo porque un ministro del Evangelio debe en todas las ocasiones consultar a sus padres, preguntar a sus mayores, y decir lo que ellos han dicho, siempre, en todas partes y a todos los pueblos. Repetiré, pues, hoy lo que la Verdad infalible dejó escrito

en los libros santos y la Iglesia ha enseñado siempre. Si algo humano saliere de mis labios, no es mi intención decirlo.

¡Sí, Dios santo, rey inmortal de los siglos! un enviado vuestro no puede, sin cierta especie de apostasía, convertir la cátedra sagrada en tribuna profana. Libradme de tamaña desgracia, dirigiendo y purificando mis labios, como os lo pido por intercesión de la más fiel y más pura de las Vírgenes, saludándola llena de gracia.

I

Que el amor y la fidelidad al gobierno legítimo son como sentimientos innatos en los corazones granadinos; que ellos han sido en todo tiempo nuestro carácter distintivo, y que aún pueden ser mirados como una segunda religión nacional, lo sabéis vosotros y lo sabe la América entera.

No obstante que todo ha cambiado entre nosotros; que se han constituído nuevos usos y nuevas costumbres a los que heredamos de los mayores; que se ha variado de uno a otro extremo la forma de gobierno; el sentimiento de la legitimidad, tan propio de las almas católicas, es lo único que no ha desaparecido. Atravesando por entre horribles borrascas y tempestades, ha sobrevivido a todas las revoluciones, o más bien, nos ha salvado de las mismas revoluciones; y si nuestra patria se vió al borde del abismo, en los días del delirio de sus hijos, en que apareció el monstruo de la anarquía, llevando en su frente, como la bestia del Apocalipsis, el misterio de todos los crímenes, y en su corazón las profundidades de Satanás, el mismo

exceso de los males despertó el sentimiento de la legitimidad; fue éste como un fuego sagrado, que encendiéndose de nuevo al primer rayo del sol de la inteligencia y de la verdad, reanimó la vida de la sociedad con su benéfico calor. La Nueva Granada dijo en dos épocas notables: "La nación no quiere sino un gobierno legítimo, sean cuales fueren las manos que lleven las riendas del Estado; la legitimidad es el tesoro precioso nacional, y un beneficio tan inestimable como incapaz de ser sustituído: la legitimidad es el guardián de todos los derechos, de todas las propiedades, la primera salvaguardia de la moral pública, el enemigo más temible de la tiranía, el más grande obstáculo al despotismo; al mismo tiempo que sirve de poderosa garantía de la equidad y de la moderación de los que presiden a la jerarquía política. Sus derechos son de todos los siglos, de todos los pueblos y de todas las formas de gobierno; consagrados por la Religión, reconocidos de una manera incontestable, desconciertan las intrigas, ponen silencio a las ambiciones, confunden las tramas, y hacen desesperar a las pretensiones irregulares; porque un gobierno legítimo no tiene otro interés que el de la justicia, de tal manera identificado con sus propios intereses, que no puede trabajar por sí mismo sin trabajar por todos".

Así habló la República, manifestando que sólo quería un gobierno legítimo y no un usurpador que fuese luégo su tirano; que hiciese mucho ruido para aturdir, y mucho mal para corromper y dominar; que para afirmar su poder ensangrentado quisiese trastornar todos los poderes; y que para hallar algún reposo moviese al pueblo contra sus

amigos, para hacer olvidar su origen pretendiese cubrirse con la victoria, y para justificar sus victorias tuviese necesidad de crímenes.

Lejos de un pueblo católico ese funesto pensamiento hijo de la Reforma, que convirtiendo la facultad de elegir la forma de gobierno y los que lo ejerzan, en un derecho de trastornar el orden cada vez que una ambición frustrada desea satisfacer su venganza, tiene siempre amenazada la sociedad, difundiendo por todas partes la desconfianza y el desconcierto; porque el grito de los sediciosos invoca siempre los derechos comunales, para hacer de la multitud seducida y ofuscada el ariete que derribe la autoridad, y poder engalanarse luégo con sus despojos. No es este el lugar, ni esta la ocasión de discutir y deslindar los derechos de gobernantes y gobernados, ni de presentar en su verdadero punto de vista la soberanía, sea cual fuese la forma que en su ejercicio hubiese tomado Pero no es posible prescindir de reclamar a nombre de la moral, y en presencia de los santos altares, contra la doctrina anárquica y antisocial de sublevar los pueblos contra los gobiernos; ni dejar de prevenir a nuestras ovejas contra esa doble herejía política y religiosa, tan reprobada por los más grandes doctores de la Iglesia, como por los más sabios políticos; no menos contraria al derecho natural y divino, que destructora de la autoridad pública, y de la del mismo Dios, de la cual la otra se deriva.

No hay potestad sino de Dios, dice san Pablo; **las que existen están subordinadas a Dios; y el que resiste a la potestad resiste a la ordenación de Dios.** (Rom. XIII, 1, 2)· Esta es la suma del de-

recho público del cristianismo, sin el cual nadie tiene el de mandar, no existe la obligación de obedecer; esta es la **primera soberanía,** de la cual nacen las demás, y sin la cual no tienen ni base ni sanción; ella es la **única constitución** que haya sido hecha para todos los tiempos y para todos los pueblos; que sola puede suplir por todas, y sin ella ninguna puede sostenerse; la única que no está sujeta a mudanzas, ni puede ser alterada por la mano del hombre; contra la cual nada pueden los gobiernos ni los pueblos, y a cuyo alto origen han rendido siempre un justo homenaje los más poderosos imperios.

Ni podía ser de otra manera, porque escrito estaba desde la antigua ley por el dedo de Dios: **Por mí reinan los reyes, y los legisladores decretan lo justo** (Prov. VIII, 15); palabra magnífica que participa de la fecundidad de la creación. De esta ley divina nacen los derechos de los príncipes y los deberes de los pueblos, como los derechos de estos y los deberes de aquéllos. Sustitúyase a esta máxima verdaderamente celestial la que la **Reforma** proclamó, y extendió después el filosofismo del siglo **XVIII**, y digamos cada uno de nosotros: "Por mí reinan los príncipes", o para usar un lenguaje más acomodado a nuestras instituciones, "Por mí gobiernan las autoridades, y los representantes de la nación decretan lo justo"; ¿qué es lo que puede resultar de aquí para el bien de la sociedad?

Imposible es sacar un resultado feliz para las naciones, de esta palabra sin fuerza, digámoslo mejor, sin la autoridad divina que siempre acompaña a la legitimidad. Turbación, trastorno y anar-

quía es lo que acompaña a un gobierno sin legitimidad. Lo sabemos nosotros, y lo sabe el mundo entero por una luctuosa experiencia, que al fin comienza a desengañarlo de aquellos delirios que convirtiendo en derecho la rebelión, hicieron al pueblo enemigo de sí mismo, y destruyendo el orden establecido, quisieron hacerlo reinar sobre el caos, y caos tan horrendo, que la traición vino a ser un renombre, el perjurio un juego, la fidelidad, ignominia. Desconocióse la **verdadera y supereminente soberanía de Dios**, y por lo mismo no se vio en las que de ella se derivan sino un poder desvirtuado; nadie reconoció otro título para ser fiel que el que daba el interés o imponía la fuerza. Pero, ¿qué son el interés y la fuerza sino potencias que se rompen y desaparecen en el momento mismo en que su acción se aumenta?

No; no hay más piedra angular en el edificio social que la del principio de legitimidad, que muestra en los legisladores al **legislador establecido por Dios sobre los pueblos, para que conozcan las gentes que son hombres.** (Psalm. IX, 21). Así lo enseña el mismo Dios por su Profeta, dándonos en esta sola máxima una política más verdadera que todos los libros de los sabios. Sólo Dios puede establecer a uno o muchos hombres sobre los demás; sólo el Rey inmortal de los siglos puede hacernos inclinar la cabeza delante del cetro de los reyes, o de la vara de los magistrados; sólo el Todopoderoso puede tener verdaderos súbditos, y darlos a los jefes de las naciones; el Escudriñador de las conciencias es también el único que puede ligarlas, y las liga en efecto, dando la autoridad, e imponiendo la obligación de obedecer. ¿Ni cómo

obedecer, y a las veces obedecer sofocando pasiones, a un hombre que, por alta que sea la autoridad de que se le revista, no es más que un hombre? ¿Qué podrá sobre mi conciencia este hombre, sea rey, presidente o lo que se quiera, si ella no está de antemano encadenada por una autoridad superior a la que me manda? ¿Con qué derecho puede exigirme juramentos, ni contar sobre mi fidelidad, si él no es el ministro de Dios, el representante de Aquel que recibe mis juramentos, y que sólo puede hacerlos sagrados e inviolables?

El legislador es, pues, un ministro establecido por Dios; porque si no hay legislador legitimo, no puede haber ley; pero un legislador que hable a nombre de Dios, y no en nombre de los hombres que no pueden añadir una línea a su estatura; un legislador sin rival; porque si hay a quién esté sometido, jamás podrá hacer el bien; un legislador que no pierda jamás de vista las leyes eternas, para no someter a nadie a sus caprichos ni a sus pasiones; un legislador, en fin, que no haciendo sino leyes justas, establezca la libertad verdadera, porque donde hay justicia allí hay libertad, como donde hay virtud allí hay felicidad.

Esto es lo que debe ser un legislador, para que pueda representar al Supremo Legislador del universo; para que sus leyes sean respetables y queridas y dominen los corazones; para que defiendan y protejan a todos y a cada uno, dando a todos y a cada uno derechos y obligaciones relativamente iguales; para que no sea vano el uso de la espada, y se recompense a los buenos, y se castigue a los malos; en fin, para que la autoridad sagrada, de que es depositario el legislador y no due-

ño, le haga a los ojos del grande y del pequeño, del rico y del pobre, del sabio y del rústico, del manso y del humilde, como del altanero y ambicioso, el verdadero ministro del Rey de los cielos, Señor de los señores.

De este modo conocen también las gentes que son hombres: **ut sciant gentes quoniam homines sunt.** La multitud siempre es débil y tímida, incapaz de conducirse y gobernarse por sí misma con sabiduria; no puede vivir sin leyes, pero jamás sabe dárselas; necesita de ser defendida contra sus propias pasiones, contra su misma libertad y contra su inconstancia, que la tiene siempre pronta a desviarse o perderse, a dejarse arrastrar del primer sedicioso que quiera engañarla; siempre hecha ciego instrumento de los que quieren servirse de ella; siempre víctima de las revoluciones, que se hacen por ella pero nunca para ella. Con la ilusión de gobernar no hace más que cambiar de señores, y devorarse a sí misma; y al fin de todo, cuando sacude el yugo de la legitimidad, se impone en su misma infidelidad el castigo, porque un pueblo que falta a estos deberes sagrados deja de ser contado entre los pueblos cultos, y es infiel a Dios, en cuyo nombre y por cuya autoridad imperan los gobiernos: **ut sciant gentes quoniam homines sunt.**

Pero la escuela del racionalismo, nacida de la Reforma, y educada por el espíritu puritano y presbiteriano, no acepta estas doctrinas. Los sacresantos principios del Evangelio son llamados lisonja, adulación, liga para afirmar el despotismo; y de este modo, todo el derecho público cristiano, resumido en estas dos máximas: "Pagar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César", y

"Toda potestad viene de Dios, y el que resiste a la potestad resiste a la ordenación de Dios", es una palabra de escándalo y de tiranía para los que han bebido en las fuentes cenagosas de la incredulidad. No conociendo justicia anterior a todo pacto social, no tienen más móvil que el de la utilidad; porque no reparan que al mismo tiempo que a tan alta esfera eleva la fe el poder soberano, intima a los que lo ejerzan un tremendo juicio del uso de esta autoridad suprema, y poderosos tormentos por sus infidelidades. **Judicium durissimum iis qui praesunt potentes potenter tormenta patientur** (1). Los verdaderos aduladores, los peligrosos lisonjeros de los pueblos, son aquellos que embriagan a la multitud con esperanzas ilusorias, los que no se avergüenzan de desnaturalizar la autoridad del poder supremo, abatiéndola hasta hacer un monstruoso amasijo del principio del orden con las pasiones que él debe sujetar; del principio de la sabiduría con la ignorancia que debe ilustrar; del principio de lo justo y de lo honesto con la debilidad que debe sostener, y con la corrupción que debe corregir; y así todos los gobiernos, de cualquiera forma que sean, vienen a parar en gobiernos condicionales, hipotéticos, y necesariamente provisionales. ¿Y qué garantías tienen ya entonces las naciones, de su reposo, de su estabilidad, sin el derecho de la legitimidad? ¿Ni qué duración se prometiera un Estado que nada conociese inamovible y sagrado, y que dominado siempre por la versatilidad de la multitud conmovida, viviese en una existencia eventual, sin pasado ni porvenir?

---

(1) Sap. VI, 6, 7.

Ciertamente, si la legitimidad de los gobiernos no es lo más sagrado e inviolable que hay en la sociedad humana, sería preciso concluír que la sociedad política era el más cruel castigo que Dios había dado al hombre; que nada habia cierto en moral; que el género humano entero era un caos; que no gobernaba el mundo una Providencia; y bien pronto se deducirían de aquí consecuencias contra los atributos de Dios, contra su misma existencia. Así ha sucedido mil veces, porque todo está tan encadenado en la moral, que rompiendo un sólo eslabón, todo se resiente de esta falta.

De aquí es que ha nacido la necesidad de multiplicar tánto los medios de gobierno del presente siglo. Desvirtuada por la incredulidad la fuerza todopoderosa de la legitimidad, que obra en la conciencia por el sentimiento religioso, se ha ocurrido a otros medios, que se trabajan y se gastan en contrarrestar pasiones, aspiraciones, intereses, qué se yo cuántos elementos más de desorden; pero jamás podrán reemplazar el principio de legitimidad, derivado de la misma religión y santificado por ella.

Verdad es que las naciones se forman casi siempre por sucesos extraordinarios, que la Providencia quiere o permite, y que ni los mismos que los comienzan conocen a dónde van a terminar; pero nadie, sino el mismo Dios, sabe el punto en que un gobierno nuevo tiene ya todo el derecho de la legitimidad. Mas desde que llega a organizarse, establece su forma, y posee políticamente, ya existe la legitimidad en el orden social, cesó el momento de transición, llegó el tiempo de obedecer sin réplica ni dudas, y nadie, sino la misma

autoridad constituída, puede introducir variaciones o reformas; todo lo que no sea hacerlas por los mismos trámites establecidos, es un crimen, crimen tánto más excecrable, cuanto se comete contra la vida de la sociedad, lanzándola en una agonía prolongada, que lleva a la muerte de la barbarie.

Casi sin pensarlo, acabo de decir lo que nos ha pasado a nosotros y a otras repúblicas hermanas. Desprendidas de la madre patria en un momento crítico, pero sin preparación, corrimos todos los azares del hijo que al separarse de la patria potestad, vaga, sufre, se atormenta, hasta llegar a constituírse una economía separada o independiente. Pero confundiendo de luego a luego la necesidad de la independencia de un poder lejano, incapaz de llenar para con nosotros el fin de la sociedad, y el derecho de dar forma y organizar acá el poder público, con la manía de tomar todos y cada uno este mismo poder, vagamos, sufrimos, nos atormentamos de años atrás por hallar el punto de estabilidad que reclama la patria, que los pueblos necesitan, y que el honor americano pide ya a grandes voces. Hoy se nos abre una nueva época; pero ignoramos si la agitación, el sufrimiento y los tormentos de la anarquía y de la inestabilidad, cubrirán con nuevas borrascas la haz de la Nueva Granada. En medio de esta incertidumbre, una luz de esperanza reanima nuestros corazones, y es: la legitimidad sobre que está basada la nueva Constitución, que garantiza el porvenir, si hay fidelidad a este principio; y este principio será fecundo por la religión nacional, segundo medio de conservar la paz.

II

Si brilla por todas partes en la Nueva Granada el sentimiento de la legitimidad, y si sus semillas son todavía fecundas en el corazón del pueblo. el sentimiento de la religión nacional resplandece en esta tierra de fé y de catolicismo, como el astro celestial que la alumbra; este sentimiento, cual un vigoroso gérmen, renace y se multiplica, y ofrece fructificar bien pronto, para enriquecer todas las clases con el tesoro que no perece, y que la religión deposita en los corazones.

¡Juventud ilustre! ¡Esperanza de la patria y de la Iglesia! que serás un día la resurrección o la ruina de tu madre espiritual, como de tu madre temporal: a tí dirijo principalmente esta parte de mi discurso, como al tierno objeto de mi corazón, y de los gemidos de mi alma a los pies del Pastor Eterno. Pasó ya el tiempo en que se buscaba un raro honor para los talentos, para el saber, y para la grandeza de alma, en disputar a Dios sus derechos, y rebelarse contra el Hacedor divino; hoy no brillan los más grandes talentos sino con las luces de la fe; la ciencia se enriquece con el tesoro de la religión, y no hay otras almas grandes, elevadas y de verdadero mérito, que las que se alimentan de las tres grandes virtudes, origen único de las demás: la Fe, la Esperanza y la Caridad. El Dios de la ciencia es el Señor: **Deus scientiarum, Dominus est** (1 Reg. II, 3.). Suspende por un momento tu aplicación al estudio, y dirígela al presente estado de la República. La voz de todas las clases es una sola voz que se hace oír de uno a otro extremo, y esta voz dice: la República quiere su religión na-

cional, la religión católica, porque ella es la más sagrada de sus propiedades, que nadie tiene el derecho de quitarle, ni de estorbar su ejercicio, ni de alterar sus solemnidades y sus privilegios, sin declararse al mismo tiempo enemigo de la moral y de las libertades públicas. Con mayor justicia que el orador romano podemos decir hoy los granadinos: es sabiduría guardar las instituciones de los mayores, reteniendo nuestros ritos sagrados: **Majorum instituta tueri, sacris caerimoniis retinendis, sapientia est.** (Cic. De divinat).

A la verdad: no puede dejar la República de querer su religión, aunque haya impíos que no la quieran, y que viéndose precisados a repararla, quisieran preferir otra, si dado fuera, por no seguir lo antiguo; aunque sea mal mirada por el carbonarismo, porque es la más segura garantía de la legitimidad; y aunque todo usurpador la tema, como una severa reprobación de su atentado. La religión católica es tan adecuada a las necesidades de la Nueva Granada, a su genio y a su carácter, y en tal armonía con nuestras cualidades felices, y hasta con nuestros defectos naturales, si decirse puede, que no es posible repudiarla sin repudiarse a sí misma la República, sin renunciar a sus únicos títulos de grandeza y de gloria, y sin exponernos a que la anarquía nos haga dejar de ser hombres, luégo que dejemos de ser católicos.

La inconstancia, el amor de la novedad, la avidez de ideas ambiciosas, encuentran su natural correctivo en el culto, cuyo fundamento es la fe, cuyo primer dogma es creer, y el primer deber someterse a la autoridad sin restricciones; y que rechazando siempre el espíritu privado, hijo del

orgullo y padre de la anarquía, pone límites a la peligrosa impaciencia de penetrarlo todo, que se presenta como una cualidad de celo, pero que en realidad es el efecto de una secreta presunción. A la frivolidad y ligereza de carácter que nos distingue, opone el catolicismo un culto cuyos preceptos, identificados con sus ritos, ponen a cada momento a nuestros ojos la multitud de nuestros deberes. Dotados también de una sensibilidad muy susceptible, y de una imaginación viva, necesitamos de un culto noble y animado, que por la majestad de sus ceremonias, y por la santa alegría de sus solemnidades, dé a los grandes y a los pequeños, a los ricos y a los pobres, a los ancianos y a los mismos niños, útiles e inocentes descansos, grandes cuadros que contemplar al espíritu, y también a los ojos magníficos espectáculos. Así es que la primacía de las bellas artes ha estado siempre al lado de la primacía de la religión católica. Abriendo sus maravillas y sus misterios muchas sendas al amor y a la esperanza, desenvuelven los talentos, animan la imaginación, y dan al genio un rápido vuelo, que lo eleva hasta las sublimes concepciones. Sólo la poesía católica, en la versificación y en la prosa, se muestra depositaria de todo lo que hay grande, noble y magnífico, sea que amenace con la severidad de la justicia, sea que ofrezca los consuelos y las esperanzas de la inmortalidad, sea que sostenga con la unción de la caridad. Sí: es propio del catolicismo, como única verdadera religión, llenar siempre el corazón y engrandecer el alma, mientras que el protestantismo no sale de la fría disertación.

De esta manera, no considerando al culto católico más que bajo este aspecto y proporción en cierto modo humanos, e independientemente de los grandes fundamentos de la verdad de nuestra religión, que lleva en todo el sello de Dios, ella satisface nuestras necesidades, y tendríamos derecho para decir que ella es también el mayor bien que la Providencia bienhechora pudo hacer a la Nueva Granada; y por consiguiente, que el mayor mál que pudiera sobrevenirle, sería la pérdida o alteración de su culto; porque perdiéndolo o alterándolo solamente, la faz de la República se inmutaría, y entonces, ni paz, ni estabilidad, ni fuerza, ni grandeza, ni nada habría.

En efecto, señores, la religión más propia para unir a los hombres entre sí, y asegurar de este modo la sociedad, es la católica; porque, una en sus dogmas, una en su moral, una en su jerarquía, una en todo, no puede dejar de multiplicar los lazos de unión, y con ésta la unidad del orden social. La religión que impere mejor sobre las pasiones, y que más las domine, es también la que prepara mejor los corazones a la acción de la ley, haciéndoles obrar voluntariamente, y no por intereses, pues ninguna religión intima una ley más severa a las pasiones, ni les exige una verdadera responsabilidad, sino la católica, por sus autoridades y por la confesión. La religión que más obre sobre la conciencia es también la que asegura más lealtad recíproca: por eso la religión católica, que penetra hasta corregir el desorden del pensamiento, y que escudriña los corazones, nada deja qué desear. La religión que hace más respetable al magistrado, que lo eleva, y elevándolo hace que las leyes sean en efecto

de un orden superior, es, sin duda, la religión de la sociedad, pues el catolicismo reviste a los jefes de las naciones con una magistratura divina, presentando en ellos la imagen de Dios, y al mismo tiempo les dice: Sed benéficos y padres de los pueblos, como Dios, cuya autoridad ejercéis. En fin, la religión que más fomenta el amor y la fidelidad es, sin duda, la que más conviene a un pueblo nuevo en la carrera de política, porque no teniendo los elementos que dan el tiempo, la experiencia y las prescripciones sociales, todo debe suplirlo la moral, pues el catolicismo es todo caridad, como su Dios es Caridad: **Deus Charitas est** (1. Joann. IV, 16); y es todo fidelidad, porque sus misterios, sus dogmas, su moral, todo penetra al hombre del presentimiento de la vida futura, donde nada ha de quedar sin premio o sin castigo.

Preciso es, por tanto, que esta religión divina lo penetre todo en el orden social de nuestra república; que domine desde el santuario de la legislación hasta la cabaña del pastor, como el cielo domina sobre la tierra, como la justicia debe dominar en los tribunales, como el astro del día domina sobre los demás. Es preciso que domine, porque nada hay más necesario que la unidad religiosa para la unidad social, objeto imprescindible para un gobierno que conoce sus verdaderos intereses; es preciso que domine, para que haya una fuente primordial y universal de toda justicia, de toda disciplina, y de todo buen orden; es preciso, en fin, que ella domine, para que reprima los vicios y haga germinar las virtudes, y para que no se marchite el árbol nacional, que no vive sino por la savia de la fe; porque escrito está: "La na-

ción, y el reino que no sirve a Dios, perecerá" (Isai. LX, 12). Ved aquí el oráculo del Espíritu Santo, la palabra del Dios vivo, que jura por sí mismo, y que todos los sofismas del mundo no alterarán. Así lo quiere el orden eterno de Dios; y los siglos levantan su voz para testificar al universo que todo Estado que abandona a Dios, se abandona a sí mismo. ¡Apartad, Señor, de nuestra querida patria tamaña desgracia! para que **el infierno no dilate sus abismos**, y produzca nuevos desórdenes; para que como en los días de la desolación de Jerusalén, **la espada del extranjero no nos mate, y haya dentro de nuestra propia casa una muerte semejante** (Thren. I, 20); para que las ruinas no se sucedan a las ruinas, las revoluciones a las revoluciones; para que la Nueva Granada no se vea herida de muerte, hecha triste ejemplo de escarmiento a las generaciones venideras.

Pero no; la palabra de la Ley fundamental no ha sido escrita en vano; los legisladores y el gobierno llenarán esa solemne promesa, que hoy viene a sellarse en las aras de la religión, y la religión reflorecerá y se cumplirá aquel oráculo del Espíritu Santo: **Todo pueblo que guardare la ley de Dios prosperará** (Prov. XXIX, 18); y también este otro: **La religión tiene a su diestra largueza de Dios, y a su siniestra riquezas y gloria** (Ibid. III, 16). Sí; reflorecerá la religión, y con ella el pudor y la buena fe, la beneficencia y la justicia, la santidad de los matrimonios, la paz de las familias, los buenos padres, los buenos hijos, los buenos esposos, los buenos magistrados, los verdaderos héroes, más sensibles al honor que a la gloria; desaparecerán esos matrimonios escandalosos que la religión no

consagra sino exteriormente; la instrucción pública será eminentemente católica. Entonces, y sólo entonces, se afirmará la paz, porque ella es en todas las cosas la **tranquilidad del orden**, como enseña san Agustín; y esta tierra, que hasta ahora ha sido de desolación, donde han nacido abrojos y espinas por todas partes, y ha dado frutos salvajes y amargos, verá días de fecundidad y abundancia, **como en huerto regado y fértil, se hallarán en ella gozo y alegría, acción de gracias y alabanza** (Isai. LI, 3); y se elevará tánto por la justicia, cuanto la han abatido las impiedades y el pecado: **Justitia elevat gentes; miseros autem facit populos peccatum** (Prov. XIV, 34.).

Los falsos sabios del siglo nos compadecen, al oírnos proferir con persuasión estos oráculos divinos, y creen que el atraso de nuestros conocimientos nos hace venir a proclamar doctrinas anticuadas. Muy distantes nos hallamos de avergonzarnos de esta reprensión, y no permita Dios que jamás nos dejemos llevar de ese furor de innovaciones, que tan trabajada tiene a nuestra patria. ¡Qué! ¿Los ancianos del santuario, los depositarios de las antiguas tradiciones, no mirarán con horror el desprecio de lo que el tiempo mismo ha respetado como divino? ¿Qué otro evangelio os predicaríamos, sino el Evangelio eterno, la Religión que desciende de los montes eternos, y que nacida antes de la aurora, como la Sabiduría de Dios, no conoce la ley de las innovaciones? Jamás los principios de la Religión aconsejan corregir los abusos por la abolición de las reglas, ni podar el árbol poniendo el hacha al tronco. Depositaria de la verdad eterna, muestra el porvenir en la sabiduría de la pa-

labra de Dios, y en la experiencia de lo pasado; y siempre dicta a las naciones aquella sabia máxima que inspiró a Bossuet, para enseñarla al hijo de un rey poderoso: "Solamente lo pasado puede enseñarnos lo futuro; los imperios viven del porvenir; y en política como en religión no hay salvación sino en la fe de un estado futuro, por lo cual los hombres de Estado, como los cristianos, no trabajan sino para la eternidad, partiendo siempre de lo pasado".

Pero el punto más antiguo de partida para el hombre, la máxima suprema y universal que lo guía y lo sostiene, es el **temor de Dios**; en ella está el principio de toda sabiduría, y es también inseparable de ella **el amor de Dios**; de manera que temer y amar a Dios es todo el hombre en religión, según el Eclesiastés (XII, 13); y temer a Dios, y honrar al gobierno es todo el ciudadano, según la doctrina de san Pedro (I. Petr. II, 17); política admirable y celestial, que refundiendo de esta manera los deberes del cristiano y del ciudadano, el servicio de Dios y el servicio del Estado parece hacer participar a los gobiernos terrenos de la inmortalidad del Imperio celestial.

Felizmente, señores, conforme crece en años este siglo, los espíritus van inclinándose a la sabiduría: renacen las doctrinas sanas; las grandes verdades que acabo de proferir son miradas ya, si no con todo el profundo respeto y amor sincero con que nuestros padres las veneraban, a lo menos sin tánta desconfianza; se empieza a tener fe en ellas, y debemos esperar de la Providencia que este nuevo género de catecúmenos sea luégo una multitud de creyentes, que viendo en la Religión

el amparo de la autoridad, la elegida de las leyes, y para decirlo todo en una palabra, el alma de la sociedad política, exclame, como en otro sentido el inmortal penitente de Tagasto: "¡Oh hermosura siempre antigua, y siempre nueva, qué tarde os he conocido!"

Así comienza a suceder ya en el seno mismo del protestantismo.

Hombres distinguidos de Alemania han vengado de las preocupaciones históricas a los más célebres Papas de la edad media. San Gregorio VII ha hallado un valeroso defensor en Voigt; Inocencio III en Hurter; Silvestre II en Hock; Müller ha hecho el panegírico de los León, de los Inocencio, de los Gregorio, como de los salvadores del género humano, que al mismo tiempo que afirmaban la jerarquía eclesiástica, fundaban la libertad de los Estados; Federico Schlegel había hablado del mismo modo en su **Filosofía de la Historia** antes de hacerse católico; Arendt ha elevado más por su imparcial testimonio el mérito del gran San León, entrando luégo al catolicismo, para ser hoy miembro distinguido de la Universidad Católica de Lovaina; y aunque la historia del Papado de Ranke no tenga igual mérito, ni deba ser recomendada generalmente, sigue empero la misma carrera, felizmente retrógrada, que lleva a las comuniones separadas del tronco vivo del cristianismo, a un punto donde serán transformadas, entrando en el seno de la unidad, del cual se salieron a impulso de las pasiones, en una época de delirios. Una escuela célebre da en Inglaterra todos los días pasos avanzados hacia la unidad: después de conversiones sin número que los anales católicos han

registrado en el libro de las esperanzas, acaba de restablecer en su liturgia la magnífica lengua latina, destinada por Dios para llevar la fe al mundo conocido en los primeros siglos. Como el mismo Dios ha hecho reconocer en Oxford que sin ella el culto se vulgariza, les hará confesar bien pronto, que sin la unidad católica, representada por esta lengua en el idioma legal de la Iglesia, la fe se desnaturaliza.

Y cuando de esta manera, y por innumerables diarias conversiones, la nación que en un tiempo proscribió el catolicismo, camina hacia él para dar un verdadero esplendor a su gran poder y asombrosa civilización; cuando en ella y en los Estados Unidos del Norte, se prepara con la reacción católica del continente europeo una obra que las generaciones venideras contemplarán llenas de gozo, ¿daríamos nosotros el triste espectáculo de debilitar nuestra fe? ¿Los descendientes de la nación católica por excelencia, trocaríamos tánto honor y tánta gloria por la degradante novedad, que hace descender al católico desde la cumbre de la autoridad al laberinto tenebroso del sentido privado? No, señores; jamás se presentará en la Nueva Granada la inmunda apostasía con la cabeza erguida; la religión nacional, la religión católica, apostólica, romana, única verdadera, única que da los medios de salvación, será siempre el mayor honor de la república, su más grande gloria, la base única de su legislación y de su estabilidad; jamás la sociedad neogranadina se divorciará de la religión católica. Decidlo a vuestros hijos, vosotros padres de familia, y a vuestros discípulos, vosotros maestros de la juventud. Y vosotros tam-

bién, ministros del Señor, escribid en las paredes del santuario para enseñanza universal: **la nación que no vive estrechamente unida a la religión en sus leyes y en sus costumbres, perecerá en la noche de la barbarie.**

Pero para no perturbar la posesión del bien inestimable de la religión verdadera, es preciso conservar el bien de la paz, que es la ordenada concordia de los ciudadanos en mandar y obedecer; para obtener esta concordia, es preciso ser fieles a la Constitución y obedientes a las autoridades que de ella emanan; y para que esta fidelidad y obediencia no se alteren, es necesario observar la máxima del siempre grande obispo de Hipona, que tántas veces proclamó su discípulo, el inmortal Bossuet: **In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas.**

Esta máxima de uso universal en religión, tiene también aplicación universal en política. En todo lo que la ley manda, y en lo que el honor nacional exige, y que por lo mismo es necesario para la paz pública, ha de haber unidad de sentimientos y de acción; en esto no es lícito seguir nuestro propio dictamen, ni obrar por nuestros deseos.

In necessariis unitas. En todo aquello que la ley deja fuéra de su dominio, y que lo es del de la libertad del ciudadano, abunde cada uno en su sentido, obre como le convenga, sin penetrar una línea, ni en el dominio de la ley, ni en el de los derechos de sus conciudadanos: **In dubiis libertas.** Pero en lo necesario y en lo libre, reine siempre la caridad; hagan la fraternidad del corazón y la buena inteligencia social, suave el yugo de la ley,

y no se convierta en servidumbre insoportable la libertad que ella deja: **In omnibus charitas.**

Sí, hagámosnos ver en todo verdaderos cristianos; demos gloria a Dios en todas nuestras obras, y testimonio de nuestra fe a los que lo conocen; mostrándonos todos hechos caridad, como nuestro Dios es Caridad. Así viviremos en la tierra como verdaderos cristianos, y buenos ciudadanos, para después gozar de la perfección de la caridad en la gloria por los siglos eternos. Amén.

DISCURSO

PRONUNCIADO EL DIA DE LA INSTALACION DE LA ESCUELA NORMAL

Señores:

El honor con que me ha distinguido la sociedad provincial de educación primaria me da hoy el de hablaros a su nombre en este día verdaderamente plausible, por la reunión en que nos hallamos.

No tiene ella por objeto satisfacer ni excitar ningún sentimiento de vanidad: un interés todo patriótico, y por consiguiente moral, es el que ha inspirado al Consejo este acto: ha querido presentar en él a la puericia el aprendizaje de los deberes que pesarán sobre ella en la edad adulta, y el noviciado de la estimación pública, para que aprenda a desearla sabiendo merecerla; a los padres de familia una prueba del anhelo con que nuestra sociedad procura ayudarles en el desempeño de las arduas y multiplicadas obligaciones de la paternidad; al público un testimonio auténtico de la consagración del Consejo a los objetos de su instituto; un honemaje, en fin, a la moral, que reclama hoy mayor cuidado y esmero en la educación popular, para dar días de consuelo a la patria en las nuevas generaciones, que son toda su esperanza.

Leibnitz, cuyo nombre célebre jamás se pronuncia sin respeto, dejó escrito que las naciones se reformarían si la educación de la juventud se

reformase; verdad que nadie desconoce, pero que tiene mayor exactitud con respecto a la educación primaria. Porque educar es, como lo indica su propia etimología, sacar del principio; es dar nueva vida, movimiento y mejor forma a la existencia; es la obra más grande que pueda realizar la humanidad; pues si como instrumento para continuar la creación, llena la ley de la existencia multiplicándose, continúa de una manera más noble esta obra divina en lo que ella tiene más excelente: las almas; cuyas excelsas facultades no pueden ejercitarse ni obrar dignamente sin el auxilio de la educación.

Todos fijamos ya en este momento nuestra consideración en la numerosa puericia que embellece esta solemnidad, y en cada uno de estos niños vemos un sér de excelente naturaleza, poco menos que el ángel que vuela alrededor del trono del Altísimo; pero la perfección de cada niño depende del desarrollo de sus facultades por la educación, desarollo que no es nada, si no mejora y fortifica; porque toda educación que no desenvuelve las facultades humanas mejorándolas y fortificándolas, faltará a su primera ley. Cual hábil jardinero, así el que educa con verdad pone la planta en buena tierra, riégala con agua pura, y la rodea con abonos vigorosos y sanos, capaces de hacerla lucir con hermosas flores en la primavera de la vida, y de ser la honra de la patria en la edad madura.

Pero es imposible mejorar y fortificar las facultades del hombre sin formar el corazón e ilustrar la mente desde la niñez; inspirando al primero profundos y sinceros sentimientos religiosos, y

abriendo a la otra la puerta del saber humano. De aquí depende todo. Sin los medios elementales de toda arte y de toda ciencia, que son la palabra hablada y la palabra escrita, y sin el estudio de la ley soberana de las sociedades, que es la religión, elévase apenas el hombre sobre los seres inferiores, jamás recorre siquiera algunos espacios de la esfera racional, cuyo anchuroso ámbito presenta estancias diversas para todas las clases en que la sabia providencia del Creador tiene ordenada la sociedad, dándole en esa misma aparente desigualdad un lazo indisoluble, y una armonía jerárquica, sin la cual ni el talento, ni el saber, ni la misma virtud tendrían honor ni dignidad.

La antorcha de la Fe cristiana es la luz que debe alumbrar los vacilantes pasos de los niños desde la escuela. Enséñaseles en ella a adorar a Dios bajo el dulce nombre de Padre, a reconocer y amar a Jesucristo, cuyo nombre es el único que se ha dado a los mortales debajo del cielo para su felicidad en el tiempo y en la eternidad; y cuando aún ignora el niño si hay filosofía, es ya en la escuela más sabio que los filósofos, en la pura y santa filosofía cristiana, por el estudio del catecismo, que es el compendio de la sabiduría celestial enseñada a los hombres por el Hijo de Dios.

Al mismo tiempo se revela a los niños toda la economía de la palabra desde los más simples sonidos, indicados por signos que llamamos letras, hasta las infinitas combinaciones de ellas, con que no hay pensamiento que no adquiera forma, no hay nada que no pueda expresarse y trasmitirse, a pesar de las distancias del tiempo y de los lugares.

Así es que en el catecismo histórico el niño conversa, por decirlo así, con las generaciones patriarcales, encierra en su tierna y reducida mente los siglos transcurridos; descubre en su sér una semejanza de lo infinito; y empieza a comprender que sólamente formado el hombre a imagen y semejanza del que Es, pueden ser tan augustas, tan extensas y tan sublimes las facultades del alma.

Bajo este doble e indivisible punto de vista, las escuelas primarias con reglas austeras, con ejercicios continuos y bien combinados, son una institución no menos necesaria al Estado que a las familias; la satisfacción de una necesidad social más bien que científica o literaria.

En estas escuelas los niños son educados para la familia y para la patria en el amor de la religión y de las leyes en la práctica de las dos primeras virtudes sociales, que son la piedad útil para todo, y el amor al trabajo, sin el cual se malogran los mejores talentos y las más felices disposiciones; virtudes aparentemente pequeñas, pero que desde la puericia anuncian ya al hombre adulto en la familia, en el teatro del mundo y en el mismo altar.

Todo esto ha tenido presente el Consejo de la sociedad de educación primaria, para dedicarse a proporcionar un local espacioso y sano, y remover de esta manera el obstáculo que cerraba la entrada en la primera escuela de la República a tántos niños, viéndolos con dolor privados de la buena educación que desarrolla las facultades humanas mejorándolas y fortificándolas.

Aquí tenéis, pues, el lugar destinado para tan noble y útil objeto, ya santificado por las oracio-

nes de la Iglesia. Este es el asilo que hoy presenta la Sociedad a los padres de familia para la educación de sus hijos. No quedan ciertamente satisfechos con esto los deseos del Consejo; pero sí lo está la conciencia de sus miembros, de haber dado a su obra cuanta extensión permitieran los recursos de que podía disponer y los generosos auxilios que halló en el señor Gobernador de la provincia y en el ilustre Consejo municipal. Puedan estos esfuerzos excitar y avivar más el patriotismo de los ciudadanos. Y pueda también este acto solemne dejar en estos niños impresiones profundas y duraderas, que algún día les sirvan para útiles reflexiones, y para secundar a los que avanzamos en la veloz carrera de la vida, dejándoles un campo que ellos deben a su vez dejar con honor y con gloria.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA INSTALACION DEL COLEGIO DE NIÑAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS, FUNDADO Y DIRIGIDO POR LA SEÑORA SIXTA PONTON DE SANTANDER

En medio de las sombrías nubes que obscurecen el horizonte del porvenir, y de las amargas tristezas que inspiran las miserias del tiempo presente, se manifiesta en el seno de nuestra patria un síntoma de regeneración, un presagio de mejores destinos, que hace penetrar por entre siniestros presentimientos, un rayo de esperanza que saludamos con amor. El interés generoso, lleno de celo que se muestra por la cultura moral e intelectual de la mujer; la atención que cada día se fija más sobre la mejora de esta parte de la humanidad, tan frecuentemente abandonada a la ignorancia; la cristiana solicitud que los padres extienden a sus hijas, para no dejarlas en un grado desproporcionado con la educación que reciben sus hijos; todo manifiesta que la sociedad se halla movida por la profunda convicción de que no basta educar la adolescencia que un día dirigirá los destinos de la patria, sino que es menester también educar con esmero a la adolescencia que ha de preparar y desenvolver las semillas de la sociedad en el recinto de la familia.

Aunque los establecimientos de educación de niñas no sean todavía numerosos en nuestra patria,

se ha comprendido ya que ellos son el complemento de la solicitud maternal. Su objeto es reunir a las mujeres desde la primera edad, preservarlas de los inconvenientes del aislamiento, apoderarse en buena hora de sus facultades, a medida que se desenvuelven: de la memoria, de la imaginación, del entendimiento, del alma toda entera, para llenarla de santas imágenes, de relaciones edificantes, de ideas morales, de puras y dulces afecciones. Allí es distribuída la educación gota a gota a la niñez, y en gradual abundancia a la juventud, siempre bajo el amparo de señoras cristianas, y por maestros dignos de tan sagrada confianza. En lecciones acomodadas a la edad primera, y al vuelo de la adolescencia, sin fatigar la atención, cada niña nutre su espíritu en la más alta sabiduría, por el estudio y la práctica de la religión; en los elementos de lenguaje, en las nociones de la historia, de la geografía, de la aritmética; en las artes necesarias al sexo, en la economía doméstica; y entremezclando con estas tareas los honestos recreos del canto y de la música, se forma insensiblemente el corazón, se ilustra el espíritu y se suavizan las costumbres con un porte lleno de decoro y de cultura.

Hé aquí lo que es un colegio de niñas; definirlo, es hacer su apología. No disimularemos, empero, que ha habido alguna preocupación acerca de estos establecimientos. Conciencias timoratas y santamente celosas de la pureza de la doctrina, y de la severidad de las costumbres, temieron que se diese demasiado a las formas exteriores, exaltando así la imaginación a destiempo y descuidando el formar el corazón y cultivar la inteligencia. Temióse tam-

bién que los más respetables sentimientos de la naturaleza, el amor maternal y la piedad filial, se alterasen, sustituyendo a la educación doméstica la común. ¿No es de temer, se dijo, que alejando las niñas de la vigilancia y ternura de sus madres, cual polluelos arrancados del nido y puestos bajo ajenas alas, pierdan día por día aquella afección, aquella confianza íntima que da la misma naturaleza, y que es el aroma que embalsama la vida de la familia?

Pero al juzgar de esta manera, no se percibía el curso que lleva la sociedad hace ya más de dos siglos. San Vicente de Paúl y San Francisco de Sales, y más tarde Bossuet y Fenelon, fomentaban la educación común de las niñas, para prepararlas al noble y elevado cargo que la Providencia ha dado a las madres en el desarrollo de la sociedad.

El mundo se transforma a nuestros ojos: las edades que nos precedieron no son la edad presente. Es preciso hablar a la razón de las niñas para ilustrarla y afirmarla, a su corazón para asegurarlo y darle fortaleza, en una palabra, el estado social exige una mayor preparación; es menester preparar las niñas para las dificultades de una vida que parece prometerles alegrías y placeres, y que está llena de peligros tanto más temibles, cuanto menos prevenidas estén contra ellos. Tan ardua empresa requiere manos delicadas y dirección vigorosa; es preciso que se reúnan las enseñanzas de la religión, los consejos de la razón y de la experiencia, para que al dejar la adolescencia del sexo los juegos de la infancia, se asiente al alma sobre bases sólidas que la sostengan para siempre, y la habiliten en las circunstancias de la vida.

En el Colegio del Corazón de Jesús hallarán los padres de familia para sus hijas estas ventajas, que no es fácil reunir en la misma familia Las grandes realidades de la Fe, Dios, la inmortalidad, la ley evangélica, dominarán esas almas todavía nuevas; por una meditación profunda empaparán ellas sus facultades en la fe que engendra las virtudes, y en la piedad que las desenvuelve y vigoriza; adquiriendo hábitos serios, reglas de verdad para sí mismas, de caridad para el prójimo, y esos grandes pensamientos hasta en el cumplimiento de los más pequeños deberes, que ennoblecen la vida y dulcifican sus inseparables penalidades. Estas son las consecuencias de una educación sólidamente cristana, única moderadora de los afectos y del carácter individual; pero ningún medio más seguro que el de la educación común, donde el ejemplo y la recíproca tolerancia, proporcionan el difícil hábito de reprimirse y acomodarse a las circunstancias. El orden de la conciencia pasa de la conducta a los últimos detalles de los cuidados temporales.

La economía, la urbanidad, las artes de utilidad y de recreo, dejan de ser una mera ocupación material, porque se santifican en la práctica de la regla de san Pablo, haciéndolo todo a la gloria de Dios.

¡Qué acciones de gracias no debemos, pues, a la divina Providencia, que afligiéndonos de una parte, nos consuela de otra, abriendo un nuevo recurso a los padres para la educación de sus hijas! Una asociación pacífica y bienhechora, animada del sublime sentimiento de la abnegación y del sacrificio, lo hace en efecto de su tiempo, de su

vida y de todo su ser, para obrar el bien imitando a Jesucristo Salvador del mundo. El prefirió a los niños, y las que se asocian bajo el tierno título del Sagrado Corazón de Jesús se animan con los mismos sentimientos para preferir a las niñas, y encaminarlas al reino de los cielos que Jesucristo les prometió.

Sí, juventud venturosa: la Providencia os da hoy nuevas bienhechoras, amigas cristianas, que vienen a consagraros sus servicios, y a implorar para ello en unión vuestra las bendiciones de Jesucristo, vuestro padre y suyo. Solamente la Fe inspira esta heróica consagración, esta inmolación sublime, en la cual, uniendo al servicio de Dios el de la juventud, realizan toda la ley, que se resume en el amor de Dios y del prójimo. Bendecid vos, oh Jesús Salvador y Padre nuestro, bendecid esta obra nacida del más puro sentimiento de una piedad ilustrada; bendecid esta edificativa asociación, la cual se presenta hoy como gérmen fecundo, que propagará unidas la devoción al Sagrado Corazón y la educación cristiana y social; bendecid este nuevo Colegio, dotando de celo, paciencia y fortaleza a su respetable directora y a todas las hermanas; bendecid esta tierna porción de vuestra herencia rescatada con vuestra sangre, dirigiendo todos sus pasos en el camino de la vida, dándole aquella piedad que no encierra menos las promesas del tiempo que las de la vida futura.

SERMON PANEGIRICO DE SAN PEDRO, APOSTOL

Testimonia tua credibilia facta sunt nimis; domun tuam decet sanctitudo, Domine, in longitudinem dierum.

Tus testimonios se han hecho por extremo creíbles. La santidad debe ser, Señor, el ornamento de tu casa por la serie de los siglos.

(Salm. **XCII, V. 5.**)

Arrebatado el Salmista por su espíritu, siempre elevado a las cosas celestiales, contempla al Todopoderoso rodeado de su gloria, revestido de una fuerza inexpugnable, fundando la tierra, dando sér a todo lo que existe, y mirando desde su excelso trono levantarse los ríos y los mares con las voces de sus ondas, para alabar su omnipotencia y su sabiduría a una con la magnificencia de los cielos. ¡Oh Señor! exclama, ¡qué luminosos son los testimonios de tu poder! Nadie puede dejar de creerlos, y por ellos serás adorado en un culto santo hasta la consumación de los siglos.

De esta manera se consolaba el santo David, afligido por la infidelidad de algunos hebreos, que idolatraban por no ver los testimonios del poder y sabiduría del Señor en sus obras; y al mismo tiempo cantaba con un espíritu profético la gloria de la Esposa de Jesucristo, en el establecimiento

de su reino sobre la tierra. Porque el objeto de los salmos es siempre el reino de Jesucristo; en ellos comprendió el Profeta todas las revoluciones que debería sufrir la Iglesia desde su establecimiento hasta el fin de los tiempos, en que será libertada por Jesucristo su único libertador, para entrar en la posesión eterna que Él le adquirió con su triunfo (1). Díchose esta el fundamento en que me apoyo para aplicar a esta gran solemnidad las palabras del salmo que la Iglesia emplea todos los días, al empezar aquella parte de sus oraciones destinada a alabar la omnipotencia y sabiduría del Señor. En un siglo heredero de la soberbia y de la insipiencia del que le precedió, que se llama positivo, por no confesarse egoísta, como observa un célebre escritor contemporáneo; que ni cree en la verdad bastantemente, ni se atreve a desechar el error y la mentira; siglo escéptico, porque es contemporizador; la casta Esposa del Cordero, esta hija del Rey, que saca toda su gloria del interior de su morada, se consuela viendo en los grandes héroes de la religión católica los incontestables testimonios de su divinidad; y como en otro tiempo David, dice ella en sus laudes todos los días por boca de sus ministros: ¡Oh Señor! ¡qué luminosos son los testimonios de tu poder! Nadie puede dejar de creerlos, y por ellos serás adorado en un culto santo hasta la consumación de los siglos.

Así lo hemos dicho hoy, al contemplar las grandes acciones del príncipe de los Apóstoles, en

(1) Dissert. Sur l'objet des Psaumes. Bible d'Avignon, quest. 2, S. 2. Nº 2.

cuya vida hallamos personificada la verdad de la religión, y el triunfo de la Iglesia. Toda ella es una apología del cristianismo; no hay un solo paso en su carrera que no esté ilustrado con algún prodigio, en que no se muestre el dedo de Dios, y que no arrebate el corazón hacia el cielo, encadenando el entendimiento bajo la autoridad apostólica.

Destinado san Pedro por el Hijo de Dios a ser el jefe visible de su Iglesia, la piedra sobre que debía asentarse el edificio de la ciudad santa, es sin duda el discípulo más privilegiado, el que aparece con más esplendor en la historia del Evangelio. Su elogio merecía todo el orador que, sin agotar su grandilocuencia, celebró por siete veces el martirio de san Pablo (1). Pero si yo no alcanzo a desempeñarme como orador, os contaré a lo menos las maravillas que obró el gran Pontífice de la religión, para que la veais probada en su vida. A esta proposición se reduce todo el asunto de mi discurso.

¡Señor! Pablo sembró, Apolo regó, vos solo dísteis el crecimiento. Dadlo también hoy a mis palabras, comunicándoles la unción de vuestro divino Espíritu, para llenar con ella el vacío que experimento; y os lo suplico por la intercesión de María Santísima. **Ave María.**

Jesucristo, dice san Agustín, por sus milagros se adquirió autoridad, por la autoridad mereció crédito, por el crédito reunió multitud de hombres, por la multitud obtuvo antigüedad, por la duración

---

(1) De san Pablo predicó san Juan Crisóstomo siete elocuentes panegíricos, que pueden verse en sus obras. Tom II, pág. 476, edición Benedict.

confirmó la religión; ni la novedad de los herejes, ni los viejos errores del paganismo pueden ya inmutarla (1). En este bello análisis nos da san Agustín un cuadro del apostolado de san Pedro, pues siguiendo este Apóstol las huellas de su divino Maestro, por sus milagros se adquirió autoridad, por la autoridad mereció crédito, por el crédito reunió multitud de pueblos a la Iglesia, y por esta innumerable multitud de hombres obtuvo una antigüedad que cada día se aumenta en la duración que confirma la religión. Tres ideas principales forman esta indestructible cadena de las pruebas de la religión: hechos milagrosos, doctrina divina, duración perpetua. Los milagros son el título de la misión que el Hijo de Dios dio a san Pedro; la doctrina, lo que debía enseñar en virtud de aquel título, y la perpetuidad, la confirmación de la religión. Así diremos, que san Pedro nos da la verdad de la religión con testimonios luminosos y evidentes, en sus milagros, en su doctrina, en su autoridad perpetua.

I

Aunque el hombre perdió desde el principio su inocencia original, conservó el conocimiento de la verdad, Dios estaba presente a todas sus acciones, era adorado de un modo digno y nunca confundido con las miserables criaturas. Pero cuando la carne corrompió todos los caminos, aumentándose cada día los excesos de las pasiones, dominaron éstas al espíritu, la sensualidad más desenfrenada se sustituyó a la virtud, el error a la ley; apenas

(1) De utilitate credenti, cap. IV, Nº 32.

se halló en medio de tan densas tinieblas al justo Noé, que salvase en su familia al linaje humano del horrendo castigo de la justicia celestial. Este nuevo progenitor vio repoblarse la tierra en su semilla; pero al cerrar sus ojos, cubríanla ya otra vez las tinieblas de la idolatría, con algunas excepciones.

¿Y qué eran éstas en medio de la corrupción universal? Unos pocos justos no eran capaces de resucitar al mundo de la noche, de la muerte en que yacía. Preciso era que Dios se acordase de sus misericordias atrayendo nuevamente al hombre al conocimiento de la verdad por caminos luminosos y seguros; y Dios obró una nueva revelación.

Aquí debería yo, católicos, mostraros la cadena de esta divina revelación desde Abraham hasta Jesucristo, si los estrechos límites de un discurso lo permitiesen; pero abreviemos los siglos de la Ley y de los Profetas; vengamos al Mesías, a nuestro Libertador, a nuestra Esperanza. El Salvador del mundo aparece en un siglo en que no sólo es suspirado por el pueblo escogido, sino por todas las naciones del Oriente, las cuales aguardaban la venida de un ilustre personaje, por la tradición que les venía desde Adán, y de quien esperaban la reconciliación del cielo con la tierra. Jesucristo, que era el fin de la Ley, le da el más puntual cumplimiento, llena todas las predicciones y hace continuar el verdadero culto bajo el Evangelio que enseña con milagros, y cuya entera fundación deja encomendada a sus discípulos, dando al ardiente celo y fe plena de éstos el hacer aún mayores prodigios que los que él mismo había obrado.

Tal es el título con que se enseña en esta nueva ley bajada del cielo; los milagros son la primera prueba de donde nacen las demás, como de su origen. ¿Y qué otro medio habría empleado Dios para enseñar la verdad a los hombres? ¿Por ventura el de la razón? Ella hablaba desde el principio; y pues no era oída, antes bien se había enfermado más y más con el transcurso de los tiempos, tampoco era suficiente. ¿Sería acaso el de las lecciones de los sabios de la tierra? Ellos habían aprobado todos los errores populares, inventando otros más sistematizados y más indecorosos, y ni aun en esto estaban de acuerdo. ¿Daría Dios a cada hombre su sabiduría, inspirándole la verdad y la santidad? Jamás da Dios sus dones sin alguna condición de merecimientos de parte de la criatura; y además de que esta inspiración universal habría quitado el dón de la fe y el de la libertad, ¿por qué habría de obrar Dios según los deseos de los hombres, y no según sus inescrutables designios? El que fué poderoso para sacar de la nada todo lo que existe, ¿no lo será para variar el orden que dió a la naturaleza para que existiera? Si a la luz de estas reflexiones la razón se persuade de la posibilidad de los milagros, no debe dudar de ellos si los encuentra revestidos de los caracteres de la verdad. Porque los verdaderos milagros no pueden ser obrados sino en favor de la religión verdadera, y ésta no puede tener otro objeto que esclarecer la razón del hombre en lo que pertenece al verdadero culto y a su felicidad suprema; mas no el de favorecer las pasiones.

Recorramos la historia de los milagros de san Pedro, para convencernos de esta verdad, viéndo-

los luégo identificados con su doctrina divina. No temeré empezar esta gloriosa narración, diciendo que desde la primera vez que el Evangelio habla de san Pedro, nos lo presenta admirablemente preparado para obrar grandes maravillas, por la prontitud con que busca al Mesías no obstante que era de la perversa y obstinada Betsaida. Impaciente por mirarle y oír de su boca palabras de vida eterna, va a conocerle, y desde entonces oye el dichoso anuncio de que su nombre de Simón sería mudado en el de Cefas.

El Salvador predica por la primera vez desde la barca de san Pedro, que admirado con una pesca milagrosa, confiesa en su humildad al Hijo de Dios: Jesús le elige por su discípulo para que sea pescador de hombres, Pedro no vacila; abandona su barca y sus redes, renunciando a todo para no tener más voluntad que la de su Maestro. Eclipsóse esta lealtad por un momento en la noche de la pasión de Cristo; pero la caida del Príncipe de los Apóstoles fue sólo una sombra que había de realzar más el brillante esplendor de su fe y de su celo.

Lleno del Espíritu Santo, empieza su nueva carrera por un sermón en que habla un idioma divino, que es entendido de los hombres de todas las naciones que hay debajo del cielo, convirtiendo tres mil de ellos con la dulzura y la fuerza de su palabra.

Al subir al templo, hace levantar un cojo de nacimiento, cuya milagrosa curación ganó luégo cinco mil creyentes más, hablando en nombre de Jesucristo que acababa de ser crucificado. El mismo Sanhedrin se arredra, aunque no cree; teme

proceder contra él, y se contenta con prevenirle que no vuelva a enseñar en nombre de Jesucristo. "Juzgad, le responde con valor el que antes tan tímido se mostró en el pretorio, juzgad si es justo obedecer más bien a los hombres que a Dios" (1).

Los nuevos convertidos, siguiendo el ejemplo de sus maestros, dejan cuanto poseen por la sed de los bienes eternos: Ananía y Sáfira quisieron lograr el honor de la virtud sin poseerla, y mintiendo al Espíritu Santo, entregaron a los pies de Pedro la mitad del precio de sus bienes, cuando nadie los obligaba a ello; pero el apóstol del Señor confunde su hipocresía y su avaricia con una voz terrible, a cuyo sonido pagaron ambos con su vida el delito cometido.

Fácil es concebir cuánta autoridad cobró el Príncipe de los Apóstoles con tan estupendo prodigio, que manifestaba a todas luces el poder de Dios. De aquí la fe con que le esperaban por todas partes para que derramase las gracias del Cielo, lanzando los demonios, y curando los enfermos, que quedaban sanos sólo con su sombra. Y véase aquí cumplida la promesa de Jesucristo, de que sus discípulos harían milagros mayores que los que El mismo había obrado. Las cárceles y las cadenas son la recompensa de estos beneficios, y de esta manera se imaginan siempre los insensatos cerrar la boca a los ministros del Señor, y sofocar la fuerza de la verdad. Pero con un nuevo prodigio, un ángel hace caer las cadenas, ábrense las puertas de la cárcel, y de ella sale san Pedro con mayor energía a predicar la doctrina de Jesús, por cu-

---

(1) Actor. IV, 19.

yo nombre tiene la dicha de ser azotado y participar de la ignominia de la cruz. Por su poder cura al paralítico de Lydda, resucita a Tabita en Jope, produciendo con estos milagros la conversión de los habitantes de Lydda, de Sarona y de Jope. Desde allí es llamado por el Espíritu Santo a bautizar al centurión en Cesárea. Jerusalén vuelve a ser el teatro de su predicación; nuevas prisiones corresponden a estos nuevos beneficios; pero el ángel del Señor le liberta de nuevo, para que después de anunciar el Evangelio en toda la Judea, venga Pedro a Roma, como elegido desde los días primeros por Dios, dice san Lucas, para que los gentiles oyesen la palabra del Evangelio y creyesen (1).

Ahora vamos a ver a Pedro obrando un milagro mayor, llamado por una especial vocación a levantar la cruz en un lugar que sea la admiración de su siglo, como de todos los venideros. La conversión de Roma no estaba en el orden de los acontecimientos humanos. Pedro sólo era un pescador ignorante, peregrino, desconocido en la capital del imperio; Roma era el asiento del poder, la heredera de la sabiduría griega y de la civilización egipcia; Pedro predicaba el desprecio de las riquezas, de los honores y de los deleites; Roma estaba llena de los tesoros robados en el mundo entero, gozaba del honor de mandar reyes, y su sensualidad en aquella época sólo era comparable con sus dioses impuros; la humildad del Calvario no se conformaba con la soberbia del Capitolio; y la ignominia de la cruz bastaba para que nadie en Roma creyese ni acatase a san Pedro. Aun los co

(1) Actor. XV. 7.

razones heroicos habrían desfallecido con la magnitud de la empresa, superior a todo poder humano, fácil sólo al de Dios. Con su auxilio es que san Pedro enseña la nueva ley en Roma a gentiles y judíos; de todos forma una sola Iglesia, que encierra en su seno al soberbio romano cuyo poder le dio celebridad inmortal, al griego envanecido con su antigua y brillante reputación, y al hebreo por uno y otro pueblo mirado con desdén y con preocupación. Y sin la fama de Gamaliel, pero sí con la de un pescador que obra milagros, y que habla el lenguaje de la celestial verdad, todos reciben de su mano una religión que sólo ofrece humillaciones y trabajos, y que reserva la recompensa de los premios para una vida futura.

A la voz todopoderosa del augusto dogma de la vida futura, enseñado por san Pedro con toda la esplendente gloria que a los justos ofrece el Evangelio, y con el terrible fuego y rechinar de dientes que intima al prevaricador, tembló el imperio del demonio; conmovióse entero el Olimpo carnal y desvergonzado de la gentilidad; y al instante, la sensualidad se convirtió en mortificación, a la idolatría sucede el culto verdadero, la soberbia mundana se postra delante de la cruz, los mismos filósofos se humillan, el hebreo y el gentil, el griego y el bárbaro abrazan la religión del Crucificado, porque no es posible resistir al poder de los milagros del Príncipe de los Apóstoles.

Con efecto, católicos, los milagros que obró san Pedro fueron tan públicos en la Judea y en Roma, tan confesados desde entonces por aquellos mismos que tenían intereses en negarlos, tan señalados por unos sucesos que forman época notable

en la historia, y que interesaban al mundo entero, tan repetidos en las ciudades, en el templo, en las plazas, que sólo cerrando los ojos a la luz puede dudarse de ellos.

Escritos poco después que sucedieron, viviendo todavía los pontífices que crucificaron a Jesucristo, no hay ni memoria de que hubiesen sido contradichos. ¿Ni podía engañarse un pueblo entero en recibir por milagro lo que sólo fuese efecto natural de las leyes que dió Dios al mundo para que existiera? Opone siempre la incredulidad, la ignorancia de aquellos tiempos en las ciencias físicas, sin advertir que supone un saber muy perfecto de los más profundos secretos de la naturaleza de los que obraban los milagros. Pero ¿cuándo no se ha contradicho la impiedad? Y aunque es cierto que ignoramos las causas de muchos efectos que vemos, ¿es necesario por esto conocer todas las leyes de la naturaleza, para saber que es milagro la curación, la muerte y la vida del hombre, seguidas al simple imperio de la voz? ¿Pudo obrar la física para que entendiesen simultáneamente el idioma de san Pedro los partos, medos y elamitas, los de Judea, Capadocia, Ponto, Frigia, Egipto, Libia y Roma, los cretenses y los árabes? ¿Un galileo en fin, sin educación, un pobre pescador, hubiera dado el ejemplo de confirmar con su sangre estos hechos, sin el interés de la verdad? No tache, pues, la incredulidad de inciertos o dudosos los milagros con que san Pedro prueba la religión. Demasiado crédulo es menester que sea el que se persuada de que tales acciones no son milagros, o de que el mundo pudo mudarse sin ellos. Sí, ellos son el título que

garantiza la divinidad de la doctrina de san Pedro, segundo testimonio de la verdad de la religión que nos da su vida.

II

¿Qué era el mundo cuando los apóstoles predicaron el evangelio? No llamemos a juicio a los bárbaros, ni a aquellos pueblos que, exasperados por la tiranía y la injusticia de los romanos, sólo podían ofrecer a la posteridad el escándalo de la desesperación, o de la ignominia del abatimiento. Los mismos romanos y los griegos en los célebres siglos de su poder, de su gloria y de su civilización, presentan el mejor argumento a favor de la doctrina divina de san Pedro. Y ciertamente, ¿qué idea tenían aquellos pueblos célebres acerca de la esencia de Dios y de sus atributos? ¿Cuáles eran sus nociones sobre el alma y la felicidad verdadera? ¿Sobre qué principios se fundaba su moral? El buen sentido y el pudor se resisten a enumerar los infinitos desvaríos de su teología, y los execrables desórdenes de sus costumbres. Multiplicando la divinidad hasta llegar a adorar las más despreciables criaturas, destruían la esencia misma de Dios. De aquí, unos no querían Dios alguno, otros se lo fabricaban según el capricho de sus pasiones; unos pensaban que era un Dios ocioso, que dejaba a la casualidad el gobierno de la obra de sus manos, como indigno de su providencia y de su eterno descanso; otros le tenían por esclavo de los hados, sujeto a leyes que él no había establecido; y algunos le miraban también como el alma de este vasto cuerpo del universo incorporada en él. La naturaleza del alma y su inmortalidad estaban oscureci-

das bajo los errores de las escuelas: considerándola ya como reunión de átomos, fuego sutil, aire delicado, ya como una porción de la divinidad, había quienes la hiciesen nacer antes que existiese el cuerpo, quienes la hiciesen morir con él, y quienes, lanzándose en lo más profundo del abismo, la trasladaban del sér moral a la bestia de que el hombre dispone a su arbitrio. El mundo entero se agitaba buscando la suprema felicidad en los sentidos, en el poder, en la fama, en el entendimiento, en la misma inacción..., qué sé yo en cuántos más objetos incapaces de producirla; cada uno se desviaba, yendo de placer en placer, tras de una sombra fugitiva que jamás llegaba a alcanzar.

De esta absurda religión no podía nacer una moral que le aventajase. Convirtiéronse en filosofía las más vergonzosas disoluciones, los vicios más abominables fueron consagrados: el incesto, la perfidia, la crueldad..., todo halló altares; y ni el perfume del incienso, ni el tributo de la adoración que él simboliza, se escasearon para el crimen divinizado. Todos los cultos y sus profesores formaban un público espectáculo de locura y prostitución; y de este modo, la antigua Grecia, cuyas perfectas artes son hasta hoy el prototipo de lo bello, grandioso y sólido; y Roma cuyo nombre anda todavía con el grande honor que su poder y su legislación le dieron; estos dos pueblos cuya civilización no cesan de admirar las naciones cultas, eran en su religión y en su moral iguales a los bárbaros que sojuzgaban y a los idiotas que instruían. Pero vos, ¡Dios mío! compadecido de tánta miseria, les enviasteis a san Pedro, que derribó la idolatría, condenó la prostitución, esclareció el entendimiento, ense-

ñando nociones sublimes de la divinidad, dogmas puros y consoladores, y una moral severa y perfecta, superior a toda la sabiduría de los filósofos.

Abrid sus admirables epístolas, y el Evangelio que san Marcos escribió bajo su enseñanza. Allí encontraréis la creencia de un sólo Dios en toda su pureza y sublimidad, reuniendo en sí la perfección de la sabiduría, la inmensidad del poder, el tesoro inextinguible de la bondad, los atributos de la causa que crea y ordena, y el carácter benéfico de una providencia que vela sobre los hombres con una constante solicitud. Sin destruír la unidad de Dios, multiplicando su esencia, enseña san Pedro el alto misterio de la Trinidad, presentándonos a Dios en una inefable sociedad, que es la felicidad del mismo Dios. De este augusto misterio deduce el Apóstol todo el admirable plan de la religión; sobre él se levanta todo el dogma cristiano; y es al mismo tiempo un objeto de admiración, de amor y reconocimiento, y no un misterio puramente especulativo. Porque Dios, enteramente feliz en sí mismo, creó al mundo por su Verbo Eterno, y por El mismo es que lo conserva y gobierna. Este Verbo Divino, consubstancial e igual al Padre, se dignó de hacerse hombre, revestirse de nuestra carne, y habitar entre los pecadores, para ser nuestro maestro y nuestro modelo: dió su vida para ganarnos una por siempre dichosa, y se nos da en forma de alimento para unirse más estrechamente a nuestras almas. El Espíritu Santo, divino amor esencial del Padre y del Hijo, después de haber hablado por los profetas, fue enviado para iluminarnos e instruírnos; comunicado por los

sacramentos, opera en nosotros por su gracia, y preside a la enseñanza de la Iglesia.

Tales son las ideas grandes, sublimes y consoladoras que elevan el alma y la enternecen, y que san Pedro propuso al mundo para levantarlo de las tinieblas de la idolatría. Iluminado el entendimiento con el torrente de luz que de sí despide la sublime majestad de los dogmas cristianos, san Pedro enseña al hombre su augusto origen, la noble perspectiva de la vida futura, y el objeto de su existencia pasajera sobre la tierra. Para llamarlo, publica el completo y admirable código de moral que recibió de Jesucristo, en él se consagran todos los lazos sociales, purifícanse todos los afectos, se da un precio inestimable a todas las acciones, y se cría una verdadera dignidad al desgraciado, y un consuelo eficaz que recompensa al afligido sus fatigas. Sujétanse las pasiones al espíritu, se recomienda y hace fácil el olvido absoluto de sí mismo. De este modo, san Pedro ofrece unidos en la más bella armonía los preceptos y los dogmas; y con unos y otros presenta a Dios a los ojos de la criatura bajo la imagen consoladora de un padre, conduce al hombre a su autor por un culto de espíritu y verdad, y hace nacer la moral del sentimiento religioso, y no del interés. La sociedad humana recibe una vida del todo nueva en la celestial caridad que identifica el amor de Dios con el amor del hombre, hasta hacer amar al que nos persigue y nos aborrece; y en los nuevos vínculos que da a los pueblos con los gobiernos, enseñando a obedecer por conciencia, tanto al buen magistrado como al díscolo. Y toda esta gran legislación es sancionada por penas y recompensas eternas e invariables,

dignas del divino Legislador del cristianismo que es eterno e inmutable, conmensurables al alma que es inmortal, capaces de contener la impetuosidad de las pasiones hasta el desorden del pensamiento, y de alentar el corazón a superar todas las dificultades de la virtud. Porque todo premio y toda pena que fuesen transitorios, podrían compararse o al daño o tedio de la virtud, o al gusto o interés del vicio; y entonces el hombre obraría por una moral de cálculo, como la de Epicuro, Holbach y Bentham; mas la que enseña san Pedro hace obrar al hombre por los principios inmutables de justicia eterna.

Esta no podía hacer del cristianismo la religión de cierta clase de hombres, sino el culto universal y el tesoro común, porque es propio del verdadero culto esparcirse y comunicarse. Las religiones paganas dejaban siempre a la multitud en la ignorancia; jamás salían de cierto número de hombres los buenos principios que por entre tantos errores llegaban a conocerse; pero san Pedro llama a la multitud desgraciada que forma la masa de la sociedad, a esa multitud necesitada que sufre todo linaje de privaciones; la rehabilita en la sociedad, elevándola por la grandeza de sus lecciones a la felicidad de las promesas eternas; abate a los poderosos y exalta a los humildes, y de todos los hombres, de cualquiera condición, de cualquier clima, forma una sola familia de hermanos. Por esto es recibida por todos los pueblos y naciones la doctrina de san Pedro, como la luz divina que disipa las tinieblas, como el origen de la paz y de la esperanza, y como el culto único que satisface todas las necesidades, y llena todos los deseos;

justificándose ella a sí misma por su beneficencia incomparable.

Vióse así esto realizado en la primitiva Iglesia, cuyo hermoso cuadro nos traza san Lucas. ¡Qué sociedad tan digna del Cielo! Los fieles que había ganado el ascendiente de una convicción sincera y profunda, triunfando de la educación, de los intereses y de las preocupaciones, se hacían superiores al desprecio, a los tormentos y a la misma muerte; eran discípulos penetrados del mismo espíritu que vivía y obraba en los Apóstoles; todas sus cosas eran comunes, no tenían sino un corazón y un alma; llenos de celo por la práctica de la virtud; modelos de paciencia, de bondad, de desinterés; verdaderos sabios sin conocerlo; desplegrando, al salir de las condiciones más oscuras, las altas y heroicas virtudes que se admiran en los más grandes santos, porque ellos lo eran en efecto.

Tal fue la transformación obrada en la tierra por la doctrina de san Pedro; doctrina que no era suya sino del Dios que le había enviado. El mundo se asombró al ver un suceso tan estupendo, y pasmado exclama: ¿Quién es el que enseña esta doctrina y transforma así al mundo? ¿Un pobre pescador, retirado del mundo desde su infancia, pudo adquirir tan profunda sabiduría? No estuvo a su alcance, nó, ningún medio de los más comunes para cultivar sus talentos y perfeccionar su entendimiento. Nacido en condición humilde y menesterosa, sin libros, ni documentos de la antigüedad, no pudo recibir por medios ordinarios la sabiduría con que hablaba, ni la moral que enseñaba. ¿Y es posible que un hombre oscuro, idiota, incapaz de prometer nada por su parte, haya po-

dido inventar misterios sublimes, reglas perfectas de moral, doctrina tan pura, tan sólida y tan superior a cuanto los más sabios filósofos habían enseñado? De esta misma imposibilidad se deduce que su doctrina, que sus dogmas, que sus preceptos, nacían de la fuente de toda sabiduría y perfección: del Verbo Eterno de Dios, hecho hombre. La razón humana no puede rechazar los luminosos testimonios que presenta san Pedro en su doctrina para persuadir la verdad de la religión; el mundo la recibe y la confiesa, y el Cielo la confirma en la duración de la autoridad perpetua de Pedro, para que el Señor sea adorado en un culto santo hasta el fin de los tiempos. Vamos a verlo, señores, y si me detengo algo, dispensad, porque este día requiere con especialidad que nuestra voz exalte la gloria de San Pedro a una con la de la religión.

III

Enseñando Jesucristo la verdadera religión y la doctrina de vida eterna, que sacaba al hombre de las tinieblas de la muerte y le abría las puertas del cielo, no podía dejar de dar perpetuidad a la obra de sus manos, para que en todos los siglos estuviesen al alcance del hombre los medios de conocer la verdad y de practicar sus preceptos. Pero, ¿en dónde hallaremos esa regla común a todos, ese principio fijo y seguro, que determine al hombre sobre la religión, sin temor a errar? La razón ilustrada por la fe no se hace infalible, ni puede discernir, por tanto, en materia tan grave. Las Escrituras santas tienen sin duda una autoridad irrefragable; pero esta autoridad tampoco

puede por sí sóla determinar al hombre, porque su fuerza depende de la inteligencia que se le dé; y si ella tuviese lugar por sí sola, vendría el sentido privado a multiplicar las creencias, tomando por principio las mismas Escrituras; y cosas diametralmente opuestas, como resultarían precisamente de este sistema, harían sospechosa la palabra de Dios; la Fe enseñaría y reprobaría al mismo tiempo y se haría una regla inútil. Así lo prueba la experiencia de las sectas separadas de la Iglesia, que invocando las Escrituras, enseñan a nombre de Dios las unas, lo que las otras a nombre del mismo Dios reprueban. Pero la Sabiduría Eterna que vino al mundo a revelar a los hombres sus misterios y a darles una ley de regeneración, a reunir los hombres de todo país y de todo linaje bajo el reino de la verdad y de la justicia, debió imprimir a su obra el sello de la divinidad, debió dejar en la sociedad, depositaria de su palabra, de sus leyes y de su gracia, una señal de la mano todopoderosa que la constituyó, una señal que la haga conocer siempre y cuya luz sea tan resplandeciente que ninguna secta, ninguna religión humana pueda vindicar para sí la augusta señal que el Verbo Eterno sólo pudo dar a la Iglesia verdadera.

En efecto, señores, ese radioso esplendor brilla en la noche de las opiniones y de las dudas, como un faro de esperanza y de salud; y en la peregrinación de la vida del tiempo hacia la eternidad, jamás el hombre que ama y que busca la verdad confundirá los esplendores de la Esposa de Jesucristo con las dudosas luces que guían los trému-

los pasos de las víctimas de la herejía y de la mentira.

Pero entre estas señales inmortales de la Iglesia, hay una que reune las demás, que guía a las otras, que da seguridad al hombre, porque allí lo encuentra todo: **la unidad.**

Hombres de todas las edades, que no habéis hecho un pacto con la muerte, ni habéis dicho un funesto adiós a la esperanza; vosotros que todavía creéis algo, fijad vuestra atención sobre este hecho inmenso, tan prodigioso como palpable, cuyo poder de convicción es tan fuerte, como son débiles las creaciones sociales que desbaratan los cálculos del pensamiento.

La unidad, propiedad fundamental del Ser infinito, es también el atributo imparticipable de la verdadera religión, no sólo en su dogma y en su moral, sino en su jerarquía, parte noble y principal de la sociedad cristiana, que la refunde toda en su cabeza. Yo reduzco todo mi argumento a un sólo punto: lo despojo de todas sus razones colaterales porque de este modo llegaremos más fácilmente a la demostración.

La unidad de la Iglesia reposa sobre el grandioso testimonio de la jerarquía. La existencia social, visible y permanente, de una jerarquía que desciende desde un poder supremo y central hasta los últimos ministros colocados a la extremidad del círculo sacerdotal, es un hecho evidente como la luz y que nadie puede negar, porque esta negación implicaría un trastorno absoluto de las mismas leyes de la inteligencia y de la razón. Diez y ocho siglos há que esta jerarquía enseña al mundo una

misma religión y se presenta con una misma organización. ¿Quién podrá dudar siquiera que la unidad es su carácter más visible, aquel carácter prominente que lució antes de que los demás se hubiesen desenvuelto y que Jesucristo explicó claramente aun antes de constituír su Iglesia, anunciando que sería "un sólo redil bajo un solo Pastor"?

A las orillas del mar de Tiberiades comenzó Jesucristo a realizar esta promesa, cuando preguntando a los Apóstoles lo que decían de él, todos callaron su divinidad y sólo Pedro la confesó "Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan, le dice. porque no te lo reveló la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Tú, pues, que eres Pedro, serás la piedra sobre que edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A tí te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo" (1).

Esta magnífica promesa fue hecha a San Pedro por su fe pronta y viva, pero como ella sola no basta para el alto ministerio pastoral, si no va acompañada de un ardiente amor de Dios y de un celo eficaz por la salvación de las almas, Jesucristo exige esta prueba de su primer discípulo para confirmarle aquella autoridad; prueba de su amor superior al de los demás discípulos y que a presencia de ellos dió san Pedro a Jesucristo, quien lo constituyó luégo su cabeza para que los confirme y apaciente. Por esto, dice san Cipriano, sobre

---

(1) Matth., XVI, 19.

solo San Pedro funda Jesucristo su Iglesia; a él solo encarga que apaciente las ovejas. Y aunque es verdad que después de su resurrección comunicó a los demás Apóstoles igual poder, sin embargo, para manifestar la unidad, estableció una cátedra y fijó por su autoridad el origen de la unidad misma... A san Pedro le da la primacía para acreditar ser una sola la Iglesia y cátedra de Jesucristo (1).

San Pedro despliega bien pronto los atributos del primado que recibió para apacentar a las ovejas y a los corderos, a los fieles y a los pastores mismos. Los Apóstoles se dividen la predicación del Evangelio por diversas regiones; ninguno usa del ministerio que se le ha encargado donde ya otro ha enseñado la palabra de la salud; sólo Pedro, constituído cabeza de los demás, es Apóstol de los hebreos y de los gentiles, predica en Italia y en Grecia, en Jerusalén y en el Ponto, en Bitinia... dondequiera que se haya anunciado el nombre de Jesucristo o sea aún desconocido. "Hace viajes por todas partes a manera de un diestro general, dice san Juan Crisóstomo, para ver si todas las cosas van bien ordenadas". Antioquía, metrópoli del Oriente, tiene la dicha de que el primer Pastor, el Vicegerente de Jesucristo sea el fundador de su Iglesia. Pero su silla pontifical debe fijarse en lugar eminente, para reunir mejor los diversos miembros de la sociedad cristiana, y san Pedro elige a Roma por su residencia, como la primera ciudad del mundo por su poder y por los grandes peligros que en ella debía correr. Como el primero entre los

---

(1) De utilitate credendi, IV, 32.

Apóstoles, levanta también el primero el estandarte de la cruz en la capital del imperio, centro de la superstición y de la sensualidad. Desde Roma vivifica san Pedro el cuerpo de la Iglesia; desde allí escribe a los fieles del mundo, haciendo salir de la misma Babilonia la salud y la vida; va a recorrer las Iglesias de Judea; preside en Jerusalén el primer Concilio, diciendo él primero, por su derecho, el punto controvertido. Vuelve por Antioquía a Roma, donde orando con san Pablo, confunde la impía temeridad de Simón Mago, y descansa ya en su cátedra, centro de la unidad y asiento de la doctrina de la verdad, según la bella expresión del siempre grande Agustín. Y constante hasta el fin, tan fiel como antes fue debil, sella con su sangre la verdad de la fe que predicaba, dando, en un mismo día con san Pablo, testimonio a la verdad con su vida; gloria y alabanza al nombre de Jesús por quien morían; y allí deja la piedra sobre que Jesucristo levantó su Iglesia.

¡Iglesia Santa! exclamaré yo ahora con San Agustín (1), no te juzgues abandonada porque no ves a Pedro, porque no ves a Pablo, porque no ves a aquellos por quienes naciste; de tu misma prole se aumentó la paternidad, por los padres nacieron otros hijos: **Pro patribus tuis nati sunt tibi filii, constitues eos principes super omnem terram.**

Sí, señores; desde san Anacleto hasta Gregorio XVI, los Pontífices supremos del Capitolio cristiano gobiernan la Iglesia cuyo indestructible fundamento puso Jesucristo en el pontificado de Pedro, oscuro pescador de Galilea, hecho inmortal en sus

(1) Enarrat. in Ps. XLIV.

sucesores. Centro de la unidad católica, el pontificado romano es la roca en que estriba el edificio eterno por la mano del mismo Dios. De él, de él sólo, desciende toda la jerarquía, por él existe, por él vive y se perpetúa en sus destinos que no pueden perecer. Toda la sociedad, la Iglesia entera, los corderos y las ovejas, el pueblo y el sacerdocio, todos oyen la palabra de Pedro en los oráculos de sus sucesores, y cuando Pedro ha hablado por ellos, no hay más disputa, la controversia queda sellada para siempre. **Lis finita est.**

¡Qué consolador es el pensamiento de la fe siempre pura de la cátedra de Pedro! Jamás una palabra de error ha caído de la boca de los Pontífices romanos, cuando han hablado a la Iglesia. Este hecho, único en los anales del mundo, prueba invenciblemente la unidad católica, o nada en la raza humana podría llevar el carácter de una prueba incontestable. De aquí esa admiración, acompañada de terror, con que los incrédulos de nuestro tiempo contemplan el poder supremo de los Pontífices romanos siempre vivo por la unidad de la jerarquía; ellos convienen en que un filósofo, después de tántos siglos, no ha podido someter un solo espíritu bajo el cetro tiránico de su pensamiento individual, sino excitar otros soberanos contra él, en tanto que doscientos millones de hombres reciben la palabra del Vaticano como descendida del seno mismo de Dios.

¡Qué espectáculo, en efecto, el de una sucesión de Pontífices, salidos de en medio de la raza humana, llevando el atributo de las debilidades del hombre, y que desde el día en que la mano de Dios los coloca sobre la cátedra de Pedro, no han hecho

oír a la Iglesia, dispersa por los cuatro vientos, otras palabras que las que el Verbo Eterno dice a Dios en las alturas de su gloria!

¡Santa Iglesia romana, madre de todas las Iglesias, cuya autoridad principal es el alma de todas: yo te saludo en este día con el Hosanna de la fe y de la esperanza, animado por el fuego de la caridad! ¡Salúdote, roca incontrastable, que en diez y ocho siglos de tempestades te muestras siempre firme, siempre viva, siempre victoriosa!

El duelo del paganismo contra la Iglesia te presentó un campo donde la promesa del Cristo te coronó de nuevos laureles; las herejías vinieron luégo, y cuerpo a cuerpo combatieron contigo; pero ni Arrio, ni Pelagio ni heresiarca alguno, desde Simón Mago hasta Lutero y Calvino, han hecho otra cosa que despedazarse al pié de la roca eterna. Tus pontífices, testigos inmortales de la fe de la Iglesia, guardianes incorruptibles de la revelación, doctores infalibles de la verdad, centro de la unidad católica, jefes de todo el episcopado, el cual no puede cumplir su misión fuera de la órbita de la unidad, no son más que ecos fieles de aquella palabra venida del cielo y salida de la boca del primero de los Apóstoles: "Tú eres el Cristo, hijo de Dios vivo". Y porque los sucesores de Pedro, a despecho del infierno y de sus negaciones, no han cesado de proclamar y defender la fe en la divinidad de Jesucristo, jamás Jesucristo ha dejado de decir a cada uno de ellos: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra está edificada mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella".

Tampoco prevalecerán contra ella las nuevas sectas filosóficas, que se suceden unas a otras como

las aguas del torrente, y que poniendo todo su sistema en no tener otro que el de no creer nada, caminan, a la noche de la nada como el agua que se esparce.

Todo nace, crece, decrece y muere a vista de la cátedra eterna, columna inmóvil de la verdad, que ve pasar delante de sí los imperios, las generaciones y los siglos, al mismo tiempo que sólo ella permanece con el Señor que la fundó; sólo ella, como Dios, viene de la eternidad y durará por todos los tiempos, y pasará a la eternidad sin inmutarse, según la sublime expresión de san Epifanio: **Ab aeterno usque in aeternum.**

¿Qué nos resta ya, sino confesar con los labios, con el corazón y con el alma, las grandes maravillas que el Señor obró en su Apóstol, para gloria de su santo nombre y para felicidad de los mortales? Maravillas que prueban al universo en todos los siglos la verdad de la religión católica, como el mismo universo testifica en su magnificencia el poder y sabiduría del Creador. **Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.** Maravillas que convenciendo la razón, conducen a los hombres a adorar al Señor en el único culto que es verdadero, en el único culto que es santo, en el único culto que le es agradable, en el culto católico que durará hasta la consumación de los siglos. **Domum tuam decet sanctitudo, Domine, in longitudinem dierum.**

Esta es también la suma de los deseos de mi corazón, y los votos que hayo hoy a los pies del Príncipe de los Apóstoles, por mi grey, por nuestra patria. Pueda nuestra querida patria, no sólo

ser testigo del hecho milagroso de la perpetuidad de la cátedra eterna de San Pedro, sino glorificarse en vivir perfectamente unida a ella, en vivir bajo el cayado de Pedro, en vivir confesando siempre la fe de Pedro, y si necesario fuere, en ver morir a sus hijos como Pedro, por la Iglesia, una, santa, católica y apostólica.

Y tú, gran pontífice del Eterno Pontífice Jesucristo, tú, que no sólo eres glorioso en el cielo sino hasta en tus cenizas, que reciben homenajes tan perpetuos como tus sucesores; tú, cuya protección es para la Iglesia y sus hijos la primera después de la de Jesucristo y su Madre, conjura desde el cielo la tempestad del filosofismo y de la herejía; disipa las naciones que pretenden hacer la guerra a la unidad, **Dissipa gentes quae bella volunt.** Dirige tus miradas sobre aquella Iglesia célebre que tus siete enviados santificaron con su palabra y fecundizaron con su sangre; vuélvele la paz y el gozo de los días antiguos, de los días de los Isidoros, de los Braulios, de los Ildefonsos, de los Ignacios; **visita hoy la viña que sembraste, y especialmente el ángulo que en ella ocupamos; consérvanos adheridos a tu cátedra, para ser siempre fieles en la vida y gloriosos en la Eternidad. Amén.**

SERMON

PREDICADO EN LA FESTIVIDAD DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS EN LA IGLESIA VICEPARROQUIAL DE SAN CARLOS, DE BOGOTA.

Et erit cor meum ibi cunctis diebus.
Permanecerá entre ellos mi corazón para siempre.

(III Reg. IX, 3).

Digno es de un respeto y veneración especial este día, en que nuestros templos resuenan con cánticos de alabanza y de bendición para celebrar la festividad del amor inmenso de Jesucristo, simbolizado en su corazón, en cuyo culto recordamos la magnificencia de sus misericordias y el portento de sus bondades. La fiesta del Sagrado Corazón es la fiesta del amor, por excelencia, el compendio de todas las maravillas, el principio de nuestra gloria, el punto en que vemos reunidas en una todas las grandezas de la redención, y los fundamentos de nuestra más sólida esperanza.

En vano hombres temerarios, tan enemigos de la autoridad como de la devoción; hombres soberbios, para quienes todo es superstición, porque sólo aman la sensualidad; hombres que menosprecian las congregaciones piadosas, pero gustan siempre del tumulto del mundo; hombre que se desdeñan de lo que llaman prácticas populares y que tan poco conocen la ciencia del espíritu, pero que semejantes a los maestros mentirosos de que habla San

Pedro, introducen sectas de perdición; en vano estos hombres mundanos censuran la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, pretendiendo ser más espirituales que la misma Iglesia que la autoriza. La luz brilla por sí sola; y el misterio del amor tiene tántas obras manifiestas para vindicarse, que no necesita del testimonio humano.

En efecto, Jesucristo nuestro Señor, anunciado bajo tántas figuras gloriosas, no vino al mundo para destruírlo, llevando por todas partes la desolación y la muerte, como los héroes terrenos, cuya gloria jamás brilla sino por el reflejo del fuego de los combates. Semejantes glorias habrían deshonrado su misión divina; y el Príncipe de la paz, el que no quebraba la paja en el camino, no habría sido establecido para nosotros por fuente de sabiduría, por justicia, santificación y redención nuestra.

Anunciado tenía el Señor que sus pensamientos eran de paz, de aquella paz espiritual que sólo da el amor de Dios; y por eso Jesucristo, al consumar la obra de nuestra redención, habiéndonos amado en su vida, nos amó hasta el fin, sacrificándola por nuestra salud y quedándose entre los hombres de una manera misteriosa, para satisfacer los deseos de ese corazón inmenso, especialmente por su caridad; por aquella caridad que no se contenta con amar, sino que quiere vivir con los amados, poniendo entre ellos su corazón, para acompañarles mientras vivan. **Et erit cor meum ibi cunctis diebus.**

Al salir Jesucristo del mundo, como por un último esfuerzo de su sabiduría y de su amor, dió a los hombres su propia carne por alimento. ¡Qué

dón tan inefable! ¡Qué prodigio tan sigular! Aquí me parece que la omnipotencia divina se excedió a sí misma, encerrando en una todas sus maravillas y poniendo en este misterio el eterno memorial de su amor; de aquel amor con que desde la eternidad nos ha amado para atraernos hacia sí.

¿Quién no se pasma a la vista de tánto amor? Acostumbrados desde nuestra infancia a gustar de estas maravillas, nos familiarizamos en cierto modo con ellas; creemos lo que nos enseña la fe, pero permanecemos en una indiferencia reprensible, sin alabar y bendecir las misericordias del Señor. Verdad es que no es dado a las criaturas comprender estos misterios inefables. Pero, ¿es por eso menos digno de nuestro amor y reconocimiento el prodigio del amor de Jesucristo, dejándonos su corazón en el augusto sacramento? No, señores; y debiendo yo hacer hoy el elogio del culto del Corazón de Jesús, autorizado por la Iglesia santa, me prometo excitar vuestro amor y reconocimiento al amor inefable de este sagrado corazón, manifestando que su culto es santo y benéfico a los hombres. Tal es el asunto de mi discurso. Ayudadme a implorar los auxilios de la gracia, por la intercesión de la Madre de Jesús, saludándola con el ángel: **Ave María.**

I

Si hubiera yo de hablar en este día a los hombres sin más guía que la débil luz de la razón, me limitaría a excitar en sus corazones el amor de Dios por la idea de las admirables perfecciones del Sér infinito y por el interesante cuadro de los beneficios de la creación. Pero hablando a los hijos

de la gracia, es preciso usar del lenguaje de la gracia; abandonar la disciplina del arcano, propia sólo para hablar delante de los profanos; y presentar a vuestros ojos el objeto más amable y hermoso que nos ofrece la religión. No me detendré en reflexionar sobre la profundidad de nuestros misterios, ni tendré para qué admirar aquellas santas tinieblas que los rodean, a fin de hacerlos más dignos de nuestra veneración, y de afianzar nuestra esperanza por la viveza de nuestra Fe. Sin duda, ésta es necesaria para agradar a Dios; pero cuando la poseemos ya, ¿qué nos resta si no hacerla viva y eficaz por la caridad? Y para ello ¿qué culto más propio que el del Corazón de Jesús, que es el maestro del amor?

A la verdad, hermanos míos, el Corazón de Jesús en el adorable sacramento de nuestros altares, es el objeto santo y santísimo que hoy ofrece la Iglesia a nuestras adoraciones y homenajes; y hacerlo el centro único de nuestras más tiernas afecciones, y de nuestros más íntimos sentimientos, es proponernos el más noble intento y el más capaz de elevar nuestras almas. Porque ¿qué hay más digno de un culto superior y de una veneración particular?, ¿qué fuente más abundante de consuelos?, ¿qué fiesta más bella, más propia para inspirar pensamientos elevados y deseos celestiales, que la del Corazón de Jesús, en el cual adoramos a Dios entero, y celebramos en un prodigio tántos prodigios reunidos? Esta es la fiesta del reconocimiento por un beneficio sin precio, que pone el colmo a todos los beneficios. Es la fiesta del corazón, la devoción del sentimiento y del amor. ¿Dónde hallaremos una regla más cierta, una vía

más segura, ni un medio más infalible para llegar a Dios, unirnos a El y corresponder a sus bondades?

Camino es este, mis hermanos, que podemos andar sin peligro, porque en el augusto sacramento se nos da un faro de luz que nos guía y un espejo de todas las virtudes que nos sostiene. Las más brillantes cualidades del espíritu están siempre expuestas a excesos; aun las mismas virtudes que nos santifican pueden degenerar en abuso; la justicia puede convertirse en rigor; el celo de la casa de Dios en fanatismo; la fe puede degenerar en credulidad; la esperanza en ilusiones; sólo el amor de Dios no puede engañarse. Podemos creer demasiado, esperar sin fundamento, pero nunca podemos excedernos en el amor, aunque ardamos en la encendida caridad de los serafines. Y ved aquí por qué el culto del Corazón de Jesús, fundado todo en el amor, no puede conocer ni abuso ni exceso; no hay en él, ni desorden qué temer, ni inconveniente qué salvar, ni peligro qué prevenir. Los ángeles, pretendiendo un poder igual al de Dios, cayeron hasta el hondo abismo; el primer hombre, ambicionando una ciencia como la de Dios, cayó también, y con él toda su descendencia; pero aspirando a un amor igual al de Dios, ni el ángel ni el hombre han hallado jamás un sólo peligro; de modo que mientras que el hombre se eleva en su amor, aun cuando llegue al de los más abrasados serafines, lejos de correr peligro, estaría más seguro de no caer. Ni ¿cómo podría caer amando como Dios, y no viviendo sino por El? Dios es todo amor, dice san Juan: **Deus charitas est.** El amor constituye su esencia; el amor es el principio in

extinguible de su sér; el amor es el que obra su inefable fecundidad; el amor es el que forma el lazo incomprensible que une las tres divinas personas; y el amor que hace la felicidad de los santos en el cielo, hace también la del mismo Dios. El corazón del Padre y del Hijo son uno mismo. La Trinidad es tres amores en un sólo amor. Misterio inefable que no le es dado sondear al hombre, pero que nos enseña que la religión es toda amor, como Dios de quien procede.

Contemplemos ahora por un momento que en el augusto sacramento adoramos en el Corazón de Jesús a la misma Trinidad Beatísima; pues que en el Corazón de Jesús adoramos a Jesucristo Dios y hombre, al Verbo Eterno consubstancial al Padre, inseparable del Padre, y ambos consubstanciales al Espíritu Santo, iguales a El, inseparables de El.

Es decir, que cuando quiera que adoramos una de las tres divinas personas, las adoramos a todas tres en la unidad de la esencia que confesamos. Ahora bien, hermanos míos, ¿quién no conoce la excelencia del culto del Corazón de Jesús, que unido hipostáticamente a la naturaleza divina, siempre nos presenta en los altares lo más santo, lo más excelente, lo más grande, como que es Dios mismo?

Repitamos con San Juan que Dios es todo amor: **Deus charitas est**; y que el que ama y permanece en el amor, permanece en Dios; es decir, se asemeja a Dios, y se une tánto a Dios cuanto puede unirse una criatura. **Qui manet in charitate, in Deo manet.** Ciertamente, el amor es la única cosa que nos hace capaces de imitar a Dios y de

acercarnos a El. Nos juzga, y no podemos juzgarle; nos da mucho, y no necesita de nuestros dones; manda, y debemos obedecerle; se irrita, y debemos temerle; amenaza, y nos hace temblar. Pero ama y ¿qué debemos hacer? Amarle, amarle cada día más y amarle siempre. ¡Oh bondad infinita de nuestro Dios! Con razón decía el grande amador de Dios, san Agustín: "Si amas la tierra, eres tierra; pero si amas a Dios, eres Dios".

Luego, si Dios es amor; si el culto del Corazón de Jesús es el culto del mismo Dios, esta devoción no es nueva; es tan antigua como el mundo; la devoción de todos los tiempos, de la eternidad; la devoción de Dios mismo, si puede hablarse así, pues que Dios vive y existe por el amor, es feliz por el amor y cada instante es para él un acto de amor inefable, y sólo en la eternidad, no podrá amar sino a El mismo, y a nosotros por El.

Podemos también decir en un sentido muy verdadero, que la devoción del Sagrado Corazón es la devoción del Cielo, porque el Cielo no conoce ni puede conocer otra virtud que la del amor. Allí no hay ya fe, pues se ve a Dios cara a cara; no hay esperanza, pues se le posee, ni paciencia, porque son desconocidos el llanto y el dolor; ni oración por sí mismo, porque no hay qué pedir sino para otros; ni humildad, pues no hay debilidades humillantes; ni castidad, porque cesó para siempre el imperio de los sentidos. La caridad sóla, más fuerte que la muerte, es la única virtud que pasa del sepulcro, triunfa del tiempo y no puede extinguirse; la única que por un privilegio singular sobrevive a todas las demás; y así puede decirse, que la devoción al Sagrado Corazón, fundada enteramente en el amor,

es un pariso anticipado, el aprendizaje de una virtud que reina en el cielo, permanece en el cielo, y que no obstante es el gaje principal de esta asociación inmortal que no ama ni adora sino al que es el centro de la felicidad de los ángeles y de los bienaventurados.

¡Quién creyera, hermanos míos, que hubiese hombres para los cuales no hay el más pequeño atractivo en el amor de Dios; cristianos para quienes el corazón de Jesucristo no es el centro de sus afectos! No hay que dudarlo: hay entre nosotros ciertos hombres sin corazón, que no tienen otro fin que el triste y afrentoso de los sentidos, adheridos a la tierra; llenos siempre del mundo; sepultados en la sensualidad; errando porque no les guía la luz del amor, y afectando no obstante ser católicos por un resto de pudor público; pero que se burlan de nuestras devociones y nos tienen lástima, juzgándonos débiles, abyectos y degradados. ¡Feliz degradación, hermanos míos! Abatimiento venturoso, que nos pone en la dulce posición de poder gloriarnos de aparecer abyectos en la casa del Señor, antes que habitar rodeados de la gloria mundana en los tabernáculos de los pecadores. **Elegi abjectus esse in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.** Pero no creais, hermanos míos, que un celo mal entendido por la gloria de Dios sea lo que pone en los labios de estos hombres esas amargas censuras. No: es el odio que profesan a la Iglesia verdadera, es el anhelo que los devora por el triunfo del error, es la necesidad en que se hallan de respetar la piedad del pueblo, es, en fin, ese funesto ateísmo que presentando por única felicidad los placeres y las

riquezas, hace mirar con ojo enemigo cuanto refrena la sensualidad y condena la avaricia. Estos dos vicios son el dios de nuestro siglo, y por consiguiente ¿cómo ha de mirar el mundo con indiferencia que prediquemos el desinterés y la continencia, si esto desacredita sus doctrinas y atrasa el tiempo que espera la filosofía para regocijarse un día sobre los escombros del catolicismo? ¡Esperanzas vanas! ¡Esperanzas temerarias que irritan la ira del Cielo! Pero es cierto que la depravación llega hasta ese extremo en nuestro suelo, depravación lamentable que sólo puede corregirse por el celo y el fervor de los verdaderos fieles, que alcancen misericordia del Cielo con sus oraciones y contengan el torrente de la iniquidad con su ejemplo. Y ved aquí un nuevo y poderoso motivo para empeñarnos más en la devoción del Sagrado Corazón de Jesús, sin que nos arredren las censuras del mundo.

En efecto, si hombres frívolos y perversos califican nuestra devoción de un vano misticismo, respondámosles: que sus almas desecadas por falta de piedad, ni saben amar ni conocer las cosas que son de Dios; que la afectuosa piedad del adorador del Corazón de Jesús vale más que toda la razón del sabio, razón circunscrita, cuando el amor de Dios es inmenso; y que no hay espíritus verdaderamente limitados, sino aquellos grandes espíritus que concentran en sí mismos toda su fe, todas sus afecciones, todas sus esperanzas. Respondámosles que hay más mérito, grandeza y elevación de alma en un solo movimiento de amor por Jesucristo, que en todas las fútiles investigaciones del espíritu, y en los vanos refinamientos de la humana sabiduría.

Por lo que a nosotros toca, educados por la divina misericordia en la escuela de Jesucristo, amemos, y no queramos razonar sobre Dios; lancémonos confiadamente en aquel océano de gracias y beneficios, en donde la razón soberbia se pierde, pero el corazón humilde se halla bien siempre; amenos hasta poder decir con el Apóstol, que vivimos en la fe de Aquel que nos ha amado. Pero ¿qué es amar verdaderamente a Jesucristo? Es recibirlo como el Dios de nuestro corazón, según nos enseña la Escritura, es estudiar todos los movimientos de su corazón, para hacer de ellos el modelo del nuéstro, y darle, en cuanto podamos, un corazón tan ardiente como el suyo ha sido generoso; un corazón abierto como el suyo a todas las miserias, compasivo con los desgraciados, siempre pronto a recibir a nuestros más grandes enemigos, a perdonar a los mayores culpables; un corazón dulce y amable, manso y humilde como el de Jesús; un corazón nuevo, de modo que podamos exclamar con san Pablo: "No vivo yo, vive en mí Jesucristo".

¡Qué sentimientos tan dulces no excita en el alma esta sola reflexión! Contemplando el cristianismo las inmensas bondades de Jesucristo, esa caridad universal que lo hace el amigo de los hombres, el padre de los huérfanos, el protector de los desvalidos, y el consuelo de los desgraciados, no es posible dejar de exclamar con el Profeta: **Quam bonus Israel Deus, iis qui recto sunt corde!** Señor, ¡qué grandes y magníficas son tus bondades para aquellos que tienen un corazón recto! Vos sois quien nos elevais sobre todo lo carnal y perecedero; quien encendéis en nuestros corazones el amor, y quien nos hacéis conocer la dignidad de

nuestra alma por los beneficios de vuestro amor. Segunda cualidad que tiene el culto del corazón de Jesús.

II

Los anales de todos los siglos y de todos los pueblos deponen en favor de la fe del Mediador, del gran Libertador que había de aparecer en el Oriente, y que al mismo tiempo que era la esperanza de los creyentes, llenaba de consuelo a todos los mortales. Admira ver que hasta los pueblos más remotos, y casi sin cultura, conservaron esta tradición divina, más o menos clara, según el grado de aproximación a la verdad en que se hallaba su creencia religiosa. Tan cierto como todo esto es la necesidad de un Mediador que ponga la tierra en comunicación con el cielo, al hombre en sociedad con Dios. Vino el Deseado de las naciones, apareció la gracia de Dios en Jesucristo al tiempo preciso señalado por los profetas. La humanidad redimida saltó de alegría, bendijo al dador de todos los bienes, y como si todos los hombres hubiesen reunido sus voluntades en Simeón, exclaman con este gran sacerdote llenos de gozo, deseando salir de la tierra por haber visto al Mesías en carne mortal.

Sin duda, hermanos míos, la encarnación del Verbo y la redención dieron al mundo esas relaciones con el Cielo de que tánto necesitaba; pero lo que las fomenta y las conserva es el Corazón de Jesús en el adorable sacramento del altar, donde no muere una vez como en el Calvario, sino que siempre, y en todos los días, renueva aquel gran sacrificio que satisfizo por todos los pecados del mundo, que impetra todas las gracias de que nece-

sitamos, y que incesantemente está favoreciéndonos con sus bondades. Quitad de la Iglesia el augusto sacramento, donde el Corazón de Jesús vela día y noche por nuestras almas y decídme: ¿qué nos queda en nuestros templos? Nada, hermanos míos. Sin el corazón de Jesús en la Eucaristía, la comunicación con el Cielo se interrumpe, la escala misteriosa de Jacob cae, el Cielo se nos cierra, la Iglesia queda como viuda, sin tener a dónde volver sus ojos; no hay unión, no hay comercio entre Dios y el hombre; la religión viene a ser una árida filosofía, una teoría de cristianismo como la de nuestros hermanos errantes, un culto estéril que entrega el alma al horror de su indigencia, al vacío de su nada, y para servirme de la expresión del Apóstol, "la deja sin Dios en el mundo", **sine Deo in hoc mundo.** (Ephes. II, 12).

¡Que no pueda yo haceros entrar en el Corazón de Jesucristo, haceros penetrar en ese secreto santuario, para contemplar y adorar en él los caracteres sagrados de ese amor inmenso y todo divino, que profesa a criaturas tan poco dignas de él! Pero reflexionemos brevemente sobre los sentimientos del Corazón de Jesús en el augusto Sacramento, y sobre las circunstancias en que lo estableció para quedarse con nosotros; y así conoceremos de algún modo los beneficios que nos dispensa.

El amor de Jesucristo en la Eucaristía es un amor tierno y sincero, en que no reserva ninguna de las efusiones de su corazón por nosotros. **Amor liberal:** ¿qué puede darse más grande, cuando se da Jesucristo a sí mismo, cuando nos da su corazón, y con él todos los bienes? **Amor desinteresado:**

feliz en sí mismo, nada puede esperar de nosotros, ni puede moverle a tántas mercedes sino su infinita bondad y misericordia: la inmensa caridad en que vive su corazón es lo que obliga a amarnos, a pesar de nuestras imperfecciones.

Amor eficaz, que no consiste en palabras, sino que se muestra en obras y en prodigios. **Amor generoso,** hasta inmolarse por nosotros, hasta hacerse víctima por el pecado. **Amor ardiente,** que nos busca, nos llama y nos obliga a unirnos a él. "Venid a mí todos los que os halláis trabajados, y que estáis cargados de miserias, que yo os aliviaré". ¡Oh Dios Santo! Vos a quien la vasta extensión de los cielos no puede contener; Vos a quien los ángeles reverencian con temor, os dignáis de llamar a los hijos de los hombres; queréis que se acerquen a Vos; los animáis por mandatos y por beneficios; y lleváis vuestra bondad hasta ofrecerles la vida eterna, con tal que os reciban primero a Vos mismo, que sois el camino, la verdad y la vida. ¡**Amor constante,** en fin: si le abandonamos, no nos abandona: nos había amado durante su vida, nos amó hasta la muerte, y la misma muerte, lejos de apagar la llama de su amor, no hizo sino encenderla más. **Quum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.**

Ciertamente, mis hermanos: ¡Qué tiempo el que escogió el Salvador para darnos su corazón en el adorable Sacramento! Si lo hubiese hecho cuando le rodeaban las turbas, siguiéndole hasta el monte para escuchar los oráculos de su sabiduría, o cuando el pueblo salía a recibirle a las puertas de Jerusalén, cantando el Hosanna y aclamándole Enviado del Señor; sería sin duda un gran benefi-

cio. Pero no escoge Jesucristo ese tiempo para darnos la más grande prueba de su amor, sino el tiempo de su pasión, la víspera de su muerte, la noche misma en que debía ser sacrificado: **In qua nocte tradebatur.** ¡Oh amor! ¡Oh corazón! ¡Oh prodigio! Toda Jerusalén en fuego; levantado y enfurecido el populacho; los corazones conspirando a su pérdida, y cual tigres alterados no pensando sino en calmarse con su sangre; y sin embargo, entonces es que el Corazón de Jesús más encendido en amor que los de ellos en furor, prepara el más grande e inefable de todos los beneficios. Es decir, que mientras formaban los hombres proyectos de muerte contra Jesucristo, él sólo tiene por ellos pensamientos de paz, sentimientos de amor tierno, generoso y constante. Es decir, que mientras los hombres le preparan el ignominioso patíbulo en que iba a perecer anatematizado, el corazón misericordioso de Jesús dispone elevar un altar en el cual como víctima de propiciación se inmolara cada día por nosotros en la duración de los siglos. ¡Oh Señor! Al contemplar un corazón que ama hasta tal punto, correspondiendo los agravios con tales beneficios, el alma absorta no sabe qué decir: le faltan voces para alabar y bendecir a su generoso bienhechor; y en la pobreza de sus sentimientos, no encuentra otra acción de gracias digna de ser ofrecida a su Dios, que el precio de la redención, el mérito que ella da a todas nuestras obras.

Sí, hermanos míos: el precio de la redención es el que nos anima en la santa hermandad del Corazón de Jesús, en la cual nos sostienen las prácticas y ejercicios comunes de la piedad, las

oraciones son más fervorosas, se fecundan recíprocamente los sentimientos del amor y de la piedad, y procurando imitar a los primeros cristianos que sólo tenían un corazón y un alma, la dulce y amable caridad hace experimentar a los asociados aquella verdad tan consoladora, de que un solo día en la casa del Señor vale más que mil en los tabernáculos de los pecadores.

Pero después de pagar al Sagrado Corazón el tributo de nuestras adoraciones, como el objeto principal de nuestra hermandad, debemos rogar a Dios por las necesidades de nuestros hermanos, por las de la Iglesia para que Dios nos consuele en las pérdidas que experimentamos todos los días, y haga revivir las bellezas de sus antiguos días; para que Dios forme ministros según su corazón, y obreros tan celosos como es abundante la mies, a fin de que los impíos abjuren sus errores, los pecadores salgan del camino de la iniquidad, y todos vivamos en el temor de Dios, principio único de la sabiduría.

¡Pueda por vuestra misericordia, Señor y Dios mío, propagarse esta santa devoción por todos los pueblos, y hasta en el recinto doméstico de las familias! ¡Pueda reanimarse el fuego sagrado que parece amenazado de una extinción futura, por el curso progresivo que la impiedad y el libertinaje llevan desgraciadamente en nuestro suelo! Pueda, en fin, la devoción a vuestro Sagrado Corazón ser el precioso ornamento de este templo que vuestra misericordia nos ha restaurado, el consuelo de nuestro episcopado, para atraer sobre la cabeza y los miembros, sobre el pastor y el rebaño, todas las bendiciones del Cielo, y para esperar con seguridad la eterna bienaventuranza. Amén.

SERMONES DOCTRINALES.

SERMON PARA LA PRIMERA DOMINICA DE CUARESMA SOBRE EL AMOR DE DIOS.

Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum, et primum mandatum.

Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento.

(Matth. XXII, 37, 38.)

Después de cuatro mil años de errores y de crímenes, rayó al fin la luz y la verdad sobre la tierra, presentándose en ella el mismo Dios bajo la imagen de criatura, hecho hombre para enseñar a los hombres a adorar a su Dios. ¡Oh siglo mil veces feliz! ¡Oh nación hebrea entre todas dichosa, que gozó del inefable privilegio de ver y oír al Verbo Encarnado, cuando enseñaba al género humano lo que había aprendido de su Padre! ¡Quién me diera ser del número de aquellos venturosos habitantes de la Palestina, que aprendieron en la escuela del mismo Salvador los preceptos de esa ley santa e inmaculada, más pura que el oro acendrado; de esa ley que da la sabiduría a los simples y sencillos; de esa ley cuyas palabras son más dulces que la miel, según la expresión del Real

Profeta! Arrebatada el alma por la divinidad del Evangelio, desea, casi sin pensarlo, retroceder la serie de los siglos del cristianismo, para oír las palabras de vida eterna de la boca del mismo que es el camino, la verdad y la vida. Pero al mismo tiempo que deja volar sus deseos sobre las alas de la imaginación, la fe la detiene, le muestra en el templo católico el lugar donde, por la sucesión del ministerio apostólico, se enseña la doctrina verdadera: entrad aquí, le dice, y aprenderéis lo que Jesucristo enseñó; no veréis al Redentor con los ojos perecederos; pero os hablará al corazón, si lo abrís a la ley que se promulga.

Sí, hermanos míos: aunque el último entre los sucesores de los Apóstoles, yo vengo enviado por Dios a anunciaros las verdades más santas y más útiles; a repetir desde esta cátedra sagrada la solemne promulgación del primero y más grande mandamiento que el Creador impuso a los hombres. "Escucha, oh Israel, os digo con Moisés: El Señor Dios nuestro es el solo y único Dios y Señor; a El sólo debes amar con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas; y este mandamiento que te doy este día estará estampado en tu corazón, y lo enseñarás a tus hijos, y en él meditarás sentado en tu casa y andando de viaje, y al acostarte y al levantarte; y lo has de traer por memoria ligado en tu mano, y pendiente en la frente ante tus ojos, y escribirlo también en el dintel y puertas de tu casa". **Deuter. VI, 4-9.**

Estas son las palabras de la Ley: no necesitan comentario ninguno; cualquiera cosa que se le añadiera oscurecería la luz que ellas derraman; por sí solas nos revelan cuál es la fuerza con que el Espí-

ritu Santo nos inculca la excelencia, la superioridad y la plenitud del amor que debemos a Dios.

A la verdad, mis hermanos, ningún precepto más justo, ninguno más digno de Dios, ninguno más propio para reglar las relaciones de Dios con la criatura. No existíamos, y Dios era desde toda la eternidad. De sus manos salió el hombre apenas inferior al ángel que vuela alrededor del trono del Altísimo; y destinado para un fin eterno, él debe emplearse durante el día de la vida en hacer la voluntad de su Creador. El principio de la sabiduría que ha de guiarle es el temor de Dios; mas este temor de Dios está tan unido a su amor, como lo están en él mismo los atributos de su justicia y de su bondad.

El Señor no es menos amable que temible; le debemos igualmente el homenaje del amor y del temor.

Motivos muy poderosos nos impelen al amor de Dios: los caracteres mismos del amor de Dios nos enseñan el modo de cumplir este precepto. Tal es la división del asunto de este discurso. Estos principios nos servirán de luz para examinar después cuál es nuestra fidelidad a este precepto, y descender del amor de Dios al del prójimo; asunto grande, asunto infinito, digno de ser explicado por los insignes maestros de la religión, que la practicaban y la enseñaban. Pero ¿qué puedo yo hacer, cuando disto de los Crisóstomos y de los Agustinos lo que la nada del sér? ¡Ay, hermanos míos! Sólo el deber que tengo de no ser un pastor cuya voz sea desconocida a sus ovejas, puede animarme a venir a enseñaros el amor de Dios, cuando todavía necesito aprenderlo.

Pero vos, Espíritu Santo, Dios de amor y de consuelo, vos que me habéis puesto a la cabeza de vuestro pueblo, vos, Señor, que sois el dueño de los corazones y de los pensamientos de los hombres, hablad vos mismo al corazón de cada uno de mis oyentes. Mis palabras serán un ruido pasajero a sus oídos; pero vuestra gracia hará en ellos una impresión profunda que convierta en corazones de carne los corazones de piedra que el espíritu irreligioso del siglo ha dado a tántos cristianos. Renovad, Señor, el fuego de vuestro amor por la intercesión de la Inmaculada Madre del amor y de la esperanza. **Ave María.**

I

El grande y sublime precepto del amor de Dios fue intimado al género humano en dos ocasiones solemnes; de tal manera que el mundo entero da testimonio de ello, para que se profese esta ley hasta la consumación de los siglos. En medio de los relámpagos y de los truenos del Sinaí, mostrándose bajo este aparato de la majestad omnipotente, habla el Señor del universo que declara e impone su voluntad al hombre. En el triste espectáculo del Calvario, presentándose humillado y revestido de nuestra naturaleza, habla el Redentor del linaje humano que nos pide nuestro amor. Pero ya sea dictando leyes a Israel, ya regenerando a los hombres, que Dios nos intime este precepto de su amor, todo nos compele a darle cumplimiento; su autoridad, su bondad, sus perfecciones todas, y hasta la misma inclinación de nuestro corazón.

Amarás al Señor tu Dios, es el mandamiento que leemos al principio de la ley, como que él debe servir de regla suprema para interpretar y suavizar la fuerza del código divino. De aquí nace la inteligencia de toda la ley, y nada se puede explicar en ella sin el amor de Dios. El temor sin el amor anda siempre solícito en disputar el cumplimiento de todo precepto, como si no tuviese otro fin que restringirlo o eludirlo. Pero el amor no disputa jamás: al oír el precepto comprende toda su extensión, lo explica cumplidamente, y lo pone en práctica con celo y fidelidad: todo le parece fácil; si recibe nuevos mandatos, se esfuerza en ejecutarlos con una voluntad generosa; o si no los recibe, él mismo se los impone, hasta consolarse con las penas, y descansar con los sacrificios. Los santos nos comprueban esta verdad, y basta el primer precepto de la ley para medir por ahí la inmensa distancia que hay desde la perfección de ellos hasta nuestra miserable vanidad. Escuchan con gusto, y observan con celo los demás artículos de la ley, porque el primero les da su inteligencia; en lugar que nosotros ni los entendemos ni los cumplimos, porque retrocediendo desde el primer paso, y no habiendo comenzado a observar el primer mandamiento, es natural que los otros nos parezcan duros e impracticables.

Pero Dios no pretende arrancarnos por la fuerza el amor que nos manda. Como autor del hombre, cual criador generoso que imprimió su misma imagen en la obra de sus manos, no hace otra cosa que usar de su autoridad, estableciendo entre él y su criatura unas relaciones que ceden todas en provecho de éstas. Acumula beneficios sobre bene-

ficios para ganar el corazón del hombre; facilitándole, digámoslo así, el cumplimiento de la ley, más bien por gratitud que por simple sumisión al imperio. ¿Ni cómo podrá la criatura racional prescindir de amar a su Dios, cuya infinita bondad le hace infinitamente amable? ¡Oh si pudiera yo hacer patentes a vuestros ojos las perfecciones de Dios! Pero por invisibles que sean, ¿son acaso menos reales y menos dignas de nuestra atención? Lejos de nosotros el impío desdén con que los incrédulos se burlan de los que admiran y contemplan los atributos y perfecciones divinas, elevándose a lo invisible y sobrenatural por lo que Dios ha puesto bajo nuestro examen; mas tampoco pretendamos analizar a Dios, saliéndonos de la línea en que se encierra nuestra limitación. "Toda la gloria que podemos daros, Señor, consiste en creer, en admirar, en reverenciar vuestra misma gloria infinita, y en confesar que nuestros pensamientos y nuestras palabras son muy ruines para parecer delante de vos. ¡Qué! ¿las tinieblas darán luz al sol?, ¿la muerte conservará la vida?, ¿la miseria glorificará a la bienaventuranza? Tinieblas soy, muerte, vanidad y miseria, exclamaba san Agustín; pero vos sois la vida, la verdad y la bienaventuranza".

Yo me represento, hermanos míos, al Señor meditando desde toda la eternidad la conquista del corazón del hombre. A su imperio sujetó todas las criaturas de la tierra, haciéndole señor de cuanto le rodea: el hombre abusa de todas estas gracias, y olvida a su Dios y su Criador; pero Dios no se resuelve a abandonarle, sino que al contrario medita el medio más poderoso de atraerlo, por un ras-

go muy señalado de su eterna misericordia. Hablo, mis hermanos, del misterio de la Encarnación, compendio de las maravillas del amor. Sí: ¡todo un Dios se hace hombre, para acercar al hombre a su Dios! ¡Dios sometido a nuestras miserias para remediarlas! Con razón Jeremías, profetizando la libertad de Israel, exaltó tánto el amor perpetuo y nunca interrumpido con que el Señor lleno de misericordia se atrajo hacia sí al hombre.

Mas ¿por qué este amor tan vivo y tan eficaz de parte de Dios es tan mal correspondido de parte del hombre? Porque los beneficios generales tienen siempre esta desgracia: que comprendiendo a todos sin excepción, ninguno se considera obligado particularmente; de manera que multiplicándose el número de favorecidos, se multiplica el de ingratos. El amor propio, resorte de todos los amores mundanos, sólo se mueve a lo que le toca individualmente, pero le deja en la mayor indiferencia cualquiera beneficio de que participe con otro. Pero ¿qué tenemos que no haya venido de lo alto? ¿Quién nos ha puesto en medio del universo, dotados de una inteligencia superior? ¿Quién nos ha dado cuanto poseemos? ¡Oh hombre, que olvidado de tu Criador te envaneces con lo mismo que su mano liberal te ha dispensado! ¿Debes acaso a tu ingenio los bienes de fortuna? ¿Eres autor de tu razón, ni conservador de tu salud? ¿Puedes acaso detener el curso del tiempo y hacerlo servir a tus deseos? ¿Qué eres, pues, si nada tienes propio, y si tu poder es nada? Deja ya de escuchar las impostoras sugestiones del amor propio, y abre los oídos a la naturaleza que con una voz muda en su

orden invariable, reclama el reconocimiento del hombre a su divino Hacedor.

No puedo dejar de maravillarme, decía San Juan Crisóstomo, reflexionando sobre esta materia, de que subsistiendo los hombres sólo por beneficios divinos, sean sin embargo tan ciegos y desnaturalizados, que haya sido necesario reiterar el mandamiento de amar a Dios; a Dios tierno para con los hombres insensibles; a Dios bueno, liberal y magnífico en sus misericordias; y de que impeliéndonos todo a amar a Dios, nuestro corazón se rehuse eternamente a pagar esta deuda eterna. Pero este corazón no ha sido hecho sino para amar a Dios; y así es que aunque la inclinación que nos mueve hacia Dios sea un movimiento secreto que apenas nos permiten las pasiones conocer y descubrir, bastará una simple reflexión sobre la naturaleza y extensión de nuestros sentimientos y deseos, para hacérnosla claramente manifiesta. Y en efecto, ¿habría sido hecho nuestro corazón con sentimientos y deseos infinitos y eternos, si no fuera destinado a amar un objeto infinito y eterno?

Entrad dentro de vosotros mismos, y hallaréis que vuestro corazón es justamente un prodigio de grandeza y de pequeñez: limitado en su naturaleza, inmenso en sus deseos; se apega a la nada perecedera, y anhela siempre por un bien infinito; ocúpale por un instante un objeto frívolo, un pedazo de tierra; mas luégo siente su inclinación y su destino; y el mundo entero no es capaz de llenarle; aun cuando poseyese en él todos los reinos, todas las riquezas que contiene, no estaría ni contento

ni satisfecho, y siempre hallaría qué desear; porque el hombre, semejante sólo a Dios por su alma espiritual e inmortal, que va por sus deseos más allá del mundo visible, traspasa el tiempo, la tierra, los cielos mismos, y no se detiene ni descansa sino en la contemplación del que es infinito en su esencia, y en la dichosa esperanza de poseerle mientras él dure, por toda la eternidad.

Esto es lo que la razón nos dicta, y lo que la fe nos confirma. Y entre tanto, ¿qué es lo que vosotros buscáis, hombres vanos y carnales? La felicidad, la felicidad, me respondéis. Pues no neguéis nada a vuestro corazón para satisfacerle; pero habréis de experimentar que los imaginarios bienes que las pasiones os presentan harán renacer con mayor fuerza los deseos insaciables, dejando un nuevo desconsuelo en vuestra alma, y esa secreta amargura que acompaña a los placeres, y que el hombre procura esconder dentro de su pecho, por cierto rubor que le causa el confesarla. Estáis escuchando mis palabras; pues escuchad también esa voz de vuestra conciencia que las ha confirmado actualmente con tántos recuerdos.

Verdad es que la concupiscencia produce en el hombre este desorden, pero él sería bien limitado si no hallara un corazón formado para un objeto infinito: de manera que, dirigiendo el hombre a un objeto terrenal y perecedero el ahinco que debía poner en amar a Dios, trastorna los designios de la Providencia. Que hable Salomón en medio de la prodigiosa abundancia de placeres, de riquezas, de gloria y de poder, que no alcanzaron a contentar su corazón. Desengañado de la gloria fugitiva del mundo, exclamó: Vanidad de vanidades, y to-

do vanidad!, enseñando al fin que temer y amar a Dios constituye la conciencia de nuestra felicidad. El grande Agustino, aunque en una medianía de fortuna, probó también la amargura del amor del mundo, y dejando en libertad su alma, se elevó hasta los cielos con el amor de Dios, para quien únicamente habían podido ser formados los deseos eternos que le animaban.

Que el materialista y el ateo no se ocupen jamás de la inmortalidad, harto desgraciados ya de vivir sin esperanzas, y de no poder extender sus deseos más allá de lo visible. Pero nosotros, hermanos míos, que hemos comenzado a ser dichosos con ser cristianos, ¿podremos dejar de pensar que el mundo acabará un día y nuestra alma no tendrá fin? Todos somos inmortales: duraremos a la par de Dios que nos crió? Y ¿qué amaremos después de la muerte?, ¿qué veremos después de la destrucción del mundo?, ¿veremos siquiera algunos de aquellos objetos que ahora hacen nuestro encanto? Todo desaparecerá. No quedarán sino Dios y el hombre ¡Oh inmortalidad, consuelo único del alma! Véante siempre mis ojos en los pasos de la vida, porque sólo tu esperanza puede sostenerme! Sí, hermanos míos; la esperanza de ver y amar a Dios en la eternidad, es lo que, aún sin reflexionar en ello, sirve de pábulo a los deseos insaciables de nuestro corazón que jamás podemos explicar. Pues aprendamos a cumplir con el precepto del amor de Dios, conociendo los caracteres que tiene este mismo precepto divino.

II

Cuando Dios nos manda amarle como a único Dios y Señor del Universo, no nos pide un amor efectivo y sensible, dice santo Tomás, que excite en el alma la conmoción, y aquella especie de encanto que produce lágrimas y suspiros: esta es una gracia especial que el Señor da a quien quiere, y como quiere, y que por lo común es el gaje de las almas fieles e inocentes. El mismo Señor, que conoce nuestra debilidad, quiere conducirnos en la vida por la obediencia, más bien que por el afecto sensible; y por eso nos pide un amor efectivo, es decir, un amor que tenga los caracteres de preferencia y generosidad, y de obediencia.

Entiéndese por amor de preferencia, un amor que todo lo posterga por Dios; y por amor de obediencia, una voluntad pronta y eficaz para observar los divinos mandamientos. De aquí se deduce, que ni por ser amor de preferencia excluye otros amores subordinados a él, ni por serlo de obediencia prohibe obedecer y respetar a otros, con tal de que por nada sean contrarios a su ley santa. El mismo Jesucristo confirma esta doctrina, cuando resumiendo todo el código divino en dos preceptos, estableció por primero y mayor el del amor de Dios, y declaró segundo y semejante al primero el del amor del prójimo, a quien debemos amar como a nosotros mismos; siendo ésta la medida del amor que debemos a los hombres después de Dios.

Tal es la regla suprema que nos hace conocer la eminente preferencia del amor de Dios. Es preciso que este amor sea en nuestra alma tan superior

a todos los otros amores razonables y legítimos, que en ninguna ocasión puedan vencerle ni aun contrapasarle: es preciso que pongamos tal orden en nuestros amores, que ninguno iguale al de Dios. La misma religión manda y santifica el amor paternal, el fraterno, el de la sociedad y el del reconocimiento; pero cada uno tiene sus grados proporcionados al objeto; y así, el que sólo amase a su padre como a un hermano, no llenaría la medida del amor que le debe; el que amase a su esposa como a una hermana faltaría también a la regla del amor; pero las violaría todas, trastornando el orden eterno, aquel que no amase a Dios más que a sus hermanos, que a su padre, que a su esposa, que a su misma vida.

Cuando el casto Josef conoció que el respeto y sumisión que debía a la mujer de Putifar eran opuestos a la fidelidad para con su Señor, exclamó protestando jamás faltar a ésta; pero sobre todos los respetos colocó el de su Dios y Señor omnipotente. Hé aquí tres amores juntos y subordinados en el corazón de Josef. Amaba a Putifar como a su señor, y a la esposa después de él; pero amaba a Dios como Señor de sus mismos señores. Así, ni el respeto debido a la mujer de Putifar fue bastante para faltar a éste, ni sólo su fidelidad a aquel a quien servía fue motivo para no prevaricar, sino el amor y preferencia que debía a su Criador. "¿Cómo podré yo pecar contra Dios?" es lo que dice para negarse a la seducción. **Quomodó possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?**

Pero dejemos estas acciones, aunque heroicas, para considerar la sublime perfección de la pre-

ferencia del amor de Dios, en aquel que no temía desafiar a las criaturas todas, para que cayesen sobre su corazón a competir con el amor de su Dios· "Cierto estoy, decía el grande Apóstol, y mi corazón me lo testifica, que ni la prosperidad con sus halagos, ni los trabajos con su tribulación, ni los poderosos con sus promesas, ni los tiranos con sus patíbulos, ni las criaturas todas con sus encantos, podrán separarme del amor de mi Señor Jesucristo" ¡Espléndida prueba de la fidelidad del amor de San Pablo! Pero no os preocupéis creyendo acaso que un celo exagerado, o un extraordinario transporte del corazón, le hacía producirse de esta manera; hablaba como cristiano y nada más; decía lo que todos los cristianos debemos hacer, y solamente manifestaba con vehemencia que esta obligación importa la de postergar todos los respetos humanos y todos los intereses terrenales al amor de Dios.

Ciertamente, la preferencia del amor de Dios no admite en el corazón sentimiento alguno que no le sea subordinado; no reconoce objeto alguno en el universo que pueda colocarse en el mismo grado que Dios; el mismo amor de los padres, de los hermanos, de los esposos, el de nuestra propia vida debe ser sacrificado al Señor. Dura es esta palabra para la carne y la sangre, que no la oyen sin turbarse, como sucedía a los escribas y fariseos. Pero si las pasiones se resisten a la práctica de esta doctrina evangélica, la gracia la enseña y ayuda a seguirla cumplidamente, porque la preferencia que debemos dar a Dios sobre nuestros padres, hermanos y amigos, no consiste sino en no admitir en el corazón deseo alguno mayor que el de agradar a

Dios, ningún temor superior al de ofenderle, ninguna esperanza más firme que la de poseerle; no consiste sino en adherirnos de tal manera a la voluntad de Dios, que en la prosperidad y en las tribulaciones, en el trabajo y en el descanso, en el ejercicio de la religión y en los oficios de la sociedad, en todos los momentos de la vida, miremos siempre la voluntad de Dios como el soberano bien de nuestras almas; fuente perenne de sus consuelos y de su fuerza para seguir hasta el heroísmo del martirio, antes que violar una sola letra de la ley divina.

De este amor de preferencia nace el de obediencia, o mejor dicho, son una misma cosa bajo diversos respectos; porque el que ama a Dios con una verdadera predilección, prefiriéndolo a todo otro objeto, le obedece también en todo, y llena cumplidamente toda la ley, la cual, según la bella expresión de San Pablo, se reduce al amor de Dios: **Plenitudo legis, dilectio.** Así es que el cumplimiento de los demás preceptos es una consecuencia del primero, como la violación de uno solo de ellos comprende también la del primero.

Y a la verdad, ¿cómo podrá nadie lisonjearse de ser fiel al primer mandamiento si viola uno sólo de los otros? Desde que el hombre hace elección en su obediencia a los mandamientos, dice San Juan Crisóstomo, hay ya una especie de herejía en materia de caridad, y la caridad toda entera queda destruída en el alma por esa falta, como la fe toda entera se destruye por negar un sólo punto del dogma. El acto de amor de Dios debe encerrar necesariamente el cumplimiento de todos y cada

uno de los mandamientos divinos. Decir yo amo a Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, es decir yo amo todo lo que Dios ama, detesto todo lo que Dios aborrece; sólo deseo agradarle y obedecerle en todo. En esto se fundaba San Agustín para decir a los fieles de Hipona. "Cuando os exhorto a guardar la ley divina, no llamo vuestra atención sobre cada uno de sus preceptos, pero si os exijo la observancia del primero porque estoy seguro que el amor de Dios grabado en vuestros corazones os hará agradarle y obedecerle en todo, sin pecar jamás".

La violación, pues, de un sólo precepto os hace reos de pecado contra el primero. El pecado, dice Santo Tomás, es una preferencia injuriosa de la criatura a Dios; no pueden subsistir a un mismo tiempo el pecado y el amor de Dios, el uno destruye al otro. En vano pensáis, hermanos míos, que amáis a Dios, seducidos por un afecto sensible. excitados por una complexión tierna más bien que por un corazón fiel. Seréis acaso rígidos observadores de un precepto siguiendo vuestra comodidad: pero si esa obediencia particular va acompañada de avaricia, no amáis a Dios; si sois voluptuosos, no amáis a Dios, sean cuales fueren vuestras limosnas; si la venganza amarga vuestro corazón, no amáis a Dios, aunque sean muchas cada día vuestras acciones de piedad; si la gloria mundana y la vanidad ocupan vuestros pensamientos, no os engañéis. es falso el amor de Dios que ostenta vuestra lengua; en una palabra, si no podéis decir con San Pablo que ninguna criatura os puede separar del amor de Dios, no le amáis.

¡Y qué! ¿La sublime perfección de los santos puede servir de regla para medir a todos los hombres? Esta pregunta encierra el pretexto con que el mundo quiere acomodar a las pasiones la ley de Dios, introduciendo una mitigación desconocida entre los verdaderos hijos del Crucificado. Guardaos, hermanos míos, de ciertos hombres voluptuosos que pretenden reducir a obras de supererogación las partes sustanciales de la ley del Señor en la vida de los santos. Verdad es que todos ellos ilustran los anales de la Iglesia con la práctica de la perfección evangélica; pero cuando se trata del amor de Dios y no hay consejo sino un precepto formal, y un precepto que es el mayor de todos. Los mártires, dejándose despedazar de las fieras o ardiendo vivos en las parrillas, no seguían los consejos evangélicos, sino que obedecían al primer precepto de la ley; hacían lo que todo cristiano está obligado a hacer en iguales circunstancias: morir antes que ofender a Dios.

Ya no debemos admirarnos de que San Pablo coloque el vínculo de la perfección en el amor de Dios; no debemos extrañar que este amor sea tan poderoso que, como el bautismo y el martirio, justifique al alma en un momento; porque un acto verdadero de amor de Dios encierra esencialmente una resolución firme y habitual de abrazar sin restricción todas las promesas del bautismo, y de sostenerlas hasta sufrir la muerte. Y si todo esto es así, si para amar a Dios es preciso postergarlo todo, y no admitir ni por pensamiento cosa que le desagrade, ¿quién es el que ama a Dios? Oídlo, hermanos míos, no por inducciones, sino pronun-

ciado por el mismo Jesucristo Nuestro Señor: **El que ha recibido mis mandamientos, y los observa, ese es el que me ama. (Joann. XIV. 21).** Esto dice Jesucristo, y no puede explicarse más claramente que el amor de Dios no consiste en afectos solos, sino en ejecutar plenamente su voluntad, expresada en sus mandamientos.

Os digo ahora con San Agustín: ¿queréis saber si amáis a Dios? Respóndame vuestro corazón y no vuestros labios a lo que voy a preguntaros. Imaginaos que Satanás os transporte sobre una alta montaña; que desde allí os muestre los reinos del mundo, con la gloria y las delicias que les acompañan; y que como tentó al mismo Salvador, os ofrezca todo por una sola violación de la ley divina: **Haec omnia tibi dabo.** Ved cuántos bienes os prometo: de todos ellos gozaréis sin sobresalto, sin que nadie os perturbe en la posesión de tántas delicias, ni oscurezca el esplendor de esta gloria. ¿Qué os dice vuestro corazón en este momento, continúa San Agustín, viéndoos entre Dios y las tentaciones? ¿Vacila entre los bienes de la tierra y los del cielo?, ¿entre Dios y el mundo? Si halagando las inclinaciones de la carne os vais tras ellas, y no preferís la fidelidad a vuestro Dios, os aseguro que aún no amáis a Dios; no habéis comenzado a amarle. Si gauderes, **nondúm coepisti esse amator Dei.** De las delicias, de los honores y de las riquezas, volveos, añade el santo Padre, a las horribles adversidades que suelen afligir a la cristiandad. Pensad en que viene una época en que se turba la paz de la Iglesia, en que se arman los tiranos con la espada de Nerón y Diocleciano, en que las crueldades de estos monstruos inferna-

les entran en competencia con los artificios y seducciones que se empleen para apartaros del camino de la verdad; de un lado se os presentarán prosperidades, honor, gloria y nombradía; del otro, burlas, desprecios, calumnias, pobreza, padecimientos, y la muerte misma, ya lenta martirizando al corazón, ya súbita cortando el hilo de la vida; ¿qué haríais en tal caso? ¿Se siente fuerte vuestro corazón?, o apreciando más los bienes perecederos del mundo, se deja llevar de la debilidad y consuma el pecado? Si no estáis resueltos a padecer y morir, concluye San Agustín, no amáis a Dios, ni habéis comenzado siquiera a amarle. **Nondúm coepisti esse amator Dei.**

Os confieso, hermanos míos, que me aterra esta reflexión de San Agustín, y que sólo apoyado en su inmoble autoridad, me atrevo a presentárosla. Mas, sea cual fuere el temor que nuestra miseria nos haga concebir, no hay exageración alguna, ni este gran maestro del amor divino hacía otra cosa que prevenir a los fieles de Hipona para los peligros que amenazaban por parte de los sediciosos y crueles donatistas; y al mismo tiempo parece que profetizaba la triste época del filosofismo, que imitando a Juliano, emprendió desde el siglo pasado esa persecución de artificio y maligna seducción, con que pretende nada menos que la ruina de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Pero las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; a sus pies se esrellará en sus embates esa liga de la herejía y de la incerdulidad; brillando cada día más por los triunfos continuos que añaden nuevas coronas en cada siglo a la corona de la santidad que la dis-

tingue. Las promesas de su divino Fundador reciben nuevos cumplimientos, porque jamás dejará de tener enemigos, como los tiene ahora en la incredulidad e indiferencia absoluta por toda religión.

¿Y quién no se contrista al considerar que si la incredulidad hace progresos, es porque los cristianos no aman a Dios? ¡Qué! ¿Podremos conservar largo tiempo el dón de la fe, si el amor de Dios no alimenta la llama de la misma fe? ¿Miraremos con el desprecio que se merece la charlatanería de los impíos,; seremos insensibles a las seducciones de la sensualidad, si no practicamos el amor de Dios guardando sus mandamientos? Todo lo contrario; las injusticias y toda obra que viole la ley de Dios; hacen que El quite su reino de unas naciones y lo pase a otras que sepan estimar el dón de la fe. Por eso me propongo manifestaros en las dos tardes siguientes: que no aman a Dios los que se sobreponen a su ley por la soberbia; que tampoco le aman aquellos que se oponen a su observancia por dar preferencia al mundo. Los primeros, imitando a Lucifer, disputan a Dios su omnipotencia; los segundos, aferrados al mundo y a la carne, desechan a Cristo.

Entretanto ¡oh Señor! nosotros no buscamos otra dicha que la de abrazarnos de vuestra cruz, para expiar a vuestros pies la ingratitud de nuestro corazón con lágrimas iguales a aquellas con que Agustino supo reparar la falta de amor en que pasó los primeros años de su vida; y por eso concluyo diciéndoos con él a nombre de mi pueblo: "No permitáis, Señor, que vuestros siervos, confesando como confiesan en vuestra presencia sus pecados y

vuestros beneficios, se dejen persuadir jamás que toda suerte de alegría puede hacerlos felices; cuando la felicidad es propia solamente de aquella alegría santa que negáis a los impíos, y concedéis con larga mano a los que os aman. Haced, Señor, que os ame como debo, para merecer esa eterna alegría y bienaventuranza celestial, que dais por premio a los observadores del primero y más grande mandamiento de vuestra ley". Amén.

SERMON

PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA
SOBRE EL AMOR DE DIOS.

Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi, sic faccio; surgite, eamus hinc.

Para que conozca el mundo que yo amo al Padre, y que cumplo con lo que El me ha mandado; levantaos, y vamos de aquí.

(Joann· XIV, 31.)

Jesucristo nuestro Salvador, al entregarse en manos de sus enemigos para consumar la redención del linaje humano, dirigió a sus discípulos en el admirable sermón de la cena las preciosas palabras que acabáis de oír. Durante su vida había dado constantemente las más evidentes pruebas del perfecto amor que profesaba a su Padre, haciendo siempre la voluntad de Aquél que le había enviado sobre la tierra. Pero al salir de ella, después de haber cumplido la ley hasta en sus ápices, después de haberla perfeccionado y hecho su yugo suave y su carga ligera por la gracia, todavía le faltaba una prueba más que dar, para que conociera el mundo que el verdadero amor no se acredita sino con obras, y con obras de obediencia y fidelidad. Ya no os hablaré muchas cosas, dice a los discípulos en el cenáculo; un poquito de tiempo es todo

lo que falta para separarme de vosotros; porque viene ya el príncipe de este mundo a ejercer sobre mí su crueldad, a pesar de que nada le pertenece en mí; y me entregaré a su furor para que el mundo conozca que amo a mi Padre, y que aún a expensas de mi vida cumplo el mandato que él me dió; si yo no lo hiciera así, no amaría a mi Padre; pero El vive en mí y yo en El, y somos una misma cosa. Levantaos, pues, salgamos de aquí, y vamos al huerto de los Olivos a esperar allí a los enemigos que vienen a buscarme.

¿Y cómo espera Jesucristo a sus enemigos en Gethsemaní? Haciendo la voluntad del Padre, mostrándose obediente hasta la muerte, y muerte cruz.

¡Qué ejemplo, mis hermanos! ¡Y qué contraste el que presenta el Hijo de Dios y los hijos de los hombres! Aquél, omniponente y soberano de los cielos y la tierra, pone todo su cuidado en acreditar su amor al Padre por el exacto cumplimiento de la ley; éstos, con un origen corrompido, pobres, miserables, y sin poder para nada, quieren hacer consistir su gloria en la desobediencia. Jesucristo, aunque igual a su Padre, como Dios, sólo quiere aparecer como hombre, humillándose en todo, y no gloriándose sino en hacer la voluntad del que le envió; el hombre pretende elevarse en su misma miseria, olvidando el primero y más grande de los mandamientos. Jesucristo conforma sus obras con su doctrina, y por eso podía decir a los mortales sin rubor: "aprended de mí que soy manso y humilde de corazón"; el hombre confiesa la ley, dice que ama a Dios, pero sus obras lo desmienten, porque aspira al escándalo de la soberbia, origen y raíz de todas las violaciones de la ley divina.

La historia de todos los siglos comprueba esta verdad. Que los gentiles y los bárbaros, que no tenían noticia de la ley, fuesen soberbios y vanos, ellos eran en cierto modo disculpables. Mas que los cristianos, habiendo oído al Hijo de Dios, teniendo su ejemplo a la vista, y haciendo alarde de su nombre, sigan la misma conducta que aquéllos; esto es lo que no puede tener excusa bajo ningún aspecto, según la sentencia del mismo Jesucristo.

A la verdad, hermanos míos, las inmutables leyes divinas son la regla única a la cual debemos conformar toda nuestra vida interior y exterior, sea cual fuere la condición o estado que nos toque sobre la tierra, la fortuna o infelicidad que nos acompañe a los ojos de los hombres. Solamente de este modo podemos estar seguros de que amamos a Dios; porque el que ha recibido sus mandamientos y los observa, dice Jesucristo, ese es el que le ama; pero el que no los guarda no le ama, digan los labios lo que quieran. La Iglesia gobernada por el Espíritu Santo nos recuerda constantemente esta máxima del Salvador; nos exige que lo consideremos siempre triunfando del demonio por la muerte; que procuremos hacernos participantes de su triunfo sometiéndonos a El y a su Evangelio, como El se sometió a su Padre; y que llenos siempre nuestro entendimiento y nuestro corazón de la ley divina, sufoquemos la rebeldía de la parte inferior del hombre para acreditar que amamos a Dios.

Ninguna dificultad hallamos en reconocer por santa y verdadera esta doctrina, y aun la confesamos por la profesión de nuestra fe, y por las ceremonias del culto cristiano, dirigidas todas a santificar nuestra vida con la práctica del amor de Dios;

pero ni nos penetramos del espíritu de esta doctrina, ni entramos dentro de nosotros mismos para profundizarla y seguirla. Cristianos en el nombre, y paganos en las obras, confesamos la necesidad de guardar los mandamientos, para cumplir con el del amor de Dios que los abraza todos; pero lo que practicamos es lo contrario, negándonos a amar a Dios por la constante desobediencia de su ley.

¿Por ventura no sois hijos de la Cruz? ¿No lo profesasteis así desde el bautismo? ¿Y no es ella, en nuestros templos y hasta en nuestras casas, nuestra gloria y nuestro honor, la señal de nuestra ley y la esperanza de la eternidad? No quiero que me respondáis. Yo sé que sois hijos de la Iglesia; y aunque entre nosotros haya algunos que han negado al Cristo, esto sólo es obra de un entusiasmo irreflexivo, excitado por las pasiones y traído por la novedad. A todos, pues, os llamo para que comparezcáis delante del Salvador del mundo, por un pecado tan antiguo como el mismo mundo, que introdujo en él el desorden, y que es el principio de todos los males y de todas las violaciones de la ley del Señor. Porque ninguna cosa hay que más se oponga a esta ley toda de amor, que la soberbia inobediencia; así como la humildad, honrada y santificada por el Verbo humanado, es también la primera virtud que fecundiza el amor de Dios.

Entremos, pues, a considerar los funestos efectos de este pecado tan antiguo y tan universal, que no perdonó a las mismas supremas inteligencias; que infesta todas las clases de la humanidad, desde las más elevadas en que aparece con ostentación, hasta de la ínfima miseria bajo cuyos andrajos sabe ocultarse; y que también llega a introducirse en el

santuario, manchando los corazones que más purificados debían estar por el fuego del amor de Dios. Bien conozco que el mundo se disgusta de que se le diga la verdad, y que nunca se ensoberbece más que cuando los ministros del Señor condenan la soberbia y predican la obediencia; pues este desgraciado siglo en que vivimos, dando al olvido todas las reglas, sólo quiere seguir el ímpetu de las pasiones. Pero Jesucristo no calló la verdad por lo que el mundo dijera; y el ministro de su Evangelio que no siga su ejemplo será indigno de que El le confiese delante de su Padre. ¡Infeliz el sacerdote que lisonjee al mundo y halague las pasiones! Sobrecogida mi alma con el anatema del Señor contra los sacerdotes infieles a su ministerio, deseo librarme de él diciéndoos la verdad en una materia de tánta gravedad e importancia. Y puesto que los hombres que se sobreponen a la ley de Dios son los que más descaradamente quebrantan el mandamiento del amor de Dios, voy a haceros ver que la causa de este mal es la soberbia, origen de nuestros errores, de nuestros pecados y de nuestras desgracias.

¡Qué sé yo, Dios mío, si instruyendo a otros vengo yo a condenarme a mí mismo! Acaso es hoy la primera vez en que me humillo, y en que mi vergüenza y confusión no me dejarán hablar. Pero, ¡Señor! gloria vuestra es humillar a los soberbios y exaltar a los humildes, y yo os pido que mis palabras hagan el mismo efecto en las ovejas y en el pastor, interponiendo para ello los ruegos de la Virgen Santísima, nuestra Señora. Ave María.

I

La soberbia es el origen común de todos nuestros errores, porque no hay vicio que ciegue más los ojos del espíritu que éste. Como el vino trastorna al que se excede en la bebida, dice el Espíritu Santo, asimismo perturba la soberbia la razón humana.

Desde el nacimiento del mundo, y hasta en la altura de los cielos, hallamos ejemplos que nos comprueban esta verdad. El jefe de los ángeles cree hacerse semejante a Dios; un ángel cuyas luces eran tan sublimes y extensas; un ángel que conocía los atributos de Dios, viendo sus perfecciones en su esencia; un ángel tan ilustrado por Dios, ¿cómo pudo persuadirse a que igualaría al Altísimo? Sí, hermanos míos: se persuadió, porque el orgullo le inspiró el deseo de ser más de lo que podía ser; y esta pasión es la más activa para hacer caer a la criatura en cualquier error, por monstruoso que sea; desconoció la inmensa distancia que debe haber entre el Creador y la criatura; creyó poder llenar el intervalo que los separa; se lisonjeó de que llegaría hasta el eminente grado de gloria y de poder en que veía a Dios; y se propuso obtener un feliz suceso en su impío y presuntuoso proyecto. **Ascendam,** dijo, **similis ero Altissimo.** Pero la majestad de Dios le oprimió, separándolo más y para siempre de sí, con todos los ángeles rebeldes, a la profundidad de los abismos sempiternos.

De este modo empezó en el universo el quebrantamiento del divino precepto del amor de Dios, sobreponiéndose a él la criatura por la soberbia;

y la soberbia es la que continúa en el hombre, quien, por sugestión del espíritu maligno, pretende también hacerse sabio en el conocimiento del bien y del mal, y elevarse desde la tierra, de que era formado, hasta el excelso trono del Todopoderoso, haciéndose como Dios. La pena de muerte estaba decretada contra el hombre si desobedecía a su Creador; pero Adán y Eva se dejan persuadir fácilmente de que no morirán; y su corazón ambiciona ser Dios, poco contento con ser rey y soberano de la naturaleza.

Dios afirma, Satanás niega: Eva duda, dice San Bernardo, pero cae, y Adán se deja seducir. ¿De dónde pudo venir esa nube que tan pronto oscureció la razón y la fe de los primeros hombres? ¿Cómo es que el demonio osa acusar a Dios de un bajo celo; que Eva le escucha, y que Adán no contradice? Era que la soberbia había ya nacido en el corazón y debilitando el amor de Dios había crecido hasta vendar los ojos de nuestros progenitores. De esta suerte, una vez desviado el hombre del camino en que le había puesto su Creador, se precipitó de abismo en abismo, y no vino a conocer lo que era sino después de haber deseado lo que no podía ser. ¿Quién no hubiera creído que tan funesto desengaño habria de hacer más cautos a los hombres para prevenirse contra la soberbia, y no guiarse por otro principio que el amor? Así debió ser, en efecto. Pero los hijos de Adán no son menos presuntuosos que su padre; se multiplican, cubren la tierra, sufren desgracias sobre desgracias, y de generación en generación el espíritu de la soberbia es una llama desoladora que abrasa y destruye cuanto encuentra; él seduce siempre y derriba al

hombre delante de su ídolo. Venid, se dicen un día los descendientes de Adán, y edifiquemos una ciudad y una torre cuya cumbre llegue hasta los cielos, y hagamos célebre nuestro nombre antes de separarnos por toda la tierra. ¿Hubo jamás un proyecto más temerario? Los insensatos que lo concibieron no dudaron del suceso, porque jamás duda la soberbia, sino que se cree capaz de todo; pero la confusión les descubrió su temeridad, y entonces conocieron, dice San Agustín, que al cielo no se sube elevándose, sino amando a Dios en la humildad.

Me haría interminable si quisiera seguir la historia de los errores de los hombres por la soberbia, pues sería preciso referir la del mundo entero. Así tengo que limitarme a hablaros sobre algunos de los principales errores que cunden hoy por el mundo, y que vemos y palpamos, por decirlo así, todos los días.

El precepto del amor de Dios imponía al hombre el deber tan sagrado de respetar sobre todo su religión y su culto; pero la misma religión ha sido el objeto de sus aberraciones, inventando dogmas absurdos o de ignominia. El sentido privado, hijo de la soberbia, prevenido en favor de sus ideas, no cree hallar principio más sagrado que el de su propio dictamen: desoye a la sociedad entera para escucharse a sí mismo; y cuando en todos los siglos, en todas partes, y por todos los verdaderos creyentes se buscaba la verdad en el testimonio de la tradición, el hombre orgulloso habla de Dios y explica los misterios según su fantasía, formándose una religión que comienza por destruír el primero y el más grande de los mandamientos: el del amor del Señor su Dios, cuya autoridad desconoce. San Pa-

blo reprehendía ya en su tiempo este desorden, y nosotros lo lloramos en el nuestro. La razón tiene desde luego derecho a examinar lo que deba creer; pero hay una barrera que no le es lícito traspasar; si la salva, es porque le impele la soberbia; y entonces entra en la región de la duda, y de esta pasa a la del caos; entonces ya no sabe dónde se halla, y si fluctuando el hombre entre los desvaríos de su imaginación y los deseos de su corazón, encuentra de cuando en cuando la luz de la conciencia que le llama y le enseña el camino recto, pronta está ahí la soberbia para desviarlo: la incertidumbre lo atormenta a todas horas, y sin esperanza alguna que le consuele desea alcanzar de nuevo la fe; mas nunca vuelve sobre sus pasos, porque la soberbia ha desecado ya su corazón arrancándole de raíz los principios del amor y de la humildad. Lejos de amar a Dios, se excita toda su ira cuando se le recuerda este gran precepto, o se burla de El como de una fábula.

No hay ponderación en lo que digo: hablo de la verdad, y no hago otra cosa que describir la cadena de errores en que la soberbia precipita al cristiano que se olvida de que su carácter es la humildad. Cerrando los ojos sobre todo lo que puede humillar al hombre, sólo mira sus facultades y sus prendas para creerse un ente sin dependencia: entendimiento, ingenio, saber, prudencia, valor, acierto... los talentos todos creen poseerlos, y nunca jamás se ocupan de sus defectos ni de su ignorancia. Ved aquí error más común de los hombres. Las más sublimes cuestiones de la religión, lo que hay más santo en ella, lo que en la moral tiene de más invariable, todo se decide por el hombre orgulloso

con la misma facilidad con que pudiera hablarse de un negocio común de la vida. De esta soberbia irreflexión nacen, pues, tántas decisiones erróneas y absurdas como adoptan los hombres, infatuados por su amor propio, sin preveer jamás las funestas consecuencias de su precipitación, y añadiré también de su ignorancia, compañera inseparable de la soberbia. Y para que advirtais cuáles son los caminos por donde llega el hombre a este deplorable estado, en que no respeta ya las leyes que la Providencia le ha impuesto, no os ocultaré que esta desgracia es consecuencia del abuso en leer libros contra la religión, abuso criminal que jamás estará por demás el condenarlo en la cátedra de la verdad.

¿Qué hay, en efecto, más capaz de sorprender la razón, que las diferentes formas que el espíritu de incredulidad toma en esos libros? Ora es un talento audazmente impío, que ataca a sangre fría las más augustas verdades, haciéndolas objeto de sus insolentes discursos; o insidiosamente sutil, que encadena lo falso con lo verdadero, poniendo lazos ocultos bajo las apariencias de un razonamiento imparcial. Ora afectando el tono más arrogante y magistral, fija por fundamentos de la moral los más ruinosos principios; y confundiendo al mismo tiempo ésta con los misterios, pide demostraciones que la religión no necesita dar para exigir la humillación de la fe. Ora, finalmente, con fingida modestia, da muestra de respetar los dogmas y la moral; pero bajo el pretexto de esclarecer la verdad, la mina por su misma base, reduciéndolo todo a su positivo pirronismo. La soberbia hace presumir al temerario lector, que leyendo con cierta sagacidad para advertir todos los sofismas, está

a cubierto de la seducción, libre del peligro de prevaricar, y en aptitud más bien de proveerse de armas para triunfar del error. ¡Ilusión fatal, confianza imprudente, pretexto ridículo! El verdadero cristiano, hermanos míos, se comporta de otro modo, porque conoce cuán difícil es entrar voluntariamente en el peligro, y salir de él sin lesión alguna; porque sabe que no es siempre suficiente un talento sagaz y penetrativo para descubrir el error, sobre todo en materia de religión, en la cual el conocimiento de la verdad no es sólo obra del entendimiento, sino también de la gracia; y ésta no se da más que a los humildes, es decir, a aquellos que no presumen de su saber y de sus fuerzas, y que antes bien se desconfían de sí mismos, y ponen toda su seguridad y firme esperanza en Dios su Salvador.

Podemos comparar al hombre seducido por la soberbia que así presume de sus fuerzas, con un general imperito, que dejándose llevar por caminos peligrosos, se viese al fin colocado en un campo desconocido, cuyas entradas y salidas sólo supiese el enemigo. Porque a la verdad no es menos falsa la posición del hombre soberbio, que sin haberse preparado con el estudio de la religión, sin haber meditado sus pruebas, y sin haberse hecho docto en los libros de sus apologistas, pretende llegar a la sabiduría repentinamente leyendo los escritos de los incrédulos; campo cerrado a que se deja arrastrar y en que infaliblemente es vencido, por hallarse mal equipado para hacer frente al filosofismo, si no es que ya que se rinda de luego a luego, seducido por el encanto de las palabras que halagan las pasiones, y haga pacto de no reconocer más

sabiduría que la de la incredulidad, y de tener por locura cuanto pertenezca a la religión, despreciándola así, no por convencimiento, sino por puro orgullo.

¡Qué infelicidad! Pero no hay que asombrarnos: ella es la consecuencia necesaria de la soberbia, la cual, apagando en el alma la luz de la verdad que alimentaba el amor de Dios, es causa de nuestros errores. También es la causa de nuestros pecados.

II

Todo pecado comienza por la soberbia; pues ella es la raíz venenosa de donde brotan todos los desórdenes que desmoralizan al individuo y a la sociedad. Destruíd este vicio, dice San Agustín, y con él serán destruídos los demás.

Volvamos, hermanos míos, al principio del mundo: allí veremos a Adán convertido en ingrato e injusto, porque dió entrada en su corazón a las palabras seductoras del enemigo. **Eritis sicut dii:** seréis como Dios, dijo el demonio; ésta atrevida pretensión causa la desobediencia de Adán y las prevaricaciones de sus hijos, ahogando los sentimientos de piedad, de honor y de religión, que el amor de Dios excita en sus corazones, hasta adormecer los mismos remordimientos de la conciencia.

La concupiscencia es como las olas del mar, que nunca parece más agitada que cuando encuentra diques que la contengan. Por esto el soberbio

que de nada se precia tanto como de una libertad absoluta, sin reconocer dependencia alguna, pone toda su gloria y todo su ahinco en sacudir el yugo de la ley santa del Señor, y en llevar una vida licenciosa; no por otro fin que por mostrarse dueño absoluto de su corazón, de sus acciones, de todo su sér. De aquí esa indocilidad característica, de aquí esa impaciencia y desasosiego, de aquí esa impetuosidad con que se precipita en todos los excesos, al tiempo mismo que la religión con su voz todopoderosa le llama al camino de la obediencia. Es preciso confesarlo: la soberbia hace hallar cierta dulzura en aquello mismo que está prohibido; una secreta complacencia se apodera del corazón de ciertos hombres, que creyéndose de un temple superior de alma, hacen ostentación de su rebeldía y desenfreno, de manera que todo aquello que les es menos lícito, es también lo que más les agrada, dice San Agustín: **tanto magis libet, quanto minus licet.**

Describiendo el Espíritu Santo por su profeta los infames excesos a que se entregaban los habitantes de Sodoma, advierte que la primera causa de todo fue la soberbia. "Mira, dice a Jerusalem, esta fue la maldad de Sodoma tu hermana, su soberbia y la de sus hijas, y yo los destruí como has visto" **(Ezech. XVI, 49)**. Esto es lo que sucede siempre en el mundo, mis hermanos, que la soberbia es al mismo tiempo la causa primera de los pecados y de sus castigos. ¡Oh, si no deshonrásemos con una vida llena de ella el carácter esencial del cristiano, que es la humildad! Pero la soberbia se insinúa en cuanto hacemos: al principio no suele ser más que una pequeña cantidad de levadura; y esta levadura inficiona luego toda la masa de nues-

tras obras, como lo tiene declarado el Señor que escudriña los corazones de los hombres.

La soberbia es la que hace que cada uno quiera parecer más de lo que es; la que crea y fomenta ese lenguaje falto de sinceridad; la que siembra en todos los pasos de la vida la semilla de los desórdenes; la que produce al fin tántas agitaciones en la sociedad. Diríase acaso que en todo eso la soberbia no causa otro mal que el de la vanidad, pecado que se estima por muy ligero. Pero ¿no tiene la vanidad sus grados de malicia como todos los vicios? ¿Hay alguno que sepa seducir, ni ocultarse más que ella? ¡Ah, hermanos míos! Esa vanidad que en nuestros días se reputa como un defecto apenas censurable, fue la senda por donde la soberbia encaminó a las hijas de Sodoma hasta el abismo de las abominaciones. "Se envanecieron, dice el Señor, se elevaron sobre la condición en que la Providencia las había puesto, y cometieron todo género de abominaciones contra mí". **(Ezech. XVI, 50)**. Bien sabéis los crímenes de Sodoma, ni es necesario que yo ofenda los oídos piadosos repitiendo en este lugar santo las prevaricaciones que las hicieron merecedoras del horrendo castigo con que el fuego celestial vengó los derechos de la Divinidad, dejando un perpetuo memorial para ejemplo de los siglos y escarmiento de los hombres. De la vanidad pasaron a la impureza, de la impureza a la licencia, de la licencia al libertinaje, que es el último extremo de la desenvoltura.

Parece que Dios retira más pronto los auxilios de su gracia a los soberbios, para que sus mismos delitos los humillen; para que aquello mismo con que despreciaron la ley santa sea el instrumento de

su castigo; y de aquí nace, según San Pablo, que los soberbios sean entregados en manos de las pasiones de la ignominia.

La ira y la venganza son también pecados que jamás desamparan el corazón del soberbio. Delicado hasta inspirar hastío y enajenamiento en su trato, se resiente y se arrebata a la menor expresión que crea herir su amor propio, o mortificar su vanidad: tiene a bajeza el sufrimiento y la paciencia; y luégo al punto hace explosión la venganza. Así es como se originan tántos pleitos y querellas diarias, y por último resultado los duelos: esa bárbara crueldad que la voz de la naturaleza y el temor mismo de la eternidad no pueden contener. La soberbia, y sólo la soberbia, es la que hollando la ley divina, ha inventado esa monstruosa terminación de las diferencias de los hombres. **Effusio sanguinis in rixa superborum. (Eccli. XXVII, 16).** No hay además un solo crimen que sirve de obstáculo a los soberbios, y aun los más atroces y escandalosos serán preferidos, si los consideran como medios eficaces para lograr algún objeto. Penetrad, hermanos míos, en sus corazones, y allí hallaréis ardiendo todas las pasiones con el fuego de la soberbia; ya la envidia los devora, ya la venganza los arrebata, ya la calumnia los provoca, y se les hace servicial, ya la avaricia les da su sed inextinguible, ya sus mismos desórdenes piden aplausos a porfía... qué se yo qué más iniquidades abrigan esos corazones sin amor. Siempre entregados a los inmoderados pensamientos de su propia excelencia, y de su superioridad imaginaria, dando rienda suelta a sus deseos, y desconociendo toda autoridad, inventan sistemas corruptores, sin

examinar siquiera los que sean menos absurdos, y se lanzan a la incredulidad en el paroxismo del orgullo, que les hace aspirar a libertarse de todo yugo y sumisión. Ignorando, pues, lo que es obedecer, y exaltándose con furor contra toda autoridad que pueda humillarles en lo más pequeño, ya lo he dicho, ni el poder de Dios les detiene, ni la eternidad con su terrible duración; y por eso, si para satisfacer sus ambiciosos deseos es preciso conculcar la religión, y arrastrar a muchos con su ejemplo y apostasía, ellos lo hacen sin titubear, asemejándose a Jeroboam que por su impiedad y soberbia hizo idolatrar a casi todo un pueblo. Ahora bien: como la soberbia introduce en el alma todos los crímenes, forzoso es que eche fuera de ella todas las virtudes, dice San Isidoro. Vosotros mismos lo hallaréis comprobado día por día, en esas pocas prácticas religiosas que veis hacer a los soberbios. Observad cómo escogen aquellas que les parecen menos humillantes a los ojos del mundo; y decidid si hay algo de virtud en ellas, o si no es más bien la vanidad el alma de una tal hipocresía.

Pero lo que hay más deplorable en este vicio de la soberbia, tan fecundo en malas consecuencias, es que ninguno otro tiene tánta extensión en su especie ni en su objeto; siendo infinitas las diversas formas que toma, y que como lo ponderaba el real profeta, no conoce límites ni medida. De manera que el soberbio ataca a Dios, cuya gloria se usurpa, y al prójimo a quien menosprecia; el espíritu y el cuerpo; los bienes y los empleos; la ciencia y la reputación; la fuerza y la salud, las relaciones sociales, los vicios, la virtud misma... todo sirve de objeto a la vanidad; todo da ansias al soberbio para

vanagloriarse en secreto, y para jactarse en público.

A pesar de que todo esto nos prueba que la soberbia es el origen de nuestros pecados, todavía hay una consideración que debe hacérnosla más temible y es la de ser el vicio más difícil de corregirse. Porque el hábito de la inobediencia a Dios va siempre acompañado del amor propio, el cual hace que el soberbio no sufra una sóla reprehensión, ¿qué digo?, la menor advertencia es para él una ofensa imperdonable. Semejante el soberbio a aquellos montes de que habla David, que arrojan fuego contra el que se acerca a cultivarlos, él también despide fuego por sus ojos, mostrando en sus miradas cuál es la hoguera que arde allá dentro d su alma. ¿Qué más? Digámoslo de una vez: la soberbia, manantial inagotable de todos los pecados, después de hacernos quebrantar todos los preceptos de la ley, nos hace también infelices, porque de ella nacen todas nuestras desgracias.

III

Por más que el soberbio ostente exteriormente en su arrogancia un aire de confianza y de seguridad, a fin de dar a entender la paz interior e independencia de su espíritu; ello es cierto, que el hombre interior en él, por las tristes agitaciones y los continuos remordimientos que le atormentan, es muy distinto del hombre exterior que se manifiesta. Pero reconozcamos en esto una misericordiosa providencia del Señor, que de tal manera turba al soberbio en sus satisfacciones, para que

el mismo disgusto que le trae su vida criminal, le haga al fin buscar toda su felicidad en sólo amar y obedecer a su Creador. Y sin embargo, estas grandes verdades, perceptibles a todo hombre de mediana razón, son misterios escondidos para el soberbio; ni él alcanza a comprender que pueda haber tranquilidad y consuelo en la humilde obediencia; ni sube jamás con la consideración a los cielos, para adorar al Todopoderoso, para implorar su clemencia y su bondad, y para hallar en el sometimiento a su divina voluntad esa tranquilidad y ese consuelo. ¿Y por qué esta incapacidad y esta inercia espiritual? En primer lugar, porque se requiere un sometimiento absoluto de nuestras potencias y de todo nuestro sér a Dios y a sus preceptos; y el soberbio se figura parecer en esto como débil y abyecto a los ojos de los que el mundo llama sabios; en segundo lugar, porque es preciso desprendernos de la desordenada estimación de nosotros mismos; y calificando el soberbio este desórden de sentimiento de la propia dignidad, no puede dejar de ser siempre vano, siempre presuntuoso, siempre ambicioso. Así viene el hombre de quien se ha apoderado la soberbia, a frustrar los designios de la Providencia en turbarle la falsa paz que se procuraba; paz engañosa, paz imposible, pues el más pequeño contratiempo, el más ligero accidente, le conmueve y le causa una aflicción imponderable.

Esta es la desgraciada situación de los soberbios sobre la tierra. El temor del abatimiento les da una vida de continuo sobresalto, y el mismo mundo los cubre constantemente de confusión, como para ejecutar las órdenes de Aquel que humilla toda arrogancia, y manda confundir a los sober-

bios. (Job. XL, 6, 7). Ved si no, hermanos míos, lo que siempre les sucede. Tal hay que quiere decidir de todo, y no ha proferido palabra, cuando ya tiene un contradictor; se irrita, se empeña en la disputa, y a trueque de parecer inflexible no repara en incurrir en los errores más funestos; pero, entretanto, despedazado su corazón por esa misma conciencia que niega y desprecia, no se halla satisfecho, ni puede gozar de un sólo momento de paz. Ya es alguno que se muestra siempre frío e insípido en la sociedad, porque le carcome interiormente el orgullo viéndose menos considerado que otros. Ya es aquel que mirando a los demás con un odio secreto, se complace en las desgracias ajenas, y aun llega a desearlas.

Semejantes hombres, que así dejan que el formidable enemigo de la soberbia se encastille dentro de su alma, no viven, ni pueden vivir jamás contentos y dichosos; y después de haberse hecho aborrecibles delante de Dios, se atraen también el menosprecio público. **Odibilis coram Deo est, et hominibus superbia.** (Eccli. X, 7). Malditos de Dios lo son también de los otros hombres, para que se cumpla el oráculo divino: **Initium omnis peccati est superbia: qui tenuerit illam adimplebitur maledictis, et subvertet eum in finem.** (Ibid. V. 15).

Bien comprendéis, cristianos, que no son estas desgracias del género de aquellas que pueden sobrellevarse. No; ellas son antes bien el principio de una sempiterna desgracia· Parece que la paciencia divina sufre otros pecadores, y que su misericordia les compadece; pero al soberbio le detesta, y es el objeto de la abominación del Señor. La primera vez que el infierno dilató sus puertas, según

la frase de David, fue para abismar en su seno al primer soberbio. Para castigar otros grandes crímenes, Dios no ha empleado sino un soplo de su boca, o la extremidad de su dedo, según otra expresión de las sagradas Escrituras; pero cuando se trata de la soberbia, levanta Dios sus manos a fin de abatirla para siempre (Ps. LXXIII, 3), y emplea todo el esfuerzo de su brazo, y deshace las miras del corazón de los soberbios. (Luc. I, 51).

Pero todavía es más espantosa la pintura que nos hacen los Libros santos de la suerte de los soberbios en el día grande, en el día del Señor, en aquel día tremendo, en que ha de juzgar a las mismas justicias. Escuchemos por un instante los lamentos que el dolor y la desesperación arrancarán a los réprobos al caer al abismo, y veremos que la soberbia es el principio de aquel dolor y de aquella desesperación. Llenos de espanto y turbación, verán los pecadores que los humildes justos ganan la salvación, y arrojando gemidos de su angustiado pecho, dirán: "Esos son los que en otro tiempo fueron blanco de nuestros escarnios, y a quienes proponíamos como un ejemplar de oprobio. ¡Insensatos de nosotros...! ¿De qué nos ha servido la soberbia? ¿O qué provecho nos ha traído la vana ostentación de nuestras riquezas? Pasaron como sombras todas aquellas cosas..., y sin haber podido dar muestras de virtud, nos consumimos en la maldad". **Dicentes intra se..., et prae angustia spiritus gementes... Quid nobis profuit superbia? aut divitiarum jactantia quid contulit nobis? Transierunt omnia illa tamquam umbra.** (Sap. V., 3, 8, 9). Esto dicen en el infierno los soberbios: este es el juicio que en la eternidad forman de los bie-

nes, de los honores, de los placeres que gozaron en su vida, y que fueron el instrumento y el objeto de su soberbia. **Talia dixerunt in inferno, hi qui peccaverunt.** (Ibid. V. 14). Sí: los réprobos se olvidan, digámoslo así, de sus demás vicios, porque siendo la soberbia la causa de todos, por ella se sobrepusieron a la ley de Dios, y le ofendieron tánto cuanto debían amarle.

¡Pluguiera al Cielo que este vicio tan funesto no fuese tan común entre los cristianos! Pero ninguno hay que el mundo permita más fácilmente, ninguno que tenga más arbitrios para justificarse, ni que más indulgencia halle entre los hombres. Porque este es el vicio de todas las edades, de todos los estados y sexos: es el de los grandes, envanecidos por su elevación y llenos de sí mismos; es el de los pequeños, que avergonzados de su humillación, ansían por salir de la oscuridad que los oculta al mundo; es el vicio de los que ponen toda su gloria en la opulencia, como de los pobres que se ruborizan de su indigencia; es el vicio de los sabios infatuados por su ciencia, y el de los ignorantes que blasfeman de lo que ignoran. ¿Qué más? Lo digo con temblor: es el vicio que mancha las más santas funciones del sacerdocio con el tizne de la vanidad; y es también el de aquellos hombres que conservan por no se qué miramientos el nombre de cristianos, pero que en sus palabras y en sus obras muestran el profundo odio que su corazón abriga contra la Iglesia de Jesucristo. Vosotros los conoceis por su afectación.

Pregunto ahora a vuestra conciencia, hermanos míos, si teme verse en el llanto y en la deses-

peración de los réprobos? David, acusado de soberbia por los cortesanos de Saúl, hacía a Dios testigo de su inocencia, pero desconfiaba de sí mismo, y quería ser castigado antes que réprobo. Dios mío, exclamaba, mi corazón no se ha hinchado, ni nunca mis ojos se han mostrado altivos, porque tú sabes que jamás aspiré a cosas grandes y elevadas sobre mi capacidad; nunca dejé entrar en mi alma los delirios de la envidia y del celo, porque viese aventajarse a los que pusiste a mi lado, o por la autoridad de aquellos que me diste por superiores; nunca ostenté lo que no era, ni pretendí igualarme a ellos: **Neque ambulavi in magnis, neque in mirabilibus super me.** (Ps. CXXX, 1). Que os diga vuestra conciencia si podéis invocar al Señor como testigo de vuestra humildad, hija del amor de Dios, de esa caridad santa, que es benigna, paciente y humilde. Pero no os engañéis, juzgando por las falsas doctrinas del mundo: poneos en las puertas de la eternidad, y con su luz juzgad de vuestras acciones. Y si con esa luz que no engaña os viéseis manchados de soberbia, si allí conociéseis que habéis andado deslumbrados por las glorias del mundo, y corrompidos por el funesto veneno de la soberbia, que se sobrepone a la ley de Dios, pedídle con el mismo David que os castigue, y entregue al llanto y al dolor, como el niño a quien se quita el pecho en que vivía embebecido; y que este llanto os haga seguir el camino de la humildad, único en que se ama a Dios, único en que se guarda su santa ley, y único que conduce a la eterna bienaventuranza.

SERMON

PARA LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA
SOBRE EL AMOR DE DIOS.

> **Si praecepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego Patris mei praecepta servavi, et maneo in ejus dilectione.**
>
> Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo mismo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.
>
> **(Johann. XV, 10)**

El divino **Redentor** en la noche de la cena, al acercarse ya la hora de su muerte, repitió por cuatro veces a sus discípulos la importante máxima que os inculqué en la tarde anterior, y que va a ser también el asunto de esta instrucción. No puede leerse sin admiración y gratitud la ternura con que Nuestro Señor, al terminar la carrera de su vida mortal, dio a sus discípulos los más principales documentos de la religión. En todo su último sermón resplandecen la sabiduría divina, el amor del Redentor y el celo del Pastor Eterno. Sería no acabar jamás, el detenernos a contemplar las inefables relaciones del Verbo con el Padre, la promesa de enviar el Espíritu Santo, la necesidad de la gracia de Jesucristo, la unión de los fieles a El bajo

la figura de una viña, la reprobación del mundo, y tántas otras lecciones con que ilustró el Salvador a sus Apóstoles. Pero habiéndoles repetido tántas veces la doctrina de la Fidelidad al amor de Dios, en la observancia de sus mandamientos, justo es que os repitamos también hoy esta santa doctrina; no ya para intimar el precepto, ni para condenar a los inobedientes que animados de la soberbia quebrantan la ley del Señor, dejándose arrastrar de los errores, dominar de los vicios, y sepultar en la desgracia eterna; sino para llamar delante de Dios a aquellos cristianos que, sin sublevarse contra El y contra su ley, no cumplen a pesar de ésto con el precepto del amor, porque se dejan llevar de los halagos del mundo, presentando así una oposición de infidelidad a la misma ley divina.

Ya habéis advertido, hermanos míos, que toda la ciencia del primer mandamiento de la ley consiste en acreditar su observancia por nuestra fidelidad a los demás preceptos divinos. Jesucristo da esta señal como cierta y segura, para conocer a los que le aman: **Qui habet mandata mea, et servat ea, ille est qui diligit me.** Y luégo, para conocer la Fidelidad constante, también nos añade: que si guardamos sus mandamientos, permaneceremos en su amor; pero no en un amor frío, no en un amor aparente, sino en una dilección perfecta, así como el mismo Jesucristo cumplió los preceptos de su Padre, y permanece en su inefable amor; **Si praecepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego Patris mei praecepta servavi, et maneo in ejus dilectione.**

Sensible es por cierto que en el pueblo cristiano sea necesario reprehender tan continuamente

la oposición de infidelidad que reina contra la ley de Dios. Jesucristo es adorado de las naciones; los reyes de la tierra postrados delante de la Cruz le confiesan Dios verdadero, y aunque esa cruz fue escándalo para los judíos y locura para los gentiles, hoy es el honor de los imperios; y sólamente aquellos pueblos que no han oído la palabra de Jesucristo son los que viven sentados en las sombras de la muerte, bajo las tinieblas de la ignorancia. Con todo, cristianos, la verdad no goza del dominio que le da su origen celestial: es combatida de todos modos, y encuentra enemigos que no se dignan escucharla; enemigos que la oyen y la desprecian, y enemigos que la abandonan después de haberle jurado fidelidad. Piense cada uno, dice San Gregorio Papa, y pregúntese a sí mismo si oye en su corazón las palabras de Dios, y sabrá de dónde es. Porque hay unos que no se dignan escuchar la palabra de Dios; otros que la oyen, pero sin deseo alguno de observarla, y otros que habiéndola abrazado, y derramado lágrimas de compunción, luégo vuelven a su pecado. Reflexionad, hermanos carísimos, continúa el santo, y temblad al considerar profundamente esta sentencia de la Sabiduría Eterna: "Por eso no oís las palabras de Dios, porque no sóis de Dios". **Propterea verba Dei vos non auditis, quia ex Deo non estis.** (Joan. VIII, 47).

Pero observad, cristianos, que todavía no habla Jesucristo para juzgarnos. Sus palabras, o la verdad eterna, son ahora una luz que nos manifiesta en cada acción lo que se debe abrazar o huír, que aclara nuestras dudas, reforma nuestros juicios, y reprehende nuestras costumbres; pero un día esta misma verdad, ignorada, despreciada y

abandonada, será el terrible juez que condene nuestra indolencia y perversidad.

Mostraos, pues, ahora, verdad santa y misericordiosa: iluminad con vuestra presencia este siglo de tinieblas, brillad a los ojos de los hombres, para que los que no os conocen, dejen su oposición e indiferencia; los que os han conocido, os amen y dejen su oposición de desprecio, y los que os abandonaron una vez, vuelvan a vos reparando su oposición de inconstancia y debilidad.

Ved aquí, hermanos míos, el asunto de este discurso, reducido a combatir la oposición que el mundo inicuo presenta contra la verdad. Pero ¿de qué servirán mis palabras, Dios Santo, si Vos no abrís los corazones, y no disponéis las almas para que éntre en ellas vuestro espíritu? Descended, Espíritu Divino, y venid a preparar los caminos a la verdad, y para ello, interponemos el poder de vuestra Esposa inmaculada, diciéndole: **Ave María.**

I

La palabra de Dios, o la verdad, que es nuestra ley inmutable, nos ilustra con dos objetos: el uno que mira al siglo presente, y el otro que pertenece a la eternidad. Pero una secreta repugnancia de nuestro corazón a las verdades divinas, hace que vivamos olvidados de esta regla infalible de nuestra conducta: olvido que nace de la ceguedad y presunción del hombre. Las santas Escrituras expresan esta ceguedad del hombre, diciendo **que los pecadores se han olvidado de Dios.** El había ilustrado sus almas con el conocimiento de la verdad,

pero cerrando los ojos a la luz, se dejan dominar de los sentidos; poco a poco se acostumbran a pensar en lo que no ven, y al fin olvidan del todo lo que no ocupa su pensamiento. He aquí a Dios olvidado, sus verdades borradas de la memoria del hombre: no le habléis de ellas, porque le es un lenguaje desconocido: **Obliti sunt verba tua.** Han olvidado a su Dios, a su Creador, a su Padre! Han borrado hasta la memoria de sus bondades; quedan apenas vestigios, que acaso servirían para recordar la verdad y convertirse a Dios, si a la ceguedad del olvido no se añadiese el orgullo de la presunción. Porque dejando el hombre la sabiduría de Dios, se forma una sabiduría a su modo: no sabe nada, y cree saberlo todo; cuanto se le dice, y él no entiende, lo recibe por reprehensión de su ignorancia, y así no sale del olvido de Dios en que vive.

Ya no debemos extrañar que las verdades divinas, tan sublimes, tan majestuosas, tan contrarias al sentido humano, y a la razón preocupada, sean el objeto de la indiferencia de los hombres.

Entended esto bien, vosotros que andáis olvidados de Dios, no sea que algún día os arrebate, sin que ya nadie pueda libraros. Os juzgáis buenos, y os creeis en el camino del cielo, porque no sois ladrones, porque no sois injustos, adúlteros ni homicidas; pero esto no basta. Una vida exenta de estos grandes crímenes no es todavía prueba suficiente de que el que la sigue oye la verdad; es preciso dejar esa vida inútil y estéril, porque **el hechizo de la vanidad del siglo,** dice el sabio, **oscurece el bien verdadero.** (Sap. IV, 12)

Sin embargo, cristianos, los hombres pasan una vida inútil: tranquilos porque a los ojos del mundo no sin criminales, creen que su vida nada tiene de malo. Pero ¿quién es el que resultaría inocente, si se le examinase a la luz de la verdad? Yo no quiero entrar en todas y cada una de las circunstancias de vuestro estado, de vuestra condición, y de vuestros deberes generales. Deténgome únicamente en el modo como miráis el cielo, que es el término de la vida del hombre; y digo que miráis la verdad en esta parte con una oposición práctica de indiferencia, aunque os llaméis cristianos, y os tengáis por inocentes.

El mundo, no obstante ser injusto, no deja de confesar que el pecado hace al hombre esclavo del demonio, y que el cielo es sólo la herencia de los hijos de Dios. Consultemos las Escrituras. Ellas nos presentan el cielo como una recompensa laboriosa de adquirir: el Espíritu Santo no define la salvación sino por el trabajo, y por los sacrificios que ella cuesta; Jesucristo la compara, ya a una perla preciosa, digna de que nos desposeamos de todos los otros bienes para comprarla, o para recobrarla una vez perdida; ya a un tesoro escondido en el campo, por cuya adquisición se toleran un sin número de privaciones; ya es la corona de la inmortalidad, que no puede ganarse sin combatir, sin vencer, sin morir con las armas en la mano; ya es la ciudad santa colocada en las más altas montañas y para llegar a el'a es preciso hacer esfuerzos extraordinarios, y caminar sin volver la vista a la espalda. Todas estas grandes y nobles figuras del cielo condenan la indiferencia y predican la vigilancia y el trabajo; pero vuestra vida, cristianos, si hemos de definirla con

verdad, no debe llamarse sino la huída del trabajo y el deseo del hechizo de la vanidad. Espíritu de mortificación, devociones regladas, ejercicios piadosos, todo se mira como prácticas propias de almas tímidas y débiles, que por su limitación pueden apenas alimentarse con estas observancias rutineras. Este es el lenguaje de los enemigos de la verdad; pero ni ellos conocen el camino de la oración, ni se ocupan en cosa alguna que pueda hacer considerarlos como más perfectos que esas almas que califican de tímidas y limitadas. ¿Cómo es, pues, que creen oír y seguir la verdad? Escuchad sus excusas: yo no hago mal; no daño a nadie; no peco ni contra Dios ni contra el prójimo, sé moderarme dentro de los límites de lo justo.

¿Es posible que quien se llama cristiano no pueda hacer otra defensa de su causa? ¿Acaso sólo caen al infierno los homicidas, los adúlteros, los ladrones y los avaros? ¿No ha hablado Jesucristo en su Evangelio de los perezosos, de los que viven siempre corriendo tras del hechizo de la vanidad? ¿Será posible que el reino de los cielos, que es el premio del valor y de la constancia, lo sea también de una vida cuyo único elogio consiste en no estar manchada con crímenes atroces, que deshonrarían a los mismo paganos? ¡No hacéis mal! ¿Y qué mal hacía aquel desgraciado siervo, condenado por la boca del mismo Jesucristo? ¿Se había por ventura enriquecido con lo ajeno? ¿Había disipado en disoluciones el patrimonio de su familia? ¿Le había dejado consumirse con un abandono culpable? No, católicos; pero había escondido el talento que recibió, no por otra razón que por conservarlo sin tra-

bajo alguno· Esta indiferencia fue su única culpa, y por ella fue arrojado a las tinieblas exteriores.

¡No hacéis mal! ¿Y qué mal habían cometido las vírgenes necias, reprobadas por Dios? Vírgenes a los ojos del Señor, no dieron entrada en su pensamiento a la impureza, ni su corazón amó objeto alguno reprobado, ni su alma se complació en los placeres, ni sus labios pronunciaron palabras libres, ni su vista se oscureció con el pestilente humo de lecturas obscenas. Tánta pureza no fue bastante para librarlas, porque a la llegada del esposo dormían, mirando con indiferencia esa hora preciosa en la cual debieron velar, y no dormir un sueño que les daría la muerte. Si la simple separación del pecado fuera un título suficiente para hallar gracia delante de Dios, el justo mortificado y vigilante trabajaría en vano. Pero no olvidemos que ningún pecador recibe peor sentencia que las vírgenes necias: **Nescio vos.**

¡No hacéis mal! ¿Y qué mal había hecho sobre la tierra aquel desgraciado árbol, maldito por el Salvador? ¿Era dañoso, o mortífero? ¿Estaba muerto? Nada de esto, cristianos; pero era estéril, y su fuerte fue el fuego.

Pero dejemos las figuras y los símbolos, aunque muy propios, y aparezca la verdad por sí misma. ¿Cuáles son los crímenes que el Supremo Juez debe echar en cara a los réprobos en el último día? El Evangelio nos presenta el terrible decreto de reprobación que pronunciará Jesucristo; pero parece que el Juez Eterno ha querido omitir expresamente todos los atentados de una vida criminal, como una cosa de cuyo infalible castigo nadie duda,

para tomar venganza con más solemnidad, del vicio de una vida enteramente inútil, por la omisión y olvido de las virtudes. No les dice: hé aquí el mal que hicísteis; hé aquí vuestros homicidios, sacrilegios, adulterios; sino que los reconviene por el bien que omitieron. Y como la caridad es el alma de todas las virtudes, bajo su nombre condena Jesucristo la omisión de todas ellas, por una indiferencia criminal. Aun cuando no tuvieran otro pecado los réprobos, el cielo estaría cerrado para ellos.

¿Y hay, hermanos míos, alguna alma tan dormida del amor de los placeres, que no despierte al sonido de esta voz que derriba los mismos montes? ¡Ah! no nos engañemos; cualquiera que sea a los ojos del mundo la inocencia de nuestras costumbres, no basta para decidir de nuestra salvación. Los justos no reciben precisamente el premio de la inocencia, sino la corona del mérito, y en los pecadores no sólo se castiga la iniquidad, sino también la inacción y la indiferencia. Esto es lo que nos enseña la verdad; juzgad por sus reglas, y no por las del mundo.

Pero, ¿queréis probar que no miráis con indiferencia la verdad, y que vivís según sus reglas? Pues mostrad, en el curso de vuestra vida, prácticas de virtud, actos de religión, obras de caridad, ejercicios de mortificación; y entonces, estad seguros de que camináis para el cielo, y os separáis del infierno. Sin embargo, la presunción hace creer a los hombres que practican la virtud, estando separados de ella. No vivimos, dicen, como devotos penitentes, pero no por eso dejamos de hacer bien: no frecuentamos los sacramentos, pero tampoco faltamos al precepto anual; no asistimos todos los días al

templo, pero no dejamos la misa el día de fiesta; no tenemos devociones diarias, pero tampoco vivimos del todo separados de las públicas devociones. Es decir, que según estos hombres ciegos e infatuados, uno o dos días en el año, y un momneto el día de fiesta, destinados para el culto, y un sacramento recibido sabe Dios con qué disposiciones; y lo demás del tiempo prodigado sin medida, no diré a los crímenes escandalosos (no hablo de ellos todavía), sino a la vanidad, a los pasatiempos, al sueño y a los placeres; es lo que basta para ganar el cielo. Si esto fuera así, en vano hablaría la Escritura de la salvación como de una conquista difícil, como de un negocio gravísimo, al cual es preciso contraer toda la atención del espíritu, aprovechando los momentos de la vida; el Espíritu Santo habría usado de palabras pomposas y de ideas exageradas, para expresar un negocio fácil y un trabajo ligero; la verdad se habría mentido a sí misma, como lo hace la iniquidad, en los famosos ejemplos del Evangelio que acabo de citar; pues ninguno de ellos tendría menos obras buenas qué alegar que vosotros. Aquel siervo negligente fue fiel en conservar su talento, pero nada bueno hizo; las vírgenes necias, a más de su pureza, salieron al aviso de la venida del esposo, pero su indolencia en preparar el aceite de las buenas obras las perdió; el árbol estéril estaba cubierto de hojas y lleno de flores, pero no llevaba frutos. Si los raciocinios del mundo valieran, el Salvador nos habría engañado, advirtiéndonos que para entrar al cielo es preciso tomar la cruz y cargarla sobre los hombros todos los días, **quotidié**; velar y orar sin cesar en ningún tiempo, **omni tempore;** trabar un combate fuerte, y hacer una continua

violencia a la carne y a la sangre, **contendite.** Finalmente, si todo lo que nos dice la verdad en orden a la salvación fuera hiperbólico, se habrían engañado los santos, tomando a la letra la doctrina del Evangelio, practicándola con rigor, y no dándose ni tregua en el combate con las pasiones, ni descanso a su trabajo, ni límites a su fervor; los hijos de este siglo serían entonces los que procedían sabiamente, hallando un camino corto y agradable, que los llevase al cielo sin despertar del sueño de sus delicias. ¡Qué quimera! Los oráculos del Evangelio, y el ejemplo de los santos, son nuestras reglas infalibles: según ellas, el momento que pasa no vuelve, el tiempo perdido no puede recuperarse; y una vida disipada, en la que nada bueno se hace, es tan peligrosa para la salvación, como la del pecador desenfrenado; porque los pecados de omisión son tan opuestos al cielo como cualquiera otro.

Esto es lo que nos enseña la verdad. Decidme ahora, cristianos, obrar contra esta doctrina ¿no es mirar con indiferencia la verdad? ¿No es oponerse prácticamente a la luz divina que alumbra nuestra peregrinación, que nos advierte los peligros que nos rodean, y que nos muestra el camino único, aunque laborioso, que puede guiarnos al cielo? Pues ¿cómo perdemos inútilmente el tiempo en el sueño, en los negocios del mundo, en los placeres terrenales, en el juego, en las conversaciones mundanas? En una palabra, tenemos días, meses y años enteros para darlos al cuerpo y jamás empleamos un día en la oración, en el retiro, en la práctica del Evangelio. ¿Qué olvido y qué indiferencia es esta? Exclamaré con San Bernardo: **Quid hoc ignaviae est?** Prolongáis vuestro sueño, como si la luz no os

llamase a adorar a Dios, y a ocuparos en el trabajo; y hacéis durar vuestras tertulias hasta la noche, cuando el silencio de las primeras y últimas horas del día os convida a recoger vuestro espíritu delante de Dios. **Vos longas noctes dormitando consummitis, et dies confabulando ducitis otiosos.** Pero supongo, mis hermanos, que no miráis ya con indiferencia la verdad; que os aplicáis a conocerla; y que, como Dios habla de todos modos, y por mil caminos diversos hace conocer su ley, oís su palabra divina, y conocéis ya claramente la verdad porque sois hijos de la luz. Mas entonces, la despreciais pecando con mayor conocimiento; y hé aquí la oposición de desprecio.

II

La primera oposición que el hombre presenta a la verdad consiste en mirarla con indiferencia; de donde se sigue que andamos errados en el camino del cielo cuando creímos ir seguros, como lo habéis visto. Pero cuando oímos la verdad, y recibimos su conocimiento, tenemos doble pecado, lo mismo que los judíos a quienes decía Jesucristo que eran inexcusables en su pecado. No obstante, no hay cosa más común que el desprecio de la verdad. No hablo aquí de aquellas almas desenfrenadas que han levantando el estandarte de la impiedad, y que desprecian la verdad en su mismo origen que es la fe; que sepultadas en todos los excesos del crimen, quieren justificarse negando a Dios; y que haciendo alarde de su incredulidad, no sólo desprecian la verdad, sino que la persiguen con furor. Estos escándalos, como más manifiestos, no son los más

temibles; el desórden, cuando pasa todos los límites del respeto, se granjea siempre más censores que imitadores. Pero hay otra especie de escándalo y de desórden, que, en medio de la vanidad, de los placeres y de los abusos del siglo, presenta cierta apariencia de regularidad; que no sólo no se háce reprehensible a los ojos del mundo, síno que merece su estimación y la alabanza de los hombres; en suma, con una vida contraria a las reglas del Evangelio y de la verdad, pero sin dejar por eso de llamarse cristianos y de confesar la verdad que conocen, tales hombres la desprecian prácticamente, como si no tuviesen idea alguna de ella, ni de sus reglas.

Apelo al testimonio de vuestras conciencias, al conocimiento que tenéis de lo que es el mundo, y del modo como vive el común de los hombres. En su sociedad no se oye otra cosa que máximas de vanidad, de ambición, de venganza, de sensualidad y de un insaciable deseo de adquirir bienes terrenales, sin omitir medio alguno, por reprobado que sea. Estas son las virtudes del mundo; pero las virtudes evangélicas, el huír de los placeres y de las ocasiones, el aprecio de la humildad y de la mortificación, y el desprecio de los bienes de la tierra, aquellas virtudes con que solamente podemos llegar al reino de los cielos, son despreciadas.

En vez de mirarse todos como una misma familia, cuyos intereses deben ser comunes, parece que en este mundo corrompido no se unen los hombres sino para engañarse mutuamente; en él la rectitud pasa por simpleza, y el doblez y disimulo por honroso mérito; todas sus concurrencias están em-

ponzoñadas por falta de sinceridad; las palabras no sirven de intérpretes del corazón, y no son más que una máscara que le oculta y disfraza; las conversaciones son mentiras encubiertas con exterioridades de amistad y de política; se alaban y se adulan unos a otros cuando se necesitan para sus proyectos, y al mismo tiempo ocultan en su corazón el rencor, la envidia y el desprecio; el más vil interés arma al hermano contra el hermano, y al amigo contra el amigo, rompiendo todos los vínculos de la sangre y de la amistad; los motivos más ruines y más indignos del fin para que fuimos creados, deciden de nuestro amor o de nuestro aborrecimiento; las necesidades y desgracias del prójimo no hallan en nuestro corazón sino indeferencia e insensibilidad; y acaso se ve perecer al infeliz bajo el duro peso de la miseria, cuando el juego y la disolución hallan con qué fomentarse.

Esta es la vida del mundo, y de un mundo que se llama cristiano y conoce la verdad; en el cual no se profesa otra religión que la del Dios verdadero, cuyo fundamento es creer en un Dios remunerador de la virtud y vengador del pecado. ¿Quién no se persuadiría a que el rigor de los juicios de Dios, con que tántas veces amenaza el Señor a los hombres en las Escrituras, y por el ministerio de la palabra, sería suficiente motivo para detener la inundación de ese torrente de culpas, tánto más criminales cuanto son cometidas a la luz de la verdad? Los suplicios que Dios tiene decretados a los despreciadores de su ley santa, debieran sin duda atemorizarlos; y si este temor no es suficiente para obrar su conversión, porque sólo el amor de Dios

es el que obra verdaderas conversiones, a lo menos debiera bastar para reprimir la violencia y el exceso de sus pasiones, e impedirles que se entregasen a ellas con desprecio de la verdad que no ignoran. Pero el mundo, cada día más perverso, ya no teme los juicios de Dios que le anuncia la fé; y las terribles pinturas que de ellos hacen los ministros del Evangelio, que son ministros de la verdad y no de la lisonja, las más veces sólo sirven para materia de censuras. Por más que se les diga a estos cristianos de nombre, que las palabras, las acciones, y hasta los menores deseos, todo se escribe en el libro de las justicias divinas con caracteres indelebles· que en el día de las venganzas del Señor todo se hará presente en este libro; y que después de haber pasado el tiempo de las misericordias, ya sólo lo habrá para un examen severo e inflexible; creyendo estas verdades, siguen viviendo como si no las creyeran, y como si estuvieran persuadidos a que de nada se habría de dar cuenta a Dios; y en vez de pensar que no habiendo recibido de sí mismos su alma, ni los miembros de su cuerpo, son responsables del buen o mal uso que de ellos hagan, para delante de aquel Señor de quien recibieron el sér y la vida, se conducen con tal olvido, como si creyesen tener derecho para permitirse toda clase de desórdenes, como si solamente dependiesen de sí mismos.

Difícil es comprender el descuido en que viven los que haciendo profesión de creer que hay cielo e infierno, pasan su vida en la culpa, como si una cadena de delitos, cometidos a la luz de la verdad, pudiera tener otro término que el de una eternidad desgraciada. Ellos conocen la verdad lo mismo

que los justos; pero la desprecian, porque no reflexionan; viven en una funesta tranquilidad, porque los males con que les amenaza Dios son futuros, y porque raras veces hace Dios ostentación de su justicia en este mundo. Sí, cristianos: Dios hace muy pocas veces ostentación de su justicia en la tierra; sus tremendos juicios están reservados comúnmente para la eternidad. En la tierra casi siempre es más feliz el exterior de los malos que el de los justos; porque parece que Dios quiere dejarlos como víctimas para el día de sus venganzas; pero es porque quiere, no sólo que creamos lo que la verdad nos dice de sus castigos, sino que lo creamos con una fe viva, y no con una fe muerta y sin obras; porque quiere que nos movamos, no sólo por objetos sensibles, sino también por lo que no vemos ni tocamos, es decir, por lo que nos dicta la luz infalible de la verdad divina, que ni puede engañarse ni engañarnos; porque quiere que conozcamos que el tiempo presente, al que vinculamos nuestra felicidad, es tan corto que no merece que tengamos apego a él, y que aunque nuestra vida durara un millón de años, comparada con la eternidad, es menos que un punto imperceptible en el inmenso espacio; porque quiere, en fin, que no nos precipitemos sin temor y sin esperanza en la eternidad, donde la suerte del hombre es inmudable.

Si queréis ahora saber, mis hermanos, si sois del número de los que desprecian la verdad conociéndola, comparad vuestra vida con la que acabo de referir. Decídme, y me lo pregunto a mí mismo sin separar mi suerte de la vuestra: ¿Sois igualmente insensibles a estas verdades que los que las desprecian? ¿El horror de los juicios de Dios aumen-

ta en vuestro corazón el temor saludable, o lo debilita? ¿Las esperas que Dios nos da en esta vida, y que son como un esfuerzo de su misericordia para salvarnos, son motivos de que temamos sus juicios, o sólo sirven para mayor obstinación en el pecado? ¿Pensáis que en cada día, en cada hora, en cada momento, puede llegar aquel instante repentino que nos arrebata del mundo, y nos presenta a las puertas de la eternidad? A estas preguntas responden nuestras pasiones con la irritación; a la manera del que duerme en profundo sueño, y se le despierta inoportunamente, contestan: ¿a qué fin semejante reprehensión?, ¿por qué estas invectivas? Pero la verdad nos dice con San Pablo: "Os llamo, porque vuestro sueño es un letargo, porque vuestro reposo es una muerte". **Surge, qui dormis, et exsurge a mortuis.** (Ephes. V, 14). Levantáos, y dejad en libertad a vuestra conciencia, cuya voz habéis tenido tánto tiempo sepultada en un profundo sueño, despreciando la verdad que ella conocía.

Habla, pues, conciencia cautiva; tiempo es ya de que rompas el silencio que se te había impuesto. No nos hallamos en las asambleas del mundo, ni en las diversiones de la sensualidad; estamos en el templo del Señor, en el lugar santo, donde no puede resonar sino la verdad; y la verdad es la que te excita, para que delante de los altares en que se ofrece el Cordero inmaculado, clames con vehemencia para condenar el desprecio de la verdad. Habla, pues, conciencia fiel, y reprehende al impúdico sus infamias, y al público ladrón sus rapiñas; al hipócrita que miente a Dios y engaña al mundo, la vergüenza de su oculta ambición; al pe-

cador envejecido que traga la muerte con el agua, la larga cadena de sus pecados; al inicuo que tuerce la justicia, y al que oprime al huérfano y a la viuda, la tremenda maldición que el Cielo tiene fulminada contra él; al enemigo de la paz que vive de la ruina ajena, díle que como al caritativo le librará Dios en el día malo, así él será abandonado del Señor desde la tierra; al sembrador de la discordia que difama a todo género de personas, anúnciale que ya está maldito del Espíritu Santo. **Tacui semper, silui patiens fui; sicut parturiens loquar.** (Isai. XLII, 14). Habla, pues, conciencia oprimida, y dí a todos que ya no permite Dios que por más tiempo se burlen de la verdad; que la fe tan frecuentemente ultrajada, los sacramentos hollados, los templos profanados, la gracia desechada, son un menosprecio de la verdad, y una obstinación contra el Espíritu Santo, que harán descargar el peso de la ira del Señor sobre los hombres. Y si Dios, paciente y misericordioso, no ha precipitado hasta ahora sobre nuestras cabezas su venganza, es porque nos quiere dar un poco de tiempo; pero esta tregua será pagada a ciento por uno, por todo el que persista en el desprecio de la verdad.

Así habla nuestra conciencia, cristianos; y quiera el Cielo que llegue a tal punto la impresión de su voz, que no podamos sufrirnos a nosotros mismos; que nuestro corazón ulcerado corra en busca del médico; que el sentimiento de nuestra propia miseria nos haga gemir interiormente por los desórdenes de la vida pasada; y que penetrados de este íntimo dolor que nos ha de traer la salud, digamos al fin de esta santa cuaresma: **Tribulationem et dolorem inveni, et nomen Domine invocavi.**

(Ps. CXIV, 3, 4), hallé la tribulación de mi alma, por el dolor de mi corazón contrito y humillado; e invoqué el nombre santo del Señor para mi remedio. Esto es ya, mis hermanos, abrazar voluntariamente la verdad, hasta derramar lágrimas de compunción. **Sunt nonnulli, qui libenter verba Dei suscipiunt, ita ut etiam in fletibus compugantur.** Ya oigo que clamáis al Señor con lágrimas de vuestros ojos: Señor, mi corazón, antes duro, ha sido roto como la roca del desierto; él brota estas lágrimas que certifican mi penitencia, porque sonó en mis oídos esa voz que truena y muda el desierto del alma en una tierra que debe producir frutos copiosísimos, y no los produce, sin embargo, por la inconstancia en los caminos de la salvación: tercera oposición a la verdad. **Post lacrymatum tempus, ad iniquitatem redeunt.**

III

Ya habéis advertido, católicos, que la falta de reflexión sobre lo que la verdad nos enseña acerca de nuestra eterna salud, produce la indiferencia por la misma verdad; que aun cuando se conoce es despreciada, porque viendo a lo lejos los horrores de la eternidad, no consideramos el peligro que corremos, ni percibimos las delicias inefables de la bienaventuranza. Pues vosotros que habéis oído ya la voz de la verdad en esta santa cuaresma, hasta compungiros y llorar vuestros pecados, temed todavía el peligro de hollar la verdad, con la oposición de la inconstancia. Permitidme, que para fundar este temor, os recuerde que habeis hecho lo mismo otras veces; quiero decir, que habeis llo-

rado vuestras culpas en otros años, sin poderos gloriar de haber mejorado vuestra vida. No hablo ahora de esa natural fragilidad del hombre, que hace caer muchas veces a los más santos y que aun después de una conversión sincera, presenta peligros que asustan a la misma virtud; estas son unas nubes pasajeras, digámoslo así, que sólo cubren la superficie del alma; o bien a la manera de aquellas que preñadas de tempestad sorprenden al viajero en la cima de un monte, le despiden un rayo, le hieren, pero sin quitarle la vida; y así como él huyendo al instante que puede, se pone a salvo y recobra la tranquilidad de su viaje, así también el alma fiel y constante en el camino de la verdad, al verse herida del pecado, huye, se guarece con el escudo de la fe, y puesta bajo la protección de Dios en una humilde penitencia, recobra inmediatamente su seguridad. De lo que intento hablar, pues, es de aquella inconstancia en el camino de la verdad, que hace retroceder desde el principio al que lo emprende; inconstancia que casi no deja intervalo alguno entre la vida criminal que precedió a las lágrimas de la penitencia, y que añadió al pecado de desprecio el de la infidelidad.

Con efecto, cristianos, cuando la verdad visitó vuestras almas, y vísteis con su luz lo enorme de vuestra culpa, y la necesidad de satisfacer a Dios por ella, la ocasión próxima que teníais en vuestra misma morada, y el peligro de mantenerla; los años pasados en la disipación del ocio y del juego hasta en los días de fiesta y de penitencia, y el camino estrecho que guía al cielo; cuando conocísteis estos y otros excesos que no nombro, pero que vuestra conciencia es fiel en recordároslos ahora

mismo, ¿cuáles fueron vuestros pensamientos y propósitos? ¡Ah! entonces os oímos formar resoluciones de nueva vida; no sólo pensabais en dejar el pecado, sino en abrazar la virtud; la frecuencia de los sacramentos, la mortificación de los sentidos, las prácticas de devoción, todo entró en los planes de vuestra enmienda; pensando sólo en las dulzuras de la virtud, y sin reflexionar que la virtud tiene también sus amarguras y dificultades. Pero este edificio estaba fundado enteramente sobre arena: no buscabais la cruz del Salvador, sino la seguridad de no ser molestados por los disgustos del pecado, y el camino fácil y llano que os guiase al cielo sin trabajo; nunca pensásteis en que por esos propósitos entrábais en una senda erizada de espinas y llena de embarazos. Así fue que los primeros días temblábais a la menor falta, y os parecía que nada sería capaz de haceros dar un paso atrás; pero al instante en que se presentaron las dificultades, y que fue preciso superarlas con valor, desfallecísteis miserablemente; si antes confesábais el peligro de la ocasión próxima, ya después sólo pensásteis en disculpar vuestra flaqueza, para justificar vuestros desvíos y salvar vuestra incostancia; si al principio sólo os confortaba el pensamiento de la fidelidad, ya no hallásteis luégo más consuelo que en el mundo, en las conversaciones y en las asambleas de placeres; el juego volvió a ser vuestra única ocupación el día de fiesta; la disolución, vuestro descanso; el escándalo de la embriaguez se renovó a todas horas; y en fin, una noche eterna de infidelidades e inconstancias fue el término a que os condujo el querer ser de Dios sin dejar de

ser del mundo, y el querer seguir la verdad sin abandonar los engaños de la mentira.

Tal es el resultado de esos propósitos formados en la misma inconstancia. Y digo en la misma inconstancia, porque no abrazásteis aquellas prácticas que la verdad os enseñaba como más propias para purificar vuestro corazón, sino las que lisonjeaban vuestras inclinaciones; no buscásteis el mejor remedio, sino el más acomodado a vuestro genio, y que os pareció menos amargo; y, para decirlo de una vez, no seguísteis el camino que la verdad os señaló, sino aquel por donde os arrastró vuestro natural flojo, amigo del descanso, y nunca aparejado para pelear con el enemigo de la salvación.

¿Qué más? Esta inconstancia que trae al hombre acá y allá, como una caña agitada por los vientos, le hace mirar la verdad como impracticable, y busca por todas partes cómo acomodar el Evangelio a su parecer· De aquí tántas dudas en las cosas más sabidas, que reducen la doctrina de las costumbres a cuestiones artificiosas, en que sólo se pretende disfrazar la verdad; de aquí el fatigar a los confesores con consultas repetidas, trabajando incesantemente por quitar a la verdad su fuerza; de manera que quienes así se conducen, dice San Agustín, se afanan por no hallar aquello mismo que buscan: **Nihil laborant, nisi non invenire quod quaerunt**; o más bien, son de esos desgraciados de los cuales habla el Apóstol, que jamás tienen máximas fijas, ni conducta cierta, porque la inconstancia es su carácter: **Semper discentes, et numquam ad scientiam veritatis perveniestes.** (II Timoht. III, 7). En fin, el mismo San Agustín los

compara a los que soplan la tierra para buscar alguna cosa debajo del polvo, y se llenan los ojos con el mismo polvo: **Sufflantes in pulverem, et excitantes terram in oculos suos.** Así pinta este gran santo la ceguedad que produce en el hombre su inconstancia en los caminos de la verdad, lisonjeándole de que algún día hará una vida perfectamente cristiana; pero esta ilusión calma sus remordimientos, sin que por esto deje de hallarse en un estado equívoco entre las reglas de la verdad y las costumbres del mundo.

¡Qué engaño, hermanos míos! ¡Qué ceguedad tan funesta, que arroja por último en una eterna desgracia a las almas inconstantes! Pero ¿quién es el que piensa que ha de morir impenitente? Los que así viven adormecidos esperan todos un tiempo propicio en que el valor y la perseverancia se sucederán al desaliento y a la inconstancia; nadie piensa que a la última hora, en que el demonio redobla sus artificios, es cuando se conoce el engaño, y desaparecen como un sueño los proyectos de una vida firmemente adherida a la verdad. Entonces, cuando ya sólo hay tiempo para cerrar los ojos, es también cuando el pecador no pide otra gracia que un poco de tiempo para reparar el que perdió por su inconstancia. "¡Descarriados hemos ido, dicen, del camino de la verdad! No nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni para nosotros ha nacido el sol de la inteligencia". **Ergo erravimus a via veritatis, et justitiae lumen non luxit nobis et sol intelligentiae non est ortus nobis.** (Sap. V, 6). ¡Un poco de tiempo! Pero la medida de los días concedidos al pecador se ha colmado; durante ellos le fue manifestada la verdad, y su esperanza se ha

disipado como la pelusa que arrebata el viento. !Un poco de tiempo! Pero durante el largo curso de la vida supo que había de llegar este lance; la verdad le amonestaba del peligro; y ahora sólo es tiempo de que se cumplan los decretos del Señor. ¡Un poco de tiempo! Pero en mil peligros, en mil inspiraciones de la gracia, ¿no conoció la verdad, la abrazó y la dejó? A la manera del que apenas nacido deja ya de ser, así no pudo él mostrar ninguna señal de virtud, y se consumió en su maldad. Tan difícil como todo esto es hallar un término seguro a una vida pasada en alternativas entre Dios y las pasiones; y que los que siguen no vengan a concluír como los necios de que habla el Espíritu Santo. "¡Insensatos de nosotros! ¡Descarriados hemos ido del camino de la verdad! No nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni para nosotros ha nacido el sol de la inteligencia".

Pero aún tenéis vida, cristianos, y no es ahora tiempo de desconfianzas. Dios ha mudado felizmente vuestros corazones, ha hecho caer las infames cadenas con que habéis estado aprisionados tánto tiempo, y ahora sólo debéis pensar en ser fieles a la gracia. Las lágrimas no deben ser solamente nacidas del dolor y del disgusto que experimentásteis por el pecado, sino también del agradecimiento a las bondades del Señor. No os abandonó Dios cuando no pensábais en El, y cuando, insensatos idólatras del mundo, dejásteis el camino de la verdad; ¿cómo, pues, os ha de abandonar ahora, que os entregáis a El como a vuestro Dios y vuestro único bien? ¡Oh Bienhechor adorable y magnífico! ¡Qué dignos de lástima son los pecadores que no saben conocer vuestra bondad para con los que se

convierten a Vos! No nos dejéis seguir errados del camino de la verdad, privados del consuelo de restituírnos a vuestro seno paternal. Hacednos gustar en él la paz y la alegría que en vano buscamos, y nunca hemos podido hallar en la culpa; para que así nos esforcemos a conseguir la paz inalterable y la alegría sempiterna de la gloria. Amén.

SERMON

PARA LA CUARTA DOMINICA DE SU CUARESMA SOBRE EL AMOR DEL PROJIMO

Mandatum novum do nobis: Ut diligatis invicem.

Un nuevo mandato os doy, y es: que os améis unos a otros, y que del modo que os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente.

(Joan. XIII, 34)

Estas fueron las palabras que Jesucristo dijo a sus discípulos, al tiempo que los preparaba para el terrible y postrero acto de su vida. Yo os he enseñado la doctrina de mi Padre; nada os he dicho, que no sea la verdad, de Aquel que me envió; pero me falta daros un mandamiento nuevo, un precepto excelente, que siendo tan antiguo como el mundo, estaba ya olvidado entre los hombres; el mismo pueblo escogido había limitado su extensión; y como si todos los hombres no fuesen hijos del mismo padre, la caridad se hallaba desterrada del mundo. Pues yo renuevo este precepto, que os doy con otros muchos: "Amaos mutuamente como yo os he amado a vosotros; en esto conoceréis todos que sois mis discípulos, viéndoos vivir en mutuo y recíproco amor".

¿Quién no se admira, dice San Agustín, al ver a Jesucristo repetir por tres veces, en el sermón de

la Cena, el precepto del amor al prójimo, al mismo tiempo que reitera mucho más la necesidad de guardar los mandamientos, para cumplir con el amor de Dios? La razón consiste en que el mandamiento de amar al prójimo es semejante al de amar a Dios, o más bien, estos dos mandamientos son el resumen de todo el Evangelio, porque toda la religión está encerrada en los deberes que tenemos para con Dios y para con los hombres. ¿Ni cómo amaremos a Dios, a quien no vemos, dice San Juan, si no amamos al prójimo a quien vemos? ¿Cómo es posible amar a Dios, y aborrecer a su imagen? ¿Cómo honraremos nuestra religión, si prescindimos de lo que la hace más interesante a los bárbaros, de lo que inspira respeto a los mismos que la aborrecen, de lo que ha hecho su gloria en la pluma de los apologistas, en fin, de lo que la manifiesta al universo, entre otras mil señales maravillosas, como la religión del Dios verdadero?

Los primeros cristianos, dignos de este nombre por su caridad, llevaban en el ejercicio de esta virtud el verdadero distintivo de su fé y de su religión; cual sinceros discípulos de Jesucristo jamás olvidaban lo que el Divino Maestro había enseñado con frecuencia a sus Apóstoles, y que éstos no habían dejado de predicar: amáos los unos a los otros; no tengáis sino un corazón y una alma; vivid como hermanos; porque lo sois en efecto, pues no tenéis sino un solo Señor y un solo Padre que está en los cielos. El mundo mismo dió entonces testimonio a la verdad, tributando el debido homenaje de veneración a la heroica caridad de los cristianos.

Mas en nuestro desventurado siglo, lejos de ver este heroísmo de la caridad, sólo vemos a los cristianos separados entre sí por intereses particulares; los defectos que en otro tiempo cubría la benigna caridad, ahora son motivo para respirar el mutuo afecto; las pasiones mueven al hombre contra el hombre, y vivimos, no como hermanos, sino como desconocidos, y acaso como enemigos. ¿Es esto ser fieles a Jesucristo? ¿De este modo podemos decir que amamos a Dios? No, hermanos míos: es preciso no engañarnos, y confesar la verdad delante de los ángeles y de los hombres, aun cuando deba ruborizarnos esta confesión. Es muy reducido el número de cristianos que hallan en su conciencia el dulce consuelo de no ofender a sus prójimos, y de hacerles bien; los demás parece que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen; porque la religión, en sus máximas, en su culto, en su mismo sufrimiento para con los pecadores, está clamándoles incesantemente: amáos los unos a los otros; que practicando este precepto, y no de otro modo, cumpliréis la obra del cristianismo. Esto mismo vengo yo a repetiros esta tarde; y aunque el filosofismo de nuestro siglo os diga mofándose, que amar a vuestros prójimos como a vosotros mismos, es tánto como decir, amarles de la misma manera en que os veis a vosotros y los veis a ellos, de un mismo modo y con los mismos ojos; sabed que las burlas de los incrédulos son los efectos de su infatuación; que Jesucristo, Dios y hombre, mandó lo que es justo, santo y bueno; y que sus discípulos han practicado y practican ese amor, no ciertamente tomando las palabras del Salvador en un sentido absurdo y arbitrario, sino en aquel en que las expli-

can los Santos Padres, esto es: que Jesucristo no nos manda tener a nuestros prójimos un amor respectivamente idéntico con el que nos tenemos a nosotros mismos, sino un amor semejante.

Voy, pues, a recordaros este gran precepto del cristianismo; y lo haré diciéndoos: que los motivos o fundamentos de este precepto, y su extensión estriban en las relaciones de la naturaleza y de la gracia.

Imploremos los auxilios del Espíritu Santo para que inflame nuestros corazones en el amor del prójimo. Ave María.

I

El amor del prójimo es una ley necesaria que el Divino Hacedor del mundo ha grabado en nuestras almas, y que la religión hace exterior y sensible, añadiendo un precepto positivo. El judío y el gentil, el romano y el bárbaro, confiesan la verdad de este principio; pero lo destruyen por limitaciones que repugnan a su misma naturaleza. Sin embargo, no hay sociedad alguna sobre la tierra, en que la obligación de amarse y auxiliarse los asociados, no sea considerada como la base de todas las leyes, y como el fundamento de la misma sociedad; ya invocan las relaciones de la sangre; ya las de la amistad y de la alianza; ya las de la nacionalidad; el instinto del amor es el principio que anima, que fomenta y sostiene las sociedades.

En efecto, hermanos míos, el amor del prójimo es el que forma los lazos que unen a los hombres entre sí; lazos necesarios, sin los cuales el mundo sería un caos tenebroso, una mazmorra de horror;

pues los hombres que lo habitan compondrían una monstruosa reunión, siempre dispuesta a despedazarse, y por consiguiente, su propia existencia sería una verdadera infelicidad, peor que la misma nada; lazos conforme a la razón con que Dios alumbra nuestra vida, y a las inclinaciones que nos ha dado, inspirándonos ese deseo tan natural de comunicarnos con nuestros semejantes.

Sobre esta reflexión se fundaba San Agustín, cuando deducía el amor del prójimo del orden general del universo. Mirad los cielos y la tierra, decía; observad la invariable armonía en todos los cuerpos, el constante arreglo, el orden imperturbable que conserva y sostiene todas las partes del universo. De tal manera nos está advirtiendo la Sabiduría divina que todos los seres tienden a la unión; que las criaturas han sido hechas unas para otras; que la paz y el orden son el alma del universo; que las leyes eternas de Dios, y no unos pactos imaginarios nos atraen y nos constituyen en sociedad; pero que esta misma sociedad, en la cual debe el hombre adorar y honrar a su Creador, sería un sempiterno desorden, si no la animase y sostuviese la caridad.

¿No es cierto que un padre prudente y lleno de ternura para con sus hijos, toma todas las medidas que están a su alcance, para conservar el orden y la armonía entre ellos? Nadie niega esta verdad con respecto a la sabiduría y previsión de los hombres. Pero antojóseles a los sectarios del filosofismo el figurarse al Creador del universo cual un sér impróvido, que deja al hombre sin leyes esenciales a su naturaleza, las cuales le obligan a vivir en sociedad; precisamente, como si el mundo fuese

obra del acaso. ¡Oh ceguedad humana! la Providencia divina, visible y admirable en los prodigios de la creación; visible y admirable en las leyes siempre constantes con que hace reproducirse las cosas más necesarias para la vida del hombre; visible y admirable en el orden general del universo que, tántos siglos há, está dando gloria a su omnipotencia; esta Providencia divina ¿habría olvidado sólamente las leyes morales de la criatura racional hecha a la imagen del mismo Dios? No, hermanos míos, aunque su Sabiduría nos haya dado un libre uso de nuestra voluntad, quiere también que usemos de ella según la ley esencial de sociabilidad que llevamos en nuestra propia alma, y con ella todos los preceptos cardinales que la sociedad humana supone existentes, y que se cifran todos en la caridad.

Sabios de la tierra, espíritus sublimes, que lo ignoráis todo, creyendo saberlo todo; o más bien, que lo sabéis todo, menos lo que no es permitido ignorar; decídme: ¿sobre qué base sólida establecéis la sociedad, que debe ser duradera y constante como su mismo fin? ¿Cuál es el vínculo que profesáis deber reunir a los hombres entre sí? ¿Es el interés individual? ¿Son acaso los placeres? ¿O por ventura las relaciones de la carne y de la sangre? Pero el interés individual riñe luégo, si la caridad no lo concilia subordinándole a la justicia; pero el placer se olvida de todo, hasta del mismo Dios, si la caridad no lo modera; pero la carne y la sangre se apegan y se circunscriben en un estrechísimo círculo, que más bien disocia que fomenta la unión, si la caridad no los dirige y ensancha, dándoles de su

caráter esencial, que es el ser universal, fuerte y activa, liberal y abundante.

Ciertamente, sin la caridad se ve en los pueblos y en las familias lo que la historia nos refiere haber sucedido cuando el hombre desechó la ley del amor. El furor fatricida de un Caín contra un Abel; el resentimiento de un Esaú contra un Jacob; la envidia de un Isacar contra un Josef; la perfidia de un Absalón contra un David; esto es lo que sucede en el mundo dirigido por otro principio que no sea el de la caridad. La razón y la fisolofía contendrán acaso alguna vez los desórdenes; pero ¿la razón es siempre dueña del hombre? ¿la filosofía del siglo, fundada precisamente sobre los placeres domará las pasiones? y cuando éstas se desencadenan ¿podrán ser contenidas por cálculos de utilidad? Que lo digan la Grecia y la Roma destruídas por la filosofía de los sentidos, luégo que abandonaron la filosofía espiritual, que con el amor domina aun a los mismos bárbaros.

Hasta aquí os he hablado solamente como a hombres racionales, reflexionando sobre las leyes morales que el universo ha reconocido en todos los siglos, sean cuales fueren las nubes pasajeras con que Epicuro en la Grecia, Lucrecio en Roma, y sus ecos en las últimas edades, han oscurecido esas leyes tan prominentes, que jamás serán del todo desconocidas. Disimulad, almas cristianas, que desde el principio de mi discurso no os haya hablado sólo del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, y nada más que del Evangelio de la caridad. El mundo enemigo, envanecido con su filosofía, quiere siempre ver a la religión en armonía con ésta, para no despreciarla; sin reparar en que lo poco bueno

y razonable que enseñan los filosofistas lo deben al cristianismo, el cual sin embargo es mirado como locura en unos, y como fanatismo en otros.

Los que profesamos la ley de Jesucristo no estamos sujetos a todo viento de doctrina, sino que tenemos firme palabra a qué atenernos. Esta palabra nos enseña que el amor del prójimo es el lazo que une los espíritus y los corazones en la sociedad; y lo que decía San Agustín de la religión en general, podemos decirlo especialmente de la caridad. "Dádme, decía este padre, un reino compuesto de cristianos dóciles a la religión, y yo los gobernaré sin trabajo". Porque la caridad es la que forma hijos sumisos y obedientes, padres celosos y prudentes, esposos fieles, amigos sinceros y magistrados justos; la caridad es la que sostiene en el comercio la buena fe, el buen orden en los pueblos, la equidad en el foro y la tranquilidad en los Estados; en suma, la caridad es la que constituye al verdadero hombre de bien, al hombre generoso y activo que sabe hacerse todo para todos. Donde ella falta, todas estas grandes virtudes, que son su fruto, son desconocidas. Si este fuera el lugar y esta la oportunidad de descender a explicaciones minuciosas, yo llamaría aquí en apoyo de la verdad, no ejemplos parciales, ni doctrinas engalanadas con figuras, sino costumbres populares fundadas en la caridad, y entonces veríais que no es sociedad más perfecta aquella que adelanta más en los refinamientos del trato civil, sino la que se consolida guardando con fidelidad el mutuo y recíproco amor de sus miembros.

Este es el gran bien que dispensa a los hombres la ley santa de la caridad fraterna, por los mismos

principios religiosos que la fomentan y sostienen. Reengendrados en Jesucristo, bautizados en el mismo nombre, consagrados al servicio de un sólo Señor, instruídos en unas mismas verdades, educados bajo la misma regla, profesando la misma fe, observando un mismo culto, participando de los mismos sacramentos, reconociendo un mismo jefe, y aguardando del Jefe invisible una misma recompensa, el cristianismo, que así profesamos todos, presenta a la sociedad el vínculo más fuerte que pudiera desearse, en la admirable caridad que hace la plenitud de la ley. Pero ¡qué monstruosidad, Dios santo, la que ofreceríamos a vuestros ojos, unidos por vuestra religión, y separados por nuestros afectos! De aquí es, hermanos míos, que ni la gracia de los milagros, ni dón alguno por grande que parezca, puede honrar al cristiano, si no tiene caridad, y no ama a su hermano como a sí mismo. Si, según el pensamiento de San Agustín, nada es más justo que amar a los que la naturaleza nos da por hermanos, nada hay tampoco más opuesto a la justicia y a la religión que el aborrecerse entre sí los que adoran al mismo Dios, y a un mismo Redentor.

Y, a la verdad, ¿en qué nos distinguiremos de los bárbaros, si aquellos mismos a quienes la naturaleza y la religión nos mandan amar, son el objeto de nuestra ira?, ¿ni qué cosa más oprobiosa e indigna de un cristiano, que dejarse arrastrar de esa pasión hasta derramar la sangre de su hermano? La religión desconoce al cristiano homicida; no puede llamarse ya cristiano aquel que lleva manchadas sus manos con la sangre que hizo verter el puñal fratricida. Sólo a Dios pertenece la venganza, y en su nombre, a las potestades establecidas para

el bien de la sociedad humana; pero jamás, en ningún caso, será lícito a un hombre atentar contra la vida de su hermano. La mald ción del Señor, dice el real Profeta, entra en el alma del desventurado homicida, a la manera que el agua que llueve penetra la t erra; y la llevará siempre consigo como el vestido con que se cubre, y como el cinto con que ciñe su cintura. (Ps. CVIII, 18, 19). Verdad terrible, hermanos míos, que no falta jamás; pues si alguna vez se ve la sangre inocente derramada con impunidad en la tierra, es porque hay otra vida en que estos grandes pecados son castigados con grandes tormentos. Pero ¡ay de aquel cuyo castigo reserva Dios para la eternidad!

No puede haber religión verdadera y sincera en los corazones donde falta la caridad, que es el carácter por el cual se discierne el espíritu de Jesucristo, aquel espíritu principal, que obligaba a los mismos paganos a reconocer y confesar algo de divino que percibían en el cristianismo. Por el contrario, el que ama a su prójimo llena toda la ley, como nos los enseña San Pablo (Rom. XIII, 8). Si le ama, pues, verdaderamente, dando gloria a Dios y a la gracia de Jesucristo, puede persuadirse de que ama también a Dios, y de que llena la ley: **legem implevit**. Y este verdadero amor del prójimo es a un mismo tiempo la mejor garantía y la mejor prueba de la moralidad de nuestras acciones; porque no hay obligación particular que no se halle encerrada en la de la caridad. El padre San Agustín nos dice, que plantada en el corazón la fecunda raíz de la caridad, no puede menos que producir frutos de salud y de santidad. Sirva la caridad de guía a la corrección fraterna, y ésta

no se saldrá de sus límites, ni se quedará corta, más de lo justo; dicte la caridad los mandatos de los superiores, y ellos llevarán consigo el atributo de la bondad; acéndrense en el crisol de la caridad los mutuos oficios de la sociedad humana, y ellos adquirirán un valor inestimable; abra la caridad los labios para la alabanza, y ésta no será manchada con la adulación; gobierne la caridad a los corazones, y ni el temor ni la esperanza los pervertirán jamás; ni la ambición de gloria convertirá en ataques recíprocos el uso de la palabra proferida o escrita; ni se verán tántos escándalos de injusticias, tánta oposición de intereses como tienen divididos a los cristianos.

Ya es tiempo de interrogar a vuestras conciencias sobre algunas de las más graves violaciones de la ley de la caridad. ¿Pensáis que podrá hallarse la caridad en aquél que jamás ha hecho violencia a su temperamento para contener la ira, que siempre se deja arrebatar de ella ultrajando a sus hermanos, que no habla sin altercar, y que mira como cosa pequeña e indiferente el no hacerse amar de nadie? ¿O en ese ambicioso, que sacrifica la amistad más antigua y fiel, para lograr el objeto de sus deseos? ¿O en ese otro que por su fortuna se cree dispensado de la benevolencia, de la afabilidad y de la compasión? ¿Tendrá caridad cristiana el detractor maligno, ese hombre de tal linaje y condición, que poco contento con no amar a sus hermanos, faltando a la religión y a la naturaleza, se resiente hasta de que los demás se amen entre sí, cubre de negras sombras la reputación mejor establecida, desune las familias, y siembra la desconfianza, el odio y la discordia? ¿Y qué diremos

del avaro, que con el corazón pegado a sus riquezas, parece haberle éstas comunicado la dureza y frialdad de los metales; y que, habituado ya a ver con indiferencia las desgracias y las miserias, añade a la injusticia con que acumula y atesora, la ferocidad con que niega sus socorros?

En vano se lisonjean los mundanos de sus virtudes: no son sino fantasmas de virtud que cubren un enorme vacío, pues no se halla ahí la caridad, sin la cual son absolutamente nada a los ojos de Dios. "Si yo hablara las lenguas de los ángeles y de los hombres, decía San Pablo, y no tuviese caridad, sería como un bronce sonoro, y una campana que dá su sonido" (1ª Cor. XIII, 1).

Derramad vuestra sangre por la fé; sufrid los tormentos de Esteban y Lorenzo; nada sois, si no tenéis caridad. No se os exigen grandes cualidades, ni conocimientos sublimes, sino que os améis los unos a los otros· Ni se os manda más, ni se os pide menos; todo lo tendréis con la caridad; y todo os faltará sin ella. Pero bien poco habríamos adelantado conociendo que debemos necesariamente amar al prójimo, si ignorásemos lo que constituye este amor. Reflexionemos ya sobre la extensión de este precepto.

II

Raras veces se encuentra quien dude o niegue la obligación de amar al prójimo; casi no hay uno sólo que no confiese, pues, la ley de la caridad; pero al mismo tiempo, casi ninguno la observa sin limitarla, inventando tántas modificaciones y reservas, que al fin se viene a negar prácticamente el mismo precepto que se reconoce en principio.

Unos pretenden limitarlo a cierta categoría de personas; otros quieren hacerlo puramente natural, o más bien, sólo siguen un amor carnal; algunos lo hacen consistir en afectos de benevolencia y civilidades exteriores; y no faltan quiénes reduzcan el amor al prójimo a dar al desvalido ciertos socorros temporales, sin pensar en otros bienes sólidos. Pero la verdadera caridad tiene mayor extensión, y obra la salud del prójimo.

Es evidentemente una ilusión mundana el querer limitar a un corto o crecido número de personas el amor que debemos a nuestros prójimos, estando como estamos obligados a guardar las reglas de la justicia, de la caridad, de la dulzura, de la humildad, de la prudencia y de la honestidad, para con todos los hombres sin excepción; en todos los tiempos, y en todos los lugares; tanto en lo que sea conforme a nuestras inclinaciones, como en aquello que las contraríe; bien con las personas que nos complacen, bien con las que no son de nuestro agrado. Tal es la doctrina que nos enseña el Evangelio, y que San Pablo y San Juan inculcaron a los primeros cristianos en sus admirables epístolas, para su instrucción y la nuestra. Entonces combatían ellos el furor fatricida engendrado por el politeísmo, y el error con que los judíos limitaban su amor a sus hermanos nacionales; ahora la doctrina de Jesucristo en boca de sus ministros tiene qué luchar con el funesto egoísmo que la incredulidad engendra, y con la envidia que la ambición siembra. Entonces Jesucristo mostraba el fiel ob-

servador del gran precepto de la caridad en un samaritano compasivo, para vergüenza de los hijos de Israel; ahora, la Iglesia derrama amargas lágrimas, cual madre desconsolada, al ver introducidos el odio y la desunión entre los que sólo debieran estar animados por el mismo espíritu. Entonces el mundo quedó pasmado, viendo a Jesús clamar desde la cruz por el perdón de los que le habían crucificado, y a Estevan levantar las manos al cielo en favor de los que sin piedad quebrantaban su cuerpo; ahora, se oyen resonar por todas partes las palabras de beneficencia, humanidad y filantropía, y no vemos los preciosos frutos de aquella hermosa caridad que se mostraba por las obras, y no por la palabras. "El que te mandó amar a tu prójimo, dice el grande Agustino, no exceptuó hombre alguno; todo hombre es prójimo tuyo; y ni la lejanía de la sangre puede excusarte, cuando la naturaleza es común".

En efecto; la caridad tiene por objeto a todos los hombres bajo la denominación de prójimo; y así como Dios no distingue al judío del griego ni del bárbaro, según la doctrina del grande Apóstol, sino que derrama sobre todos las riquezas de sus misericordias, así también el verdadero cristiano no limita su amor a ciertas y determinadas personas, pues todo hombre, sea quien fuere, es su hermano y merece su amor.

Ni puede ser de otra manera, si somos fieles a las enseñanzas de la fé. Esta nos muestra que uno sólo es el origen de todos los hombres; uno mismo el Dios misericordioso que nos crió; una misma la materia de que él formó nuestro cuerpo;

una misma la imagen divina que dió a nuestra alma. Desde la cuna del linaje humano en el Edén hasta el valle de Josafat; de uno a otro extremo de la tierra, resuena, por todas partes esa voz todopoderosa que dice a los mortales: Hermanos sois, hijos de un mismo padre. ¿Por qué, pues, desprecia cada uno de los hombres a sus hermanos? ¿Por ventura no es uno sólo el Padre de todos, un sólo Dios y un sólo Creador? **Numquid non Pater unus omnium; numquid non Deus unus creavit nos?**

No tenemos para qué hablar de ciertas distinciones que el mundo aprueba, y cuyo origen común está en la concupiscencia, en la corrupción, en la ambición, y en lo que llama el vulgo los caprichos de la fortuna; pero no olvidemos que aquellas otras distinciones que forman el orden social, y que la misma religión santifica, lejos de relajar en nada la obligación general del amor paterno, antes bien lo aumentan, pues tienen su fundamento en la misma caridad.

Y aun cuando nada halláramos en el prójimo que le hiciera amable a nuestros ojos, ¿no es ya bastante motivo, saber que Dios le ama, para amarle también nosotros? Dios ama a todos los hombres, por pecadores que sean, aborrece la maldad, pero mira con agrado la obra de sus manos. ¡Oh Dios mío! Vos amáis al pobre y al desgraciado; al mismo que os ha ofendido le castigáis amorosamente; vuestra razón infinita halla siempre motivos para amar al hombre. Pero el mismo hombre, que es el objeto de vuestro amor, no halla nada en su hermano que le haga amable, y su temeraria y mezquina razón sí encuentra pretextos para despreciarlo.

Supongo ahora que vuestro hermano sea tan odioso como decís; no por esto estáis dispensados de la caridad. Lo más cierto es, que sois cristianos injustos y temerarios, atribuyendo a vuestro hermano defectos que no tiene; que miráis la paja en el ojo ajeno, sin reparar la gruesa viga que está en el vuestro. Acordaos de que Dios no deja de amar a ese mismo prójimo que tenéis por indigno de vuestro trato; Dios le sufre para darle medios de penitencia; y vosotros no podéis soportar ni los más leves defectos de su descuidada cultura, al mismo tiempo que quereis que todos os paguen los deberes recíprocos que impone la fraternidad. Esta injusta conducta, tan común en el mundo, es un verdadero escollo para la salvación, porque es imposible que ame al prójimo quien tales restricciones pone al cumplimiento de este precepto; y sabido lo tenéis, que el que no ama a su prójimo permanece en la muerte, como dice San Juan: **Qui non diligit, manet in morte.** (I Joan. III, 14).

Porque la caridad, hermanos míos, no es esa simpatía que une a los hombres por conformidad o analogía de temperamento, y que les hace buscar en los otros más bien sus propias delicias y su bienestar, que no a sus hermanos en Jesucristo. La caridad nace de Dios; y en Dios y por Dios debemos amar a nuestro prójimo, con un amor universal, discreto, espiritual y perseverante. Permitídme explicaros brevemente estas cualidades del verdadero amor del prójimo, para terminar con ellas esta instrucción.

Primeramente, debe ser universal nuestro amor, porque la caridad es universal. Esta univer-

salidad consiste en amar a todos los hombres sin excepción, y en tener siempre y en todas circunstancias los mismos sentimientos para con el prójimo; quiero decir, mis hermanos, que debemos ser siempre pacientes y benignos; no envidiosos ni temerarios; justos y moderados, no vanos ni ambiciosos; compasivos y generosos; no interesados ni altaneros.

En segundo lugar, debe ser discreto, es decir, ordenado con prudencia. El Angélico Doctor, hablando de la universalidad del amor, dice que este carácter no excluye otros deberes particulares; y en efecto, la caridad ordenada por la prudencia hace que amemos más a un amigo que a un desconocido; a un doméstico que a un extraño; y en igualdad de circunstancias, teniendo qué optar entre dos personas para dar a una de ellas nuestros servicios o socorro, preferimos a la que nos es más íntima, aunque la compasión sea igual o mayor para con la otra. El mismo Jesucristo, que fue paciente, benigno y misericordioso para con todos los Apóstoles, se señaló en su ternura y demostraciones con San Juan, hasta allegarlo a su pecho como su amigo íntimo y predilecto discípulo. En la muerte de Lázaro, dió también el Salvador una prueba de amor de preferencia, con las lágrimas que derramó, y que no se vieron cuando la muerte de la hija de Jairo. De todo debemos concluír, que si la universalidad exige que amemos a todos los hombres, la discreción da a este amor más o menos grados, sin que por esto se falte al precepto divino.

En tercer lugar, nuestro amor debe ser espiritual; y esta es una de las cualidades esencialísimas, para llenar el nuevo mandamiento que nos dejó

Nuestro Señor. El talento, las riquezas, la afabilidad del trato, las demás prendas sociales y otros muchos motivos, cautivan frecuentemente el afecto, y engendran inclinaciones que el mundo reputa por caridad cristiana; pero no es este el amor que nos manda Jesucristo; los gentiles también profesaban aquel afecto, y aunque algunas veces cumplieran hasta cierto punto con los designios de la Providencia, nunca ascendían hasta amar a su hermano en Dios y por Dios. Así es que, al decirnos Nuestro Señor que nos dejaba un mandamiento nuevo, de que nos amásemos como él nos había amado, expresó claramente, según reflexiona San Agustín, que este precepto nuevo consistía en exigirnos un amor espiritual, por el cual vemos en nuestro prójimo la imagen de Dios, y las relaciones inmortales que nos unen con todos los fieles de la tierra y con los bienaventurados del cielo; a fin de que, santificando así nuestro amor por la gracia de Jesucristo, pudiéramos decir con verdad, que amamos al prójimo como el mismo Jesucristo nos amó a nosotros.

En cuarto lugar, nuestro amor debe ser perseverante, cuya cualidad está también comprendida en el mandamiento nuevo de Jesucristo. A la verdad, hermanos míos, ¿de qué sirven las más grandes virtudes, si no tienen otra duración que la fugaz de las cosas terrenales? La virtud, que en su acepción general no es otra cosa que la fuerza del alma, es falsa siempre que no encierre un ánimo perseverante de practicar lo bueno; y como este ánimo perseverante es sostenido en el cristianismo por el sólido motivo de agradar a Dios, y por la esperanza de la eterna recompensa, debemos

amar constantemente al prójimo para cumplir el mandamiento de Dios. Os doy un mandamiento nuevo, dice Jesucristo, y es: que del modo que yo os he amado, así también os améis recíprocamente. Pues Jesucristo, hermanos míos, amó a sus discípulos hasta el fin; y al subir a los cielos, ese amor perseverante le hizo quedarse en el sacramento que por excelencia es el sacramento del amor, y rogar al Padre para que les enviase el Espíritu Santo. Ahora mismo vive con nosotros, y esa bondad inefable, que derrama todos los días sus beneficios en nuestros templos, nos está diciendo: Hijos de los hombres, amaos mutuamente como yo os he amado.

No quiero deteneros en el examen de todas las faltas contra cada una de estas cualidades del amor del prójimo. Cristianos sois, alimentados con la doctrina de la verdad en el seno de la Iglesia Católica, fuera de la cual no hay enseñanza legítima. Entrad dentro de vosotros mismos; repasad mil veces estas palabras del Salvador: "Amaos unos a otros del modo que yo os he amado", y decidid si os habéis o no arreglado a ellas. Pero temblad, hermanos míos, si sofocando la voz de la conciencia, y cerrando los oídos a la doctrina de Jesucristo, creéis llenar este precepto como lo hacían los fariseos. Si vuestra justicia, dice el Señor, no abunda sobre la de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Esta abundancia de la justicia cristiana consiste en amar no sólo a los parientes, a los amigos y a los conciudadanos, sino a todos los hombres; en amar no sólo a los que nos hacen bien, y a los que no nos dañan, sino a los mismos enemigos que nos aborrecen y calumnian. Pero es-

te asunto será para el domingo siguiente; y entretanto, hermanos míos, pidamos al Señor que llene nuestros corazones de la caridad santa, para que amando a los prójimos guardemos los mandamientos divinos, y guardándolos nos hagamos dignos de la misericordia eterna que Dios tiene prometida al que es misericordioso en la tierra. Amén.

SERMON

PARA LA QUINTA DOMINICA DE CUARESMA SOBRE EL AMOR DE LOS ENEMIGOS.

Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos.

Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian.

(Matth. V, 44).

Al acercarse el fin de esta santa cuaresma, no puedo ocupar vuestra atención, hermanos míos, con un asunto más interesante, que el que hace el complemento de la moral cristiana, y es la fuente más fecunda de la paz, de la unión y de la felicidad de los hombres. Desde el principio del mundo crió Dios al hombre para la sociedad, y para el mutuo amor en ella; y este amor recíproco era, como lo habéis visto en el domingo anterior, una parte esencial de la ley suprema de la existencia, conforme al fin que se propuso el Creador al sacarnos de la nada. Pero la corrupción de nuestra naturaleza engendró cierto espíritu de división, que, suscitándose siempre en el corazón humano al lado de los deseos de la unión y de los bienes que ella trae consigo, hizo del hombre un ente misterioso, que al mismo tiempo quiere la sociedad fraternal y rompe sus divinos lazos.

Si en razón de esta decadencia el amor del prójimo vino a ser un precepto nuevo, para amarnos como Dios nos amó, el amor de los enemigos es una ley propia del cristianismo, uno de los preciosos dones que él ha dispensado a la humanidad Antes de él se había conocido ciertamente la clemencia, pero allí se había detenido la razón. La misma ley de Moisés, tan perfecta, no lo era hasta este punto; prohibía el odio y la venganza, mas no mandaba el amor de los enemigos. Este gran precepto estaba reservado en el seno de Dios, hasta que lo trajera al mundo el Verbo-Humanado; era preciso que un Dios hombre lo promulgase, y que sancionándolo con su ejemplo, probase al mundo que si sobrepuja a la razón, no por esto le es contrario. Y a la verdad, la razón no habría adivinado esta ley admirable; pero al oírla, confiesa su sabiduría, y reconoce su utilidad. La fé misma, que se contentaba con desarmar el brazo de la venganza, no proveía sino imperfectamente a la paz universal; era un paliativo, no un remedio eficaz. Sólo el amor de los enemigos llena este grande objeto; porque no es un perdón político o tímido, ni un perdón farisáico o soberbio, sino un amor cristiano, la imitación misma del Dios que es caridad, y que mandó aprender de El la mansedumbre y la humildad. **Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde.** (Matth. XI, 29).

Con todo el poder del ejemplo, y con la alta autoridad de Dios, dice Jesucristo: "Oístes que se dijo a los antiguos: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo; mas yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian; para

que seais hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Porque, si no amáis sino a los que os aman ¿qué premio habéis de temer?, ¿no lo hacen así les publicanos? Y si no saludáis a otros que a vuestros hermanos, ¿qué tiene esto de particular?, ¿por ventura no lo hacen también los paganos? Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto".

Aquí tenéis el precepto de Jesucristo explicado por El mismo. En vano, pues, se deja llevar el mundo de una ilusión perjudicial, juzgando que el amor de los enemigos pertenece a la perfección de consejo; tan funesto error proviene de no hacer diferencia entre la perfección misma de la ley, y la perfección de la virtud; pues aquélla obliga a todos, y ésta es voluntaria. Tal es la regla que debemos tener siempre presente; según la cual, para proponeros un ejemplo, diremos que la pobreza de espíritu es de precepto, pero la pobreza real es sólo de consejo. Así también, amar a los enemigos es la perfección misma de la ley evangélica; llevar este amor hasta adelantarse el ofendido a buscar al ofensor, es perfección de consejo.

Las propias palabras de Nuestro Señor están mostrando, hermanos míos, que es imposible llenar en toda su extensión el amor del prójimo, si no comprende este amor a los enemigos que nos aborrecen, nos calumnian y persiguen. Y ciertamente, la caridad fraterna es una deuda que nos tiene siempre obligados unos con otros; y no solamente es una deuda, sino que es quizás la única deuda en cuyo pago jamás podrá haber demasía. Porque, ¿qué es lo que podréis hacer con vuestro

prójimo para llenar el precepto del amor, que os venga a ser perjudicial? ¿Le amáis, le socorréis, le toleráis, le perdonáis? Pues Dios os ama más, os socorre más, os sufre más, y os perdona más. ¿Os retorna el prójimo ingratitud por amor, injurias por beneficios, persecuciones por paciencia, venganza por perdón? Pues entonces vuestra caridad inalterable y siempre ardiente, es la copia exacta de la caridad de Jesucristo; entonces vuestra gloria es inmarcesible, porque sois verdaderos cristianos, que obráis y enseñáis la doctrina que profesáis.

Sin duda que ésto es lo que debemos ser todos, puesto que desde el bautismo hemos profesado fidelidad a Jesucristo Nuestro Señor, y a sus divinos mandamientos. Pero ¿qué es lo que vemos? ¡Ah, hermanos míos! Si la fe no enseñara que en aquel día terrible en que el Señor ha de juzgar a las mismas justicias, nada ha de quedar en secreto, sino que todo ha de ser revelado a presencia de los cielos y la tierra, yo os invitaría hoy a ocultar vuestra vergüenza y confusión por nuestra infidelidad a Jesucristo. Pero, ¿por qué hemos de temer el confesar nuestras culpas delante del altar santo, cuando ahora la Iglesia misma se muestra cubierta de luto, y levanta la voz de sus lúgubres cantos hasta el trono del Altísimo, implorando el perdón misericordioso para el pueblo pecador, y rogando al Señor que no lo entregue a la eterna perdición? **Parce Domine, parce populo tuo, et ne des hereditatem tuam in perditionem.**

Ved aquí, hermanos míos, que el tiempo mismo en que nos hallamos, las ceremonias del culto, las oraciones de la Iglesia, la necesidad de acercar-

nos a la mesa eucarística, todo nos obliga a implorar el perdón de nuestros pecados, cumpliendo con el divino mandato de amar a los enemigos; y ved aquí también con cuánta razón vengo yo hoy a terminar mis débiles instrucciones en esta santa Cuaresma, exhortándoos al amor de los enemigos. Me propongo seguir en mi discurso la misma división de las palabras de Jesucristo. Según ellas, tres condiciones debe tener el amor de los enemigos: primero, la de amarles, auncuando ellos no lo quieran; segundo, la de llevar este amor hasta hacer bien a los mismos que nos aborrecen; tercero, la de proporcionarles la misericordia de Dios por medio de nuestras oraciones.

Dios de amor y misericordia, Vos conocéis los corazones y escudriñáis hasta los más escondidos pensamientos. ¿Qué puedo yo hacer, Señor, para que se extinga la levadura del odio y de la venganza, que cada día fermenta más y más entre los mismos que se distinguen con el nombre de Vuestro Hijo? Obrad una de aquellas maravillas propias de vuestro poder, suscitando imitadores de Cristo, que amaba y perdonaba a sus enemigos. **Ave María.**

I

Vivimos, hermanos míos, en unos tiempos en que podemos decir sin exageración, con San Juan Crisóstomo, que el tratar del amor de los enemigos es hablar de una virtud que se ha ausentado del mundo; hablo, continúa este santo, como de una planta desconocida, que prospera en países muy remotos, puesto que sólo la conocemos por el nom-

bre. Asusta ciertamente la falta de caridad que se nota entre nosotros. Los judíos carnales confesaban sin rubor que debían amar a los prójimos; pero se ofuscaban al propio tiempo suponiéndose libres de toda obligación para con sus enemigos, y se creían autorizados para volverles odio por odio, mal por mal, y venganza por venganza. Los cristianos que han aprendido la doctrina del Evangelio, los cristianos que condenan la dureza de las máximas judáicas, los cristianos que confiesan la deuda del amor a los enemigos, piensan haber satisfecho a tan sagrada obligación, ora empleando alguna exterioridad en que sólo tiene parte el mundo, ora usando de cierta indulgencia hija de una oculta soberbia; y al mismo tiempo quedan sus corazones en la mayor indiferencia, si ya no es que la sangre que los anima sirva sólo para fomentar un odio cruel.

No creais que venga yo a ponderar el desorden de las pasiones, para hacer resaltar más la justicia del santo y generoso precepto del amor de los enemigos, que el Evangelio nos intima tan claramente. Que hable vuestra misma conciencia a vista de lo que pasa, y del alto grado a que sube ya el amor propio por la vanidad, y por aquella filosofía que pretende morigerar al mundo con el equilibrio de una lucha de pasiones, en lugar de someter éstas a las eternas máximas de la ley de amor.

No es el hombre, es Jesucristo quien dice en alta voz: Amad a vuestros enemigos: **Diligite inimicos vestros.** Ninguno está exento de la ley; nadie, quien quiera que sea, puede excusarse de esta obligación; porque todos sois hijos del mismo Padre que está en los cielos. ¿Y qué es lo que el hombre

carnal opone contra el cumplimiento de esta ley? Oíd, y sea para confusión de muchos, lo que alegan los falsos cristianos que se lisonjean en sus odios en medio de la infatuación de su soberbia. Confesamos, dicen, que debemos nuestro amor a los que se conducen bien con nosotros; pero no debemos comprender que lo debamos también al mismo que lo rechaza, al que se anticipa a romper los lazos de la amistad, al que retira primero su benevolencia, a aquel que faltó a la caridad cuando de nuestra parte no dejábamos de amarle, ni habíamos dado el más ligero motivo para que se sospechase siquiera que nos era repugnante el tratarle con afecto. Así habla el amor propio, el cual no puede persuadirse que deba amarse a quien no ama y antes bien ofende. Pero esta obligación es tan rigurosa, que no hay motivo ni autoridad que pueda dispensarla; su título es superior a todo poder humano, porque fue escrito por el Hijo mismo de Dios vivo. San Pablo, discípulo del amor, funda este deber en la filiación de los hijos de Dios, y en ser miembros del cuerpo de Cristo, y así nos lo advierte escribiendo a los romanos: **Multi unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra... charitate fraternitatis invicem diligentes.** (Rom XII, 5, 10). De aquí se deduce por consecuencia, que teniendo nuestra unión su origen en el mismo Jesucristo y en su espíritu, nada hay en la naturaleza que pueda disolverla. Si vuestro enemigo osa romperla, no debéis seguir su ejemplo; si rechaza vuestro amor, no os liberta de su deuda, porque ella nace de un principio divino; si os añade que no quiere que le améis, tampoco se justifica vuestra aversión, porque él no tiene dere-

cho a renunciar a lo que Dios concedió recíprocamente a los hombres, imponiéndoles sobre ello además un deber absoluto. Nunca, pues, en ninguna circunstancia, podemos faltar a este amor, fundado en la unión cristiana que tiene por cabeza al mismo Jesucristo, y en la filiación de hijos de Dios que comprende a todos, buenos y malos. De manera que este deber de amar a los enemigos, m ra a Dios de quien somos imagen, y a Jesucristo cuyos miembros somos.

Cese, pues, el mundo de reputar por firmeza el odio y la venganza; porque Jesucristo ha dejado en su Evangelio tan claramente prescrito el amor de los enemigos, que lo prefiere a su mismo culto. No os encandalicéis; oíd las palabras de Nuestro Señor: "Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acordares que tu hermano tiene alguna queja de tí, depón allí mismo tu ofrenda delante del altar, y vé primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda". **Si ergo offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris quia frater tuus habet aliquid atversum te, relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo; et tunc veniens offeres munus tuum** (Matth. V, 23, 24). Parece que no hay deber más santo que el de dar culto a Dios; y con todo, dice San Juan Crisóstomo, Dios posterga su propio honor, para restablecer el amor del prójimo; ordena que sea interrumpido su culto para que renazca la caridad, y de este modo nos hace entender que la ofrenda que más le agrada es un corazón paciente y sin hiel, y una alma santamente reconciliada. **Interrumpatur, inquic, cultus meus, ut vestra charitas integretur; sacrificium**

mihi est fratrum reconciliatio. (Homil. XVI in Matth. T. VII, p. 216).

Siguiendo esta doctrina del Salvador, exhortaba San Pablo a los de Efeso a que nunca entrasen en el descanso de la noche llevando la ira en su corazón. **Sol non occidat super iracundiam vestram.** (Ephes. IV, 26). Ni es posible comprender que un cristiano, hijo de la paz y de la caridad, guste un instante del reposo del sueño, si su corazón conserva odio contra el prójimo.

Durante el día, dice San Juan Crisóstomo, el espíritu divertido acaso olvida las impresiones del odio; pero la oscuridad y el silencio de la noche que obligan al hombre a conversar consigo mismo, renuevan la vehemencia de esta pasión terrible, excitan la venganza y tornan la paz de la vida en un cruel suplicio. Velad, hermanos míos, sobre vosotros mismos, y si por desgracia os arrebatare el enojo, no dejéis llegar la noche sin restablecer el amor de vuestro hermano en el corazón. **Sol non occidat super iracundiam vestram.**

Pero para vencer de este modo las pasiones, es preciso habituar el corazón al amor no interrumpido del prójimo, sea nuestro pariente, nuestro amigo o nuestro enemigo. Porque, no una vez en la vida o en ciertas ocasiones de ella, sino siempre, debemos amor al prójimo, dice San Agustín; de manera que pagando siempre esta deuda, no por eso se extingue, pues jamás debemos cesar de amarlo. Confesémoslo así, y practiquémoslo como cristianos; si somos prevenidos por otros en pagar esta deuda, correspondamos con fidelidad; si se nos aguarda, no reparemos en anticiparnos a llenar tan sagrada obligación. Digamos con el mismo San

Agustín, en la abundancia de caridad que alimentaba su magnánimo corazón: "Recibo con alegría vuestro amor, y lo retorno de muy buena voluntad· **Mutuam tibi charitaten libens reddo, gaudensque recipio;** pero esto es sólo el principio de la caridad, y exijo siempre la que he recibido, y debo siempre la que he pagado: **Quam recipio adhúc repeto, quam reddo adhúc debeo**". Sí, hermanos míos, esta deuda intrasmisible y perpetua es la que nos obliga además a hacer bien a los mismos que nos aborrecen. **Benefacite his qui oderunt vos.**

II

Si el precepto del amor de los enemigos se redujera a exigirnos su cumplimiento en el interior de nuestro corazón, no se nos haría tan impracticable, ni repugnaría tánto a nuestra soberbia. El amor propio, y la misma vanidad nos persuadirían fácilmente que amabamos a los enemigos, al tiempo mismo que estuviéramos quizá maquinando la ruina de su reputación o de su fortuna. Pero Jesucristo que conocía cuál es la esencia de la caridad, y cuál la flaqueza del hombre, no reduce el amor de los enemigos a afectos estériles; sino que nos intima expresamente, que así como nuestro amor al Señor debe ser efectivo y comprobado con obras. así también el que debemos a los enemigos debe nacer en el corazón y mostrarse con obras exteriores; siendo con ellos pacientes, humildes y benignos; en una palabra, que debemos hacerles todo el bien que podamos.

Dominado el mundo por el orgullo y por las pasiones de los sentidos, encuentra impracticable

esta doctrina, y cuando más, la honra con el nombre de bella. Nace este error de que no conociendo los hombres carnales las cosas que son de Dios, su corazón es incapaz de renunciar a la venganza; pues engañados por una falsa idea de superioridad, apellidan firmeza y dignidad al innoble y ruin rencor que les devora. De aquí esa repugnancia a hacer el más pequeño bien al que reputan por enemigo, a pesar del expreso mandamiento de Jesucristo; de aquí esa vanidad con que los vengativos se consideran dignos del aprecio de sus semejantes, no obstante que tengan su corazón amasado con amarga hiel. Raza incrédula y perversa podemos llamar, con las palabras de Nuestro Señor, a estos hombres sin caridad, porque su fe desapareció o está ya muy próxima a aniquilarse, cuando no alcanzan a penetrarse de la justicia de un precepto que condena una pasión tan vehemente y tan cruel como la de la venganza.

Pero dejemos a los que no tienen fe, y hablemos a los que confesando a Jesucristo, y reconociendo el Evangelio como su única ley, desechan sin embargo el precepto más hermoso del mismo Evangelio, negándose a hacer bien a sus enemigos. Yo os interpelo, hermanos míos, para que me respondáis: ¿Qué es lo que os impide añadir al amor del corazón las obras exteriores?, ¿qué halláis en vuestro enemigo, que le haga de una naturaleza distinta, para no merecer vuestros beneficios?, ¿son los agravios o las injurias, o acaso los perjuicios que os causó con su odio o su persecución? Ya veo que un cierto rubor, pero un rubor acompañado de orgullo, no os deja confesar que la venganza que os anima es la que os pone estorbos para

hacer bien a vuestro prójimo. Sin embargo, hombre vengativo que me escuchas: tú que te crees aborrecido sin motivo, ofendido sin justicia, perjudicado sin razón; tú que crees poder vengarte de tu enemigo, como para castigarle y corregirle, y no para saciar una pasión innoble; tú que tienes ojos y no ves el precepto de la ley; tú que tienes oídos y no oyes la verdad; tú que tienes un corazón con pasiones como tu enemigo, no mires ni consideres más a este infeliz como a un cristiano; considérale como a un impío de los que dieron muerte a Jesucristo, y fíngete por un momento sobre la cruz en la persona del inmaculado e inocentísimo Hijo de la Virgen, ven conmigo al Calvario, y contempla lo que allí pasa. ¿Quién crucifica a Jesucristo?, ¿quién es el que ofende a la misma santidad e inocencia?, ¿quién el que quita la vida al autor de ella? ¡Ah! hermanos míos, no son otros que esos propios hombres que habían sido testigos de los milagros y de la beneficencia de nuestro Redentor; que habían oído de su boca las palabras de vida eterna; que le habían antes aclamado Rey de la gloria. No obstante, Jesucristo, Dios poderoso, que sin la más ligera nota de venganza podía castigar a los que pusieron sus manos sacrílegas en el Santo del Señor, ni siquiera les reprende con aspereza. Oyele, te diré con San Agustín; óyele clamando: "Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen"; y si la fé alumbra aun las tinieblas de tu alma, habrás de reconocer y confesar que aunque las ofensas que hayas recibido fueran comparables a las hechas a Jesucristo, sin ser tú ni inocente, ni santo, ni Hijo de Dios como El, todavía deberías perdonar como El mismo perdonó.

Vengamos ahora, hermanos míos, a nuestra propia justicia. Tenemos qué reflexionar sobre ella, considerándola primero con respecto al Dios Santo y misericordioso a quien hemos ofendido, declarándonos sus enemigos hasta hollar sus preceptos y profanar el nombre de cristianos; y luégo con relación a nuestros prójimos. Sin entrar a hablar de tántas iniquidades secretas conocidas por cada pecador, y de que sólo Dios es testigo, y contrayéndome sólo a los pecados que cometemos a la vista de todos, si el Señor nos pidiese hoy mismo cuenta de ellos, midiéndolos con la misma medida que nosotros usamos para con el prójimo, ¿creéis que alcanzaríamos el perdón? Lo podríamos obtener, si en cuanto a nuestro deberes hacia Dios, examinase de esta suerte el Señor nuestra negligencia y falta de respeto en los actos de religión; si nos hiciese cargo de la disipación de nuestro espíritu en negocios mundanos, cuando está el cuerpo de rodillas delante del altar; si nos llamase a responder de las luces e inspiraciones de la gracia, de esos preciosos talentos espirituales que debemos presentar doblados? ¿Lo podríamos obtener, si en cuanto a nuestros deberes hacia el prójimo, examinase el Señor del mismo modo esas palabras injuriosas que el mundo permite fácilmente dirigir contra el expreso precepto del Evangelio; esas invectivas con que se sazonan los razonamientos, justos o injustos; ese espíritu de falsedad que reina entre los hombres, y por el cual se engañan unos a otros, hasta llegar al extremo de alabarse presentes, y despedazarse ausentes; esos juramentos, esas mentiras y esos arrebatos de la ira; y en fin todos esos manejos y ardides que se emplean en daño de

la honra, de la propiedad y de la virtud ajena? No nos lisonjeemos, mis hermanos, con una falsa confianza en ser perdonados por Dios, si de nuestra parte no perdonamos a nuestros deudores, si no rehusamos a hacer bien a un hombre moral en todo a nosotros, que por ser nuestro enemigo, ni ha dejado de ser nuestro hermano ni ha perdido el carácter de cristiano.

Porque quien hace bien a su enemigo no practica un consejo evangélico, sino que cumple con un precepto formal; porque el Señor amenaza tratar sin misericordia en sus juicios al que no la usa con su hermano; porque según leemos en el Evangelio, el siervo malvado que no quiso dar un corto plazo a su deudor fue echado en prisión para no salir de allí hasta pagar el último cuadrante; y el perdón de nuestros pecados está ligado a la remisión de las ofensas de nuestros enemigos, aunque conforme a la enseñanza de la fé, nada nos debe Dios de justicia, y que su misericordia y su gracia todo sea gratuito. Si non dimiseritis hominibus, nec Pater vester dimittet vobis peccata vestra (Matth. VI, 15).

Pesad ahora, hermanos míos, estas consideraciones con un juicio recto, y si aún permanece insensible vuestro corazón, acordaos también que todas vuestras culpas han de ser reveladas en el día de las justicias. Ahora podéis disimular el rencor de vuestro corazón con las exterioridades de una farisáica civilidad, pero en ese día será descubierto todo, hasta lo más secreto y escondido de vuestro corazón. Tenéis multitud de pecados que sólo conocéis vosotros mismos, y yo sé que cuando pensáis en el día del juicio en que serán puestos

de manifiesto delante del universo, el temor y el desconsuelo oprimen vuestra alma, al contemplar aquella humillación peor que el mismo suplicio. "Pero en vuestras manos está borrar del alma estos pecados secretos, dice San Juan Crisóstomo, y libraros de esa horrible vergüenza y de su castigo, con sólo perdonar y hacer bien a vuestro enemigo. No hay virtud que iguale al perdón de las injurias".

¿Queréis saber cuál es el poder maravilloso de este perdón? No lo preguntéis al mundo falaz y engañador; la historia sagrada os dará ejemplos de santa caridad. David, buscando a la familia de Saúl para usar de misericordia con ella, fue más grande que cuando triunfaba de sus enemigos; impasible a las injurias de Semei, presentaba el símbolo realizado después en Jesucristo, cuando le injuriaban los judíos; encareciendo a sus soldados que le conservasen la vida del pérfido Abasalón, daba prueba de un corazón digno de ser habitación de la Divinidad. El santo patriarca Josef, vendido por sus mismos hermanos, los colma de beneficios a ellos y a sus hijos, los trata con blandura y los consuela. Pero salvemos los siglos y abreviemos esta narración recordando en la ley de gracia al inalterable Estevan, que empleaba su lengua, el único de sus miembros que las piedras no habían quebrantado, para pedir a Dios que no escribiese en el libro de la eternidad el pecado de sus verdugos. Yo sería interminable, si recorriendo las edades de la Iglesia, quisiese enumerar los magníficos ejemplos de beneficencia con sus mismos enemigos que dieron al mundo tántos sacerdotes y aun simples cristianos. Entre otros mil y mil discípulos de Jesucristo, San Sabino, obispo de Spoleto,

San Edmundo, arzobispo de Cantorbery, y San Melecio, arzobispo de Antioquía, nos han enseñado a manifestar con obras el fervoroso amor que debemos profesar a los mismos enemigos que nos persigan con crueldad. Sigamos, pues, este ejemplo, para practicar el mandamiento de Nuestro Señor; y para hacerlo cumplidamente, roguemos también a Dios por los que nos calumnian y persiguen, que es la tercera condición de este precepto del Evangelio.

III

Nuestra religión sería imperfecta y defectuosa, si al prescribirnos el sacrificio de las más fuertes pasiones, perdonando las injurias y amando a los enemigos, no nos suministrase motivos bastante poderosos que nos determinaran a hacernos superiores a la carne y a la sangre. La Providencia Divina llena siempre sus designios de una manera tan acabada, que el hombre sólo alcanza a conocerlos en ciertos casos de la vida, en que la gracia le ilustra y le anima; y esto es cabalmente, hermanos míos, lo que sucede en el amor de los enemigos. Hijos de un mismo Padre, criados en la tierra para un mismo fin, los hombres, aun sin reflexionarlo, sienten por una ley moral propia de su naturaleza espiritual, una tendencia a un término de perfección y felicidad que nada tiene de individual, sino que es común a todos ellos. La santa religión de Jesucristo, única verdadera, y único consuelo de los hombres, revela este misterio, enseñándoles con certeza cuál es la gloria y fecilidad eterna a que deben aspirar, y los medios por donde a ella

pueden llegar. Estos no son otros que los de la unión cordial y recíproca de los que, adorando a un mismo Dios, esperan también una misma recompensa por Jesucristo Nuestro Señor.

Ved aquí, hermanos míos, el sólido motivo que nos impele a amar a nuestros enemigos; pero no con un amor estéril, sino con un amor fecundo, de modo que viendo en el enemigo la imagen de Dios, la carne de su carne, y el hueso de sus huesos, procura hacerle todos los bienes que están a su alcance, socorriéndole en sus necesidades, consolándole en sus aflicciones, librándole de los peligros, y defendiéndole de la persecución, con un amor verdaderamente cristiano, de manera que no sólo aspire a colmar al enemigo de los bienes transitorios de la tierra, sino que elevando sus miradas al supremo destino para el cual hemos sido creados, desee con vehemencia la salvación de los mismos que nos persiguen y calumnian, y ruege a Dios por ella como por la suya propia. **Orate pro persequentibus et calumniantibus vos.**

Al imponernos Jesucristo este precepto, no cuidó sólamente de nuestro propio bien. Verdad es que el primer efecto que debe producir la oración por los enemigos, es sanar con el bálsamo de la caridad el corazón ulcerado por las injurias, que las olvida y perdona para merecer el perdón de sus propias culpas; pero también obra la reforma del enemigo, produciendo su enmienda, y acaso a estas oraciones estaba ligada la salvación de muchos. Porque, aunque la mano del Señor no se encoge por las ruindades de los hombres, la fervorosa oración de un corazón cristiano que perdona con sinceridad,

y ruega lleno de confianza, obliga al Señor, digámoslo así, a que cumpla la solemne palabra que nos dió al enseñarnos a orar. No puedo detenerme a explicar estas dulces y consoladoras palabras con que invocamos a Dios, llamándole "Padre Nuestro que estáis en los cielos"; pero ellas hablan por sí mismas, para saber que es a nuestro Padre celestial y bondadoso Señor, a quien suplicamos que nos perdone nuestras culpas, como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido. Y como El es fiel y justo, dice San Juan, para perdonar nuestros pecados, también es benigno y misericordioso para escuchar la oración del caritativo, y hacer vasos de elección de los crueles perseguidores de la Iglesia, humildes penitentes de los feroces verdugos de la tiranía.

¡Grande Apóstol de las gentes! Yo no pretendo escudriñar los arcanos de la Sabiduría Eterna, pero decidme: ¿sin las fervorosas oraciones de Estevan, habrías tú venido al seno de la Iglesia? Yo no lo sé; pero San Agustín creía que la Iglesia no habría tenido al gran Pablo, sin la oración de San Estevan; y el mismo Evangelio nos muestra a los verdugos de Jesucristo dándose golpes de pecho, cuando la gracia les abrió los ojos a consecuencia de aquella tan caritativa y fervosa oración que El dirigió a su Padre desde la cruz. No dijo nuestro Salvador: juez de vivos y muertos, ésta es vuestra hora, vengad la sangre inocente tan injustamente derramada; al contrario, le da el nombre de Padre, como hermano de los mismos que le crucificaron; y lo que le pide es que olvide su justicia, que sólo se acuerde de su misericordia paternal, y que perdone a los necios que le quitaban la vida. Sin embargo, estos mismos enemigos de Jesucristo

le habían acusado porque hacía milagros; Pilatos había confesado su inocencia no hallando causa; y la misma mujer de éste le había instado para que no se mezclase en la iniquidad que pretendían los judíos, porque Jesucristo era justo; y con todo, el mansísimo Jesús no presenta otro motivo para excitar la misericordia de su Padre, que la ignorançia culpable de sus enemigos. **Pater, dimitte illis, nesciunt quid faciunt.**

Decídme ahora, cristianos injustos y temerarios, que miráis como supercheria las excusas de vuestros enemigos, cuando os alegan la falta de reflexión con que os ofendieron: ¿qué responderéis a Jesucristo en su tremendo tribunal? Corazones insensibles, hijos de la venganza, no penséis que hay cielo para vosotros. El reino de los cielos es la mansión de la paz, de la unión y de la fraternidad, y a él no puede entrar quien llamándose cristiano no tiene más que una justicia hipócrita como la de los fariseos, y cuyo corazón está amasado con hiel. Perseguid, sí, perseguid al desgraciado que no alcanza vuestra compasión, pero él alcanzará la de Jesucristo, y se vengará, no de tí que eres su prójimo, sino del pecado que reina en tu corazón, echándolo de él por sus oraciones. Esta es, hermanos míos, la única venganza que nos es permitida a los cristianos. La dureza y la inflexible odiosidad de nuestros enemigos no es propia suya: es del enemigo de la salvación que se ha apoderado de su alma. Vengaos, hermanos míos, de este enemigo, como se vengaban los mártires de los que derramaban su sangre inocente. **Vindica sanquinem nostrum:** venga nuestra sangre, Señor, clamaban estos santos; pero esta venganza de los mártires,

dice San Agustín, estaba llena de misericordia y de justicia, porque no era pedida contra los hombres, sino contra el reino del pecado; llena de justicia, porque nada más justo que abatir la iniquidad; llena de misericordia, porque destruír el pecado en el hombre es salvar al mismo hombre. (De serm. Dmi. in mont. lib. 1 n. 77).

Escoged ahora, hermanos míos, entre la falsa justicia del mundo que autoriza el odio y la venganza, y la caritativa justicia del Evangelio que bendice a aquel que maldice, paga los males con beneficios, y la venganza con perdón. Si sois hijos de Jesucristo, acordaos de Nicéforo, buscando al enemigo irreconciliable hasta el pié del suplicio, para vencer su odio en las puertas de la eternidad, y hacerle entrar a ella en paz con Dios y reconciliado con el prójimo. Pero si, por el contrario, la soberbia os hace inflexibles en el odio, como al desventurado Sapricio, de manera que ni la vista de la eternidad, ni el temor de los juicios de Dios, alcanzan a vencer vuestro rencor, sabed, que ya Dios no es vuestro Padre, que Jesucristo no es vuestro Salvador, ni la gracia del Espíritu Santo consolará vuestra alma; sabed, que las esperanzas de la religión son ya vanas para vosotros, por haberos excomulgado a vosotros mismos, y haberos echado encima la tremenda maldición que Jesucristo fulminará el día de sus justicias contra los hombres sin caridad; sabed, finalmente, que estáis sentenciados por vosotros mismos, pues rezáis la oración del Padrenuestro con un corazón lleno de venganza. "Sed, pues, imitadores de Dios, como que sois hijos suyos muy amados; y caminad en la dilección, como Jesucristo nos amó y se entregó

a sí mismo, ofreciéndose a Dios, cual oblación y víctima de agradable olor". **Estote ergo imitatores Dei, sicut filii charissimi: et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos est tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in adorem suavitatis.** (Ephes. V, 12). Apresuraos a abrazar hoy mismo a vuestro enemigo, deponiendo todo rencor, para alcanzar perdón de vuestros pecados, y no perecer en la eternidad. Amén.

SERMON

PARA LA PRIMERA DOMINICA DE CUARESMA, SOBRE LA SALVACION, UNICO NEGOCIO IMPORTANTE PARA EL HOMBRE

Ait illi quidam: Domine, si pauci sunt, qui salvantur? Ipse autem dixit ad illos: Contendite intrare per angustam portam; quia multi, dico vobis, quaerent intrare, et non poterunt.

Preguntó uno a Jesús: ¿Señor, es verdad que son pocos los que se salvan? Y Jesús en respuesta dijo a los que le oían: Esforzáos a entrar por la puerta angosta, porque os aseguro que muchos buscarán cómo entrar y no podrán.

(Luc. XIII, 23, 24).

Cuando por la segunda vez ocupo la cátedra de la verdad en este santo templo, para enseñarla a los que Dios me ha dado para cuidar de su salvación, no puedo, hermanos míos, hablaros de un asunto más importante y necesario, que del de vuestra propia salvación. Las maravillas de la creación del mundo; las bondades del Señor con los patriarcas; la misericordiosa predilección con que distinguió al pueblo escogido, revelándole los arcanos de la Divinidad por medio de profetas llenos del espíritu de Dios; los mismos castigos con que corregía la dureza e infidelidades de los hebreos;

la adorable y magnífica obra de la redención del linaje humano, por medio de la vida, pasión y muerte de Jesús nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre... todo, todo, hermanos míos, se ha hecho para el bien y dicha eterna de nuestras almas; todo ha sido enderezado por la benignísima misericordia del Señor a que logremos la bienaventuranza que está preparada **ab aeterno** a sus escogidos.

La fe nos enseña y confirma esta consoladora verdad, que la tradición trasmitió de generación en generación, desde el país de Edén hasta los más retirados moradores del mundo antiguo y nuevo. Por doquiera que habitan hombres, allí también es conocido el Dios creador de todas las cosas; y allí se confiesa entre sus divinos atributos, el de su eterna justicia, que ha de dar premio o castigo al hombre por sus acciones. Esta ha sido, es y será la fe del género humano; ni las locuras de la idolatría alcanzaron a destruírla entre tánta multitud de pueblos, que errando en los objetos de su adoración por la corrupción de su corazón, siempre reconocían al Dios supremo, y aguardaban una otra vida feliz o desdichada; ni los torpes errores de la herejía pudieron en diez y ocho siglos persuadir a los cristianos que fuera otro su destino, ni su esperanza vana. La indiferente incredulidad, esa secta que no tiene objeto alguno determinado, y que se regocija en burlarse de la eternidad y del mismo Dios, sólo niega estas verdades terribles y consoladoras, con un corazón desnaturalizado que dice no hay Dios; pero su entendimiento otra cosa le enseña, y allá en el fondo de su alma oye una voz que no puede acallar, y que acibarándole todos los gustos

y momentos de la vida, continuamente le recuerda que no es su destino la existencia pasajera de la vida. Sí: el bárbaro y el griego; el judio y el gentil; el habitante de la ciudad eterna, y el inculto morador de los bosques americanos; los pueblos antiguos y modernos, cualesquiera que hayan sido sus creencias erróneas, o rectas, todos han vivido de la esperanza de la salvación.

Y ved aquí, mis hermanos, la causa de aquella consulta que un judío hizo a Jesucristo, preguntándole si era cierto que pocos se salvaban. No se trataba de resolver una cuestión transitoria. Al dogma de la otra vida se añadía la incertidumbre de la suerte que en ella ha de caber a cada uno; y como la general depravación del mundo hace aún más incierta la salvación, predicando Jesucristo la necesidad de la penitencia en la Palestina, se alarmó la conciencia de los pecadores; y esperando oír alguna palabra de consuelo de boca del Salvador, recibe el que le pregunta una respuesta llena de sabiduría y al mismo tiempo de terror. "Esforzáos, dijo a todos los oyentes; esforzáos a entrar por la puerta angosta, porque os aseguro que muchos buscarán cómo entrar y no podrán".

Estas mismas palabras dirijo yo hoy a mi pueblo, como ministro del que las profirió por la primera vez para enseñanza de los hombres. Si en todos tiempos han debido éstos ser solícitos por la suerte que les cabrá, ¿cuál deberá ser nuestro cuidado en este siglo de iniquidad y perdición, en que parece que va a desaparecer la fe de sobre la tierra, para que se cumpla la palabra de Jesucristo? La apostasía, que tántos y tan lamentables progresos hace todos los días en nuestro desgraciado suelo;

el espíritu de cisma que levanta la cabeza, apoyado en mil errores funestos; el abandono de los sacramentos y de las prácticas piadosas; y esa arrogancia con que se quiere sacudir el temor de Dios, principio único de toda sabiduría; son otras tántas señales de que el número de predestinados se merma ya entre nosotros, tal vez de que una suerte tan triste como la de las iglesias de la Africa y de la Grecia se espera a las generaciones que nos sucedan. Pero sin pretender escudriñar los arcanos divinos, lo primero me parece lo más cierto; y de aquí deduzco yo, que ahora más que nunca debemos esforzarnos para entrar por la puerta angosta, antes que acaben de levantar la impiedad y el cisma el negro estandarte, que será la señal de reprobación y de ruina para muchos.

Yo bien sé, hermanos míos, que cuando los ministros de la verdad la proclamamos y la enseñamos en los templos del Dios de la santidad y de la justicia, el mundo inicuo grita **fanatismo**; y poco contento con increpar al sacerdocio, se enfurece y quisiera en un momento exterminar de la haz de la tierra hasta el nombre de cristianismo. Vosotros lo sabéis como yo, y no pocas veces vuestro corazón se ha despedazado de dolor al oír las blasfemias con que tan frecuentemente sois escandalizados. Vivimos en un siglo desgraciado, en que se llama a lo bueno malo, y a lo malo bueno. Pero entre tanto que los hijos del siglo, dejándose llevar del torrente de la iniquidad, pierden hasta la esperanza de la salvación, nosotros, hermanos míos, que por la divina misericordia creemos en Jesucristo, y esperamos resucitar un día para recibir la retribución de nuestras obras, procuremos asegurar en

la vida la esperanza de la salvación. Con el fin de excitar y afianzar esta esperanza en vuestros corazones, voy a ocupar vuestra atención en esta santa cuaresma con la importancia de la salvación y los medios de asegurarla; aquella será la materia de la instrucción de este día, y éstos serán expuestos en los cuatro domingos siguientes.

Dios santo, Dios de bondad y de misericordia; a Vos sólo son conocidos los secretos de nuestra suerte eterna, los tiempos y los momentos que habéis reservado en vuestra potestad; pero queréis al mismo tiempo que se predique a vuestro pueblo el misterio de la salvación, para que se esfuerce cada uno a entrar por la puerta angosta. Bendecid, pues, Señor, mis trabajos; comunicad a mis palabras la unción con que vuestra palabra divina debe ser anunciada, para obrar los efectos poderosos que ella causa en las almas sinceras. Y para hacernos dignos de esta gracia, os la pedimos por la intercesión de la Madre de ella, saludándola con el Angel: **Ave, María.**

INTRODUCCION

Apenas el hombre se conoce, se pregunta a sí mismo su naturaleza, su origen y su destino. La razón le responde: que su cuerpo no es todo su sér, porque piensa; que es compuesto de dos sustancias, una activa, indivisible y espiritual; otra inerte, susceptible de división y material; que no es ni puede ser una obra de la casualidad, ni de sí mismo; que ha recibido su existencia de otro sér superior, y que en efecto existe un Sér Soberano, autor de todo, y cuya sabiduría se nos muestra en la maravillosa estructura del mismo hombre. De la consi-

deración de sí mismo pasa el hombre a considerar los seres visibles; al contemplar su composición, su orden, su armonía y la íntima relación de unos con otros, deduce que una sabiduría infinita y suprema ha presidido a la formación de cuanto en el universo se encuentra. Y de todo concluye, que un sér, por corta que sea su sabiduría, nada hace sin objeto; y por consiguiente, que la sabiduría infinita, nada puede hacer sin un fin determinado; y que el hombre ha sido creado para un destino que le ha sido señalado por su Hacedor divino.

Dejemos al incrédulo cerrar los ojos a la evidencia de esta verdad, y concluír que los seres racionales no tienen destino futuro, porque él ve en la naturaleza muchas cosas cuyo fin no descubre su limitada comprensión. ¿Será razonable, a los ojos del mismo incrédulo, que se quite como inútil una rueda de alguna máquina, porque ignoremos su mecanismo? Pues menos conoce el incrédulo el mecanismo del universo; y es tan injusto como insensato, cuando acusa a la Sabiduría infinita de su propia debilidad e ignorancia. Consultemos las luces de la fe y de la razón; y consideremos con ellas el noble destino para que hemos sido creados; y nos convenceremos de que la salvación es el negocio más importante que tenemos, por dos razones: 1ª. Porque así lo exige la naturaleza espiritual e inmortal de nuestra alma; y 2ª. Porque es negocio único, e incierto su resultado.

PRIMERA PARTE

Al consultar el impío el fin con que venimos al mundo, quiere hacerlo consistir en los bienes perecederos de la tierra; porque poco contento con

degradarse en los desvíos de su entendimiento, quiere también igualarse a los brutos. Si el Creador nos ha dado por único fin el goce de sensaciones agradables, ¿en dónde está su sabiduría, cuando es infinitamente mayor el número de sensaciones desagradables que experimentamos? ¡Qué bárbaro e inconsecuente sería Dios haciendo nacer tántos miserables por un corto número de ricos, poderosos y felices! Es imposible admitir semejantes cosas, sin ultrajar al Creador, y atribuírle miras absurdas y crueles; y sin insultar a los desgraciados, presentándoles por fin único, bienes que ni gozan, ni tienen los medios de alcanzar. Se abate el hombre incrédulo hasta no tener otro destino que la bestia; pero preguntémosle: ¿para qué ha sido creado tan diferente? Además de las ventajas corporales, con sentidos más perfectos y órganos multiplicados, el hombre tiene también sobre los brutos el dón de la palabra, inteligencia, libertad, imaginación, talentos, ideas grandes y sublimes, capacidad para las ciencias, las artes y las virtudes. Y a todas estas cualidades, se añade el derecho de emplear a los brutos en los usos que quiera para su comodidad. ¿Un sabio artífice dá nunca igual destino a sus obras perfectas, que a sus trabajos ordinarios?

No, mis hermanos; el alma humana, indisoluble por su naturaleza, no se corrompe con el cuerpo. Cuando todo lo que hay en el mundo haya perecido, el alma vivirá todavía; pero si los objetos terrenales fuesen su fin, una vez disuelto su cuerpo, quedaría sin tener ya un fin a qué dirigirse; sería una obra excéntrica en la creación, un sér sin objeto y sin destino; y por lo mismo, chocaría a la infinita sabiduría del Creador. En apoyo de esta

verdad, que la razón enseña a cada uno, viene la razón de todos los hombres, la razón universal, la razón de todos los siglos y de todos los pueblos. Excepto un pequeño número de individuos que usurpándose el nombre de filósofos, lo han deshonrado, degradando su alta inteligencia, el género humano entero ha confesado siempre un estado ulterior a la vida presente, y al cual están destinados todos los mortales. El paganismo, la más absurda de todas las religiones, tenía también su Elíseo y su Tártaro.

Luego el fin del hombre no puede ser el goce de esta vida, sino lo que está más allá del mundo visible. ¿Pero qué es lo que existe fuéra del mundo visible? Ah! Dios, y nada más que Dios; y Dios es el último fin del hombre.

Gracias inmortales os sean dadas, Señor, porque os dignasteis criarnos para un fin tan noble; haciéndoos Vos mismo nuestro destino y nuestra herencia. Sí, hermanos míos; la insaciabilidad de nuestro corazón nos hace sentir la necesidad de un bien infinito; mientras los brutos apenas sienten deseos tan limitados como sus necesidades físicas, nuestros ilimitados deseos nos anuncian un bien infinito; pretendemos satisfacerlos en esta vida miserable, y no hacemos más que irritarlos en vano; todos los bienes del mundo no son capaces de apaciguar esa sed de felicidad; ¿qué digo apaciguar? al contrario, la avivan más, porque su futilidad los hace despreciables luégo que se ven que son inútiles. Renaciendo a cada momento los inextinguibles deseos de felicidad en nuestro corazón, le traen en continua inquietud, que no cesará hasta que les llene ese inmenso vacío: el mismo Dios para

quien fuímos hechos. **Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.**

De este modo juzgaba el siempre grande y sublime filósofo de la Iglesia San Agustín; porque había experimentado en sí mismo los más fuertes combates de su corazón, y animado de un deseo insaciable de felicidad, sentía cuán fugaz es la que el mundo presenta en todos y en cada uno de sus bienes, sin excepción. A la verdad, la razón y el sentimiento te enseñan, oh hombre disipado que me escuchas, la razón y el sentimiento te enseñan que no has sido colocado sobre la tierra sólo para la escena de esta vida, sino para prepararte en ella a ir a gozar de tu benéfico Creador en la otra. La religión viene luégo a confirmar y consagrar estas verdades, disipando por las sublimes enseñanzas de la revelación, las tinieblas que la concupiscencia echa sobre tu inteligencia. Al principio de la indisolubilidad del alma, ella agrega el dogma de la inmortalidad; nos revela la naturaleza de nuestro propio destino, que es una eternidad, o de delicias en el seno de Dios, o de penas terribles, de las cuales será la mayor la separación del mismo Dios. La religión nos enseña también que esta vida sólo nos es concedida para merecer la eterna. "Alzad al cielo vuestros ojos, y bajadlos después a mirar la tierra, dice el Señor por Isaías; todo lo que veis será destruído; los cielos como humo se desharán y mudarán; la tierra se consumirá como un vestido, y perecerán con ella sus habitantes; pero la salvación que yo envío durará eternamente". (Isai. LI, 6).

¡Qué consuelo! La vida futura, la vída eterna es nuestro destino. Y aun cuando en los frecuentes

extravíos de nuestras ideas, en la ceguedad de nuestra razón, y en el evilecimiento a que las pasiones someten nuestras facultades, algunas veces desconozcamos este destino, no nos es dado mudarlo; ni en ese trastorno hay otra cosa que la sombra de una nube pasajera, que disminuye la luz momentáneamente, para hacerla brillar luégo con nuevo resplandor. Al mismo tiempo que inclinamos nuestro corazón hacia la tierra, una fuerza oculta lo levanta hacia el cielo; y el disgusto del mundo le hace conocer luégo su error. Esta continua alternativa es la verdadera descripción de nuestra vida, sostenida por la esperanza de la eternidad. El mismo impío, cuya desesperación, y no su convencimiento, le hace desear la nada, suspiraría por la eternidad, si sus pasiones no le hubieran criado el terrible interés de que no exista. Porque no creais, hermanos míos, que los apóstoles del materialismo desprecian la vida eterna como una cosa contraria a sus sentimientos. No; adoptaron errores que lisonjeaban sus pasiones sensuales; para autorizarlos, quisieron destruír la sanción eterna; obcecados en el pecado, fueron abandonados de Dios; quisieran creer de nuevo, y ya no pueden; su desesperación no se calma, sino con la esperanza de la nada. De este modo buscan en el aniquilamiento de su sér el término de sus desgracias; pero es una esperanza vacilante, que quiere consolar, y sólo sirve para aterrar; quiere tranquilizar al alma, y la lanza en un caos; de manera que, fluctuando el incrédulo entre la nada en que quisiera ahogar sus remordimientos y pesares, y el inextinguible deseo de felicidad que siente al mismo tiempo, anticipa desde la vida presente las penas eternas del infierno.

Que arrastre, pues, el impío la espantosa y cruel suerte que se forma por desoír la voz de la religión, y abandonar sus preceptos; el interés que se ha forjado, no es de un hombre razonable, ni de un cristiano. Pero preguntemos a los incrédulos de nuestro siglo, lo que San Ambrosio preguntaba a los de su tiempo: "¿Qué hacéis vosotros?, ¿qué furor extraño os anima? ¿Cuál puede ser el objeto de vuestras funestas doctrinas? Aun cuando fuera cierto que la otra vida fuese sueño, sería un sueño que nos consuela, un error lleno de encantos, si me es permitido hablar de esta manera. ¡Desgraciado el bárbaro que así juega cruelmente, despertándonos!" El argumento del santo doctor subsiste en toda su fuerza. Los impíos más determinados se ven precisados a confesar, que sería el mayor mal para la especie humana, destruír esta esperanza saludable que tántos remedios ofrece contra la miseria de la vida, y que es el único consuelo en los horrores de la muerte.

Llamad a los desgraciados, mis hermanos; que comparezcan aquí los infelices según el mundo; esos hombres, cuya vida es una continua aflicción, cuyo pan son las lágrimas, y cuyo descanso son los dolores y los pesares. Su propia vida les aterra; unidos a sus prójimos, escuchan los continuos lamentos de éstos, recibiendo un nuevo dolor en el ajeno padecer; si quieren vivir sólos para evitar estas continuas penas, un nuevo linaje de tormentos les espanta en el retiro; inquietos cuando desean, disgustados cuando alcanzan alguna cosa, enemigos del reposo que les da su desgracia, incapaces para el trabajo; débiles para gozar de todo lo que ven, sin contentarse con poco; limitados en sus facultades, ávidos de goces, estimulados por

deseos infinitos... ¡Cristianos! ¿será preciso decir que no hay más grande suplicio para los desgraciados que ellos mismos?

En efecto, ésta es la verdad. En la vida todo es aflicciones, todo pesares. ¿Y a dónde huirá el desgraciado para escaparse de tan innumerables males? ¿Qué digo? ¿A dónde huiremos nosotros mismos para sacudir el peso insoportable de los trabajos que nos rodean? A la vida futura, mis hermanos. Salvémonos en el siglo venidero; allá nos espera una mejor vida; allá está nuestro grande y único consuelo. Sólo es permitido entristecerse a los que no tienen esperanza. Yo soy muy grande, se dice a sí mismo el cristiano, para poder hallar descanso en la tierra; esa inquietud que nace de mi esperanza es una virtud que santifica la religión; la ardiente actividad que me agita sin cesar no es más que el efecto del destierro en que estoy sobre la tierra; en ella sólo debo pasar una vida, que es la infancia del eterno curso que me está señalado; en ella sólo debo llorar, y estas lágrimas, quitándome la afición a éste mundo, la dirigen a otra mansión, y me anuncian un derecho al cielo. De este modo, los disgustos de la vida alimentan mi esperanza. ¿Y qué esperanza? Oídlo, cristianos, con palabras del mismo Dios, inspiradas a su escogido Job: "Sé yo que vive mi Redentor y que he de resucitar del polvo de la tierra en el último día; y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en esta mi carne veré a mi Dios... Esta es la esperanza que en mi pecho tengo depositada". (Job, XXV, 25, 26, 27). ¡Santa y preciosa esperanza! Ella me consuela, ella me sostiene, y ella sólo me hace superior a todo. **Reposita est hoec spes mea in sinu meo.** Ya no debe extrañarse que la espan-

tosa muerte nada tenga de terrible para el que está animado de esta esperanza, como el profeta de Hus. La naturaleza se conmueve, y retrocede a vista de la muerte. La corrupción que le amenaza le hace ver de antemano un cadáver lívido, los huesos separados, y la destrucción de todo lo que se ama naturalmente en la vida. Mil imágenes se amontonan, sin ofrecer en lo presente idea alguna halagüeña. El amor mismo de los deudos, de los amigos; las tiernas caricias de los esposos; las afectuosas demostraciones del amor paternal y filial; todo es en aquel momento motivo de tristeza suma, de amargo llanto. Una separación inevitable sostenida por una fuerza invisible entre el tiempo y la eternidad, hace que la naturaleza pague el tributo de su debilidad. Pero en medio de la misma debilidad es fuerte el hombre cuando conoce que es inmortal; se sobrepone a la tristeza de la muerte, al sentimiento de la pérdida de los objetos queridos, y ni la misma vista de la corrupción de su cuerpo le turba. Al contrario, se ven en la separación de esta parte inferior de su sér los trofeos del triunfo de la inmortalidad; atraviesa en espíritu el espacio inmenso de los siglos, y entrando en la región de la eternidad, espera el momento en que han de reanimarse sus áridas cenizas, para ver a Dios su Redentor con los mismos ojos cuya luz va a apagarse dentro de pocos instantes. Entonces es que la inmortalidad reanima de nuevo las fuerzas del cristiano, usa de un derecho propio de los inmortales, increpando a la muerte, que queda vencida al tiempo mismo que parecía alcanzar sus triunfos. "¡Oh muerte! ¿En dónde está tu victoria?" (Y. ad Cor., C. XV, V, 55). Este grito sublime del alma al volar a la mansión de la inmortalidad, corona en aquel

momento las esperanzas que alimentaron la vida; y va acompañado de las más humildes gracias a Dios que le ha dado victoria contra la muerte y el pecado por la virtud de Nuestro Señor Juescristo (Ibi., V, 57). Por aquí podremos ya comprender cuál es la dignidad de nuestra alma para no envilecerla. Creada a la imagen de Dios, rescatada con el precio de su sangre, llamada a participar de la eterna felicidad del mismo Dios, debemos conservar la inocencia de nuestra alma y honrarla como ella merece. ¿Quién justificará al que peca contra su alma? ¿Y quién honrará al que su propia alma deshonra? Nadie en el universo. ¿Y cómo no cuidamos de la salvación del alma, como lo que más importa a un sér espiritual e inmortal? ¿Es posible que el demonio busque todos los arbitrios imaginables para perder las almas, y que nosotros no aseguremos los medios necesarios para que nuestra inmortalidad no sea desgraciada? Confesamos nuestra inmortalidad; temblamos al pensar siquiera en que pudiéramos volver a la nada; no nos consolamos sino con la esperanza de la vida eterna; pero al mismo tiempo, con una conducta contradictoria, vivimos en una indiferencia práctica de la salvación. Pues veamos, que si ella es importante por la inmortalidad del alma, no lo es menos por ser negocio único e incierto.

SEGUNDA PARTE

No hay un sólo hombre que profese el cristianismo, y no confiese que la salvación es el primer negocio de la vida, el único, cuyo buen o mal resultado es irremediable. Desde la infancia nos enseña el catecismo que hemos venido al mundo para tra-

bajar en conseguir la vida eterna; esta doctrina es repetida continuamente en la cátedra de la verdad, como una máxima prominente en el código del Evangelio; y ciertamente, Jesucristo nos hace ver la alta importancia de la salvación de diversos modos. Ya nos presenta el cielo como una conquista difícil, que sólo consiguen los esforzados; ya nos manifiesta un camino estrecho, por donde muchos pretenden entrar, pero que no lo consiguen; ya nos habla de la necesidad de renunciar a nuestras más caras afecciones, si ellas sirven de estorbo para alcanzar el bien único de la salvación. Pero a todas estas lecciones añade Jesucristo una más clara y decisiva, cuando nos advierte que no hay más que una cosa absolutamente necesaria. **Porro unm est necessarium.** En efecto, mis hermanos, nadie puede prescindir de la salvación. Que abandone aquel sus intereses; que deponga el otro la dignidad que obtuviese; que todo cuanto hay apreciable en la tierra sea objeto de indiferencias para algunos; en todo esto, desde luégo, se sentirán faltas, se echarán menos comodidades, honores y placeres; pero la paciencia y el sufrimiento pueden hacer llevaderas cuantas privaciones se imaginaren. Sólo la salvación es tan necesaria para el hombre, que con nada puede reemplazarla; sólo la salvación es un negocio único, que tiene igual importancia para el rico y para el pobre, para el sacerdote y para el lego, para el magistrado y el ciudadano, para todo hombre sea quien fuere. Porque no sucede en la salvación lo que en los negocios del mundo. Un padre trabaja incesantemente por adquirir; pero muchas veces no es tánto para él, como para sus hijos, o por lo menos éstos participan siempre de la ganancia o la pérdida. No hay negocio en el

mundo en que un sólo individuo sea el interesado, por aislado misántropo que parezca el que lo maneja. Pero en la salvación, ninguno gana o pierde sino para sí mismo. "Cada uno, dice San Pablo, llevará su carga; cada uno dará cuenta de sí mismo; cada uno cogerá a proporción de lo que hubiere sembrado. Cada uno comparecerá ante el tribunal de Dios, para recibir el premio de sus virtudes, o la pena de sus delitos": **Referat unusquisque prount gessit; sive bonum, sive malum.** Tal es el lenguaje de la Escritura santa. Nadie podrá disminuír un sólo punto de vuestra dicha si os salváis; y al contrario, si os condenáis, ¿quién podrá consolaros partiendo el dolor de la pena, ni dándoos la más remota esperanza? En vano el amigo jura ser fiel amigo hasta la eternidad; en vano el padre llorará la pérdida de su hijo, el esposo la de su esposa; en vano pretenderá el afecto ayudar al desventurado en la etenidad; entonces sólo aprovecha el fruto del trabajo de la vida temporal. Trabajad, pues, dice San Ambrosio, en este negocio personal; pensad en vuestra alma, que es la parte más noble de vosotros mismos. Jesucristo murió una sola vez por salvarte, y si una vez perdieres tu alma, ¿quién morirá segunda vez por ella? ¿De qué le servirá entonces al hombre haber sido dueño del mundo, si pierde su alma? ¿Quién la sacará del infierno? Ni el mismo Dios salvará al condenado; no hallará redentor el que una vez pierde su alma, porque en el infierno no hay redención. ¿Qué os dice, hermanos míos, vuestra conciencia? ¿Trabajáis por vuestra alma, como un negocio único?

El amor propio, siempre ingenioso en cubrir al pecador sus propias faltas con pretextos especiosos, le hace creer que no llegará para él el momen-

to de la condenación, por una vana confianza. Yo bien sé que es un dogma de fe que los santos interceden por nosotros en el cielo, y que sus ruegos nos ayudan para la salvación; también es cierto que el pecador que persevera en su iniquidad, abusa de la gracia, y lejos de merecer la protección de los santos se hace indigno de ella. Esta es la doctrina de San Agustín, sacada de la misma Escritura. "En vano llamaréis con tánta exageración a Abraham vuestro padre, dijo Jesucristo a los judíos; su fe no justificará vuestra incredulidad; y ese padre justo no justificará a hijos infieles. La que entra en el cielo no es la santidad ajena, sino la propia y personal. Las vírgenes prudentes no salvarán a las necias, ni la negligencia del siervo inútil será compensada con la vigilancia del fiel y laborioso. No entrará en el reino de los cielos todo aquel que me llamare Señor, Señor, sino el que hiciere la voluntad del Padre que está en los cielos". Es preciso añadir a la fe en Jesucristo, la fidelidad a su ley para que nuestra confianza no sea vana.

Llamo ahora de nuevo vuestra atención, mis hermanos, y os pregunto: ¿Habéis reflexionado seriamente que sólo una vez se pierde, o se gana el alma? Pues si lo habéis pensado, es preciso confesar que el endurecimiento de vuestro corazón no tiene semejante. ¿Porque, dónde está vuestro celo por el interés del alma? ¿Dónde las medidas para asegurar la salvación? ¿Creeis haberlo hecho todo con una devoción acompañada siempre de recaídas y de nuevos pecados? ¿Qué juicio formaréis del que afanándose siempre por las bagatelas, abandonase su bienestar? ¡Insensato, diríais de él, parece que sólo posee el dón de perderse! Y bien, ¿no tiene ojos vuestra fe para conocer que esta es

vuestra conducta en materia de salvación? ¿No conocéis el peligro? ¿No teméis el resultado? A manera del viajero que en las tinieblas corre sin reflexionar, por precipicios que la luz del alba le muestra luégo, así a la luz de la eternidad veréis el peligro a la hora de la muerte; pero ya sin remedio. Apenas clamaréis: **Stultissimus sum virorum!** Soy el más necio de los mortales, dice entonces el pecador; siempre envanecido con la opinión que me figuraba gozar; entregado de corazón y de alma a los locos afanes del mundo; dado a los placeres y a los pasatiempos, me engañaba a mí mismo, me persuadía contra mi conciencia a que mi vida estaba en mis manos; pero ahora, ni los amigos me pueden socorrer, ni está en mi potestad traer otra vez los días que corrieron, ni alcanzo a reanimar mis fuerzas para clamar misericordia. ¡Necio de mí! ¡Oh, y cómo se agrupan ahora a mi memoria los recuerdos de los propósitos quebrantados, de los sacramentos profanados, de los escándalos de palabra y de conducta, que arrastraron tántos al pecado! ¡Ah! todo es un tormento; sólo tengo aliento para confesar mi necedad. **Stulssimus sum virorum!** Una sóla vez he de ser juzgado; y no sé si mi eternidad será feliz o desdichada.

Sin embargo, no hay cristiano que no diga que quiere salvarse; y vosotros sin duda lo diréis también; pero yo os digo que no queréis salvaros; lo que deseáis es ser salvos; quiero decir, que queréis que la gracia os salve por sí sola; queréis conseguir el cielo sin trabajar; queréis ser felices en el tiempo y en la eternidad. Pero advertid que Nuestro Señor Jesucristo no llama felices en su Evangelio, sino a los que lloran; a los pobres, a los perseguidos; en una palabra, al que no es feliz

según el mundo. No creéis vivir en estado de condenación, porque a los ojos de los hombres no sois criminales; ¿mas de qué os sirve parecer vivos a los ojos del mundo, si estáis muertos y perdidos delante de Dios y de sus santos ángeles? **Nomen habes quod vivas, et mortus est.** Se os considera en la tierra como vivos, pero en efecto estáis muertos. Semejantes a un robusto árbol desecado, que ni tiene hojas ni da fruto, sin dejar por eso de estar en pie, lleváis la muerte dentro de vosotros mismos. Esta es vuestra imagen, hombres endurecidos; aún no ha herido Dios vuestra existencia, para arrojaros al fuego; pero ha retirado ya el espíritu de vida con que en otro tiempo os animaba. Sin embargo, la muerte en que os halláis tiene todavía remedio; la gracia os llama para que resucitéis a su vida, mientras os dura la que el Señor os concede; y con este fin la Iglesia santa llama a penitencia en este tiempo de propiciación y de misericordias. Es ya hora de que despertemos del letargo de la muerte, pues ahora estamos en tiempo de trabajar por nuestra salvación: **Nunc enim propior est nostra salus.** La noche está muy avanzada en nuestra vida, dice el Apóstol, y va a llegar el día de la eternidad. Dejemos, pues, las obras de tinieblas, y revistámosnos de las armas de la luz de la fe, huyendo de las impurezas y de los placeres, de las disoluciones, contiendas y envidias; revistámosnos de Nuestro Señor Jesucristo y no busquemos cómo contentar los antojos de la sensualidad; porque las obras del mundo conducen a la condenación eterna. ¿Y cómo nos libraremos de ella, si menospreciamos la doctrina de la salvación que el Evangelio nos enseña? **Quomodo effugiemus si tantam neglexerimus salutem?** (Heb.. II, 3).

Esforzáos, hermanos míos, os repito con Jesucristo; sea cual fuere vuestro estado en la sociedad; ya ocupeis los primeros destinos, ya vivais en la oscuridad; bien os aflija la pobreza, bien os molesten las comodidades del mundo; no temáis los rigores de la penitencia, temed ser desheredados por Dios: **Non timeas flagellari, sed exheredari.** Perdiendo la herencia eterna lo perderéis todo, porque os perderéis a vosotros mismos; y ganándola, lo ganaréis todo, porque poseeréis a Dios, os gozaréis en su trono, en su gloria, en su verdad.

SERMON

PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA SOBRE LA NECESIDAD DE LA FE PARA LA SALVACION

Sine fide impossibili cst placere Deo. Credere cnim oportet acceden tem ad Deum quia est, et inquirentibus se remunerator sit.

Sin fe es imposible agradar a Dios, pues es necesario que el que se llega a Dios crea que hay Dios, y que es remunerador de los que le buscan.

(Hebr· XI, 6)

El verdadero cristiano no se gobierna por los falsos principios de la carne y de la sangre, sino que arregla todos sus juicios por la autoridad de la fe, siguiendo los oráculos divinos que mandan al hombre creer a la palabra de Dios. "Un pueblo que no conocí me sirvió, dice Dios por David; apenas hubo oído mi voz se rindió a mi obediencia". Jesucristo nos enseña también en su Evangelio que sus ovejas escuchan su voz y le siguen; y en verdad, en la escuela del Hijo de Dios no hay para qué consultar los sentidos, ni hacer discurrir a la razón humana por sí sóla; lo que se necesita es escuchar la voz de Dios y creer a El sólo: **Fides ex auditu: auditus autem per verbum Christi.**

Ya no me admiro, por tanto, de que el Apóstol San Pablo, no obstante que hablaba a los hebreos adoradores del verdadero Dios, que no esperaban

la vida eterna sino por el Gran Mediador deseado de los patriarcas, y predicho por los profetas, insista tántas veces en la necesidad de la fe para conseguir la salud eterna. Después de haberles hablado largamente de la divinidad de Jesucristo; de su carácter de redentor, salvador, pontífice, santificador y legislador; de la eficacia de su palabra; del peligro de impenitencia en la apostasía; de la firme áncora de la esperanza cristiana; de la excelencia del sacerdocio de Jesucristo, y del mérito infinito de esta víctima preciosa; todavía llama la atención de los hebreos sobre el juicio último, no para que recuerden la terrible sentencia del Juez eterno, sino para inculcarles de nuevo la necesidad absoluta de la fe para poner en salvo el alma y asegurarle la vida eterna. Bien conocía el Apóstol que no faltaban judíos observantes de la ley, y cuya vida irreprensible les servía de fundamento de su esperanza; pero como las obras sin la fe no tienen mérito alguno, quiere no pierdan de vista un sólo instante aquella sentencia de Jesucristo: "el que creyere se salvará, pero el que no creyere será condenado".

Sí, hermanos míos: la fe es el fundamento de las cosas que esperamos, y el convencimiento de las que no vemos. ¡Convencimiento saludable! que nos asegura que Dios crió al mundo de la nada; que aseguró a Abel de que sus sacrificios eran agradables a los ojos de Dios; que arrebató a Enoc de entre los vivos, lleno del consuelo de haber complacido al Señor; convencimiento que satisface al corazón y aquieta el entendimiento mejor que los discursos de los dialécticos. "La fe, dice San Juan Crisóstomo, es la grande escuela del género huma-

no, y sin ella nada podemos. Quitad la fe del universo; ¿qué será entonces de la sociedad humana? ¡Qué caos de quimeras! ¡Qué confusión de sistemas y de sectas! ¡Qué vergonzosa reunión de vicios y superticiones! La historia de tántos pueblos privados de las luces de la fe prueba esta verdad". Nosotros podíamos añadir a éstas sabias reflexiones de San Juan Crisóstomo la experiencia de nuestro siglo. En efecto, parece que describía este gran santo el estado de la sabiduría de éste siglo, cuando decía: "Nada más dañoso que juzgar de las cosas divinas por razonamientos humanos; porque desde que no nos apoyamos en el fundamento de la fe, caemos en el error y en su inestabilidad, abandonados de la verdadera luz".

Tal es el funesto efecto que ha producido entre los hombres el desprecio de la fe. El error se ha sustituído a la verdad; las pasiones se han sobrepuesto a la ley; cada hombre se ha hecho juez de la religión; las más sólidas bases de la moral son minadas por doctrinas subversivas, que amenazan un trastorno universal. Nada hay ya cierto, nada estable, nada verdadero; todo, hermanos míos, es un problema más o menos plausible, según el capricho de las pasiones, entre los filosofistas de este siglo de iniquidad y perdición. Pero al mismo tiempo que vemos venir sobre nosotros tan horrible tempestad, nos consuela y nos anima la luz santa de la fe que aún alumbra nuestras almas. En ella está la más firme esperanza de salvación que tenemos; y por lo mismo es un deber mío excitar hoy en vuestras almas esta fe santa que todo lo sostiene, de cuya fuerza depende todo, la religión, la moral, la suerte misma de las sociedades civiles.

No permita Dios que cuando vengo a enseñaros la necesidad de la fe para salvaros, os hable de modo que creais que la estéril creencia de los misterios puede obrar la salvación. No: estos errores, mil veces condenados por la Iglesia, sólo han estado en boga entre las sectas heréticas, que no teniendo más regla que su juicio privado, interpretan la palabra de Dios, según las sugestiones de sus intereses. Yo vengo a repetir lo que la Iglesia ha definido en el santo Concilio de Trento, que nos enseña que la fe es el principio, el fundamento y la raíz de toda nuestra justificación. Vengo a haceros ver la necesidad de la fe para la salvación. Yo no me empeñaré en discurrir simplemente sobre la fe considerándola generalmente; no hablaré sólo de la fe especulativa. Poco haría con persuadiros de la necesidad de creer para salvaros, si no añadiera la obligación de someter nuestra razón a las tinieblas de la fe, y de profesarla exterior y públicamente. Es necesario creer para salvarnos; es necesario que esta creencia sea perfecta y profunda a pesar de la obscuridad de las verdades reveladas; y es necesario, en fin, que esta fe sea profesada en público. Tales son las tres cualidades que debe tener nuestra fe para obrar la salvación, y yo os hablaré de cada una por separado.

Ningún asunto más importante que aquel que es el medio principal de la salvación; pero para que nuestras reflexiones no sean inútiles y estériles, imploremos la gracia por intercesión de María Santísima, cuya pureza y caridad sin ejemplo no recibieron alabanza particular en el Evangelio, sino su fe, mereciendo ser aclamada bienaventurada por haber creído. Ave María.

I

Juan Bautista, dice el Evangelio, fue enviado por dar testimonio a Jesucristo, a fin de que todos creyesen en él; dándoles poder de llegar a ser hijos de Dios a los que creyesen en su nombre. El reino de Dios se acerca, dice Jesucristo; haced penitencia y creed al Evangelio. ¿Pero por qué Jesucristo toma este lenguaje, de que usa en diversas ocasiones? Para enseñarnos que la fe es absolutamente necesaria para la salvación; para grabar profundamente en nuestros corazones una verdad que decide de nuestra eterna felicidad. Porque de tal modo nos ha amado el Señor, que nos dió a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en El no perezca, sino que alcance la vida eterna. Pero el que no creyese ya está condenado; no verá la vida eterna, y al contrario recibirá sobre su cabeza el fuerte golpe de la ira de Dios. En una palabra, todos los prodigios, todos los milagros que obró Jesucristo, no tuvieron otro objeto, ni se han trasmitido hasta nosotros con otro fin, que con el de que creamos que Jesucristo es hijo de Dios, y creyendo en El podamos alcanzar la vida eterna en su nombre. En vano practicaríamos todas las obras de la ley, si no tuviésemos fe. San Pablo nos asegura que nadie puede ser justificado por las obras de la ley, porque en Jesucristo ni la circuncisión, ni la incircuncisión valen nada; pero la fe, que está animada de la caridad, obra nuestra justificación; y en efecto, sin la fe es imposible agradar a Dios. Esta doctrina divina hizo decir a San Clemente Alejandrino, que la fe es el primer paso a la salvación; San Cirilo la llama la puerta y el camino que conduce a la vida eterna; y el santo Concilio de Trento nos ense-

ña que somos justificados por la fe, en cuanto ella es principio de la salvación del hombre, fundamento y raíz de toda justificación. **Sine fide impossibile est placere Deo.**

A la verdad, mis hermanos; la necesidad de la fe para la salvación es una de aquellas verdades tan claramente establecidas, que sólo renunciando al carácter de cristiano, puede dudarse de ella. Aún no había venido al mundo el reparador del mundo, y ya era necesario creer en El para ser salvos. El judío no podía obtener las eternas recompensas prometidas al infiel observador de la ley, sino por su firme confianza en las promesas que anunciaban al género humano un Redentor. Los mismos gentiles, que no habían dejado obscurecer la ley de la tradición primitiva, no esperaban la vida bienaventurada, sino por la mediación del Gran Reconciliador del hombre con su Dios, cuya fe se halla donde quiera que hay hombres. Pero después que el Verbo Eterno descendió de los cielos, se revistió de nuestra carne, y dió cumplimiento a todas las profecías, el precepto de la fe se ha hecho más obligatorio, más claro, más extenso; ya la fe en el Salvador del mundo, que fue siempre el medio único de salvación, es una fe cierta, inmoble y eficaz, que enseñándonos nuestro fin, nos ilumina el camino que guía a El, nos conduce, y nos hace llegar al término para que fuimos creados.

¡Qué gracias no debemos dar al Señor, porque entre todos los beneficios con que nos ha gratificado, nos ha dado el dón inestimable de la fe! ¡Dón precioso, dón lleno de fuerza y de santidad, dón útil para todo bien! Sin la fe los frutos de la redención son perdidos para el hombre; la sangre de

nuestro Redentor se hace inútil sin la fe. ¿Porque de qué puede servirnos sin ella nuestra propia existencia, si no nos prepara a la vida eterna? Pero ¡qué ventajas no nos proporciona desde la vida presente esta admirable virtud! Las ciencias humanas adquiridas lenta y penosamente, se hallan rodeadas de incertidumbres; pero la fe llena en un momento nuestro espíritu de una multitud de conocimientos, todos sublimes, todos ciertos. ¿Cuáles eran, hermanos míos, las nociones que tenían acerca de Dios, del alma y de la moral los pueblos a quienes no había alumbrado la luz de la fe? Comparad la teología y la moral de los genios más sublimes de la antigüedad con lo qûe enseña la fe cristiana. ¡Qué absurdos respecto de Dios! ¡Qué abominaciones en su culto! ¡Qué infamias canonizadas como virtudes! Al contrario, en la fe cristiana, el catecismo más sencillo encierra más verdades que todos los libros de los filósofos. La esencia de Dios y sus atributos; el culto santo con que debe ser honrado; los preceptos de la moral; todo es sublime, todo es grande y admirable en el cristianismo, y todo eleva al hombre a Dios, ennobleciendo su alma, y llenándola de luz.

Como en la creación, así en la religión, la voz todopoderosa del Señor que con una palabra hizo aparecer la luz y la esparció en todo el universo, es la misma que hace nacer y brillar en un instante la luz de la fe en nuestro espíritu, para obrar nuestra salvación.

El hombre carnal no percibe estas cosas, ni comprende las operaciones de la fe, dice San Pablo; porque no buscando en los objetos de la tierra sino el contentamiento de los sentidos, no percibe el autor de la gracia que se oculta bajo el velo de la

fe; mas el hombre espiritual juzga de todas las cosas en la tierra por las luces de la fe; descubre al Creador en sus obras, alabándole sin cesar, se alimenta sólo de la esperanza de verle un día. Por la fe consideramos a Dios presente en todas nuestras acciones, y ella nos hace referirlas fielmente a Dios; presente en nuestras oraciones, y las anima el fervor; presente en el desempeño de nuestros deberes sociales, y la integridad preside en ellos; presente en nuestro recreos, y la caridad los hace inocentes; presente en la satisfacción de las necesidades de la vida, y la frugalidad las hace meritorias; presente en nuestros trabajos y desgracias, y nos consuela y nos sostiene por la paciencia que la fe manda tan imperiosamente. Jamás estamos sólos con la fe, porque ella nos tiene unidos al Señor en todos los momentos de la vida; le hallamos en los peligros del mundo para fortalecernos y vencerlos; en el lecho del dolor para consolarnos con la esperanza de la vida eterna; y en todos los días que el sol nace de nuevo sobre nuestras cabezas, la fe nos manda que no procuremos otra cosa que agradar al Señor, fiel en sus promesas, El sólo digno de ser amado con amor sumo y perfecto, y que desde esta vida es dulce y suave con los que le buscan con su corazón recto.

Así lo experimentó Salomón, pues aquella sabiduría con la cual le vinieron tántos bienes, no era una sabiduría vana y terrenal, sino que era la fe santa que iluminaba su espíritu. Dejando a un lado los razonamientos, quitando toda dificultad, disipando todo género de duda, la fe sujeta esa inquieta curiosidad de nuestro espíritu, y de la incierta región de la duda lo traslada a la calma y al reposo, apoyándose en la veracidad de Dios; ni

teme las ilusiones a que está expuesta la razón, ni los errores en que cae cuando se halla sóla. Sabe que la fe es la puerta del Señor, y que los justos entrarán por ella, y esto le basta. Así, mientras Salomón vivió de la fe, fue justo; pero apenas se apartó de sus caminos, y dió entrada en su espíritu a las sugestiones de la carne y de la sangre, cayó en un abismo de miserias, se precipitó en lo profundo de la inmoralidad, hasta postrarse delante de los ídolos; y un hombre que parecía ser un vaso de elección, ¡no pudo dejar una señal segura de haberse salvado!

"¡Oh hombre! clamaré yo aquí con un elocuente escritor de nuestro siglo; humíllate, mortal culpable, prosternate, pega tu frente con el polvo, y llena con inconsolables gemidos esta tierra, reino de desolación, que Dios en su venganza te ha dado por destierro y por sepulcro!" Dime, ¿cuál es tu guía segura en la vida?, ¿cuál la regla infalible de tus acciones?, ¿cuál el criterio que puede tranquilizarte en una certidumbre bien fundada? Te afanas para responderme, y con razón, porque todo es incierto para el hombre y en nada tiene seguridad, sino en lo que la fe le enseña; sólo la fe puede hablar con imperio, porque viene de Dios, Autor y supremo Señor del universo. Pues aprende lo que debes creer, para saber lo que debes obrar, lo que debes esperar, lo que debes temer; escucha la voz de la fe, y se disiparán las tinieblas de tu entendimiento; a la duda se sucederá el convencimiento; ya no serás un niño llevado acá y allá de todos los vientos de opiniones humanas, por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error; sino que siguiendo la fe, anda-

rás el camino seguro que ella señala. Sólo por este camino se llega a la vida eterna.

Ved, hermanos míos, a Abel, a Enoc, a Abraham, a Moisés y a tántos ilustres personajes de la antigua ley, llenos de gracia sólo por la fe; recorred los pueblos separados de la sinagoga, y hallaréis al justo Job, lleno de consuelos en la más aflictiva situación, sólo por su fe en el Redentor que había de venir, y cuya esperanza le daba fuerzas para sobreponerse a todos los contratiempos de la vida; ved las milagrosas curaciones que obró la fe del centurión, de la cananea, del ciego de Jericó y del paralítico; ved a Lázaro resucitado por la fe de Marta; ved en fin, cómo los santos vencen por la fe, obran la justicia, y alcanzan las promesas de la vida eterna: **Sancti per fidem vicerunt regna**, etc.; cómo triunfando de los encantos del siglo, de los artificios del demonio, de las amenazas de los tiranos, todos los grandes santos del cristianismo han sido hallados perfectos, porque fueron probados en la fe: **Omnes testimonio fidei probati** (Heb., c. XI, V. 39); pero por una fe viva que les ha inmortalizado para siempre. Vencedores del mundo incrédulo, la fe les hizo también vencedores de sus pasiones; porque así como las obras sin la fe no tienen mérito alguno, la fe sin ellas es muerta; pero los santos de Dios, armados con el escudo de la fe, se hacían intrépidos y esforzados para combatir con todo género de tentaciones, y para vencer toda clase de peligros. Donde quiera que se les presentaba alguna sugestión de pecado, consultaban su fe: **Habete fidem Dei**, y ésta fe santa, que tan profundas raíces había echado en sus corazones, les decía: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo lo que tiene qué hacer el hom-

bre. Y ved, mis hermanos, por qué San Pablo desafiaba todos los trabajos y aún la misma muerte; ved por qué los mártires eran fuertes y triunfaban de los mismos suplicios; ved por qué las vírgenes posponían al mundo entero a la fidelidad jurada a su Esposo; ved cuál es el motivo de que tántas y tan eminentes virtudes ilustren la historia del cristianismo. Separados de los bienes de la tierra, no aspiran sino a la celestial patria, a donde el Salvador les ha precedido. Honores, placeres, riquezas, nada de cuanto hay en el mundo les mueve; no aman, ni desean más que las tribulaciones de la cruz. Las lágrimas son su gozo, las humillaciones su gloria, los trabajos su lecho de descanso. ¿Es este el camino de la felicidad que traza el mundo? No, hermanos míos; este camino es el del cielo, trazado por la fe; y que sólo sigue el que tiene una creencia perfecta, a pesar de las misteriosas oscuridades de la misma fe.

II

El verdadero fiel, que quiere acercarse a Dios, debe comenzar por cautivar su entendimiento bajo el yugo de la fe; rindiendo a Dios y a su palabra un homenaje razonable: **Rationabile obsequim vestrum.** No debe arreglar su creencia sobre lo que su espíritu alcance a penetrar, sino sobre la autoridad de Dios y de su Iglesia. Si no descubre claramente la verdad, porque se halla encubierta en su principio, no debe buscarla fuera de Dios por los impotentes esfuerzos de su espíritu, sino adorarla en el seno del mismo Dios, en donde subsiste, aunque sea invisible y oculta; reduciéndose a la simplicidad de la infancia cristiana, debe recibir respetuosamente todo lo que Dios le enseña, e ignorar con

sumisión lo que le oculta; no usar de la libertad que tiene para razonar; suspender sus conocimientos, desmentir a sus sentidos; atar su razón, como a otro Isaac en la hoguera, con los lazos de la fe; y para evitar que nada se oponga a este sacrificio de la razón, debe dejar a un lado, como Abraham dejó al pie de la montaña a sus esclavos, sus conjeturas, sus sentidos, sus propias luces. Por obscuras e impenetrables que sean a su espíritu las verdades que Dios le propone; aunque sean combatidas por el testimonio de los sentidos, le basta saber que Dios ha hablado para creer sin dudar; todo debe someterse a la divina autoridad, y bajo el yugo de la fe. Y ciertamente, ¿no es justo que el hombre haga a Dios este homenaje, sacrificando sus propias luces a las luces del Sér infinito? Nada hay en el hombre que no dependa del Creador, y que no deba recibir de El la ley. Luego para que su sacrificio sea entero, y perfecto, es preciso que su espíritu sea cautivado bajo el yugo de la fe, como su voluntad bajo el de la ley. Tal es el obsequio que Dios tiene derecho a exigir de nosotros, sus criaturas racionales; y nunca hubo otro más justo, ni más indispensable.

Desde que el hombre sabe que Dios ha hablado, debe asentir a la palabra divina; este es un principio tan seguro como sencillo, que está a la capacidad de todos; sabios o ignorantes, rústicos o filósofos, niños, mujeres, todos lo comprenden. Ninguno puede dejar de admitir el testimonio de la palabra de Dios, ni puede haber disputa o diversidad de opiniones, cuando Dios ha hablado. No puede preguntarse por qué o cómo sucede tal cosa; Dios lo ha dicho y eso basta: **A Domino egressus est sermo.** Pero diréis vosotros, acaso: ¿Es cierto

que Dios ha hablado a los hombres, y que les ha revelado sus verdades, cuya creencia es obligatoria para la salvación? Sí, hermanos míos; la religión santa que profesamos nos suministra pruebas sin réplica de que la palabra de Dios que la fe nos enseña, es cierta. La religión cristiana tiene en sí misma caracteres tan notables de su divinidad, ya en su establecimiento, ya en la santidad de su doctrina, que es imposible no percibirlos, a menos que no se quiera ver la luz del día. ¿Cómo una religión tan obscura en sus misterios, tan austera en su moral, hubiera sido abrazada por pueblos de costumbres y leyes tan diferentes? ¿Cómo habría subyugado a los poderosos de la tierra, a los más grandes genios del mundo, si Dios no la hubiera hecho creíble por señales extraordinarias y por profecías que demostraban su verdad, y si los milagros no hubiesen sostenido, como dice San Pablo, los discursos de los que predicaban el Evangelio? **Evangelium non fuit in sermone tantum, sed in virtute et plenitudine multa.** Pero si la religión se ha establecido sin milagros, dice San Agustín, este establecimiento es el mayor de todos los milagros.

Ahora bien, mis hermanos; una religión fundada sobre milagros y profecías incontestables; profecías cumplidas exactamente en todas sus partes, como que hasta nuestros días dura su cumplimiento; milagros de todas especies: ciegos con vista, sordos y mudos de nacimiento curados al imperio de la palabra, muertos resucitados; milagros multiplicados, maravillas obradas a la faz de todo el universo, testificados por testigos sin número de una fidelidad probada, cimentados por la sangre de millones de mártires; una religión rodeada de tántas y tan luminosas pruebas, tiene ciertamente

todos los caracteres de la divinidad capaces de hacer impresión sobre espíritus razonables. Pero, ¡cuántos mortales orgullosos discurren temerariamente sobre esta religión que no conocen, se erigen en censores de las incomprensibles voluntades del Todopoderoso, imaginan inconvenientes e imposibilidades en los decretos de la Providencia, salvan los límites en donde se detienen los doctores de la fe, y donde no osó pasar el mismo grande Apóstol elevado hasta el tercer cielo! ¡Nos oponen continuamente sus dudas superficiales, sus frívolas objeciones, sus sacrílegos desprecios, y con una burla, con una amarga sátira se jactan del triunfo! ¡Oh hombres! ¿qué loca ceguedad os ofusca? No os conocéis a vosotros mismos, y pretendéis profundizar misterios que exceden a todas las capacidades racionales! Todo tiene misterios impenetrables en las cosas más comunes de la naturaleza, ¡y queréis sujetar a vuestra razón misterios inefables! Pues sabed que la esencia de los misterios cristianos está oculta a los débiles mortales; pero sabed al mismo tiempo que los fundamentos de nuestra creencia son infalibles. Aunque yo no comprenda lo que creo, dice San Pablo, estoy seguro de que no creo en vano. Sé a quién he entregado mi depósito, y la autoridad a que he sometido mi razón: **Scio cui credidi**. Y siguiendo al Apóstol cada cristiano debe decir: La Sabiduría Suprema no puede engañarse; es la verdad por esencia que no puede querer engañarme en su revelación, y que jamás permitirá que, dando fe a su palabra y dejándome gobernar por su Iglesia, caiga en ilusión y en error; es todopoderosa, infinita en sus perfecciones, santa, admirable en todas sus obras, y puede hacer mil veces más de lo que yo puedo comprender.

Pero no basta creer a la revelación en general; es preciso creer sin la más ligera excepción todo lo que Dios ha revelado, y que la Iglesía nos propone para creer, si queremos alcanzar la vida eterna. El que no cree un sólo punto de la fe, por pequeño que parezca, ya no tiene fe, sea explícita, sea implícita; porque la resistencia a creer un sólo artículo, es una resistencia a la fe en general, a la veracidad del mismo Dios; y así como un sólo pecado mortal destruye la caridad toda entera, así también la fe se pierde toda entera, negando un sólo artículo de ella. Porque la fe es una e indivisible en su motivo, que es la verdad primitiva, la autoridad de Dios, que no es, ni puede ser menos infalible en un artículo de la revelación que en otros. En las ciencias humanas, se pueden saber unas conclusiones, e ignorarse otras sin contradicción, en tanto que se apoyan sobre medios o razones diferentes; pero en la fe no puede excluírse conclusión alguna, porque todas tienen un sólo y un mismo medio en que se fundan, que es la suma veracidad de Dios, el cual es infalible en todo; y porque siguiendo la doctrina del Evangelio como regla infalible, es preciso creer generalmente todas las cosas que ella enseña. Por tanto el que intente recibir sólo una parte y rechazar otra, sigue entonces su sentido privado y no la doctrina de la Iglesia; pierde el hábito de la fe, y no le queda más que una fe humana, una opinión por la cual adhiere a algunas verdades de la Iglesia.

A más de esta creencia general y universal que nada excluya de cuanto la Iglesia propone como necesario de creer, necesita también el cristiano para salvarse, creer y conocer particular y distintamente, las verdades principales de la reli-

gión. He dicho que es necesario creer y conocer, porque se necesita el asentimiento formal a estas verdades, y su noción distinta; y prescindiendo del mayor o menor grado de conocimiento distinto a que está obligado cada cristiano según su estado, es cierto que todo hombre bautizado que llega al uso de la razón no puede salvarse, si no conoce y confiesa los misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la Redención, los mandamientos de Dios y de la Iglesia, el símbolo de los Apóstoles, la inmortalidad del alma, el efecto del bautismo, y lo que mira en general a los demás sacramentos, y los deberes de su estado.

Ved aquí, hermanos míos, cuál es la creencia perfecta y clara que se necesita para la salvación; rindiendo a Dios el justo homenaje de nuestra razón; pero esto no basta: es también necesario confesar la fe públicamente con palabras y obras para salvarse.

III

San Juan Crisóstomo nos enseña que, no sólo traiciona a la verdad el que la niega abiertamente, sino también el que no la profesa en ciertos tiempos y circunstancias. **Non solus est proditor veritatis qui veritati renunciat, sed etiam qui non profitetur veritatem.** Grandes bienes y premios deben esperar los generosos que defienden con valor los intereses de Dios; y graves penas tienen qué temer los laxos y tímidos que no osan hablar en defensa de la fe y de la religión. Jesucristo declara que negará delante de su Padre al que hubiese tenido vergüenza de confesarle delante de

los hombres; serán confundidos con los paganos y publicanos, que no habiendo pertenecido jamás al rebaño de Jesús no pueden tener parte en él. Aun cuando el mundo entero se opusiera a la pública profesión de nuestra fe; aun cuando se nos presentasen todas las riquezas y los honores de la tierra, porque callásemos la confesión de nuestros dogmas; aun cuando la más cruel barbarie nos impusiese con los tormentos y los suplicios; Jesucristo quiere que aun en este caso demos público y claro testimonio de nuestra fe; que le seamos testigos en la tierra, para confesarnos El delante del Padre, so pena de perder la vida eterna. Tal debe ser la constancia y la fidelidad del cristiano.

Gracias a la divina misericordia, no estamos expuestos al martirio, y en la necesidad presente de sufrir la muerte para mantener la integridad de la fe y profesar altamente la religión; pero tenemos qué sufrir otra especie de martirio si somos verdaderos cristianos. Los incrédulos del siglo usan con preferencia de las armas del ridículo, y se crean un falso honor en ultrajar la Iglesia; en violar sus máximas santas, en zaherir la observancia de la disciplina; desprecian la autoridad de la cabeza de la Iglesia; y emplean todos los artificios imaginables para separar de ella los miembros sanos, en quienes la gangrena del error no ha entrado. De este modo ponen a prueba la debilidad humana, que se avergüenza de ser cristiana exteriormente por respeto del mundo, al mismo tiempo que en su corazón conoce la verdad y le rinde homenaje, pero un homenaje tímido, cual el mismo mundo rechaza cuando se trata de intereses terrenales. La juventud, sobre todo, es la que más delinque en el

camino de la fe, porque esa edad es también la que más se afecta del respeto humano, la que recibe más fuertes heridas de las armas prohibidas del sarcasmo y de la maledicencia; la que reflexiona menos en la eternidad, y con el corazón puesto en las vanidades de la vida, sacrifica al ídolo del amor propio lo más sagrado que puede tener el hombre: la fe cristiana. No hablo precisamente de aquellas almas muertas para la fe; de aquellos apóstatas, que sacudiendo todo freno religioso, no reconocen otro Dios que sus pasiones, ni más regla de proceder que el epicureísmo del placer y del dolor. Hay otra clase de seducción que arrastra una multitud de incautos, y consiste en que mostrándose católica en la apariencia, mina la religión, desconociendo puntos particulares de la fe, o atacando la disciplina, que no es otra cosa que el medio de profesar y conservar la misma fe. En este género de lucha hay qué soportar un martirio, que sin cortar la cabeza, ni despedazar los miembros, trae el corazón en amargura y en pesar continuos.

¿Y cómo nos fortaleceremos, hermanos míos, para pelear en este combate?, ¿con qué armas nos defenderemos de la potestad de las tinieblas? No hoy más armas que la misma fe: "embrazad en toda clase de encuentros, dice San Pablo, el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del espíritu maligno" (Eph. VI, 16). Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que penetraba los corazones de los escribas y fariseos, no ignoraba que pasaría entre unos por un seductor, entre otros por endemoniado; que sería tenido por destructor de la ley de Moisés, por un ambicioso que se hacía Hijo de Dios, y por un falso profeta. Con todo, Jesucristo no estimó en nada estas ignominias, ni

se creyó por ello dispensado de anunciar a los hombres el reino de Dios, y trabajar en la gloria de su Padre. Los Apóstoles siguieron fielmente las huellas de su Divino Maestro. Sin hablar de las crueles persecuciones a que se exponían por la predicación del Evangelio, ¡qué deshonras!, ¡qué infamias sufrían! San Pablo es llamado en Tesalónica perturbador del orden público; en Atenas es tratado como un insensato; todos ellos son mirados como la escoria del mundo. Sin embargo, jamás cesaron de anunciar el Evangelio y confesar públicamente la fe santa, porque estaban persuadidos del oráculo divino que dijo: "el que se avergonzare de mí y de mi doctrina, de ese tal se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en el esplendor de su majestad y en la de su Padre y de los santos ángeles" (Luc. IX, 26).

Ved, hermanos míos, en estas palabras del Salvador una sentencia que debe alarmar y humillar a tántos semicristianos, que creen pertenecer a Dios, porque no se han declarado abiertamente contra El; se imaginan habitar en la casa del Señor, porque no han tomado las armas de los incircuncisos para combatir contra Israel; creen según el tiempo y las circunstancias; católicos con el piadoso, heterodoxos con el sectario, indiferentistas con el incrédulo, devotos hasta la primer sonrisa con que el mundo les burla, fieles hasta el momento en que la fortuna se presenta en las filas de los filisteos; y qué sé yo, cuántos más colores toman según lo que les exige el interés mundano. Adoradores nocturnos, llama San Agustín a estos hombres que tienen empacho de profesar públicamente su fe, religiosos en secreto, disipados en público, católicos con el corazón como la mayor parte de los pro-

testantes instruídos, pero ¡herejes en lo exterior por no disgustarse con el mundo! ¡Gran Dios!, ¡qué lleno está el mundo de este linaje de hombres equívocos, sin señal alguna estable de su fe! Se figuran que no hay obligación de hacer pública profesión de su fe, en presencia de los impíos y libertinos; y con esta máxima, que es un error capital contra Jesucristo, quieren vivir en paz con Dios y con el demonio, con la Iglesia de los santos y con las juntas de los pecadores. No, cristianos; el que no allega con Jesucristo desparrama; el que no entra en el arca de Noé, perecerá sin remedio, por más que suba a la cumbre de las montañas.

Pero ya veo, hermanos míos, que el amor propio siempre ingenioso en disculparse, os hace tomar el lenguaje de los réprobos en el juicio del Señor, y como ellos reconvienen al Juez eterno por no haberle negado el pan, el agua, el vestido y todas las obras de la caridad, así vosotros, temiendo que El os eche en cara no haberle confesado delante de los hombres, le decís: Señor, ¿cuándo fuímos preguntados de nuestra creencia, y la negamos?, ¿cuándo te desconocimos? ¿No te adoramos, y te confesamos Hijo de Dios?

Sí, llamáis a Jesucristo Dios, y a veces os tituláis con gloria hijos suyos; pero esto no basta; el carácter de cristiano os impone la obligación de hacer actos de fe en muchas ocasiones de la vida, y ¿cuándo los habéis hecho? Desde que tuvísteis uso de razón, debísteis hacer acto formal y exterior de fe, profesando las verdades necesarias para salvaros; pero la disipación apenas ha dejado conocer la diferencia entre vuestros pasatiempos y vuestros actos religiosos; en tántas tentaciones contra

la fe, que el mundo inicuo multiplica en este siglo de incredulidad y apostasía, ya por el ejemplo, ya por las palabras, ya por las seducciones de los libros malos, debísteis redoblar la fe, y clamar con los Apóstoles: Aumentad, Señor, mi fe. Pero, ¿quién distinguiría al católico verdadero del apóstata, del hereje y del cismático en tales ocasiones? Ninguna señal os distinguió, cuando se debió oíros clamar: creo todo lo que cree y enseña la santa Iglesia romana. ¿Quién habría podido reconocer vuestra fe cuando se os veía traficar en los libros más malos que destruyen hasta la existencia de Dios? ¿Quién pudiera teneros por católicos, cuando os convertíais en instrumentos del protestantismo, esparciendo el sentido privado en biblias adulteradas, para dar al vulgo un tósigo mortal, bajo el nombre de la palabra de Dios? Añadiré que recibís los sacramentos sin fe, y que no os preparáis a vencer al mundo en la muerte por la fe. Sería preciso revelar otro delito más, porque o se reciben sin fe los sacramentos, o no se cree en ellos; y como jamás se piensa en la otra vida, tampoco es extraño que no se busque la victoria de la fé en la muerte; pero ya es tiempo de concluír.

Y para hacerlo os recuerdo, que no hay bien alguno sobre la tierra superior al de creer en Jesucristo, porque la vida eterna es el precio de nuestra fe. ¡Qué crimen no creer en Jesucristo! ¡Qué desgracia ser reo de este crimen, que excluye de la vida eterna! Sin la fe en Jesucristo se encuentra el hombre sin guía en sus pensamientos, sin freno en sus pasiones, sin término en sus esperanzas, sin objeto en sus deseos, sin destino en su fin. Es un bajel sin piloto, flotando a la merced de los vientos y de la tempestad, en un mar desconocido,

siempre próximo a estrellarse en el escollo de la injusticia y de la indiferencia de religiones.

La razón, que le distingue de los brutos, le hace algunas veces envidiar su estupidez; y en lugar de emplear sus talentos en los santos ejercicios de la religión. los destina a combatirla. El recuerdo de lo pasado le aflige, el cuidado de lo presente le inquieta, la expectativa del porvenir le turba, la vista del sepulcro le aterra; a cualquier parte que mire, no halla situación en qué poder gozar de reposo, porque oye a toda hora la voz de la verdad que le dice: **sini fide impossibile est placere Deo,** sin la fe verdadera, sin la fe perfecta, sin la fe públicamente profesada, es imposible, sí, absolutamente imposible la salvación. Al contrario, el verdadero cristiano encuentra en la fe el remedio de todos sus males; y cuando llega la última hora, al oír las dulces y consoladoras palabras con que el ministro de Dios le ayuda en sus agonías, dice lleno de una esperanza firme: No te acuerdes, Señor, de mis antiguas iniquidades, pues aunque pequé, nunca he negado tu fe, siempre he creído en tu religión y te he adorado fielmente. Y Jesucristo, fiel y justo en sus promesas, perdona sus pecados, y le lleva a la eterna bienaventuranza, prometida al que creyese.

Correspondamos, pues, hermanos míos, a la gracia de la fe, que por la misericordia divina poseemos; que nuestra fidelidad convierta a nuestros hermanos que han apostatado, y se burlan de nuestra fe; y que nuestra perseverancia en la fe verdadera de Jesucristo nos prepare para ver en la eternidad cara a cara y sin los velos del misterio al mismo Jesucristo nuestro Señor. **Amén.**

SERMON

PARA LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA SOBRE LA NECESIDAD DE LAS BUENAS OBRAS PARA LA SALVACION

Fratres, magis satagite, ut per bona opera cer tam vestram vocationem et electionem faciatis; hoec enim facientes, non peccabitis aliquando.

Esforzáos, hermanos, más y más por asegurar vuestra vocación y elección, por medio de las buenas obras; porque haciendo esto, no pecareis jamás.

(II. Peter., I, 10.)

Si no es posible agradar a Dios sin la fe, el oráculo divino nos enseña al mismo tiempo que la fe estéril, destituída de buenas obras, no puede obrar la salvación. Todo árbol, dice Jesucristo, que no dé buen fruto, será cortado y echado al fuego. En vano descansa tranquilo el cristiano sobre su simple creencia de los dogmas santos, descuidando la práctica de los deberes que le impone esa misma fe. Esto es imitar en cierto modo a Simón Mago, a los nicolaítas y a los luteranos, que contra la doctrina de Jesucristo, enseñaban que la fe bastaba para obrar la justificación del hombre. Interpretando a su antojo las palabras de la Sagrada Escritura, destruían los más claros testimonios de las mismas escrituras en que el Señor repite mu-

chas veces la necesidad de las buenas obras. Ya nos habla directamente mandando a los hombres separarse del mal y obrar lo bueno; ya bajo el velo de figuras y parábolas nos hace ver el inminente peligro en que se halla nuestra salvación por permanecer en una fe muerta, y sin obras. El árbol estéril arrojado al fuego, no era dañoso ni mortífero; el siervo perezoso, condenado para siempre, no tenía otro delito que su inacción y su descuido; las vírgenes necias, a pesar de su pureza, fueron privadas de entrar a la gloria por no haber preparado el óleo de las buenas obras; y cien ejemplares más que el Espíritu Santo inculca en los libros santos, nos repiten lo mismo que el Apóstol San Pedro: "Esforzáos más y más por asegurar vuestra vocación y elección, por medio de las buenas obras; porque haciendo esto no pecaréis jamás".

Y a la verdad, hermanos míos, no pudiendo estar ciertos de que amamos a Dios, si no practicamos su ley santa, ¿cuál puede ser la firme esperanza de nuestra salvación, si no la fundamos en las buenas obras? ¿Qué es un cristiano que cree, pero que no practica lo que la fe le enseña? Un árbol sin fruto; una campana que suena, pero que nada deja de su sonido.

Tal es la vida de muchos cristianos, que la pasan en una falsa tranquilidad contra el expreso mandamiento de Jesucristo, que exige de nosotros una fe viva por las obras para que haga la santificación de nuestras almas. La fe que fortificó a Abraham, se acompañó con las obras, distinguiéndose por su humilde obediencia a los mandatos divinos; pero nuestra fe, hermanos míos, sólo nos

distingue de los incrédulos y herejes, y por falta de obras hace nuestra salvación más incierta de lo que ella es en sí; porque una funesta preocupación persuade a muchos cristianos que la vida inútil que llevan puede conducirlos a la gloria; engañándose lastimosamente acerca de la extensión de nuestra vocación y de nuestros deberes como cristianos. Estas son las vanas excusas con que se lisonjean los hombres, para autorizar la vida inútil que llevan en el mundo; y para combatirlas intento manifestaros en esta tarde la necesidad de las buenas obras para asegurar la salvación.

I

¿Cuál es, hermanos míos, nuestra vocación, y a qué nos obliga la fe que profesamos? El Evangelio, que es nuestra regla, nos prescribe la práctica de las virtudes cristianas, reuniendo en ellas todos nuestros deberes como cristianos. Toda la vida del cristiano debe ser una vida llena de buenas obras. El Apóstol San Pablo encargaba a su discípulo Timoteo que predicase altamente estas palabras: **Praecipe non sublime sapere.** Manda a los que se te han confiado, que no se alimenten de ideas vanas, que sólo sirven para disiparlos; que no confíen en las inciertas riquezas de la tierra, que tan pronto adquirimos, como perdemos; exhórtales a poner un sólido fundamento para lo futuro, en el tesoro de las buenas obras; de manera que según la doctrina del Apóstol, nuestra salvación es un edificio que no puede levantarse, sino sobre el fundamento de las virtudes. **Praecipe bene agere.** Sí: mándales obrar lo bueno, repito; que abracen la obra de la salvación con un ánimo firme y re-

suelto, consagrándose a la práctica de la virtud; que se hagan ricos de buenas obras en todo género de virtudes; como que ellas son el carácter y la esencia del cristianismo; obras de fe que hagan honor a la religión que profesan; obras de caridad, que reuniéndolos entre sí por los vínculos de la misma caridad, sólo tengan un corazón y una alma; obras de penitencia que purifiquen su vida por las severas máximas del Evangelio; obras que en particular convengan a cada cristiano en el estado en que la Providencia le ha colocado; la buena fe y la rectitud en el manejo de los negocios, la vigilancia y el celo en el padre de familia, la fidelidad en los deberes, el recogimiento en el servicio de Dios y de su Iglesia.

Porque la ley evangélica, dice San Jerónimo, no es una ley laxa e indolente; las leyes humanas pueden acomodarse muy bien con la vida mala y sensual de los hombres; pero la ley de Jesucristo pide acciones y obras. Escrito está en el Evangelio que Jesucristo no vino al mundo a traer la paz, sino la guerra, es decir a imponernos la necesidad de trabajar en la árdua empresa de nuestra salvación, luchando contra los enemigos visibles e invisibles de ella. La viña estéril e ingrata es arrancada; el árbol infructuoso se corta y arroja al fuego; el siervo inútil es despojado del talento recibido, y atado de pies y manos se le arroja a las tinieblas exteriores; se priva de su salario al jornalero que no quiso trabajar en la viña del gran Padre de familias, y por consiguiente, todo el que no trabaja en la vida del alma, el que no llena los deberes que le impone la fe, y que sólo lleva el nombre de cristiano, sin el fruto de las buenas obras, será tratado como siervo inútil. Tan estre-

cha es la obligación que tenemos de unir las buenas obras a la fe que profesamos.

Pero no creáis, hermanos míos, que la fe os manda orar a toda hora. Felices y bienaventurados se llamarían los que no tuvieran otra ocupación que meditar y contemplar las altas verdades de la religión; mas nuestra fragilidad exige otros cuidados, y la religión no los condena sino que los santifica. "Desearía, dice San Agustín, que pudiéais consagrar todo el tiempo a la oración; pero el Señor por su bondad os facilita los medios de orar a toda hora. Haced vuestras acciones de la manera que Dios manda, y entonces estad seguros que no cesáis de alabarlo". "Ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios", dice San Pablo a los corintios, para enseñarles a santificar todas sus acciones y aumentar con ello el mérito de las buenas obras.

La santidad del cristiano es una santidad práctica, pero entera y universal, porque en toda la vida debe cumplir con toda la ley. La religión considera al hombre no sólamente con relación a los hombres con quienes vive, y con relación a sí mismo. De aquí nacen tres deberes diferentes: para con Dios, para con los prójimos y para con nosotros mismos; y ved en estas pocas palabras todas las buenas obras que debemos practicar para llenar toda justicia, es decir, para satisfacer a todos nuestros deberes: **Sic decet nos implere omnem justitiam.** Es preciso que demos a Dios lo que es de Dios; una preferencia sobre todas las criaturas, un amor tan vivo y tan ardiente, y tan entero, que sólo a El amemos con la plenitud de nuestro amor, y que nos haga obrar todo por El. **Sic decet nos**

implere omnem justitiam. Es preciso que la caridad sea el alma de nuestras relaciones con el prójimo, que le amemos en Dios y por Dios; que estemos siempre prontos a la mutua ayuda que nos debemos; que no le ofendamos ni con la palabra, ni con los hechos, y que jamás abriguemos en el corazón los viles sentimientos de la envidia, de la venganza y del odio. **Sic decet nos implere omnem justitiam.** Es preciso que respecto de nosotros mismos, hagamos suceder el trabajo a la oración, y la oración al trabajo; moderar continuamente las pasiones, sujetando el odio por la dulzura, el orgullo por la humildad, los apetitos sensuales por la mortificación; y en una palabra, es preciso contener los desarreglos de nuestra voluntad por una entera y constante sumisión a la ley del Señor, sin omitir lo más pequeño. **Sic decet nos implere omnem justitiam.**

Juzgad ahora por lo que acabo de decir, cuáles son los esfuerzos que hacéis para ganar el cielo, vosotros los que pasáis la vida en la molicie y en la inacción; los que desde la mañana hasta la noche vivís agitados por las cosas de la tierra, sin acordaros jamás de Dios; los que os alarmáis al sólo nombre de mortificación, retrocedéis a la vista de la virtud, sin animaros a dar un sólo paso en el camino del cielo; y que buscáis mil y mil pretextos para dispensaros de las obligaciones más principales de cristianos, ¿Qué hacéis para ganar el cielo, vosotros los que, con una vida viciosa y llena de responsabilidades, no podéis presentar obra alguna que dé la esperanza de la salvación? El mundo halla por todas partes adoradores, que trabajan incesantemente en ganar las riquezas temporales; y Dios que nos promete las eternas e inefables rique-

zas de la gloria, parece que sólo encuentra quiénes lleven el nombre de cristianos con una vida propia más bien de un pagano, que de quien hace profesión de no tener más vida, ni más honor, ni más riqueza que la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Permitídme por tanto, hermanos míos, que os recuerde la solemne promesa que hicísteis en el bautismo. "Todo el que ha sido bautizado, dice San Agustín, está obligado a vivir según el Evangelio; cuya ley excluye todos los vicios y prescribe todas las virtudes". Renunciásteis a todas las obras del mundo y del demonio; y profesáis la justicia y la santidad. Esta es la suma de los deberes de cristiano; deberes que ha de cumplir necesariamente para entrar en el reino de Dios. Porque para habitar en los tabernáculos del Señor y descansar en el monte santo de Sión, es preciso andar por las sendas de la inocencia y de la justicia, ocultándose a la malicia del mundo corruptor y corrompido; conservar siempre un corazón recto y sincero, que jamás autorice la mentira, ni la lengua dolosa; ver en vuestro hermano a Jesucristo, socorrerle y ayudarle, sin consentir en la malignidad de sus enemigos; mirar con desprendimiento las riquezas de la tierra, para no querer vivir de la usura y demás torpes ganancias; y sobre todo saber respetar la religión santa, para no consentir ni en impiedades, ni en burlas, ni en desprecios de los santos misterios que son el objeto de nuestra adoración, o de la Iglesia santa que los propone a nuestra creencia.

Sí; por nuestra regeneración espiritual hemos contraído la estrecha obligación de ser santos, llevando una vida pura e irreprensible. Bien sé,

hermanos míos, cuánta es la fragilidad humana, y que si el Señor midiese nuestra conducta sin su misericordia, nadie podría justificarse; pero con todo, es cierto que la gracia de la regeneración que se nos da en el bautismo con el carácter de cristianos, nos hace verdaderos miembros de Jesucristo, hijos suyos, que debemos trabajar en ser santos como es santo nuestro Dios, nuestro Padre y nuestro Señor, que no llamará hijos suyos sino a los que se hagan dignos de tan augusto nombre, por la constante vigilancia sobre sí mismos, por la sujeción de las inclinaciones de la carne, por la firmeza en los combates de las pasiones, y en fin por aquella noble y gloriosa victoria que el hombre cristiano consigue sobre los enemigos de la salvación armado de la fe. **Hoec est victoria quoe vincit mundum, fides nostra.** Sin todos estos sacrificios, no esperéis ser jamás cristianos verdaderos, dice Tertuliano; porque no nacemos cristianos: somos hechos tales por la gracia de Dios en el bautismo, y lo somos perfectamente cuando trabajamos para alcanzar la santidad característica del cristiano.

Según estos principios, no basta practicar ciertas obras de piedad, si no se hacen en el verdadero espíritu cristiano que Dios quiere. Porque una obra buena no es santa en el cristiano, porque ella lo sea en sí misma; sin hablar de la gracia que es el alma de la vida cristiana, las obras nos preparan a la salvación por el mérito que adquieren de los motivos que las animan, y de las diferentes circunstancias que las acompañan. ¿Qué cosa mejor que la limosna? Ella extingue el pecado, dice Tobías, y libra de la muerte. Pero si se da esta limosna en las calles y en las plazas, como lo hacen los hipócritas, de verdad os digo, añade Jesucristo,

recibieron ya su recompensa, y nada tienen qué esperar para la otra vida. ¿El ayuno no desarma la justicia divina, como sucedió a los ninivitas, no triunfa del demonio, no apaga los ardores de la concupiscencia, no doma los ímpetus de la soberbia? Con todo, si ayunáis para dar a la avaricia lo que rehusáis a la necesidad; si vuestro ayuno quiere ganar crédito entre los hombres; si mortificáis los sentidos para alcanzar otros bienes terrenos; se os podrá decir lo que Dios dice por su profeta a los judíos (Isai. 58): El ayuno que yo estimo es el que deshace los contratos injustos, el que cancela las obligaciones usurarias que oprimen al prójimo, el que parte el pan con el hambriento, acoge al desnudo, sin despreciar su propia carne en el prójimo. La misma oración, llave del cielo, canal fecundo por donde corre a torrentes la misericordia divina, ¿qué es, hermanos míos, en el que ora sin espíritu y sin humildad? Es una oración engañosa en los que imitando a los fariseos, sólo piensan en ser vistos en sus buenas obras, y llenándolas del orín de la vanidad, les atraen la maldición del Cielo hasta hacerse indignos por falta de un corazón contrito y humillado: **Muta fiant labia dolosa** (Ps. XXX, 19). Sí; los que oran sin humildad y sin contrición llevan el dolor en sus labios a la presencia del mismo Dios.

Estos desórdenes nacen de que el espíritu mundano quiere siempre razonar, para explicar e interpretar el Evangelio, acomodándolo a sus inclinaciones. ¡Infelices de aquellos que por una laxa complacencia destruyen la fuerza de la moral de Jesucristo, queriendo hermanarla con la codicia, con la sensualidad y con la soberbia! Jesucristo que nos manda andar breve mientras dura la luz;

orar sin intermisión, y velar en todo tiempo, para enseñarnos que debemos practicar las bueuas obras siempre y en todo tiempo; quiere también que añadamos el sacrificio entero de lo que nos es amado, que renunciemos a nuestro propio sentido, que llevemos su cruz todos los días; y que prefiramos el exacto desempeño de los deberes que nos impone la fe, el sacrificio del ojo, de la mano y del pie, si nos sirven de obstáculo para trabajar en la salvación; es decir. hermanos míos, que es preciso llenar toda la extensión de la ley cristiana, aun en aquello mismo que nos parece más difícil, para poder entrar en el reino de los cielos.

Apelo ahora a vuestra propia conciencia, y quiero que respondáis a Dios dentro de vosotros mismos, que sois o no enteramente inútiles para el Cielo. Dios, dice el profeta, mira desde lo alto de los cielos, y considera a los hijos de los hombres; ¿qué ve? Corrupción y abominación en unos; laxedad y negligencia en otros; desórdenes escandalosos en aquellos; proyectos de iniquidad, máximas de error y de mentira en los que se dicen sabios para ilustrar al mundo; inacción, pereza, olvido, indiferencia por todo lo bueno. ¿Y no es esta la vida de un gran número de cristianos? ¿No es este el modo como cumplen las altas e importantes obligaciones que la fe les impone? Pero añadamos a estas obligaciones los motivos que la misma fe nos propone para obrar bien.

II

Cuando hablo de los motivos que la fe nos propone para la práctica de las buenas obras, es claro que deben excluírse todos aquellos que o son del

todo mundano, o que inficionados por la vanidad, por la soberbia y por la falsa gloria del mundo, no pueden producir mérito alguno digno de las eternas recompensas de la gloria. Así vemos que los sabios que el paganismo reconocía por virtuosos, practicaban ciertamente muchas acciones laudables y al parecer nacidas de un corazón generoso, y de un amor desinteresado de la virtud; pero ni el amor de Dios, y la obediencia a su ley santa animaban tales obras, ni se intentaba otra cosa por aquellos falsos sabios que alimentar su vanidad con la gloria fugitiva del aplauso popular. Todos ellos hacían muchas cosas buenas, dignas de alabanza; pero recibieron su recompensa en los mismos bienes terrenos: la alabanza de los hombres, la superioridad que les granjeó su saber, fueron su único y estéril premio: **Amen dico vobis, receperunt mercedum suam.**

No sucede lo mismo en la sociedad de los santos, en los hijos de Jesús que se hizo oprobio para exaltar a los hombres a una gloria sólida y duradera. Desterrando la vanidad y la filosofía de los sentidos, predica humildad y mortificación como bases de la moral cristiana, para que descargado el hombre de las pasiones más vergonzosas, la soberbia y la sensualidad, aprenda a obrar por motivos sobrenaturales, dignos del Dios que adoramos, y capaces de sobreponer al hombre a las sugestiones de la carne y de la sangre. ¿Y qué motivo mayor ni más excelente puede proponérsenos que la grandeza y sublimidad del mismo Dios? La idolatría tenía dioses crueles e impuros, al mismo tiempo que impotentes; pero nuestro Dios está en los cielos, y es un Dios verdaderamente grande, y verdaderamente poderoso, infinito y eterno. Omnipotente

y grande por esencia, nada nos manda que no podamos ejecutar; independiente como soberano Hacedor de todas las cosas, nada hay que no dependa de El; todo cuanto el mundo tiene por grande, cuanto reconoce por excelente, cuanto respeta por superior, todo es nada delante de Dios: **Tanquam nihilum ante te.** Sólo Dios es santo y grande; digno de nuestra más profunda obediencia y sumisión; y el único que puede hacernos felices.

Ciertamente para ser feliz, dice San Agustín, es preciso no ser engañado, no padecer y no temer. Porque como la verdad es tan preciosa, nunca puede ser feliz el hombre, aunque por otra parte goce infinitos bienes, si no la conoce; aunque conozca la verdad, no puede estar contento, si por otra parte padece; y aun cuando no padezca, no está tranquilo si teme. Pero sólo en el reino de los cielos, en la Jerusalén celestial no habrá error, porque verá a Dios verdad infinita; no habrá dolor porque gozará a Dios; no habrá inquietud ni temor, porque descansará eternamente en el mismo Dios, fin único y supremo del hombre. Allí seremos eternamente felices, porque tendremos en la vista de Dios el verdadero y más noble ejercicio de nuestros espíritus; hallaremos en el goce de Dios el perfecto contento de nuestro corazón; poseeremos en esa paz la inmutable firmeza de nuestro reposo. Ved aquí, hermanos míos, las sublimes verdades que San Agustín nos propone para hacernos conocer el augusto motivo que nos impele a obrar bien.

Mas no me pidais que os muestre la verdad, que descubra el perfecto contentamiento del corazón y su inalterable tranquilidad; porque si conociéramos ya plenamente estos grandes bienes,

no estaríamos en el destierro del mundo, esperando merecerlos. Somos un espectáculo a los ojos del mundo, de los ángeles y de los hombres, como dice San Pablo; porque debemos llenar la voluntad de Dios ejecutando su ley santa. Pero entretanto, nuestro Dios, que es el Dios de la bondad, se complace en sus criaturas, cuando le son fieles: desde lo alto de los cielos contempló la luz que había criado, y vio que era buena; vio después todas las cosas que hermoseaban la obra de sus manos, y vio también que eran excelentes. Así nos habla la Escritura para hacernos conocer la perfección de las obras del Señor, aun en lo material y perecedero. Mas cuando habla del hombre fiel a su ley; del que sólo se ocupa en practicarla, huyendo de todo pecado y labrando su mérito en todo género de virtudes; en una palabra, cuando el Espíritu Santo nos habla del justo, nos dice que los ojos del Señor están siempre velando sobre los justos. **Oculi Domini super justos.** Porque como el justo es milagro de su gracia, y la obra de su mano poderosa, también es el espectáculo más agradable a sus ojos en la tierra. No sólamente fija sobre ellos sus miradas para protegerlos y ampararlos, sino que se complace en su virtud. Así se complacía en Job, su siervo, hombre recto, justo y temeroso de Dios, que evitaba el mal con cuidado y no tenía semejante en el mundo. ¿Pero pueden asemejarse a Job; pueden ser del número de los justos sobre quienes el Señor tiene fijos sus ojos misericordiosos, los que no tienen otro motivo, ni otro fin para obrar que la alegría mundana? Ninguna pasión hay que cause más ilusiones que ésta, y por lo mismo tampoco hay otra

que más aparte al hombre del camino del cielo. Ved aquí la razón. El motivo que Dios nos da para obrar la virtud, es su grandeza, su voluntad y santidad; o mejor dicho, la autoridad de un Dios infinitamente santo, todopoderoso y esencialmente justo; pero la alegría mundana es la disipación del espíritu, que separándolo de la meditación de Dios, y de sus perfecciones, lo sepulta en los sentidos y en la vanidad. Por eso el sabio reputó con justicia por locura la alegría mundana, y a sus gozos, vanos engaños (**Eccle. II, 2**). Desde la desobediencia de nuestros primeros padres Dios retiró, digámoslo así, de la tierra todo sólido contentamiento; y el pequeño consuelo que hace soportables las miserias de la vida, nunca es capaz de satisfacer nuestro corazón; pero este mismo consuelo se hace sólido, grande y fecundo en esperanzas, cuando se funda en nuestra fidelidad a la ley de Dios, porque sólo esta fidelidad nos asegura de la justicia del motivo de nuestras acciones que es la voluntad de Dios, y de la honestidad y bondad de su fin que es la posesión y goce del mismo Dios. De este modo se verifica lo que dice San Agustín, que unos son los bienes que Dios da para consuelo de los cautivos, y otros los que tiene reservados para la felicidad de sus hijos.

Sin embargo de esto, los malos cristianos que haciendo profesión de la fe de Jesucristo y reconociendo su ley santa y la autoridad de la Iglesia, llevan en cierto modo una vida pagana, buscan pretextos para autorizar sus desarreglos, mitigando los preceptos de Jesucristo contra el precepto del mismo Señor, que nos manda un entero cumplimiento de su ley. La pureza de alma y de cuerpo,

la vida oculta y mortificada, el amor de los enemigos, son cosas que asustan al hombre sensual y voluntarioso; entre la fuerza de ley y la repugnancia de la rebeldía de nuestra carne, se interpone el mundo con sus falsas máximas: hace creer a los hombres que no es necesario cumplir con perfección estos preceptos evangélicos, persuadiéndoles a que la sublime perfección está reservada para aquellas almas que renunciando a todo lo que poseen, se esconden del mundo en el retiro y en la oración, para no cesar de contemplar las perfecciones divinas y de conversar con Dios. En una palabra, el mundo egañoso confunde la perfección de los consejos evangélicos en las obras de supererogación, con la perfección del cumplimiento de la ley; y de este modo separa una multitud de cristianos del camino del cielo, porque no practican las obras que la fe les enseña y manda como necesarias para la salvación.

Pero oigamos al mismo Dios que es la verdad infinita, cuando daba su ley a su pueblo. No te engañes, pueblo mío, le dice: este mandamiento que yo te intimo hoy no está sobre tí, ni lejos de tí: no es preciso subir al cielo ni pasar los mares para hallarlo; es una regla que te doy, y para que a ella ajustes todas tus acciones, la pongo muy cerca de tí: **Juxta te est sermo, valde. (Deut XXX, 11).** ¿Y diremos después de esto que no nos obliga el entero cumplimiento de la ley?

Pero acaso el mundo siempre suspicaz os dirá que eso era en el Antiguo Testamento. Muchas reflexiones podrían ser aquí oportunas, si no temiera alargarme demasiado, para haceros ver que la misma diferencia del Antiguo y Nuevo Testamento, exi-

ge en éste mayor perfección en el cumplimiento de la ley para poder entrar en el reino de los cielos, porque nada manchado puede entrar en la habitación de la santidad. Deténgome sólo a considerar cuál es el misterio del Evangelio. Un Dios hombre, un Dios abatido, el Verbo hecho carne. ¿Y para qué se ha abatido hasta revestirse de nuestra carne mortal? Para habitar con nosotros, dice San Juan; para que nuestra sociedad sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo. No podía haber sociedad entre su grandeza y nuestra bajeza, entre su majestad y nuestra nada; pero se abate, se cubre, dice san Agustín, no para ocultarse, sino para templar el resplandor de su gloria, que deslumbraría nuestra debilidad. Humillado y obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, ninguna excusa deja a nuestra rebeldía; y para animarnos nos ofrece su gracia.

Sí, hermanos míos; es un artículo de nuestra fe, que la gracia no nos deja si primero no la dejamos nosotros; y el desgraciado que la pierde conocerá algún día que la perdió por su culpa: **Non deserit, si non deseratur (S. Agustín, in Psalm. 145, n. 9).** Y aunque aleguen sin cesar sus inclinaciones, no tienen culpa, porque deben comenzar por domar esas mismas inclinaciones torcidas para practicar más libremente las obras de la ley necesarias para la salvación. "Así como habéis empleado los miembros de vuestro cuerpo en servir a la impureza y a la injusticia, para cometer la iniquidad, así también empleadlos ahora en servir a la justicia para santificaros", dice San Pablo **(Rom. VI, 19).** Ved aquí, hermanos míos, por dónde debe comenzar vuestra santificación; ante todas cosas su-

jetemos la rebeldía de nuestros apetitos, y dejemos obrar a la gracia sin los obstáculos que nosotros mismos le oponemos, y entonces llenaremos con gusto y consuelo inefable la práctica de las buenas obras, que la fe nos exige como condición indispensable para la salvación.

Concluyo, pues, diciéndoos con el Apóstol Santiago: si la fe no es acompañada de buenas obras, es muerta en sí misma.

SERMON

PARA LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA SOBRE LA NECESIDAD DE HUIR DE LAS OCASIONES DEL PECADO PARA ASEGURAR LA SALVACION.

Salvabuntur qui fulgerint unusquisque in iniquitate sua.

Se salvarán los que huyeren, cada uno por causa de su iniquidad.

(Ezequiel, VII, 16)

Si en este tiempo santo y favorable para el pecador, tenéis la dicha de llorar vuestras culpas, correspondiendo a la gracia del Señor por medio de una resolución firme de seguir las sendas de la salvación, Dios misericordioso y fiel a sus promesas, os recibe con un amor benigno, pronto siempre a perdonar. De parte de Dios nunca falta la voluntad para salvarnos; pero quiere que de la nuestra haya la cooperación necesaria a su gracia. Sin ella nada podemos hacer: Qué haremos entregados sólamente a nuestras débiles fuerzas que sólo son miseria y fragilidad? Cómo nos libraremos de tántos peligros como está rodeada nuestra vida a cada instante? Sin hablar precisamente de los peligros que tenemos dentro de nosotros mismos, a cuántos otros no está expuesta nuestra salvación en el mundo? Todo lo que nos rodea, todo lo que nos toca, lo que vemos, lo que oimos, son peligros

continuos; los objetos seducen al corazón, las compañías nos pierden, los ejemplos nos arrastran. Qué situación tan lamentable!

Sin embargo de tántos peligros, no está en ellos el mayor peligro, sino en vuestra voluntad. El oráculo divino nos ha dicho que el que ama el peligro perecerá en él; para hacernos conocer de nosotros mismos nos entregamos voluntariamente a los peligros. Si el hallarnos solamente en ellos fuera causa de nuestra perdición, quién esperaría salvarse en el mundo corrompido, que todo es iniquidad, y donde todo es tentación perpetua? Pero cuando no tuviésemos una doctrina tan clara del Espíritu Santo, llamaría yo en apoyo de esta verdad a los mismos que temerariamente se entregan a los más grandes peligros, pretendiendo justificar su conducta con pretextos especiosos, y a menos que consumando su maldad, no quieren hacer engañar al mismo Dios, confesarían que sus abusos son los que los lanzan en mil ocasiones peligrosas, que ellos mismos hacen inevitables al peligro y a su cierta ruina.

En efecto, mis hermanos: los escogidos de Dios, los que le aman y le sirven, procuran hallar la soledad en medio del mundo, huyendo de sus engaños; pero los temerarios no hallan gusto ni consuelo fuera de la vanidad del mundo y de sus seducciones; aquéllos, siempre desconfiados de sus propias fuerzas, sólo confían en el Señor, poniendo en El toda su esperanza; los otros, presumiendo de sí mismos, quieren hacer prueba de su fortaleza cada día, y como el temerario niño que se atreve a manejar armas peligrosas, son víctimas de su misma temeridad. El justo sabe presentarse con denuedo

en el combate del Señor, cuando es necesario: fortificado entonces por la gracia, no teme ya la ocasión, sino ya su debilidad; pero triunfa de ella y de los enemigos de la gloria de Dios. Mas en los combates a que nos ponemos voluntariamente, el mejor modo de triunfar, dice San Cipriano, es huír las ocasiones de pecado. Todo cristiano atacado por la tentación, acosado por la ocasión, debe seguir el ejemplo del casto Josef, dice San Basilio, porque las mejores armas en tales combates son las de alejarse del peligro.

Pero si estas precauciones son necesarias en todo cristiano, todavía lo son más en los que conociendo la necesidad e importancia de la salvación, se resuelven a seguir los caminos del Señor para alcanzar el cielo. Semejante resolución será sólo un deseo vago y estéril, mientras no se huyan cuidadosamente las ocasiones de pecado: no evitándolas el cristiano está en perpetua contradicción con lo que cree y confiesa, mintiendo a Dios a quien promete servir, pero no deja los tabernáculos de los pecadores.

Ved, hermanos mios, cómo a la fe y práctica de las buenas obras debemos añadir, como un tercer medio necesario para la salvación la huída de las ocasiones del pecado. Y para dar algún orden a esta instrucción, me contraigo a manifestaros, que el que no evita las ocasiones de pecado, perecerá sin remedio. Y fundo esta verdad en dos razones que la fe nos enseña: 1ª—porque en las ocasiones voluntarias el hombre no puede sostenerse a sí mismo; y 2ª—porque Dios no os socorrerá con su gracia exponiéndoos voluntariamente al peligro. Para que pudiérais contar con alguna seguridad en

las ocasiones, sería preciso que pudiérais en ellas contar con vosotros mismos y con Dios: con vosotros mismos, porque aun las débiles fuerzas de la naturaleza son nada en estas ocasiones; y con Dios, porque os hacéis indignos de su gracia por vuestra temeridad.

Imploremos los auxilios de la misma gracia para sacar algún fruto de estas reflexiones, interponiendo la protección de la Madre de Dios. **Ave, María.**

I.

Nuestra debilidad de una parte, y la fuerza de la tentación de otra, son bastantes para obligarnos a huir las ocasiones de pecado.

Ser hombre y ser débil es una misma cosa. Llevamos con nosotros las pruebas de nuestra debilidad, y no hay uno por aventajado que esté en el camino de la virtud. que pueda lisonjearse de ser invencible. Las más firmes columnas han sido derribadas; han caído en las tinieblas astros brillantes, que por largo tiempo habían servido como de lumbreras en la Iglesia de Dios. Tenemos también qué combatir con las potestades de las tinieblas, que, habiendo recibido el poder de atacarnos, no omiten nada de sus artificios para derribarnos. Ni es esto todo: llevamos dentro de nosotros mismos un fondo de inclinación al mal, cuyo gérmen se halla quizá más vivo en los que con tánta arrogancia creen que nada será capaz de postrarlos. Sin embargo de tántas protestas, llevan consigo unos sentidos, medio amortiguados por la penitencia, pero no desarmados; una concupiscencia, cuyos combates anteriores han adormecido, pero no ahogado y

extinguido; una ley de los miembros que grita a todas horas, a pesar de todo lo que se hace para acallarla y someterla a la ley del espíritu. Esto es el hombre. Ved a David que, después de haber protestado en su abundancia que nada le conmovería, no pudo sostenerse a la vista de un objeto que se presentó a sus ojos. El más seguro medio para no caer es el de huír todas las ocasiones que nos pueden conducir al pecado. Hay una obligación impuesta a todos los cristianos, de hacer un pacto con sus ojos para no ver lo que pueda corromper el corazón; de poner un candado a sus labios, como David, para no proferir jamás palabra alguna descompuesta; de cerrar, en una palabra, todas las entradas del corazón y del espíritu, para abstenerse de los malos deseos y de los mismos pensamientos desordenados, pues que la ley santa del Señor nos prohibe los deseos lo mismo que las acciones pecaminosas. Cuando un San Pablo dirigía al Señor sus fervientes ruegos para que lo librase del aguijón de la carne, y separase de él al angel de Satanás que le hería a cada momento, ¿estaba acaso dominado de algún vicio vergonzoso? Cuando tántos piadosos solitarios se arrojaban sobre la nieve, y crucificaban sus cuerpos, ¿se hallaban en medio de Babilonia, sofocados por el fuego de la soberbia, de la concupiscencia y de la avaricia? Al contrario: separados de las ocasiones, conservaban la rectitud de su corazón, las luces de la gracia y la pureza de sus costumbres; pero sabían que el hombre es su propio enemigo, y esta sóla razón era bastante para desconfiar siempre de sí mismos, sin creerse seguros ni en el retiro, ni en la penitencia, si al mismo tiempo no huían de las ocasiones.

¿Qué diremos nosotros, que vivimos distraídos y tan familiarizados con las ocasiones que no nos inspiran la más ligera desconfianza? Más débiles que estos cristianos fieles, ¿os lisonjeáis de salir vencedores de una ocasión seductora que os agrada y que adormece vuestra piedad? Si la idea sola de los objetos peligrosos conmueve y enciende toda vuestra concupiscencia, ¿podréis estar firmes a la presencia seductora de un objeto cuya fuerza se aumenta a proporción que os acercáis a él? No, hermanos míos: no hay seguridad, repito con San Jerónimo, durmiendo junto a una serpiente: **Nulla securitas vicino serpente dormire.**

Que la misma historia sagrada nos compruebe esta verdad.

¿Quién era David, hermanos míos? Un héroe, cuya santidad igualaba a su valor; un hombre hecho a medida del corazón de Dios, celoso de su gloria, verdadero adorador de su santidad. Con todo, una mirada peligrosa bastó para derribar a este héroe. ¿Quién era Salomón? Escogido de Dios para edificarle su templo; monarca poderoso y temible a sus vecinos; oráculo del mundo entero por la sabiduría; todo obedecía a su voluntad; y este rey sabio y poderoso manchó las manos con que trazó el templo del Dios vivo, quemando con ellas mismas el incienso de la idolatría. ¡Buen Dios! ¡Qué miserable es el hombre! Pero volvamos también los ojos al intrépido Pedro, que ofreció padecer hasta morir por su Maestro: contemplemos a esta columna de la Iglesia: meditemos su desgracia y fijemos la consideración en la caída. La débil voz de una esclava hace tímido e infiel a este amigo de Jesucristo: tiembla a presencia de una mujer, desconoce a

su Maestro, a la infidelidad añade la execración y el perjurio. Grande ejemplo de temor para los mortales, exclama San Ambrosio: Instrúyanse y tiemblen los débiles en la caída de los fuertes. **Fortibus cadentibus, erudiantur imbecilliores.** Y ciertamente, ¿qué no debemos temer, nosotros, que siempre contentos con una mediocridad, nos aplaudimos nuestra misma miseria?

Poco importa al enemigo de nuestra salvación hacernos caer en este o el otro vicio: en tanto que él consiga seducir, o engañar en un punto, aunque se destesten los demás vicios; mío es, dice él, jactándose de su triunfo. Que sea por el atractivo de los placeres, o por la elación de la soberbia; por la pérdida del pudor en desórdenes escandalosos, o por una hipocresía cubierta con el velo de la virtud; no se hace en él un caso más dueño de nosotros que en el otro: **Meus est.** Su seducción sabe acomodarse a nuestras inclinaciones. Si en el amor de las riquezas encuentra almas que rechazan los placeres del fasto y de la vanidad, al instante les presenta mil y mil pretextos para atesorar, para no pagar las deudas de justicia, para cerrar las entrañas de la caridad al necesitado; y haciéndoles de sus tesoros un ídolo, las postra delante de él, y su triunfo no es menor que el que goza sobre el desenfrenado voluptuoso. Cuando el celo de una reputación inmaculada hace evitar todo motivo de censura a los que estiman su honor, no presenta el enemigo de nuestra alma aquellas tentaciones que aparecen desde el principio con un carácter de infamia: redobla sus esfuerzos, busca los colores más aparentes para ocultar la malicia de las acciones, y sus conatos se dirigen entonces a presentar trofeos munda-

nos, donde no va a hallar el incauto otra cosa que humillación, deshonra y vilipendio: **Meus est.** En la virtud misma, introduce el veneno de la vanidad, para corromper a aquellas almas cuya austeridad ha hecho caer siempre sus dardos amellados y sin poder penetrar. De aquí pasa a la vana confianza: persuade a los débiles a que ya son dueños de su corazón; y que el conocimiento de su temperamento y de sus inclinaciones felizmente probadas en otros lances, son ya un motivo sólido para esperar triunfar siempre. Así razona y discurre la temeridad. Pero a más de que esta misma confianza es la más grande debilidad, ¿no es también la prueba de que pisa ya el borde del precipicio quien así discurre? Ah, hermanos míos! ¡Infeliz el cristiano que confía en sus fuerzas en una ocasión peligrosa! Mil veces habéis deplorado esta triste verdad en los santos tribunales cuando confesábais vuestras culpas. Allí confesábais sin rubor que toda vuestra desgracia nacía de la debilidad del corazón; que la menor impresión le conmueve y le trastorna; que habéis sucumbido al primer golpe; que a pesar de vuestros propósitos, las más firmes resoluciones no os han acompañado más allá del lugar en que llorásteis vuestros pecados; que un momento después, a la primera ocasión, os habéis visto rendidos; y en fin que la experiencia os hacía ver no poder responder de vosotros mismos, porque siempre érais víctimas de la presunción.

Tal es el lenguaje de la verdad, que la conciencia hace proferir en ciertos momentos felices, en que la gracia despeja las nubes de las pasiones, y luce la misma verdad por sí sola. Conciliad ahora, hermanos míos, esta ingenua confesión, con lo que

después os hace creer el enemigo de la salvación, persuadiéndoos a que hay fortaleza, donde todo es debilidad. No os lisonjeéis: toda la fuerza del cristiano consiste en la desconfianza de sí mismo. Cuando Sansón contaba más que nunca con sus fuerzas, confiando en que saldría victorioso de sus enemigos, como lo había sido antes, **Egrediar sicut ante... me excutiam:** ah! entonces fue más débil que nunca, y vino a parar en un triste juguete de los filisteos el que antes había sido su azote y su terror. Tal es la debilidad del hombre.

Y puede esperarse salir victorioso en ocasiones en que sólo se entra para ser vencido? No habiendo bastante fuerza para sostenerse contra la inclinación que lleva al pecado, la tendrá nadie cuando se entrega a las ocasiones, y no desconfía en los peligros? Sin cegarse a la luz más clara, ¿puede de buena fe persuadirse nadie a que no hay culpa en entrar en las ocasiones, exponiéndose a la tempestad en medio de los escollos en que tántos peligran cada día? Esto mismo acredita que es falsa esa confianza que con tánta temeridad se lanza en un mar tempestuoso, cuando los pilotos experimentados no osan salir del puerto seguro. Digámoslo de una vez: una conciencia gangrenada no se alarma por el pecado, cuando las almas puras tiemblan a la sombra sola del pecado.

Verdad es que el mundo está tan lleno de ocasiones de pecado, que casi parece imposible evitarlas; pero si hay algunas inevitables, la mayor parte son voluntarias. Las juntas de diversiones mundanas, donde el arte y las licencias que se permiten, presentan lazos a la virtud más fuerte, son ocasio-

nes voluntarias de pecado; las casas de juego, donde éste se convierte en ocupación, donde el anciano se mezcla con el joven imberbe, donde se sacrifica la subsistencia de la familia, donde a la pérdida del dinero se añaden las riñas, los escándalos y todo género de desórdenes, son ocasiones voluntarias; la indiscreta comunicación de personas de diferente sexo; los refinamientos del trato social, que hacen menos estrepitoso y mucho mayor el peligro para la inocencia, son ocasión voluntaria; las novelas y romances, que ponen en movimiento las más inquietas pasiones, son ocasión voluntaria; y son también de la misma clase y mil veces más temibles y de peores consecuencias esos libros impíos, contrarios a la fe y a las costumbres, que enseñan a la juventud a ser incrédula, antes de conocer sus deberes, y que extinguiendo la luz de la fe en las almas, las dejan sin guía y sin esperanza de salvación. Nada exagero asegurando esto, porque decidme, ¿cuál es la esperanza que queda al que niega los misterios de la fe, desprecia la autoridad de Dios y de su Iglesia, y haciéndose como el bruto insipiente, llega hasta desconocer el noble origen y la naturaleza espiritual de su alma? Tan lamentable estado es la consecuencia de la ocasión voluntaria en las lecturas de libros irreligiosos.

Y ved aquí, hermanos míos, la razón de esta verdad. Si el pecado introdujo la muerte en el mundo, la ocasión voluntaria es casi siempre la que sepulta al hombre en las tinieblas del pecado. Cuando un lance imprevisto pone a prueba nuestra debilidad, hay mucho qué temer en ella; pero entonces esperamos con justicia en los auxilios de la divina gracia, porque no nos hacemos indignos de ella.

Mas cuando voluntariamente entramos en las ocasiones, y conociendo el peligro de ellas y la debilidad de nuestras fuerzas, lejos de huír, seguimos temerarios en un riesgo próximo, ofendemos de nuevo a Dios con esta temeridad, nos hacemos indignos de su protección, y dependientes de sólo nuestro consejo, caemos de precipicio en precipicio hasta llegar al abismo de la desgracia. Yo no quiero otro testimonio que el de vuestras mismas conciencias: examinad en ellas de buena fe la causa de vuestros pecados, y veréis, hermanos míos, que casi todos ellos han tenido su origen en ocasiones voluntarias: y que sólo cuando las habéis evitado ha sido seguro el triunfo.

De aquí es ya fácil deducir que ni la fuerza de la ocasión, ni la violencia de la tentación, pueden justificarnos delante de Dios, por más que el amor propio quiera alucinarnos en esto. De ninguna manera: por poderosa que sea la ocasión, por fuerte que sean las tentaciones, no tenemos excusa cuando nos exponemos voluntariamente al pecado; digo más, hermanos míos, lejos de merecer alguna disculpa nos hacemos doblemente criminales, pues aun cuando no perezcamos en la ocasión, no por eso dejamos de ser culpables de habernos expuesto temerariamente al peligro. Si no nos es lícito exponer temerariamente la vida del cuerpo, ¿cómo se disculpará el que expone lo más precioso que es la vida del alma y con ella la salvación eterna? No nos engañemos, hermanos míos: es imposible caminar para el cielo sin huír las ocasiones; y si nuestra debilidad nos convence de la precisión en que estamos de esta fuga, también confirma esta verdad la necesidad de la gracia de Dios que perdemos en las ocasiones voluntarias.

II.

Si en el orden natural no podemos nada sin el auxilio del Autor de la naturaleza, en el de la gracia tampoco podemos cosa alguna sin el auxilio del Señor de las gracias y beneficios espirituales. La fe nos enseña esta verdad que la razón justifica, y sacamos de ella la consecuencia de que no resistiremos a los ataques del enemigo en las ocasiones, si nuestra temeridad nos hace indignos de la gracia del Señor. No obstante, los temerarios se figuran que sus oraciones y la bondad infinita del Señor les librarán en medio de los peligros, y se entregan a ellos con una vana confianza, haciendo oraciones ineficaces, y pretendiendo de Dios que trastorne el orden de su Providencia.

San Agustín nos enseña que no podemos esperar en los peligros otro socorro que el de la gracia, y que ésta casi siempre espera el canal de la oración para correr; pero examinemos, hermanos míos, si puede ser escuchada favorablemente la oración del temerario que se introduce en la ocasión. Señor, libradme de la tentación, diréis, cuando la fuerza de la ocasión os hace ver el peligro. Pero ¿por qué os expusísteis a ella? La costumbre, el ejemplo del mundo engañoso, el capricho, la vanidad, el interés, la curiosidad, y qué sé yo cuántas pasiones más, son los motivos que ordinariamente os llevan a la ocasión de pecado. ¿Y hay en todo alguna cosa que pueda excusaros, cuando el Evangelio os manda huir toda ocasión? ¿Qué hacéis, pues, cuando os entregáis a ellas? ¡Ah! entonces vuestra oración es una injuria a Dios, lejos de ser una humilde petición; es lo mismo que si le dijérais: Co-

nozco, Señor, que éste es un peligro evidente, y que pereceré en él sin vuestra gracia; pero para dar gusto a mis pasiones, yo quiero reunir y conciliar sus intereses con los de vuestra ley. Este es el lenguaje de los temerarios, por más que quieran encubrir su presunción bajo el velo de los pretextos mundanos. Y semejante oración no es injuriar a la justicia y santidad de Dios? ¿no es querer hacerle cómplice de vuestros mismos pecados? ¿no es querer gustar de los placeres, sin perder la vida del alma? Sin duda, hermanos míos; pero tampoco hay una contradicción más clara, porque implorar la gracia de Dios, cuyo oficio es apartar el objeto del pecado, y querer conservar éste, sólo puede caber en un alma corrompida que se burla de la Divinidad, o en un insensato.

Esto sucede solamente, cuando se trata de que hagáis sacrificios por vuestra salvación; pero cuando los exige la fortuna, nada hay difícil. Entonces la separación de los objetos amados, penas continuas, fatigas, sudores, privaciones de todo género, nada se omite. Una pasión vence a otra pasión; el amor de la gloria hace a unos sacrificar su vida; la ambición recibe el tributo del honor y de la tranquilidad; la avaricia trae en continua mortificación los sentidos; la sensualidad consume los bienes, y la salud misma: todo, todo se deja, para gozar de lo que más atrae según la pasión dominante. Es posible. hermanos míos, que unas pasiones consigan el sacrificio de otras, y que sólo Dios no sea digno del sacrificio de nuestra voluntad? Qué ignominia para un cristiano! El interés y las pasiones rompen en su corazón las cadenas que la religión no puede

quitar! Dios es solamente un objeto vil y despreciable, indigno del menor esfuerzo y de la más ligera violencia, y el pecado ocupa al mismo tiempo todo vuestro corazón, como el objeto más dulce, agitando la razón en buscar pretextos para justificar las ocasiones! **Exite de medio ejus**, os dice un profeta: salid, sí; salid de en medio de estas ocasiones antes de recurrir a Dios en vuestras oraciones; salid de en medio de los peligros de la inocencia, y de la virtud; poned entre vosotros y las ocasiones una valla insuperable; seguros de que por grande que sea la distancia, jamás será demasiada. **Exite de medio ejus.**

Lo contrario, hermanos míos, es tentar a Dios, siguiendo el movimiento y el capricho de las pasiones, y pidiendo al mismo tiempo a Dios que nos libre del peligro; y este nuevo pecado es uno de los más grandes desórdenes de que es capaz el hombre, cuyo castigo ordinario es el abandono de Dios. En el lenguaje de la Escritura, dice el Angélico Doctor, hallamos que se puede tentar a Dios de tres maneras: 1ª cuando le pedimos un milagro sin necesidad, y ésta fue la tentación de los fariseos de que habla San Lucas; 2ª cuando queremos limitar el poder de Dios, como sucedía a los habitantes de Betulia, cuando los reprendía Judith porque desesperaban sitiados por Holofernes; 3ª en fin, cuando procedemos de mala fe con Dios, no conduciéndonos con un corazón recto y sincero en su servicio. Así lo hicieron los judíos, presentando a Jesucristo una moneda para saber si era lícito pagar el tributo al César. Ved aquí, continúa Santo Tomás, lo que es tentar a Dios; pero un cristiano que se expone al peligro de la ocasión, y que pide a Dios

que lo libre de ella, se hace reo de estas tres injusticias:

1ª. Pide a Dios un milagro sin necesidad. Porque no haciendo nada para conservarse, quiere que Dios sólo lo conserve, y no empleando la gracia que tiene, se promete de parte de Dios otra gracia de que se hace indigno. La que tiene es para huír de la ocasión, pero no huye: la que quiere es la de combatir y triunfar, pero contando con que Dios combatirá por él, sin arrostrar el peligro. De este modo, cuando el orden natural pide que se retire de la ocasión, sólo desea que Dios lo sostenga por un concurso extraordinario, y que sin sacrificar las pasiones, Dios lo haga triunfar del peligro.

2ª. Al mismo tiempo que el presuntuoso tienta a Dios con respecto a su omnipotencia, le tienta también con respecto a su misericordia, no ya limitándola como los sacerdotes de Betulia, sino confiando vanamente en ella. Porque esta misericordia, dice San Agustín, sólo está prometida a los que se hallan en la tentación sin haberla buscado; y nosotros queremos sea también para aquéllos, que lejos de separarse de la ocasión, y de evitarla, la buscan, se familiarizan con ella, como si fueran dueños de la gracia para disponer de ella a su arbitr... **Qui estis vos, qui tentatis Dominum?**

3ª. Tentamos también a Dios, cuando imploramos su gracia en ciertas ocasiones que nos agradan, que tememos dejar, y rehusamos salir de ellas. En estas circunstancias puede muy bien Jesucristo responder: **Quid me tentatis hypocritae?** Porque sólo de la boca le pedimos esta gracia, mientras que en el fondo de nuestro corazón conservamos el afec-

to al pecado; le pedimos que nos libre del peligro, y contra sus expresos preceptos nos precipitamos en la ocasión que trae consigo el peligro; le rogamos que se compadezca de nosotros y nos libre de la fuerza del tentador, y por una contradicción bien notable, nos hacemos tentadores de nosotros mismos.

Pero quiero suponer ahora, hermanos míos, que vuestras oraciones sean una expresión fiel del deseo de obtener la gracia de vencer la ocasión; cómo os aseguráis de que Dios os la concederá? Ah! la gracia sólo es para los humildes; y la Escritura nos lo repite en mil partes. Dios hace sentir su nada y su debilidad a los que contando temerariamente sobre sus fuerzas se arrojan a todo género de pel'-gros. Jamás, jamás merecieron los soberbios ser aceptables a los ojos de Dios, porque siempre quieren sujetar a Dios a sus inclinaciones. Por la fuga de las ocasiones lograréis la salvación, dice el Señor; pero el pecador temerario quiere servirse de Dios mismo para permanecer en ella, despreciando las adorables leyes de su Providencia y sabiduría.

No nos engañemos, pues, hermanos míos: nada puede replicar a Dios el que reposa tranquilo esperando gracias y auxilios que no le son debidos; porque esperar los auxilios y gracias del Señor en la ocasión en que se entra voluntariamente, es esperar un milagro sin necesidad, y que no está en el orden ordinario de la Providencia; de donde es preciso concluír la criminal temeridad del pecador que presume de la bondad de Dios en las ocasiones voluntarias.

Y por qué rehusa Dios su gracia al pecador que entra voluntariamente en las ocasiones? Por el interés de su gloria y de su gracia, hermanos míos; y la razón que da de esto Tertuliano es tan sólida como natural; porque de otro modo, dice él, la gracia de Dios se haría el pretexto y el fundamento de la temeridad del hombre. Ved aquí el razonamiento de este Padre. Dios, infinitamente bueno y liberal, debe disponer sus gracias de tal modo, que su distribución no sea motivo de vivir en una confianza presuntuosa. Esta proposición es evidente; pero si yo sé que en medio de las mismas ocasiones, en que entro contra la voluntad de Dios, El me ha de sostener con su gracia, para qué la vigilancia cristiana, tan recomendada en el Evangelio? para qué la circunspección y la prudencia que nos manda Jesucristo? Seríamos tan invencibles y tan santos buscando la ocasión, como evitándola; y la gracia, lejos de hacernos vigilantes y humildes, nos haría laxos y soberbios.

Nada hay más cierto, como que no se alcanza la gracia exponiéndose voluntariamente al peligro de la ocasión: ésta es una de aquellas máximas que no sólo nos enseña la fe, sino que está comprobada por la experiencia.

Si fuera cierto, como la falsa confianza pretende persuadirlo, que Dios combate por nosotros y nos defiende, ya cuando contra sus leyes nos entregamos a las ocasiones, ya cuando nos encontramos en ellas inocentemente, sería preciso concluír que los santos habían trabajado en vano tomando mil precauciones inútiles. Esos hombres tan célebres por su santidad, tan consumados en la ciencia de la salvación, habrían entendido mal las máxi-

mas del Evangelio, si la gracia se diese indiferentemente al que busca la ocasión y al que la teme, al que se complace en ella y al que la huye; en vano se habrían retirado de las pompas del siglo para encerrarse en los claustros, si en el comercio del mundo corrompido estuviesen igualmente seguros de la bondad de Dios.

Esta es la doctrina de los santos Padres, que nos enseña que es un gran pecado no huír de las ocasiones que nos arrastran a la iniquidad, y que la misma experiencia nos las hace mirar como el peligro más temible. La razón es muy clara: porque no temer caer, es no hacer caso de lo que la fe nos enseña; porque despreciar estas santas reglas, es no estimar en nada la gracia de Dios, es no temer ofender a nuestro Dios y Señor; es, en fin, mirar con desprecio la salvación, que es el objeto más interesante para el hombre.

Que hable nuestra propia debilidad, y ella nos convencerá de que es imposible la salvación sin huír las ocasiones.

SERMON

PARA LA PRIMERA DOMINICA DE CUARESMA SOBRE EL MATRIMONIO; SU EXCELENCIA Y DIGNIDAD

Sacramentum hoc magnum est, ego autem in Christo, et in Ecclesia.

Sacramento es este grande, mas yo hablo con respecto a Cristo y a la Iglesia.

(Ephes. V, 32)

Al entrar Jesucristo en su carrera evangélica; cuando Juan Bautista había dado testimonio de El; cuando el mismo Espíritu Santo le había llamado su hijo predilecto en el Jordán; cuando contaba ya discípulos que escuchaban su palabra y admiraban su santidad y sabiduría; da un nuevo brillo a su misión divina en Caná de Galilea, obrando el primero de sus milagros, al mismo tiempo que santificaba la propagación del género humano, llenando de bendición la unión del varón y de la mujer, que el mismo Dios había establecido desde el principio de los siglos. Dios, creador del universo y autor de la salud, lo es también de la sociedad humana: nos llama a la eterna sociedad, donde todos los estados que la componen son otros tantos medios de santificación. El santificó la virginidad, abrazándola; santificó el matrimonio, elevándolo a la dignidad de sacramento. Sin duda es más perfecto

el estado de virginidad que Jesucristo escogió para sí, que el del matrimonio que sólo honró con su presencia, enriqueciéndolo al mismo tiempo con sus gracias. Pero tampoco exige de todos que abracen el estado más perfecto: quiere sí, que todos sean perfectos en su estado, porque cada uno, en las diversas condiciones de los estados puede andar en el camino de la perfección. La vocación a la virginidad es una gracia especial que la divina clemencia da a quien quiere y como quiere, y el que osa usurpar este estado temerariamente se labra su propia ruina en el tiempo y en la eternidad. Por el contrario, es más general, y aun diré casi universal, la vocación al matrimonio, estado necesario para la propagación del género humano, y para perpetuar sobre la tierra la santa sociedad de la Iglesia y de Jesucristo. Justo era, pues, y sobremanera conveniente, que el Salvador del mundo, que pasaba derramando beneficios por todas partes, santificase también este estado necesario, dándole gracias de un orden superior, que facilitasen la práctica de sus deberes, hiciesen llevaderas sus cargas, y previniesen los peligros.

Que los primeros siglos del cristianismo hubiesen visto herejes que condenasen el matrimonio, no hay qué admirarlo: ese error acredita la pureza de costumbres que deslumbrando la débil razón humana, la precipitaban al extremo contrario desde el cieno de la impureza, de que acababa de sacarla la severidad del Evangelio. Ni me admiro tampoco que en el siglo XVI los pretendidos reformadores de la Iglesia hubieran borrado del número de los sacramentos el grande del matrimonio, reduciéndolo a un mero contrato civil: ellos querían ga-

nar prosélitos, y era preciso romper las barreras que las leyes de la Iglesia ponían, para que el sacerdote no saliese de la casta habitación del santuario a la vida conyugal y afanosa del mundo. Lo que debe causar asombro, y que en efecto forma un escándalo nuevo entre nosotros, es que los mismos que se llaman católicos, que profesan una misma fe, y reconocen una misma Iglesia, desprecien y profanen el sacramento del matrimonio, bien mirándolo como una pura ceremonia exterior, bien abrazándolo como un mero estado de la vida civil, y aun desdeñándose acaso de adoptarlo, para vivir en una funesta y desgraciada libertad de costumbres.

No hay qué dudarlo, hermanos míos; si se multiplica todos los días el número de matrimonios desgraciados; si los escándalos que dan los cónyuges son tan frecuentes; si el legítimo medio de la propagación del género humano es mirado con recelo y desconfianza; si todos estos males, y los que son consecuencia de ellos, llevan en aumento diario las fuentes de la corrupción pública; preciso es que haya una causa productora de semejantes desórdenes: causa moral, causa activa, que no puede corregirse sino por el poder único que, penetrando en el fondo del alma, corrige los vicios y endereza las inclinaciones. ¿Y cuál es esa causa? ¿Cuál el remedio que la puede cortar?

Como hablo a un pueblo que por dicha suya cree y espera, no me detengo, hermanos míos, en decir que la causa de estos males consiste en que no se mira el matrimonio como un estado religioso y propiamente santo; y de aquí nace también que se contrae sin las disposiciones necesarias, se desempeñan mal los deberes que él impone, o se falta ab-

solutamente a ellos; de esta suerte se inficiona a la sociedad en su mismo origen, haciendo pasar con la corrupción los escándalos, de generación en generación. Dicho se está, que tan grande mal no tiene más remedio que el de la religión. Pero como me propongo desenvolver la importante materia del estado del matrimonio en éste y en los siguientes domingos, habrá lugar de exponer con la debida detención los males y sus remedios; y me limito ahora a fijar los puntos a que contraigo mis reflexiones. Digo, pues, que debemos considerar: 1º la excelencia y dignidad del matrimonio; 2º las disposiciones con que debe contraerse; 3º el modo como deben santificarse los casados; 4º la obligación de educar cristianamente a sus hijos; y 5º los deberes de éstos para con sus padres. Cada uno de estos puntos será materia de una instrucción en este y los domingos siguientes.

Materia importantísima, mis hermanos, que quisiera yo poder tratar con acierto, y con aquella unción santa que hace viva y eficaz la palabra del Señor. Hablaré de la familia en toda su extensión, es decir, de la sociedad cristiana y de la sociedad civil, de la Iglesia y de la patria, que ambas se forman de las pequeñas iglesias y estados domésticos que vienen a servirles de base. Pero no esperéis que la elocuencia y sus bellezas cautiven vuestra atención: ni me es dado ese dón admirable, más raro de lo que se cree por lo común; ni el pastor debe perder de vista la sentencia del Apóstol, que nos manda venir a enseñar la religión con sencillez, y no en sublimidad de discursos. Vengo, pues, a hablar para todos, y principalmente para los ignorantes, para aquellos humildes cristianos que quizá son frági-

les porque no hay quién les instruya en sus deberes.

¡Dios eterno, Padre de las misericordias! El mundo siempre inicuo no cesa de agitar y difundir por todas partes el error. Ahora mismo circulan mil de ellos que ciegan en cierto modo la fuente de la gracia matrimonial entre los cristianos. Bendecid, Señor, mis palabras; abrid los corazones de los fieles para que vuestra santa ley sea escuchada, y que pasando de los oídos al corazón, haga que éste sea siempre dócil a la voz de la religión. Así os lo pido por la intercesión de la Santísima Virgen. **Ave María.**

La religión llenaría imperfectamente su destino sobre la tierra, si mostrando al hombre el alto fin que le está reservado, no le ofreciese al mismo tiempo los medios de prepararse para él en el estado más común y necesario de la sociedad sobre la tierra. En efecto, hermanos míos, el matrimonio no es solamente una institución loable en la sociedad: es también un gran misterio a los ojos de la religión, un doble misterio, porque es una imagen íntima de la unión de Jesucristo con su Iglesia, y un verdadero sacramento de la ley de gracia. ¿Hay por ventura otra religión sobre la tierra, que dé un carácter tan sagrado a la unión conyugal, y cuya celebración esté acompañada de ceremonias tan santas y de una solemnidad tan edificativa? Propio es de la religión verdadera ennoblecer y santificar por la gracia aun aquello mismo que parece más profano en el matrimonio, consagrándolo gloriosamente en la misteriosa relación de semejanza y conformidad con la divina alianza que el celestial Esposo contrajo con la Iglesia, y que es para los esposos

terrenales el ejemplo perfecto, el gran modelo de unión santa y verdaderamente cristiana. Y ved aquí, hermanos míos, que la dignidad del matrimonio nace del sacramento a que Jesucristo lo ha elevado, y de su indisolubilidad: caracteres que lo hacen eminentemente santo y respetable. Sigamos esta división natural.

I

Bien pudiera yo en este día llamar a las naciones y a los siglos de la ley natural, para que diesen testimonio a la verdad, presentando aquella piadosa simplicidad, con que colocaban bajo el amparo del cielo la seguridad y la dicha de sus desposorios. Por doquiera encontraríamos a los hombres guardando aquellas antiguas tradiciones que, llevando de padres a hijos la ley primitiva, les imponían el deber de santificar por las ceremonias del culto, y por los sacrificios, la unión que la naturaleza les aconsejaba. Tal era, hermanos míos, la inmutable práctica, cuando la corrupción de las costumbres, oscureciendo la luz de la tradición primitiva, comenzó también a alterar las leyes del matrimonio; por manera que apenas quedaron ciertas observancias, restos de la antigua y noble institución. Entre tánta multitud de pueblos, sentados en las sombras de la muerte bajo la idolatría, sólo el pueblo de Dios conservaba el depósito de la religión verdadera, de nuevo anunciada por medio de los profetas; mas con todo, allí mismo, donde Dios era adorado en su unidad con un culto de su agrado, también había degenerado en cierto modo la primitiva institución del matrimonio, llegando hasta tolerarse el repudio.

Pero cuando en la plenitud de los tiempos apareció en el oriente, naciendo del seno de una Virgen, el Deseado de las naciones, el Redentor del mundo, el Legislador de la ley de gracia, El reprobó el trastorno que la mano del hombre había causado en el matrimonio, y no sólo declaró cuál debía ser conforme a su primitiva institución, sino que, lleno de bondad para con los hombres, le añadió la dignidad de sacramento, haciéndolo al mismo tiempo medio de propagación y origen de gracias abundantes para el alma. ¡Qué beneficencia! ¡Qué misericordia! ¡Qué amor!

Sí, hermanos míos, no es posible dudar que el matrimonio de los cristianos es un verdadero sacramento: así lo llama San Pablo: **Sacramentum hoc magnum est.** San Ignacio le mira como una cosa santa; San Ireneo repite la voz de San Pablo llamándole sacramento; San Justino retrocede a la ley antigua, y considera los matrimonios de los patriarcas como figuras del matrimonio de los cristianos, que es uno de los grandes sacramentos de la Iglesia; San Clemente Alejandrino enseña que el matrimonio es una cosa sagrada y divina; San Juan Crisóstomo invoca la santidad del matrimonio, reconociendo en él un grande y verdadero sacramento, para instruír y corregir a los esposos de Antioquía; San Ambrosio enseña igualmente que Dios es el autor y el protector del matrimonio, el cual no puede ser profanado sin incurrir en la indignación divina. Sería yo interminable, refiriendo aquí todos los testimonios de la tradición; pero no puedo omitir el del padre San Agustín, quien comparando los matrimonios de los infieles, de los judíos y de los cristianos, hace el elogio de éstos porque a más

del vínculo que es común a todos, se halla en él un sacramento, cuya dignidad santifica, ennoblece y glorifica, digámoslo así, la unión del varón y de la mujer.

Tal es la voz unísona con que todas las Iglesias de Oriente y Occidente han proclamado la santidad del matrimonio, reverenciando su sacramento. Y en verdad, ¿qué condición falta al matrimonio de los cristianos, para que haya en él un verdadero sacramento? El es un signo sensible, figura de la unión de Cristo con su Iglesia. "Escuchad a San Pablo, dice San Juan Crisóstomo, que nos presenta en el matrimonio de los cristianos el símbolo de la unión y del amor de Jesucristo con su Iglesia".

Jesucristo es el autor de este sacramento, como lo reconoció el concilio general de Efeso, diciendo que Jesucristo elevó el matrimonio a la dignidad de sacramento cuando asistió a las bodas de Caná, y dio su bendición a los desposados. Esta es, dice San Cirilo de Alejandría con los doscientos Padres de aquel concilio, la doctrina que han enseñado siempre en la Iglesia los Apóstoles, los Evangelistas y todos los santos Padres.

Este sacramento confiere una gracia especial como los demás; y la fe es la que hace a los verdaderos cristianos estimar en más las gracias del sacramento del matrimonio, que la gloria de una crecida descendencia, como enseña San Agustín. Y el concilio de Trento, gobernado por el Espíritu Santo, explica los efectos de esa gracia, enseñando que ella hace amarse recíprocamente a los esposos con un amor casto y cristiano, y santificarse en medio de los embarazos y afanes de la vida conyugal; y

que les ayuda a vivir pacíficamente hasta la muerte, única que puede romper el vínculo que los une.

Los mismos griegos cismáticos, separados del tronco del árbol fecundo de la Iglesia romana, única verdadera, no abandonaron esta doctrina santa: la conservaron, y ella forma parte de su fe. Cuando el impío Lutero quiso borrar el matrimonio de la tabla de los sacramentos, pretendió el apoyo de la Iglesia griega cismática; Jeremías, patriarca de Constantinopla, a la cabeza de muchos obispos, condenó los errores de Lutero, declarando al mismo tiempo que en todo el Oriente creían los cristianos que el matrimonio era uno de los sacramentos, y que confiere la gracia.

¡Qué lamentable, qué lúgubre aparece hoy el error de los reformadores del siglo XVI y de su posteridad filosófica en el XVIII! Ved a qué se reduce su matrimonio; cuál es el amparo que les dispensa el cielo; cuál el sello de santidad con que se hace venerable la unión conyugal. Reducido a un mero contrato, no tiene otro carácter que el de una institución humana fundada en la naturaleza: imitando ellos imperfectamente los ritos de su antigua madre, hacen ceremonias, pronuncian preces, bendicen también; pero Jesucristo no bendice ni santifica lo que se obra por hombres cuyo ministerio no se honra con la no interrumpida sucesión del apostólico: quieren hacerlo aparecer como sellado por la religión en sus vanas ceremonias; pero ¿cuál es la asistencia de Jesucristo a esos matrimonios, para que esperen que los haya bendecido como al de Caná de Galilea? Ninguna, hermanos míos; porque la presencia real de Jesucristo, ese dogma consolador, fecundo en saludables efectos

para los cristianos, el alma de la religión, el freno de las almas, y, para decirlo de una vez, ese dogma que es el que con verdad forma la unión de la tierra con el cielo, no existe entre los protestantes. Dejemos a las sectas separadas de la fuente de vida en su triste y desconsoladora esterilidad; y convirtiéndonos a los verdaderos católicos, a los que creyendo todo lo que la Iglesia enseña, reverencian el matrimonio como sacramento y aspiran a conseguir su gracia. Recorramos por un momento con ellos las ceremonias con que la Iglesia lo administra, para reconocer por ahí la mano de Dios, la sabiduría celestial, que siempre dirige a la misma Iglesia.

¡Oh espectáculo verdaderamente hermoso! ¡Oh espectáculo de edificación y de ternura, el que se ofrece a mi espíritu, al considerar a los jóvenes esposos al pie del altar, cuando son en realidad piadosos! Acompañados de sus parientes y connotados, la religión los introduce en el santuario, donde el ornato nupcial no ofende los ojos de la piedad: la fe conyugal los une, y la gracia santifica esta unión; el anillo pone un vínculo indisoluble en la obligación de su fe; la víctima celestial, Jesucristo verdadero Dios, consagra su alianza; la Iglesia los presenta, y el homenaje de sus corazones sube con el incienso de su oración hasta el trono del Altísimo; en una palabra, la celebración del matrimonio entre católicos es un conjunto sustantivo de ceremonias edificantes, que merecen la más grande atención. Pero yo no sé, hermanos míos, si vosotros habéis comprendido bien su espíritu, no obstante que las veis practicar todos los días.

Todo es admirable, hasta lo más trivial en apariencia. San Juan Crisóstomo observa que el velo con que se cubría en otro tiempo la esposa, y aún suele usarse, expresa el buen olor de su virtud, el candor de su inocencia, y la integridad de su virginidad: velo que viene a ser como la corona y el precio de su victoria en el día de su triunfo: **Signa victoriae.**

El mutuo sentimiento expresado por los esposos, es una convención santa y legítima, un contrato irrevocable por el cual se dan el uno al otro; y aquellas promesas tan sagradas, hechas delante del altar santo, en presencia del Señor, toman por testigo de su obligación y de su fidelidad al Dios protector y vengador de la fe conyugal.

La unión de las manos denota la estrecha unión que reinará para siempre entre ellos: es una imitación de lo que hizo Raquel tomando la mano de su hija y poniéndola en la de Tobías, cuando los unió en perpetuo desposorio.

La bendición nupcial que la Iglesia da a los esposos, es la auténtica ratificación que santifica su contrato por medio del ministerio pastoral, a ejemplo y en nombre del Creador, que unió a los dos primeros esposos del mundo, y los bendijo por su propia boca.

Las arras que el esposo trasmite a la esposa simbolizan en el acto del matrimonio la perpetua e inviolable comunidad de bienes en que deben vivir los que son ya desde aquel momento dos en una carne, según la sentencia del Señor; y la Iglesia, al bendecir estas arras, bendice en ellas la comunidad

de bienes, para su aumento en favor del matrimonio.

Aquel otro velo nupcial con que la Iglesia cubre a los esposos, al tiempo del sacrificio de la misa, es otro misterio oculto. Entonces la religión los cubre, digámoslo así, con la sombra de sus alas, representando la unión y el pudor compañeros de la castidad conyugal; el ministro del santuario invoca la protección del cielo después del **Pater noster,** para obtenerles las bendiciones del matrimonio y las virtudes de las santas mujeres de los antiguos patriarcas; al tiempo de esta ceremonia, y durante la oración que la acompaña, es cuando más especialmente deben los esposos presentar sus corazones unidos delante del trono de Dios, ofreciéndole el vinculo sagrado de la unión, y pidiéndole con fervor las gracias y las virtudes propias de su estado.

Finalmente, la paz que el sacerdote les comunica desde el altar anuncia la buena inteligencia y la amable concordia que deben formar la tranquilidad y la dulzura de la sociedad conyugal. ¡Felices los esposos que saben conservarla siempre!

Pero lo que hay más respetable y sagrado en la celebración de las nupcias católicas, es el augusto y divino sacrificio de la misa, que la Iglesia ofrece en nombre de los esposos y por su felicidad, como un homenaje solemne que dan al Creador, por haberlos destinado para ser mutuos compañeros, para ayudarse recíprocamente a hacer la voluntad de Dios en su estado. Allí son entonces fortalecidos con una nueva gracia, alimentados con el mis-

mo cuerpo y sangre del Salvador; más dichosos que los esposos de Caná de Galilea, que sólo recibieron la bendición y la presencia de Jesucristo, pero no gustaron la carne y la sangre que dan la vida eterna.

¿Qué más? Todavía, al fin de la misa, el sacerdote hace sobre los esposos ciertas preces, que son una invocación para atraer sobre ellos las bendiciones de los antiguos patriarcas: una vida santa, una familia obediente y cristiana, capaz de continuar el culto de Dios sobre la tierra. Y después de rociarlos con el agua bendita, para conjurar a los enemigos invisibles, quiere que a imitación de Tobías, llenos de la viva confianza que animaba a ese digno hijo de Abraham, y penetrados del sublime respeto que inspira la presencia del Señor, le dirijan con él aquellas últimas oraciones que son la protesta de la pureza de su intención.

Tal es el espíritu de la Iglesia en la celebración del matrimonio. ¡Qué belleza de sentimientos la que inspiran estas augustas ceremonias! ¡Cómo luce su conformidad con la rectitud de la razón y la santidad de la religión! Sin duda, ellas son capaces por sí solas para instruír a los cristianos, si las observan con un espíritu de piedad; o para confundirlos, si en la excelencia de la ley de gracia, si en medio de la luz del Evangelio, tienen menos aprecio de la santidad del matrimonio, con un corazón menos puro, una conciencia menos timorata, una conducta menos regular y menos religiosa que en las mismas sombras de la ley de esclavitud.

En efecto, hermanos míos, y aunque sea para nuestra confusión, preciso es confesar que no corresponde a la santidad del sacramento del matri-

monio, ni al espíritu de la Iglesia en las ceremonias con que lo confiere, el modo como se portan los esposos en nuestro desgraciado siglo. Disipación, vanidad, inmodestia, indecencia, afectación, y hasta libertades escandalosas, es lo que vemos, en lugar de un silencio respetuoso y de una atención devota; a lo cual con dolor profundo debemos añadir el escándalo de los que difieren y aun desprecian las sagradas bendiciones de la Iglesia, llevando de este modo la desgracia al seno de su familia, ya por la desobediencia a las leyes de la Iglesia, ya por privarse de las gracias que acompañan a todos los actos de la religión. ¡Pluguiera a Dios, hermanos mios, que semejante abandono fuera sólo una omisión culpable! ¡Pluguiera a Dios que no tuviera parte en este pecado otra causa que la indolencia! Reprensible sería, por cierto, y digno de condenarse en público; pero a lo menos no tendría la Iglesia qué llorar esta especie de apostasía, con que se quiere conservar el nombre de católicos, desposarse en la forma propia de la Iglesia católica, al mismo tiempo que se recibe el sacramento en pecado, y se piensa sólo en la vanidad y en los placeres, sin acordarse acaso de que al entrar en un estado tan laborioso, se ha tomado su yugo junto con la esclavitud del demonio, por la sacrílega profanación de un gran sacramento, digno de todo el respeto y veneración de los cristianos. ¿Y nos admiramos de que haya tántos matrimonios desgraciados? ¿de que en lugar de criar hijos para el cielo, sólo veamos pulular en ellos generaciones de apóstatas y perseguidores de la Iglesia? ¡Ah, padres de familia! Vuestra es la culpa; sobre vuestras espaldas lleváis una inmen-

sa responsabilidad, que crece con las mismas generaciones. Pero dejemos esta materia para cuando hablemos de las disposiciones necesarias para casarse; y pasemos ya a vindicar la indisolubilidad del matrimonio: condición precisa de este vínculo sagrado, roto sólo por el cisma y la herejía, y que los filósofos del siglo XVIII han querido reducir a una mera convención variable, cual convenía a sus desordenados apetitos.

II

La religión cristiana debió sin duda sus triunfos y su rápida propagación a la divinidad de sus dogmas, sostenida por prodigios y milagros. Pero el buen suceso que tuvo sobre el corazón de las naciones vino también de la sabiduría de su moral, más casta que la de los filósofos, y la más propia para hacer dominar la virtud. Luce entre los bellos rasgos de esta moral sublime, la noble superioridad que por ella tiene el matrimonio de los cristianos sobre el de los paganos. Sometida entre éstos la unión conyugal a leyes arbitrarias y variables, terminaba casi siempre por vergonzosos divorcios, en que la fidelidad conyugal no dejaba de sufrir los más dolorosos quebrantos; por manera que la perpetuidad del matrimonio, y por consiguiente el bienestar de la prole, dependían de las contingencias, de las costumbres y del carácter de los esposos. Ningún legislador pagano, aun de los que con más renombre nos ha transmitido la historia, osó nunca fijar la suerte de los matrimonios, reconociendo y proclamando el gran princi-

pio que el Evangelio proclamó y restableció en el mundo, con haber restituído la primitiva perpetuidad del matrimonio, y dado con ella una sólida garantía a la inocente prole, víctima de los caprichos y de las pasiones de los cónyuges, atizadas por la misma autorización del divorcio.

Basta consultar, hermanos míos, el estado primitivo del hombre, para reconocer en él una institución establecida por el Creador, cuyo objeto fue, formar una sociedad entre el varón y la mujer, y entre éstos y sus mismos hijos, fruto de esa unión que debía propagar el género humano. De aquí es preciso concluír que el matrimonio es indisoluble bajo la doble relación de la sociedad conyugal y de la procreación de los hijos.

En efecto, ninguna sociedad puede ser perfecta, sino en cuanto es continua, y nada puede disolverla; y por lo mismo, si el matrimonio puede disolverse al arbitrio de los cónyuges, ya nada tiene de real, nada de estable. Se interrumpirá la procreación de los hijos, y abandonada su subsistencia, tampoco tendrán seguridad individual: los unos, desamparados, sin la vigilancia y la protección paternal; los otros, careciendo de los cuidados maternales; todos desgraciados, lamentando su desdicha; y la culpa será enteramente de la separación de los padres.

Por otra parte, hermanos míos, las principales obligaciones del matrimonio no provienen de las instituciones humanas, ni de la convención arbitraria de los esposos; sino que son derivadas de leyes naturales, inmutables, como son las relaciones que Dios ha dado a los hombres en sociedad.

¿Osará alguno negar que hay leyes naturales para el primero y más importante acto de la vida social? Pues que niegue también que el matrimonio es necesario; que destruya toda relación entre los seres racionales; pero bien pronto sufrirá el castigo de la naturaleza, porque jamás se viola impunemente ninguna ley, ni en el orden moral, ni el orden físico. Desconocerá la reciprocidad de derechos y de deberes que da la sociedad; pero no tardará en verse en un laberinto de dificultades, que le haga invocar la autoridad de la ley anterior a todo pacto, para descansar en una garantía sólida y verdadera.

Así es que la indisolubilidad del matrimonio no es otra cosa que una consecuencia de las relaciones sociales que hay entre los cónyuges, y entre ellos y sus hijos. Dios crió al hombre débil, aislado, y rodeado de necesidades: le era necesario, por tanto, o una ayuda, o un patrón: la ayuda del varón es la mujer; y el patrón de ésta es el varón. Véase aquí que no solamente es sabio, sino absolutamente necesario, que la alianza del varón y de la mujer sea indisoluble, y que en ella se juren recíprocamente fidelidad y servicios, para que las penas y los infortunios, las alegrías y la prosperidad, todo sea común entre ellos, sin que haya nada que pueda interrumpir su sociedad. Cualquiera separación voluntaria sería una traición, una infracción de la fidelidad que se deben, y de la ayuda que se prometieron.

Pero con respecto a la prole, crece la criminalidad de la separación; porque en cuanto está de su parte se oponen a la voluntad del Creador los cónyuges que se separan. Dios, cuya Providencia

cuida hasta del más pequeño insecto, no ha querido dejar a la ventura a los hijos del hombre, pues su larga infancia, sus necesidades posteriores, demandan una vigilancia permanente, cuidados multiplicados de parte de sus padres. ¿Y cómo, cómo llenar deberes tan grandes, tan extensos, sin un trabajo de por vida, sin una sociedad indisoluble, que sólo la muerte pueda terminarla? Que la filosofía del mundo, esa vana filosofía tan soberbia com apasionada, juzgue de las cosas, no según la voluntad del Creador, sino según los caprichos del mismo mundo, llevada de miras sensuales: esto es propio de aquellos hombres en cuyos corazones se ha extinguido, o por lo menos se ha debilitado, la resplandeciente luz de la fe, única capaz de hacer distinguir con verdad entre lo bueno y lo malo, entre lo justo y lo injusto, entre los intereses del cielo y los de la tierra. En cuanto a nosotros, que por la misericordia del Señor aún nos gobernamos por esa luz y por sus principios celestiales; conociendo que no faltan quiénes los desprecien, quiénes quieran suplantarlos por los de una filosofía materialista, por doctrinas ateas, en que jamás se cuenta con Dios sino como una preocupación vulgar; preciso es ya, hermanos míos, ahora más que nunca. que proclamemos en todo, y ante toda máxima humana, la ley inmaculada del Señor, esa ley sin tacha ni defecto que santifica todos los estados, y que pone un orden perfecto en todas las cosas, sujetando la rebeldía de la carne y la soberbia del espíritu.

Esta ley divina hace indisoluble el matrimonio, o para decirlo mejor, restablece la verdadera y primitiva naturaleza del matrimonio. ¿Dónde

vemos, dice San Jerónimo, que antes del diluvio ningún hombre hubiese repudiado a su mujer? (1) Por más de mil seiscientos años, nadie en el universo se atrevió a separar lo que Dios había unido; y aun después del diluvio, vemos a los cananeos y a los egipcios respetar hasta la muerte la indisolubilidad del matrimonio. Si Moisés por una tolerancia permitió el libelo del repudio, jamás hubo en esto una dispensa o relajación de la ley de Dios, que eximiese de pecado a los judíos. Moisés, dice San Agustín, hizo ver a los discípulos por esta condescendencia, que más bien reprobaba que consentía sus repudios, sujetándolos a largas y ruinosas formalidades, que no eran bien vistas por las personas sensatas y de juicio. El mismo Jesucristo confirma esto, cuando respondió a las capciosas preguntas de los fariseos; les hizo ver, que no Dios, sino Moisés, oprimido por la dureza de sus corazones, les había permitido el repudio, pero que al principio no había sido así. San Pablo, intérprete de la doctrina de Jesucristo sobre el matrimonio, fija su indisolubilidad de una manera tan clara, que sólo cerrando los ojos a la luz puede pretenderse autorizar el divorcio, aun en caso de adulterio. A las personas casadas, dice a los de Corinto, no mando yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido, y que si se separa no pase a otras nupcias, o que se reconcilie con su marido. Ni tampoco el marido repudie a su mujer (I, Cor. VII, 10, 11). Véase aquí que hablando el Apóstol del caso de separación justa, es decir, por causa de adulterio, sostiene por mandato del Señor la indisolubilidad del matrimonio.

(1) Lib. adv. Jovin., cap. XII.

Después de una decisión tan formal, no es posible dejar de conocer la verdad de la doctrina católica, la cual desde los Apóstoles hasta el Concilio de Trento ha enseñado siempre, que conforme al Evangelio y a la tradición apostólica, no se rompe el vínculo del matrimonio por el adulterio de uno de los cónyuges, y que ni el inocente ni el culpable pueden pasar a segundas nupcias.

Si el tiempo y el lugar lo permitieran, no sería difícil presentaros la cadena no interrumpida de la tradición sobre este punto. Os referiría los cánones apostólicos, cuya alta antigüedad les da un gran peso: la sentencia del Concilio de Elvira, uno de los más célebres, aun antes de la paz de la Iglesia, privando de la comunión en la hora de la muerte al marido que hubiese abandonado a su mujer y tomado otra: veríais a la célebre iglesia de Arles enseñando en alta voz a los fieles, que habian probado la infidelidad de sus mujeres, que les era prohibido tomar otra, aunque se lo permitiese la ley civil: el Africa también, en el distinguido Concilio Milevitano, honrado por la presencia del grande obispo de Hipona, enseña, según la doctrina del Evangelio, la misma ley de la indisolubilidad. En una palabra, el Oriente y el Occidente tienen por ocho siglos una sola y una misma doctrina en cuanto a la indisolubilidad del matrimonio, hasta el fatal cisma que separó a los griegos de la Iglesia romana, debilitando en ellos la fuerza de la fe, y les hizo también autorizar la disolución del vínculo por causa del adulterio: abuso nacido de la tolerancia del divorcio en las leyes imperiales, por la muchedumbre de gentiles que había en el imperio, que contaminó a los cristianos

del Oriente, y que jamás han podido justificar, como sucedió en el Concilio de Florencia, donde se limitaron a dar por toda razón, que obraban así por muy sólidos fundamentos. Respuesta vaga, cuya debilidad se muestra a primera vista. Tal fue el impuro origen del divorcio de los griegos, que los armenios abjuraron uniéndose a la Iglesia romana, para volver al centro de la unidad católica.

SERMON

PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA
SOBRE EL MATRIMONIO.
DE LAS DISPOSICIONES CON QUE DEBE CONTRAERSE.

Qui conjugium suscipiunt, ut Deum a se, et a sua mente excludant, et suae libidini vacent, habet potestatem daemonium super eos.

Los que abrazan con tal disposición el matrimonio, que apartan de sí y de su mente a Dios, entregándose a su pasión... esos son sobre quienes tiene poder el demonio.

(TOLÆ, VI, 17)

No basta estar convencidos de la santidad de los sacramentos, confesarlos, y aun desear recibirlos para gozar de los inmensos beneficios que ellos derraman por su naturaleza, si de parte del hombre no se ponen todos los medios necesarios a fin de remover los obstáculos que de continuo le presentan su propia fragilidad, y el mundo que constantemente le rodea con sus asechanzas.

Si esas fuentes de gracia, siempre abiertas para el beneficio común de los hombres, no requiriesen condición alguna para beber dignamente de sus aguas, la Providencia no aparecería en toda aquella extensión de sus bondades con que quiere unir a la gracia de la redención y de la vocación el mé-

rito de nuestras buenas obras. Desvaríen cuanto quieran los herejes; ya negando la necesidad de las buenas obras, y atacando y destruyendo por lo mismo la libertad del hombre; ya dándolo todo al mérito de éste, sin poner en cuenta la magnífica liberalidad con que el Señor le favorece dispensándole su gracia; siempre será cierto que la justificación depende simultáneamente de la gracia y del mérito de las buenas obras. Esta es la doctrina que Dios nos tiene revelada en las Santas Escrituras; que la tradición testifica en todos los siglos, y que la Iglesia católica, columna y fundamento de la verdad, enseña para instrucción de sus hijos, y para condenación de los errores de los sectarios.

En esta doctrina se funda toda la economía de la disciplina canónica concerniente al matrimonio; pues que siendo un sacramento, es preciso que para recibirlo dignamente se acerquen los esposos con todas las disposiciones que tan santo acto requiere: disposiciones que miran al acto preciso del sacramento y a toda la vida conyugal que él va a santificar; porque como el matrimonio es el lazo que une para siempre a los esposos, en cierto modo su vida entera se halla resumida en el acto de recibir ese sacramento.

Y ¿cómo no ha de cuidar la Iglesia de la disciplina de un acto de tánta trascendencia, exigiendo de sus hijos cuanto requiere el decoro del mismo sacramento y la propia santificación de los esposos, si la voluntad del Señor no es otra que la de la santificación de aquellos a quienes ha llamado a su gracia? Ciertamente, la Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo, mira siempre con esmerado celo la digna celebración del sacramento del ma-

trimonio, al cual son inherentes las gracias propias del estado, y de cuyo beneficio no quiere que se priven los contrayentes. He aquí, hermanos míos, por qué se toman tántas precauciones por la Iglesia para celebrar un matrimonio: precauciones y disposiciones que la filosofía estima como simples ceremonias; pero que la fe nos enseña a reconocer como necesarias; para no contristar al Espíritu Santo, haciendo inútil la gracia de Dios, y aun haciéndose a sí mismos los contrayentes el objeto de su ira.

Yo abro, hermanos míos, los libros santos, y allí encuentro la prueba más clara de esta verdad. ¿Por qué siete esposos, que habían obtenido sucesivamente la mano de Sara, habían perecido la misma noche de las bodas? Era porque en castigo de la brutal disposición de su corazón, Dios los había entregado al poder del demonio; protegiendo de esta manera la inocencia de Sara, y mostrando en este ejemplo cuán celoso es de las leyes del matrimonio. Sin embargo, la inocente virgen era el objeto de las malignas críticas del mundo, y esa extraordinaria humillación se redobló echándosela en cara una sirvienta suya. Abatida Sara con tal ultraje, confusa y desolada, buscó en el retiro un lugar dónde ocultar su dolor. Allí, derramando torrentes de lágrimas delante de su Dios, llena de amargura, pero nunca sin confianza, le rogaba exclamando de esta manera: "¡Oh Dios Santo! libradme de este oprobio o retiradme del mundo. Vos lo sabéis: si yo he consentido en recibir estos esposos, lo he hecho en vuestro temor y sin dejarme llevar de las pasiones. Educada en la modestia, jamás tuve parte en las vanidades del siglo, jamás

se me ha visto en las danzas, jamás entregada a los atavíos de mi sexo; siempre he procurado conservar a vuestros ojos un corazón puro, y este dulce testimonio de la conciencia es ahora todo mi consuelo. Cierta estoy, Señor, de que no os gozáis de nuestras aflicciones si no es para remediarlas, haciendo suceder la calma y el consuelo a los gemidos y a los llantos".

Así oraba la piadosa e inocente Sara, y el Señor, que nunca deja derramarse en vano las lágrimas del justo, escuchó a un mismo tiempo esta oración de Sara, y la que de otra parte le hacía Tobías, enviando al ángel Rafael para que a entrambos los librase de su aflicción. Este celestial conductor es quien introduce a Tobías en la casa de Raquel; él, y no una pasión inmoderada, quien le inspira la resolución de tomar el estado del matrimonio. Consulta la virtud de su futura esposa antes que nada; él mismo entra a examinar la pureza de sus intenciones, procurando no dar paso que pueda ser desagradable a los ojos de Dios. ¡Qué simplicidad, qué religión, qué sinceridad las que lucen en Tobías! Iguales son las disposiciones del espíritu de Sara. Estos dos israelitas no iban a recibir un sacramento de la ley de gracia; y no obstante, son el modelo más digno que pueda presentarse a los cristianos para sus matrimonios.

Y en verdad, hermanos míos, ¿cuáles son las disposiciones principales que la Iglesia quiere lleven los esposos al pie del altar, para santificar su estado y su vida? Quiere ante todas cosas que se consulte la voluntad de Dios para el acierto; quiere que la pureza del alma sea el primero y el más rico adorno de los esposos; quiere que la modera-

ción y el recogimiento hagan la decencia de las bodas; quiere, en fín, que el temor de Dios, como principio único de la verdadera sabiduría, acompañe sus pensamientos, su resolución, y cada una de sus acciones, del mismo modo que Tobías y Sara llevaban siempre delante de sus ojos el temor de Dios. Y así digo que las disposiciones necesarias para celebrar dignamente el matrimonio son: 1ª consultar la vocación con Dios; 2ª llevar un alma pura, santificada por la gracia; y 3ª acompañar las bodas de una modestia edificativa.

Recorramos estas disposiciones, pidiendo al Señor la gracia de sacar algún fruto de su doctrina, y poniendo para ello la intercesión de María Santísima.— Ave, María.

I

Es un dogma de fe que no todos los hombres reciben unos mismos dones y gracias del cielo, sino que Dios los reparte a unos de un modo y a otros de otro. Sobre este principio se funda la necesidad de meditar mucho la deliberación que haya de tomarse al abrazar cualquiera estado o profesión en la vida; necesidad tánto más digna de consideración en aquellos estados que no pueden mudarse por su naturaleza perpetua, cuanto que en ellos es por esta razón más peligroso y de mayores trascendencias cualquiera desacierto o error que se cometa al abrazarlo, así para la vida presente, como para la salvación en la vida futura y eterna. Porque, una vez errada la vocación, ya no vive el hombre en aquel orden que la Providencia le había destinado: fuera de sí, en oposición con sus in-

clinaciones, rodeado por consiguiente de dificultades, tal vez oprimido de continua melancolía, y acaso sujeto a trances de desesperación, llena mal los deberes de su estado, si no es ya que los descuide enteramente De aquí la inacción, la indolencia por los verdaderos intereses de su alma, las caídas y recaídas, los escándalos, y en suma su pérdida irremediable. Tal es la suerte de tántos y tántas, que desviados de la senda que el Señor les trazaba, se van yendo también fuera del camino de la justicia y de la verdad, entregados a sus débiles fuerzas, en manos de su consejo, y por consiguiente viviendo siempre en peligro y ocasión próxima de pecado.

Verdades son éstas que no es lícito poner en duda, y no hay quién no las reflexione y pondere cuando se trata de abrazar el estado eclesiástico, secular o regular. Desde luego, para estos estados debe ser mayor el tino y la madurez con que se tome la resolución; porque siendo mucho menor el número de los que Dios llama a ellos, es más incierta la vocación y más peligroso el error. Pero si hay mayores probabilidades para la vocación al estado del matrimonio, no por eso debe meditarse menos. No es sólo el estado en sí mismo lo que hay qué examinar; deben tenerse también en cuenta otras mil circunstancias, con respecto a la persona con quien se va a vivir en unión perpetua, a sus cualidades naturales, religiosas y civiles, y aun a sus mismas preocupaciones; porque todo es de suma importancia para los que buscan su mutua felicidad en una sociedad tan íntima.

Sin embargo, nada hay más común que ver abrazar el árduo estado del matrimonio, aun supo-

niendo la vocación a él, con una festinación tal, que ella misma es ya precursora necesaria de desgracias y de escándalos interminables.

Primeramente, hay unos que no deliberan sobre sus propias circunstancias, para hacer una elección de convencimiento, obrando con toda seriedad en negocio de tánta monta y gravedad; sino que proceden simplemente como por ímpetu o por antojo, unas veces por ocasión, y las más de ellas sin haber examinado si es oportuno el tiempo, aunque por otra parte les haya decidido ya su inclinación a ese género de vida.

En segundo lugar, hay otros que deliberan mal, procediendo sobre malos principios, y mirando a otros fines que los que se debe proponer un cristiano. Ora piensan en el regalo de la vida y los placeres; ora calculan medrar y enriquecerse; ya se proponen ganar honra en ciertos círculos a que piensan penetrar; ya esperan granjearse nuevas y provechosas relaciones. De este modo, sólo se ocupan en los negocios temporales; nunca se cuidan de la virtud, tan necesaria a todos los estados, puesto que todos ellos y todas las profesiones no son sino medios de santificación para conseguir la salvación eterna. Así vemos que en este siglo de corrupción y de filosofía, la mayor parte de los que se casan piensan en todo, menos en las obligaciones que van a contraer: calculan las ventajas temporales, pero no reflexionan si la fe ilustra sus almas, si las adorna la caridad, y si la esperanza fundada en las buenas obras anima su virtud. ¿Por ventura hay quién se pare a considerar si un fondo de religión y de probidad dá garantía de que ese joven pretendiente ha de ser un esposo fiel?

¿Hay quién reconozca que nada importa la falsa ilustración de una filosofía irreligiosa y de una ciencia blasfema, en el que aspira al matrimonio, si por lo mismo que no se respeta la religión ni se teme a Dios, la fidelidad conyuyal no tiene ya más seguridad que en la falta de ocasión para violarla, ni el orden doméstico puede contar con ejemplo ni apoyo alguno? Pero con todo, hermanos míos, vosotros lo sabéis mejor que yo: poco o nada se consideran estas circunstancias en los esposos, y de allí nacen tántos malos matrimonios.

En tercer lugar, hay otra clase de personas cuya deliberación es caprichosa; porque la toman por sí solas, despreciando la autoridad paterna, si no es que también se la atropella, abusando de la edad en que la ley permite el matrimonio. Esta falta es demasiado frecuente, y ojalá que no haya en mi auditorio muchos que hayan sentido ya sus fatales consecuencias. Ciertamente, ¿qué apariencia de acierto puede haber en una deliberación sugerida por la pasión más fogosa, y sostenida las más veces por el amor propio? La discreción y el tino son siempre hijos de la experiencia: mientras más costosa ha sido ésta, mayor suele ser la circunspección con que se obra; pero una temeridad reprensible, acompañada de ignorancia, es por lo común el único consejero de tántos matrimonios inconsultos. Si en todo negocio amonesta el Espíritu Santo a los jóvenes, que no se fíen de sí mismos, y que nada obren sin consejo, ¿qué cosa más importante y digna del consejo y de la autorización paternal que la resolución para abrazar su estado? Y no se crea haber llenado tan justo deber, cuando es la tenacidad que arranca a los padres un forzado con-

sentimiento, dado con lágrimas y agudos pesares. No; esto no es más que una vana fórmula. La autoridad paterna, el amor filial, la gratitud misma, aun cuando no hubiese otros justos derechos, exijen que se consulte antes de todo el juicio de las personas a quienes se debe la existencia, y que son tan interesadas en el acierto de una buena elección. Lo contrario es una grave falta; diga lo que quiera el mundo, que pretende dar derechos absolutos a una edad propia sólo para obedecer.

Por último, hay otra falta, sin duda la más peligrosa de cuantas pueden cometerse, y consiste en no consultar la voluntad de Dios, para procurar hacer dignos de su divino beneplácito los matrimonios que se contraen. Los padres, dice el sabio, pueden dar las riquezas; pero una mujer prudente es un dón de Dios. Para conseguirlo, es necesario dirigirse a El con humildad y confianza; y sólo de este modo podrá haber matrimonios comparables al de Tobías y Sara. Dios es el padre de las luces, el dador de todo dón perfecto, el Dios de las misericordias; pero su justicia es también recta e inviolable, y nunca queda sin castigo el abuso que hacemos de nuestra libertad. ¿Y qué mayor abuso que no examinar si la elección de nuestro estado es conforme a la voluntad de Dios? Si cuando los israelitas pretendieron retirarse al Egipto, sin implorar del Señor su consejo, fueron tan fuertemente reprendidos por el profeta, anunciándoles que su designio se tornaría para ellos en desventura y confusión; no es menos cierto, hermanos míos, que por igual falta de no consultar al Señor, los matrimonios se tornan en perpetua confusión y desventura de los esposos.

Mas lo que agrava mucho esta falta, lo que la hace más digna de reprensión y de castigo, es: que ella nace de que a la resolución de abrazar el matrimonio precede una vida licenciosa, o a lo menos relajada; una juventud llena de pecados, que siempre ha estado irritando la justicia celestial. Sin haber practicado la virtud, se pretende abrazar un estado que la supone madura, fuerte, capaz de servir de ejemplo a la prole y a los domésticos. Yo no sé qué admirar más, hermanos míos, si la ignorancia tan general que reina, en cuanto a las disposiciones necesarias para deliberar en la elección del matrimonio; o esa ceguedad de nuestro siglo, que viendo todos los días la infelicidad de los que se casan inconsideradamente, no conoce que el Dios de la unión concorde y de la paz no ha presidido allí, para ajustarlas y confirmarlas. Yo bien sé que el filosofismo de este siglo inicuo mira estas doctrinas como preocupaciones, y que sonriéndose al oírnos predicar la verdad, estima locura nuestras palabras, sin honor nuestro ministerio, y apasionadas nuestras exhortaciones. No importa: así ha juzgado siempre el mundo de la religión; y donde mayor locura y extravagancia encuentra, es principalmente en aquellas máximas que se dirigen a confundir y domar la soberbia de la vida, y a reprimir la libertad de los sentidos. Pero no por eso deja de ser cierto lo que predicamos, y los juicios del Señor tienen siempre su cumplida ejecución. Esos mismos que ahora se burlan de vernos reclamar contra el olvido del consejo divino para elegir el estado que se abrace, y que sólo obran por cálculos de utilidad hechos según la escala de los placeres, se verán bien pronto desengañados, aun-

que acaso (y quiera Dios que no sea así), con una harto costosa experiencia.

Y vosotros, jóvenes de ambos sexos que aún os halláis en libertad, ved bien la elección que hacéis. Grande es la misericordia del Señor en conservaros todavía en situación de elegir, para que deliberéis bajo la protección del cielo, y no bajo la perniciosa influencia de las amistades peligrosas y de las pasiones exaltadas. Trabajad en la oración y con la práctica de las buenas obras, para hacer cierta vuestra vocación y elección: ayudados de las luces de la gracia, buscad en vuestras alianzas, más bien las cualidades personales que las ventajas exteriores; informándoos diligentemente del espíritu, del carácter, de las costumbres, de los principios, sobre todo, de la religión de la persona que elijáis. En todos los demás negocios miráis con cuidado vuestras deliberaciones, cuando no se interesan más que cosas temporales. Pues aquí que se interesa vuestra paz, vuestra propia salvación, es preciso ver bien con quién forméis esa alianza eterna, no sea que vayáis a hacer una mala compañía, en que no pueda haber unidad de creencia y de sentimientos, de principios y de costumbres; o que para lograrla, sea preciso sacrificar lo más precioso que tiene sobre la tierra una criatura racional —la fe cristiana— dón inestimable que corre un riesgo en que no cabe ponderación, principalmente en las mujeres, cuando se casan con hombres impíos y libertinos.

Pero supongo ya, hermanos míos, que meditáis detenidamente vuestra deliberación, y que vuestra elección lleva el carácter del acierto, porque

ha sido consultada con Dios y con vuestros padres, y porque no os proponéis ningún fin desordenado. Sin duda, habéis dado con esto el primer paso a vuestra felicidad temporal y eterna, en cuanto ellas dependen de la elección; pero no es esto todo: aún tenéis riesgo de echaros encima una ruina espiritual, si no añadís aquella disposición que requiere un sacramento de vivos, cual es el sacramento del matrimonio: es que debéis también prepararos a recibirlo con una grande pureza de alma, —segunda disposición para celebrar dignamente el matrimonio.

II

La vida del cristiano es una vida oculta; porque los principios interiores que la animan nada tienen de material y sensible; y porque las acciones exteriores, que son los frutos de esta vida, tienen un mérito sobrenatural que se oculta a los ojos de los hombres: es una vida oculta en Dios, porque El sólo es el testigo del alma, su objeto y su fin: y es al mismo tiempo una vida oculta en Dios y con Jesucristo, porque todo lo que hay de bueno y meritorio en ella, no es bueno ni meritorio sino por los méritos del mismo Jesucristo nuestro Señor. Mas los principios de nuestra vida espiritual son las diferentes gracias que derrama el Señor en el alma por medio de los sacramentos, los cuales, para servirme de una comparación palpable, comunicando estas gracias a los que somos miembros de Jesucristo, nos dan fuerza y crecimiento, del mismo modo que la sangre en su circulación lleva consigo todo lo que acrece y vigoriza los miembros del cuerpo humano.

Pero estas gracias invisibles, aunque ciertas, son diferentes en cada sacramento; pues que cada uno de ellos tiene un objeto inmediato, aunque todos se refieran al fin general de la santificación de las almas. Y prescindiendo ahora de las diferencias de los sacramentos, me bastará notar para vuestra instrucción, que unos son establecidos para borrar el pecado en el alma y restituirnos a la amistad de Dios; y esta gracia santificante, llamada por los teólogos primera gracia, es el efecto primario del bautismo y de la penitencia. Los otros sacramentos están destinados por Dios para dar otras gracias especiales y aumentar la santificante; y estas gracias se llaman segunda gracia, porque suponen ya al hombre en posesión de la gracia justificante y en la amistad de Dios.

Sobre estos principios doctrinales, digo: que el sacramento del matrimonio, como sacramento que causa segunda gracia, requiere como condición indispensable que los que le reciben se hallen en pureza de alma, con una conciencia limpia de pecado mortal.

En efecto, este sacramento no sólo da la gracia, sino que representa uno de los más grandes misterios, el de la Encarnación del Verbo. **Sacramentum hoc magnum est**: es un sacramento grande, santo y venerable, dice el Apóstol. De aquí se deduce una verdad muy importante, sobre la cual se reflexiona muy poco en el mundo, y es: que el hombre debe probarse a sí mismo antes de acercarse al matrimonio, para no echarse un lazo de condenación cometiendo un gran sacrilegio, en vez de ligarse con un vínculo de caridad y santidad. ¿Cuál es

el cristiano que no condena y acusa la profanación al que oculta un pecado en el sacramento de la penitencia? ¿Quién no se avergüenza y se horroriza de recibir a Jesucristo con una conciencia impura? ¿Quién no se abate y se confunde al considerar semejante atentado? Aun los mismos incrédulos se recelan a veces de actos tan impíos. Ahora bien, hermanos míos, ¿es menos santo y respetable el matrimonio en calidad de sacramento? ¿no es instituído como los otros por el Salvador del mundo? ¿no pedirá acaso disposiciones tan perfectas, y una pureza de alma tan entera, como los demás sacramentos? No hay duda, que el augusto sacramento de la Eucaristía requiere mayor santidad y pureza de alma que los otros; pero guárdenos Dios, hermanos míos, de confundir los grados más elevados de caridad necesarios para participar del cuerpo y sangre de Jesucristo, con la integridad de conciencia indispensable para recibir los demás sacramentos.

Conviénese, desde luego, fácilmente en esta doctrina; y sin embargo, ¿cuál es la manera de disponerse en nuestros días para recibir el sacramento del matrimonio? No temo decirlo delante de los ángeles y de los hombres: es por el pecado; es por un largo comercio de locuras indecorosas, causa de escándalos y de desórdenes infinitos durante la vida conyugal. Bajo el pretexto de que un día el vínculo sagrado afirmará la deseada unión, hay ciertas libertades y estrecheces peligrosas, que del simple deseo de agradar pasan a encender una pasión desarreglada: día y noche, ella es el objeto único del pensamiento, el centro de todos los deseos. Ni las obligaciones más importantes, ni el respeto debido a las canas y a la autoridad, ni aun la santi-

dad misma del templo, sirven de barrera a unos deseos voluptuosos, que sobreponiéndose a la razón, a los deberes y al mismo temor de Dios, atropellan todo lo más sagrado para llegar a su fin. Es un misterio de iniquidad el que preparan comúnmente los esposos, y no la representación del misterio de la Encarnación del Verbo, y del desposorio de Jesucristo con su Iglesia. Así pasan días, semanas, meses y aun años, hasta que llegan a consumar una grande abominación: creen haber puesto con ella el cimiento de su dicha futura, cuando sólo han conseguido envenenar la unión conyugal, que debía serles un benéfico manantial de gracias y de consuelos. ¡Y todo ésto pasa a vista de padres que se dicen cristianos! ¡y lo ven! ¡y lo toleran! ¡y lo consienten! ¡y hasta lo autorizan! ¡Oh Dios santo! Ahora sí podremos decir que se acerca aquel desventurado tiempo en que no hallará fe sobre la tierra el Hijo del hombre. Pero vos tenéis, Señor, un infierno dónde sepultar para siempre a esos padres desnaturalizados: ejerced vuestra justicia. Entretanto yo me dirijo a esa juventud desenfrenada, que así vive, que así piensa llegar al matrimonio.

Decidme con verdad, hijos míos muy amados, ¿y creéis que una vida tan criminal como la que lleváis sea una buena disposición para recibir el sacramento del matrimonio? ¿No teméis que tántas impurezas y escándalos atraigan sobre vuestro matrimonio la maldición del cielo? Si lo dudáis, si váis hasta mirar con desdén esta reconvención, es señal de que vuestro matrimonio será un sacrilegio. Porque nada importa que para guardar las apariencias tratéis también de recibir el sacramento de la penitencia; pues como la falta general de

aquella piedad y de aquel recogimiento que deben preparar a un cristiano para actos tan serios y tan santos, os hace mirar todas estas cosas como meras ceremonias, no resulta más de todo ello que añadir sacrilegios a sacrilegios. Y de esta suerte, hermanos míos, todos los que se casan sin haberse santificado antes con una preparación tan detenida como debe serlo, y como lo exige la vida licenciosa que ha precedido, celebran y festejan su propia condenación, y la coronan con regocijos que bien pronto se tornan en largos días de tormento y de escándalos execrables. El sacerdote bendecirá exteriormente vuestra unión, pero Jesucristo la maldice desde el cielo; el sacerdote os dirá: lo que Dios ha unido no lo separe el hombre; pero el sacrilegio que ha manchado esa unión la hará insoportable, llena de calamidades, atribulada y congojosa: de nada habrán servido las piadosas exhortaciones con que el sacerdote empiece vuestros matrimonios; escuchadas sin atención y sin piedad, pasarán como el sonido de una campana, y nada, nada más quedará, que el triste recuerdo del momento en que os hicísteis esclavos del demonio, en lugar de someteros al yugo santo del gran sacramento con que el Hijo de Dios vivo quiso haceros padres de una casta y bendita generación.

¡Qué desgracia! ¡qué cadena de tribulaciones y de pesares! ¡y qué dolor, al ver que cuanto acabo de decir es una verdad comprobada por la más triste y lamentable experiencia! Hubo un tiempo entre nosotros, tiempo feliz y justamente envidiable, en que la celebración de un matrimonio se miraba con todo el respeto que requiere su santidad.

No se omitían las más fervorosas oraciones; se hacía por lo común una confesión general, para presentarse los contrayentes ante el altar purificados de todas las manchas con que contamina el cieno del mundo. Mas ¿que es lo que nos queda de las costumbres de nuestros padres? ¿cuál la fe, la caridad, el espíritu cristiano que nos anima? Herederos de su nombre y de sus bienes, sólo hemos apreciado éstos, terrenales y perecederos, dejándonos robar del enemigo de la salvación el rico patrimonio de su fe y de su piedad. De aquí tántos matrimonios separados al principio mismo de su carrera; de aquí las infidelidades; de aquí los hijos díscolos, relajados e impíos. No nos engañemos: los sacrilegios que se cometen en la celebración de los matrimonios son la causa que los llena de maldición en la vida de los padres y en la de los hijos. Pero si ésta es la causa fecunda de las desgracias de los matrimonios, también contribuye a hacerlos defectuosos el modo como suelen celebrarse, sin aquella edificativa modestia que debe acompañarlos: que es la tercera disposición necesaria.

III

"Nosotros somos hijos de santos, y no podemos juntarnos a manera de los gentiles que no conocen a Dios" (Tob. VIII, 5), decía el joven Tobías a Sara el día de su desposorio, para convidarla a ofrecer al Señor las primicias de su matrimonio, en el recogimiento y en la oración. Unidos en un mismo espíritu de piedad adoraban al Señor por tres noches consecutivas, y con mucho fervor, a fin de que los conservase salvos. "Oh Señor Dios de

nuestros padres, le decía Tobías: bendígante los cielos y la tierra, y el mar, y los ríos, y todas tus criaturas que hay en ellos. Tú formaste a Adam del lodo de la tierra, y le diste a Eva por ayuda y compañera suya. Ahora pues, Señor, tú sabes que no es movido de concupiscencia que tomo a ésta mi hermana por esposa, sino por el solo deseo de tener hijos que bendigan tu santo nombre por los siglos de los siglos". (Ibid. 6-9) "Ten misericordia de nosotros, exclamaba a su turno Sara, y haz que ambos a dos lleguemos sanos a la vejez".

No es desde luego prohibido entregarse a aquellos honestos regocijos, e inocentes alegrías, a que el mismo matrimonio convida a los cónyuges. También Tobías y Sara se regocijaron en un modesto convite que presidía el virtuoso Raguel; y no por eso faltaron, ni a la piedad, ni al recogimiento que debía acompañar su matrimonio. El mismo Jesucristo consagró con su presencia las bodas de Caná de Galilea; pero su presencia invisible debe desterrar de entre los cristianos todo lo que pueda mancillar la santidad del matrimonio, cuidándose de no dejar oír palabras descompuestas o voluptuosas, y mucho menos el impío lenguaje de la incredulidad, que sólo busca placeres y vanagloria. La alegría que Jesucristo permite es la que nace de la inocencia del alma, y no de la corrupción; aprueba aquella como lo hizo en Caná, pero a ésta la condena: en una palabra, la religión permite todos aquellos regocijos compatibles con la gracia que se recibe en el sacramento, para que su viveza excite en los nuevos esposos ese mismo espíritu de piedad

y de oración, que en Tobías y Sara engendraba el temor de Dios por sí solo, aun sin la gracia del sacramento.

Pero ¡qué lejos está hoy el mundo de la simplicidad de los patriarcas! Más ilustrados nosotros que ellos, porque hemos visto en realidad lo que ellos apenas vieron por enigmas; y favorecidos con la sublime moral del Evangelio, desperdiciamos no obstante tan grandes beneficios, y menospreciamos tan santa doctrina, para vivir absolutamente sin temor de Dios. Así vemos que al mismo tiempo que el sacerdote está bendiciendo el matrimonio, los esposos y su acompañamiento sólo se hallan ocupados de ideas profanas, pensando en agradar al mundo, y en gozar de vanas pompas y de una vida placentera. A esto se reducen sus pensamientos: allá se enderezan sus deseos; y lejos de acordarse que para hacer la voluntad de Dios en su matrimonio, deben ser fieles a ella recibiendo el sacramento con devoción y humildad, sólo les anima una cierta agitación, que sin adelantarme a llamarla criminal en sí misma, no temo calificarla de tal por cuanto irrespeta y profana una cosa santa. Sí, hermanos míos, no es verdaderamente cristiano el que no se comporta como adorador de Dios en espíritu y verdad, cuando recibe o presencia un sacramento de la ley de gracia. Su fe, si no está muerta, a lo menos es lánguida: su celo, ni aun merece este nombre, porque mira con indiferencia lo que Jesucristo ha hecho santo: su caridad, es preciso decir que ha desaparecido, cuando no se exalta a la gratitud por los beneficios recibidos: en fin, su espíritu de cristiano no se muestra, puesto que no si-

gue el de la Iglesia, la cual en la administración de todos los sacramentos quiere que los circunstantes oren al Señor, para que derrame abundantes gracias sobre los que tienen la dicha de recibirlos.

Ya estoy viendo, hermanos míos, que este siglo, tan ávidamente amador de la novedad, y tan infatuado con sus falsas luces; que este siglo, que pretende reformarlo todo excepto sus vicios, os dirá que para ser hombre de bien en el matrimonio no se necesita de lo que os enseñamos; y que bastará un día el contrato civil para ser bien y debidamente casados. Esto y mucho más dice la filosofía sensual y ateísta que se profesa por desgracia entre nosotros; pero yo os repito con el Apóstol lo que en el año pasado os dije por cinco veces desde este lugar (1): "Guardaos que nadie os engañe con filosofías y vanos sofismas, según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo, y no según Cristo". Si sois cristianos, es preciso que os afirméis en la enseñanza de la Iglesia, la cual no es otra cosa que el mismo Evangelio eterno de que nos habla San Juan: eterno en sus máximas rigurosas contra las cuales no podrán prescribir jamás ni la razón de la costumbre, ni la razón de las circunstancias, que quieren desterrar, digámoslo así, las bendiciones nupciales de la Iglesia. Sí: jamás prescribirá el abuso contra la ley, jamás, hermanos míos; porque la ley de la Iglesia tiene un tribunal

---

(1) No existe completo el manuscrito de estas pláticas.

más allá del tiempo, en donde nada puede la fuerza del mundo, en donde se castiga con penas sempiternas, en donde sólo se premia a los fieles con una gloria que tampoco tendrá fin, y cuyo objeto y cuyo término es el mismo Dios, Rey inmortal de los siglos. Para que podáis merecerla un día en el cielo, El os haga aquí en la tierra buenos esposos, fieles consortes, y edificantes padres de familia. — Amén.

SERMON

PARA LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA SOBRE EL MATRIMONIO. DEL MODO COMO DEBEN SANTIFICARSE LOS PADRES

Honorabile connubium in omnibus, et thorus inmaculatus. Fornicatores enim, et adulteros indicabit Deus.

Sea honesto en todos el matrimonio, y el lecho conyugal sin mancilla. Porque Dios condenará a los fornicadores y a los adúlteros.

(HEBR. XIII, 4.)

Tal es la justa idea que el Apóstol nos da del matrimonio de los cristianos, de la inocencia y santidad que debe reinar en esta sociedad perdurable, de la honrosa fidelidad con que debe conservársela, y de las desgracias que irremediablemente vienen sobre los que mancillan la santidad de este sacramento. Nada hay más común en el mundo que el matrimonio, siendo el estado casi general de los hombres, la vida contínua de la sociedad; pero tampoco hay nada más ignorado que los deberes del matrimonio. La mayor parte de los que se casan, apenas miran, por decirlo así, el exterior de estos grandes deberes, sin pensar jamás en los medios conducentes a llenarlos, ni en toda su gravedad e importancia. Así no hay qué extrañar que habien-

do fijado su consideración en lo que el matrimonio tiene de carnal y terreno, y dejándose seducir por la esperanza de una vida cómoda y deliciosa, comiencen a fastidiarse luégo que se hace sentir el peso de unas obligaciones en que jamás se pensó, y que por lo mismo les parecen insoportables.

No dudo. hermanos míos, que habrá en mi auditorio muchas personas, que al oír hablar de las obligaciones del matrimonio, esperen verlas reducidas a tan pocos puntos, que hagan de todas ellas cuando más unos consejos de perfección. Así me lo hace pensar la experiencia de todos los días, y el conocimiento que me asiste de la sensualidad siempre en boga en nuestro siglo, y del desprecio con que se mira la severidad evangélica. Clame cuanto quiera el mundo contra esta santa severidad llamándola rigorismo: sin cuidarme de ello, y como ministro del Evangelio eterno de la verdad, yo debo decirla sin rodeos, procurando agradar solamente a Aquel que ve lo más escondido del corazón humano. Esto mismo decía San Juan Crisóstomo, predicando en Antioquía sobre los deberes del matrimonio. Dichoso yo, si al valerme de las máximas de este grande Padre, puedo imitarlo a lo menos en decir la verdad, ya que no alcancé a exponerla con su poderosa elocuencia, ni a apoyarla en la autoridad que le daban su sabiduría y sus eminentes virtudes.

En efecto, ¿cuántas y cuáles no deben ser las obligaciones de un estado tan honorífico, tan santo, por relación a su autor, que es el mismo Jesucristo? Ya representa él la unión del Verbo con la humanidad; ya la de Jesucristo con su Iglesia;

ya es llamado sacramento grande por San Pablo, que propone a los esposos el amor de Nuestro Señor a su Iglesia, para enseñarles el que deben tener a sus esposas. Unas veces llama el Apóstol la atención de los casados al deber de la mutua caridad; otras los exhorta a la cesación de las obras de la carne, para poder vacar a la oración; tan pronto inquiere la fidelidad inviolable que deben guardarse el uno al otro, como encarece la paciencia con que recíprocamente deben sobrellevarse: en suma, hermanos míos, el grande Apóstol, que es por excelencia el doctor del matrimonio, inculca en sus cartas todos los deberes de los casados, para con Dios, para consigo mismos, y para con sus hijos. Mas yo los creo comprendidos todos en estas palabras que dirige a los hebreos: "Sea honesto en todos el matrimonio, y el lecho conyugal sin mancilla". Y ciertamente, el exigir una honestidad general en el matrimonio, es exigir el más cumplido desempeño de sus obligaciones; una correspondencia fiel a la gracia que en él se recibe; una vida santa como la de Isaac, Jacob, Tobías, y tántos otros fieles adoradores de Dios, que se han santificado viviendo en el matrimonio de una manera que subía hasta la misma perfección.

Para fijar la materia de esta instrucción, digo: que no siendo el matrimonio solamente una acción de la vida, sino un estado, se abre en él a los casados una nueva carrera en que deben llenar los altos fines de su vocación; porque a ningún estado llama Dios al hombre para que viva en sosiego, sino para que trabaje y se santifique haciendo la voluntad del Criador. Ni debe por lo mismo lisonjearse nadie de haber consultado su vocación, de

haber recibido con buenas disposiciones el sacramento, y de no llevar fines torcidos en el matrimonio, si no trabaja en él para hacer cierta su vocación con las buenas obras. Judas fue llamado legítimamente al apostolado; y no por falta de vocación, sino por no haber sido fiel a los deberes que su vocación le imponía, llegó a ser réprobo y a perderse para siempre. Voy, pues, a recorrer las obligaciones de los casados siguiendo la doctrina de San Pablo; y éstas son: la unión, la paciencia, la santidad, la fidelidad y la educación. Esta última, por su alta importancia, merece ser tratada por separado, y la reservaremos para el domingo siguiente: las otras cuatro serán la materia de esta instrucción.

Imploremos los auxilios de la gracia, etc. — **Ave, María.**

La unión es la primera obligación de los casados, la base de sus acciones, y el principio de su felicidad. Consiste en que no falte entre ellos aquel afecto, aquel amor cristiano y recíproco, aquella santa ternura, que como dice San Juan Crisóstomo, debe formar el lazo de la caridad en la alianza.

Dios ha establecido diversos estados en el mundo; y en esta diversidad de estados, que según la expresión de San Pablo hace la gloria y la belleza del cuerpo místico de Jesucristo, hay diferentes gracias qué recibir, y distintos deberes qué llenar. Así el eclesiástico necesita del espíritu sacerdotal; el magistrado, del espíritu de justicia y fortaleza; el solitario, del espíritu de recogimiento y de oración; el predicador, de un espíritu de celo y de ciencia. ¿Y cuál es el espíritu del estado del matrimo-

nio? El mismo Dios nos lo enseña: un espíritu de amor y de unión tal, que nada sea capaz de desvirtuarlo. El marido, dice la Escritura (Gen. XI, 24), estará de tal modo unido a su mujer, que vengan a ser dos en una misma carne. Advertid, observa San Juan Crisóstomo, que Dios no dice: adheríos a la belleza de vuestra mujer; porque la belleza es tan frágil como pasajera, y sólo puede producir un amor voluptuoso que será tan inconstante como el deleite mismo; ni os dice, apegaos a los bienes de la esposa; porque semejante afecto sería sórdido, y un amor interesado jamás es el lazo que une los corazones. No, ciertamente: estará el varón unido a su mujer, sea hermosa o no, pobre o rica, de talento o limitada; que una vez celebrado el matrimonio, ya es preciso amarla siempre como al hueso de sus huesos, a la carne de su carne; amarla como Jesucristo ama a su Iglesia, es decir, mirándola con aquella complacencia con que Jesucristo mira a esta Esposa suya. El no la trata como a esclava, sino que toma parte en todo lo que la regocija o la aflige, y renueva todos los días para su bien el sacrificio de la cruz.

Ved aquí, maridos cristianos, el modelo del amor que debéis tener a vuestras mujeres. Bien lejos de mirarlas con desdén o menosprecio, o de tratarlas algunas veces como esclavas, debéis usar para con ellas de bondad, de dulzura, y aun de condescendencia; estando dispuestos a hacer por ellas los sacrificios que exige un amor fiel y generoso, y que os impone el lazo con que os halláis unidos.

Pero vosotras también, mujeres cristianas, para conservar esta unión, debéis estar sometidas a vuestros maridos, como la Iglesia a Jesucristo:

ellos son vuestra cabeza, como Jesucristo lo es de la Iglesia; y así como la Iglesia permanece siempre en una perfecta sumisión a Jesucristo, a todas sus órdenes y preceptos; así también vosotras, en lugar de esos aires de superioridad, de esas maneras de altanería e imperio que tan poco convienen a vuestro sexo, debéis, por el contrario, respetar a vuestros maridos, serles dóciles, y obedecer sin réplica a sus órdenes, en todo lo que no se oponga a la ley santa del Señor. Este es uno de vuestros principales deberes; y sin embargo, es también aquel a que más a menudo se falta, ora por omisiones, ora por mal humor, y acaso también por un deseo de dominación; originándose de ahí aquella funestísima pasión que rompe la armonía y destruye la unión del matrimonio.

Hablo, hermanos míos, de esa pasión que, como dice el mismo San Juan Crisóstomo, envenena los matrimonios, y crea en su seno una guerra intestina y permanente; de esa pasión cruelísima, que viene a parar en una verdadera demencia, en una especie de posesión del espíritu maligno; de esa pasión temeraria, que sin la más leve sombra de razón quiere tener de su parte cuanto la rodea, pues ni los hijos, ni los domésticos, ni los amigos ni los extraños, ni los presentes, ni los ausentes, nadie ha de ignorarla, todos han de ser notificados de ella; de esa pasión terrible, que llevando consigo el demonio de la división, se manifiesta en las palabras como en las maneras, dentro del recinto doméstico dominante, que amarga las delicias de la unión conyugal, convirtiéndolas en desconfianza, desazón y despecho. Nada hay compara-

ble a la persistente tenacidad de esta pasión. Ni los horrores de la indigencia, ni el decaimiento por enfermedad larga e incurable, ni la punta de una espada, ni la voraz actividad del fuego, son capaces de desarraigarla de los corazones de que una vez ha llegado a apoderarse, para volverlos a estrechar en el amor. ¿Quién podrá nunca describir lo que sienten estos corazones? Los mismos celosos solamente podrán tal vez explicar por propia experiencia, cómo la imaginación no les presenta día y noche más que tramas y perfidias; cómo no reposan sino sobre ascuas encendidas; cómo ni las visitas de los amigos, ni las distracciones y pasatiempos, ni la ocupación en los negocios, ni los sucesos prósperos o adversos, alcanzan a calmar su frenesí; cómo, finalmente, la misma venganza no hace otra cosa que irritar más y más una pasión tan imperiosa como ciega.

Pues no es ella menos funesta, por sus resultados, para el orden y la paz de la familia. Crédula en extremo, y éste es uno de sus menores defectos escucha y da crédito con la mayor facilidad a la maligna vileza de algún miserable, de algún doméstico, que no busca ni ve otra cosa que el ruin provecho que pueda resultarle de lisonjearla: extiéndese luégo el escándalo; descuídase en seguida la educación de los hijos; siémbrase tal vez entre ellos mismos la división; relájase todo en la sociedad de la familia, y de esta suerte la vida conyugal viene a tornarse en un continuado martirio, por no haber escuchado en tiempo la voz de la razón y de la conciencia. ¡Qué de lágrimas! ¡Qué de amarguras! ¡qué existencia tan atormentada!

Pero suspendamos, hermanos míos, tan tristes como ingratas reflexiones: apartemos la vista de este cuadro lastimoso, para considerar la segunda obligación de los casados, que es la paciencia.

Sería preciso que los casados viviesen como los ángeles, para no tener nunca disgustos entre sí; y raya en lo imposible el que algunas veces no les ocurran quejas y contestaciones, a menos que animados siempre del temor de Dios, se ejerciten de continuo en la santa virtud de la paciencia. Pero el demonio, enemigo de Dios y de la salvación de las almas, dice San Gregorio, siembra bien a menudo entre los casados la discordia y la división. Ya se vale de la mujer, de su extravagancia, de su orgullo, de su obstinación, de su pertinacia, de su vanidad, y acaso también de su lengua y de sus imprecaciones como en el caso del Santo Job, para afligir y desesperar al marido. Ya excita el carácter inquieto y sombrío, o impetuoso, feroz y arrebatado del marido, o se aprovecha del negro humor que engendran en él los reveses en los negocios o lo afanoso de los empleos, para angustiar y atormentar a la mujer. De la una o de la otra manera no faltan ocasiones de disgusto y de pesar para entrambos; y ¿qué partido puede tomarse, cuando estas ocasiones se multiplican casi todos los días?

Yo bien sé que no hay peor tormento para una mujer vigilante, recta, consagrada al desempeño de sus deberes, que el temor de sufrir todos los días el genio adusto, arrebatado, y acaso también algunas ocasiones la impudicia de su marido: que estos defectos no son tal vez característicos, sino

la consecuencia del juego, de la embriaguez, del libertinaje y de la disipación; y que casi siempre se altera la paz doméstica por el olvido del temor de Dios y por la relajación de las costumbres. No es menos cierto, el que un marido laborioso, pacífico, prudente y morigerado, se halla no pocas veces fuera de sí, y en el borde de la desesperación, cuando da con una mujer vana, descuidada, siempre inclinada al placer y a la ociosidad, que introduce el desorden y la dilapidación en su casa, y que desconociendo sus deberes, quiere dominar, movida de un deseo de independencia incompatible con la sociedad conyugal. Conozco que en todo esto se ofrecen dificultades diarias, y que ellas son causa de resfriar el amor, de riñas, de escándalos, y aun de otros excesos criminales que no pueden nombrarse. Pero no hay qué maravillarnos de ello; no hay qué decir con los judíos: si tal es la suerte de los casados, mejor es permanecer soltero. Esta proposición absurda es falsa por dos aspectos: según el primero, desconociendo las fragilidades de la humana naturaleza, se supone que sólo en el matrimonio hay disgustos, cuando abundan en todos los estados de la vida; por el segundo, pretendiendo hallar sobre la tierra un estado en que la paz sea inalterable, se propone una pura quimera; fuera de que se insinúa una cosa contraria a la voluntad de Dios, la cual es que el género humano se propague por medios ilícitos; y otra cosa contraria a la providencia de Dios, la cual no niega a nadie los dones necesarios para consultar y asegurar su vocación en el estado que abrace. El verdadero, el único remedio de estos males está en la paciencia,

que es la que hace hallar la paz sobre la tierra, y abrirse las puertas del cielo.

En efecto, mis hermanos, la paciencia cristiana es este remedio, porque es el remedio universal para todos los males. "Ella es, dice San Cipriano, la que mitiga la ira, refrena la lengua, gobierna el alma, conserva la paz, endereza las costumbres, sujeta la rebeldía de la carne, reprime el entono de la soberbia, apaga el fuego de la discordia, contiene el desmesurado poder de los ricos, y alivia la necesidad de los pobres. Pero ¿cuántos, cuántos hay que picados y resentidos por algún agravio real o imaginario, quisieran luégo ser vengados cruelmente, sin aguardar el día final del juicio? Yo los exhorto, continúa San Cipriano, a que abracen conmigo el partido de la paciencia, y que mientras andamos fluctuando en medio de las tempestades y vaivenes del mundo, esperen con sosiego a que llegue el día de las venganzas, sin atropellarse a tomarla por sus manos". Esta doctrina no es otra cosa que la amplificación de la máxima del Salvador a sus discípulos: **In patientia vestra possidebitis animas vestras:** mediante vuestra paciencia,, salvaréis vuestras almas. Sí: el alma se sustrae a sí misma cuando se impacienta, pero sometiéndose sin murmurar a su suerte, se posee a sí misma, y posee a Dios; porque la paz de la vida no consiste en no sufrir, sino en aceptar los trabajos que Dios nos envía. Este es el gran secreto de la felicidad humana: todo lo demás es querer lo que nunca puede alcanzar el hombre sobre la tierra.

De aquí es ya fácil deducir la regla universal de conducta que deben observar los casados. Llevad, pues, mutuamente las cargas del matrimonio, ayudándoos el uno al otro, para llenar la ley de Dios. Entonces, la dulzura, y la condescendencia recíprocas harán de las cruces del matrimonio otros tantos medios de santificación: entonces, no se oirá al marido maldecir su suerte porque no le obedece su mujer, ni a ésta reclamar la falta de amor de aquél: entonces, el marido prudente sabrá, como Job, vencer con la paciencia y la circunspección la poca humildad de su mujer; entonces ésta, a imitación de Santa Mónica, vencerá la dureza de su marido. Permitidme aquí, mujeres cristianas, que llame vuestra atención hacia este modelo perfecto de la virtud de una casada. ¡Qué injurias, qué asperezas, no recibía a cada momento esta mujer fuerte, de parte de Patricio! Sin embargo, llena del espíritu del cristianismo, sometida con una plena resignación a la cruz que Dios le había enviado, ni de sus labios salieron jamás quejas indiscretas, ni alteró su moderación con su esposo, ni acción alguna dejó entrever nunca que la paciencia cristiana se hubiera disminuído en su alma. **Noverat haec, non resistere irato viro, non tantum facto, sed ne verbo quiden.** Sí: Mónica había aprendido, nos refiere su inmortal hijo Agustino, a no resistir a su marido, ni por hechos, ni aun por palabras. ¿Y cuál fue el resultado de esta heroica paciencia? El que corona siempre la práctica fiel y constante del Evangelio. Mónica no sólo alcanzó a ver mudada la condición dura de Patricio, sino también que se tornase de gentil en verdadero y perfecto cristiano.

Ya veo que la natural ligereza del sexo hace decir a algunas personas: ¡Y qué! ¿es dado a todas la heroica y alta virtud de Mónica? Pero decidme, ¿la doctrina del Evangelio obligaba más a la esposa de Patricio gentil, que a las esposas de los cristianos? ¿Hay una ley para el perfecto, y otra para el imperfecto? ¿Ha dicho acaso Jesucristo que una debe ser la paciencia de la mujer fuerte, y otra la de aquella que apenas sabe llenar sus deberes? No nos preocupemos, confundiendo los grados de perfección a que sube el cristiano cuando abraza los consejos evangélicos, con la obligación estricta de la ley. Diversos grados tiene la paciencia. ¡Feliz, mil veces feliz, aquél a quien Dios concede, no sólo sufrir, sino sufrir con alegría y desear padecer por Dios! Esto es perfección. Sufrir con humildad, aunque no sin amargura y dolor, es lo que a todos obliga.

Ahora bien, hermanos míos, ¿qué es lo que os impide sobrellevar en el matrimonio las diferencias del genio, los contratiempos y penalidades de la vida? Si vuestra unión no fue precedida del examen y disposiciones necesarias; si procedísteis llevados del ardor de la edad, del interés de la vanidad, del deseo de los placeres, ¿es defecto del matrimonio? ¿es rigor de la ley? Culpa es vuestra y de vuestros padres. El vínculo está sellado por el sacramento: nadie, diga lo que quiera el mundo iluso, nadie sino la muerte puede romperlo; y mientras dure, no pueden remediarse los males, ni enmendarse los desaciertos, sino por la paciencia. **In patientia vestra possidebitis animas vestras.** Un poco de moderación remediaría males infinitos, que son la causa de otros muchos mayores, los cua-

les destruyen la paz doméstica, y llenan el mundo de escándalos. Pero como la paciencia no se cultiva sin la virtud de la religión, hablemos ya del deber de profesar la santidad; que es la tercera obligación de los casados.

No hay preocupación más general en el mundo, que la de considerar la santidad como una cualidad exclusiva de los claustros y del sacerdocio, y de la cual sólo pueden participar ciertas personas, que prescindiendo del matrimonio, profesan la vida espiritual. Sin duda, hermanos míos, la vida perfecta que abraza los consejos evangélicos no es cosa propuesta a la multitud: el mismo Jesucristo distinguió bien claramente en su Evangelio lo que era rigurosa obligación, de lo que sólo era de consejo; y por no saber distinguir hasta dónde llega en cada estado aquélla, y dónde comienza éste, caen los hombres en mil errores, juzgándose rectos y en el camino del cielo, cuando andan harto distantes de él.

Se considera comúnmente el matrimonio como un estado de goces y de placeres: se piensa que la severidad de la ley cristiana no ha sido hecha para los casados; que les es lícita la vanidad del mundo, el tumulto de su desorden, y que pueden recorrer sin riesgo cuantos lugares infesta el aire corrompido de las pasiones. De este falso sistema de ideas que se forman, sin reflexionar siquiera en las malas consecuencias que puede traer, nace el olvido de las prácticas religiosas que hoy reina en los matrimonios. La frecuencia de los sacramentos, la oración diaria, la puntual asistencia al santo templo, todo es considerado como una carga insoportable. Bajo el pretexto de no profanar los

sacramentos por la vida conyugal, se reservan para el tiempo pascual: entre tanto, la carne y la sangre van adquiriendo más dominio sobre el alma; llega el tiempo santo, y entonces, la pereza, la tibieza, la agitación del mundo, el miedo de hallarse criminal entrando en cuentas consigo mismo, y tal vez un principio de impiedad, engendrado por la misma vida inútil hacen que de la omisión se pase al abandono, del abandono a la relajación y de la relajación a la impenitencia.

Y ved, hermanos míos, que al describir el curso ordinario que lleva la vida de los casados en nuestro siglo, no he dicho cosa alguna de aquéllos que no creyendo nada, sólo miran el matrimonio como un contrato puramente civil; que comienzan sus profanaciones desde el día en que se casan, recibiendo sacrílegamente un sacramento grande; que pasan una vida meramente material, sin alimentar jamás su alma, la parte más noble de su ser; y que lejos de procurar arreglar su vida a la piedad, considerando que les espera la eternidad, reducen todo el círculo de sus relaciones morales a las cosas perecederas de la tierra. Semejantes hombres, o son impíos por sistema, o son indiferentistas; y por consiguiente, predicar a tales gentes la santidad de vida en el matrimonio, es hablarles un lenguaje desconocido, que calificarán de locura y de insipiencia, y harán de ella un escándalo, como de la cruz de Cristo los judíos. No hay pocos entre nosotros que se hallen en tan lamentable estado; pero sería preciso empezar por convencerlos de la verdad de la religión, y ahora no nos es posible entrar en tan profunda materia, de que ya hemos hablado en los años anteriores.

Más importante es dirigir la palabra a los verdaderos creyentes, en quienes sólo está adormecida la fe, y que todavía tienen por regla el temor de Dios.

A vosotros pues, cristianos casados, digo hoy con la Iglesia lo que se os dijo por el sacerdote al tiempo de uniros en matrimonio: sed santos, vosotros y toda vuestra casa, pues es santo nuestro Dios y Señor. He aquí, hermanos míos, que la obligación os fue intimada con tiempo; mas vosotros la hacéis írrita por preocupación y por descuido.

Dije primeramente, por preocupación; pues no atendéis a que es santo el estado que profesáis. De cualquier modo que se mire el matrimonio, no puede dejar de confesarse santo; y si él es santo ¿con qué honor, y con qué reverencia no debe tratarse una cosa santa? ¿Se llenará esta obligación con sólo recibir santamente el sacramento? No, hermanos míos, "Esta es la voluntad de Dios, dice San Pablo —vuestra santificación— absteniéndoos de toda impureza, y sabiendo guardar cada uno su cuerpo en santidad y en honor". En una palabra, durante todo el curso de la vida, nada es permitido que sea contra la santidad del matrimonio, o contra la modestia cristiana. Repito, que no todo es permitido a los casados: tened siempre presente esta máxima, para saber arreglar la vida conyugal bajo los sabios consejos de un varón prudente, y para evitar tántos crímenes horrendos que se cometen en el matrimonio, y que son causa de condenación para tántas almas. No permita Dios que jamás ofenda yo vuestros oídos, ni profane este lugar, con enumeraciones que sólo pueden pasar en el silencio del tribunal de la penitencia. Pero

¿cuántos hay que se creen en seguridad de conciencia, hallándose cargados de delitos, cuyo peso los agobia hacia el infierno y ¿cuántos que se lisonjean de vivir según Dios porque no son infieles, y mancillan todos los días la santidad del matrimonio? Cada uno examine su conciencia, sin sofocar los remordimientos: observe su propia conducta a la luz indefectible de la eternidad; y entonces conocerá que para llenar la obligación de vivir con santidad en el matrimonio, es preciso imitar el ejemplo de Zacarías y de Isabel. "Ambos, dice el Evangelista, eran justos a los ojos de Dios, guardando, como guardaban, todos los mandamientos y leyes del Señor irreprensiblemente". (Luc. I, 6).

Véase ahí en lo que consiste la santidad de un matrimonio. No sólo eran aceptos a los ojos de los hombres por la exterioridad de su vida, sino que el mismo Dios los hallaba justos: **Erant justi ambo ante Deum.** No contentos con llenar los deberes generales de todo fiel, eran puntuales en todo lo relativo a su estado, en la adversidad y en la prosperidad, teniendo siempre gran celo por la salvación de sus almas: **Incedentes in omnibus mandatis et justificationibus Domini.** En ayuno y en mutua exhortación, en vigilancia y oración, ofreciendo sacrificios en el templo, suspiraban por gozar de Dios, usando de este mundo como si no lo poseyesen. Así vivían estos grandes santos y perfectísimos casados; así vivían los primeros cristianos, que procuraban imitar las vidas de los santos como reglas seguras; pero hoy que se quiere escribirlo todo, hasta la moral y la fe, ni se cree nada, ni se observa nada.

Dije también, por abandono —Y a la verdad, hermanos míos, ¿qué otra cosa podemos pensar de vosotros, cuando se os ve siempre afanados por los intereses temporales del matrimonio; a las mujeres, casi olvidadas de sí mismas, por parecer bien y no ser menos que las otras, mientras que sólo el interés del alma, el adorno de la gracia, y el servicio de Dios no merecen de ellas cuidado alguno ni atención? ¿Qué hemos de decir sino, que olvidados de que el estado es santo, y que la voluntad de Dios es que os santifiquéis en él, abandonáis al Señor que es fuente de aguas vivas, y dador de todo dón perfecto, para seguir los placeres de la tierra, inflados con la vanidad del mundo? Esta es una especie de indiferencia práctica acerca de la religión, que si no se extiende a las creencias y profesión de las verdades reveladas, las mina sin duda sordamente; porque en cuanto está de su parte imitan los cristianos casados a los incrédulos, no dejando más diferencia entre su vida y la de éstos, que la explícita negación de los misterios.

¡Lamentable ceguedad! ¡Y qué triste es el estado a que ella reduce a esos infelices, haciéndolos inútiles para sí mismos, para sus hijos, para su familia, para sus prójimos; inútiles para Dios, cuya voluntad resisten; inútiles para todo bien; aptos sólo para el mal, para aumentar los escándalos en el mundo, para hacer desaparecer de él la fe; cabiéndoles de este modo, como a los judíos que crucificaron a Jesucristo Nuestro Señor, el triste y desventurado oficio de ser los instrumentos de la iniquidad, en el cumplimiento de las profecías? Cada uno examine su conciencia, sobre la perpetua

omisión en que hoy se vive acerca de los deberes de la religión, y juzgue si sus obras pueden darle alguna esperanza fundada de salvación.

Vengamos ahora a la importante obligación de la fidelidad conyugal. Ella es el más esencial de los deberes de un consorte para con el otro, y el objeto directo de la solemne promesa que se dieron el unirse. Los mismos libertinos, que violan esta preciosa y delicada virtud, que se ven obligados a respetarla, porque su mérito es tan eminente que brilla hasta a los ojos de los ciegos. ¡Extrañas contradicciones las de los juicios del mundo corrompido! Ríese de la virtud, pero estima a los que la practican; acaricia al vicio, y no obstante menosprecia a los que se manchan con él; tiende lazos a la fidelidad, y vitupera con execración a los que la violan. De esta suerte, la virtud conyugal es sobre la tierra como una soberana destronada, a quien quedan pocos súbditos fieles, pero que conserva al mismo tiempo todos sus honores; cuyo poder se halla abatido, mas sin perder su majestad el prestigio; que no tiene quién la obedezca, y es con todo reverenciada hasta de los mismos rebeldes.

¿Y quién creyera, pregunta San Juan Crisóstomo, que se hallasen infidelidades en los matrimonios cristianos, cuando el fuerte vínculo de la religión debiera reprimir a los casados para no cometerlas? Se encuentran sin embargo, dice este Padre, porque olvidados ellos del temor de Dios por falta de piedad, la rebeldía de la carne se sobrepone a la ley del espíritu. Sí: ésta es la causa de que se empleen arbitrios para agradar a otros que a los propios esposos; de que se haga un tráfico de la

noble prenda de la fidelidad, para satisfacer deseos criminales; de que se llegue hasta el extremo de dar frutos que no pertenecen a la unión conyugal. Y no es sólo la miserable debilidad del sexo frágil, dice San Cipriano, la que mancha tan feamente el lecho nupcial. Es todavía más general el desorden de parte de los maridos, principalmente entre aquéllos cuya fe enferma no es ya para su conciencia esa luz viva que descubre hasta los menores defectos; pues de tal manera la deja adormecida, que llega a reputar como una especie de castidad el no multiplicar sus excesos con una liviandad vaga y siempre activa: **Quasi genus est castitatis, uxoribus paucis esse contentum, et intra certum conjugum numerum fraena libidinum continere.** ¡Oh abominaciones! ¡Y se cometen por cristianos y por cristianas, y no se teme sonrojar a los mismos cielos con ellas! ¡Qué! ¿Porque Dios las ve y las sufre, son menos criminales, llevan consigo menos títulos para atraer sobre la tierra los castigos de Sodoma y Gomorra?

Suspendamos unos pormenores que mancillarían la castidad de la palabra divina. Pero permitidme que pregunte a los infieles ¿por qué no tienen rubor de prevaricar? ¿No les es bastante, dice San Juan Crisóstomo, cuanto a su debilidad concede el matrimonio para remedio de la incontinencia? ¿Cómo se atreven a arrebatar lo que no les pertenece? ¿No han oído que Jesucristo condenó hasta una sola mirada con deseo prohibido? Desde luego son pocos los que se atreven a despreciar esta doctrina; pero muchos los que la ultrajan con sus obras; muchos los que temen parecer culpables delante de los hombres, y no se recelan siquiera de que

Dios los ve, y de que en el día último han de aparecer con toda la vergüenza de su infidelidad. Si a lo menos, al cometer sus delitos en oculto, reflexionasen en las deplorables consecuencias que les acarrean para el tiempo y para la eternidad, conocerían la enorme deformidad de ellos, y huirían luego del pecado, como se huye a la presencia de una culebra, según la expresión de la Escritura. Harían más todavía: suspirarían entonces por hacerse dignos de las bendiciones que Dios tiene prometidas a los esposos que viven en amor, en paciencia, en santidad, y en fidelidad inviolable.

Pero yo me regocijo, hermanos míos, en este momento, con una dulce esperanza que inunda mi alma de indecible consuelo, al considerar que si hay escándalos, también hay ejemplos de virtud conyugal; y que éstos, más bien que mis palabras, serán un móvil poderoso para enderezar a los que van desviados del camino del cielo.

SERMON

PARA LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA
SOBRE EL MATRIMONIO.
DE LA OBLIGACION DE EDUCAR CRISTIANAMENTE A LOS HIJOS.

Et vos, patres... filios vestros educate in disciplina, et correptione Domini.

Y vosotros, padres, educad vuestros hijos, instruyéndolos y corrigiéndolos según el Señor.

(Ephes. VI, 4).

Hay una necesidad en todos los siglos y en todos los pueblos, digna de ser mirada con el más cuidadoso esmero, y con una atención especial, porque de ella dependen la dicha o la infelicidad de los individuos, de las familias, de las naciones mismas. Hablo, hermanos míos, de la educación religiosa de los hijos, que es el lazo que une a los hombres, a los pueblos y a las generaciones que se suceden. Entre los infinitos males que el filosofismo ha causado y sigue causando entre nosotros, debe enumerarse como mayor y de una influencia más general y perniciosa, el de haberse casi olvidado la educación religiosa de la juventud. Se ha pensado en hacerla razonadora: se la ha querido formar a un mismo tiempo, en las lenguas, en la filosofía, en las ciencias

exactas, en la política, en el arte difícil de curar, y qué sé yo en cuántos más ramos del saber humano; pero la ciencia de las ciencias, la que forma el corazón, la que enseña los deberes, la que hace del hombre un sér prácticamente racional, llenando todas sus obligaciones por conciencia; la moral cristiana, hermanos míos, inseparable de todo el conjunto que compone el sistema del Evangelio, es apenas mirada como una cosa que puede ser útil para la gente rústica, privada de la ciencia del cálculo, y de las maneras y conveniencias de la sociedad culta. Yo no me asombro de que ésta sea la opinión de los filósofos de nuestro suelo, porque en todo el mundo lo que se llama filosofía no es más que abuso de la filosofía y sistema de error. Pero que los padres de familia que profesan el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, que se dicen hijos de la Iglesia católica, sigan el mismo error, ya prácticamente por abandono, ya con sistema fijo, es cosa, señores, que apenas puede concebirse. Con todo, es cierto que así sucede: lo vemos, lo palpamos, lo lloramos, y después de gemir delante del Señor, sólo puede consolarse nuestro ministerio, subiendo a la cátedra de la verdad, para anunciar a estos padres desnaturalizados sus maldades, y para reprender sus pecados.

Ved, hermanos míos, que sin rodeos ni artificios os digo desde el principio de mi discurso el grande y delicado asunto con que voy a ocupar vuestra atención en esta tarde. Embarazado con la importancia y extensión de la materia, al formar mi plática anterior sobre los deberes de los casados, conocí muy bien que aun no alcanzaría en una sola a desenvolver el gravísimo asunto del deber

de la educación religiosa de los hijos: y no sé si temo más no poder llenar cumplidamente mi ministerio en este día, o no alcanzar a decir lo bastante, para despertar a los padres de familia del profundo letargo en que viven en el presente siglo, acerca de la primera y más esencial de sus obligaciones. Mas sea de esto lo que fuere, yo no diré hoy cosa alguna que no esté fundada en la Santa Escritura, en los Padres, y en la enseñanza de la Iglesia. Disgustaré sin duda al filosofismo, amargaré a muchos que viven en una falsa tranquilidad, y no pocos se burlarán de mis palabras; porque ciertamente ellas no pueden ser de la aprobación del tolerantismo o indiferencia absoluta en materia de religión. ¡Feliz, mil veces feliz, si el ministerio que ejerzo logra hoy este fruto!

No hablo exaltado: ni quiera Dios que yo venga jamás a ponderar los pecados de mi pueblo, para tener el torpe placer de reprenderlo. Hablo alarmado sí, por la inmoralidad que crece cada día con las nuevas generaciones, y amenaza a la religión, a la patria, a las familias y a los individuos. Nuestra sociedad, digámoslo con franqueza, está enferma, y lo está precisamente por la mala educación, por la falta de educación cristiana, por las doctrinas subversivas que la ganan como la gangrena. Esta es la verdadera llaga de la patria; mal que la mina, que la destruye, y que acabará por reducirla a un esqueleto, —única cosa que quedará— cuando se evapore la corrupción que la mata.

Porque al mismo tiempo que vuelan por todas partes los libros irreligiosos que introduce la criminal codicia de los mercaderes, la parte religiosa de la educación de nuestra juventud es tan

superficial, penetra tan poco su corazón, que la moral no tiene en ella ninguna garantía de permanencia. Tanto en la educación pública, como en la doméstica, hay prácticas piadosas, pero de rutina, sin que hagan sentir esas profundas sensaciones que duran por toda la vida, y que sólo se causan por el ejercicio del corazón en la virtud, sostenido por el ejemplo de los padres y maestros, y animado por una fe viva y eficaz. Mas ¿quiénes son los que así desempeñan el alto y honroso magisterio de la infancia y de la juventud? ¿Dónde están los padres de familia que cuidan las semillas de la fe y de la piedad en los corazones de sus hijos, como la parte más preciosa de su vida, de la vida racional? ¿Dónde hallaremos padres, cuyo celo los constituya en pastores vigilantes de sus hijos, para separarlos de las garras de los lobos que los pueden devorar, y para alimentarlos con el pasto de la divina enseñanza del Evangelio? Bien sé que no ha desaparecido enteramente la fe de la tierra, y que le quedan todavía amigos fieles a la virtud. Pero ¡qué corto es su número! ¿Y qué son unos pocos hombres piadosos, para corregir el mal sólo con su ejemplo? Según van las cosas, hermanos míos carísimos, nos perderemos sin remedio, nos hundiremos en el abismo de la corrupción a que nos arrastra precipitadamente la irreligiosidad práctica y sistemática en que se educa nuestra juventud: todo perecerá en nuestro suelo: Religión, Patria, instituciones de todo género, nada quedará cuando acabe de desencadenarse el impetuoso filosofismo, que tiene ya ganado un gran dominio entre nosotros. ¡Qué porvenir tan triste, tan horroroso, el que se ofrece a mi imaginación!

Y bien, ¿quiénes son los que pueden poner un dique a este torrente devastador? No me digáis que el Pastor y sus zagales: no invoquéis el oficio de los sacerdotes. Reconocemos desde luego sin dificultad que tenemos una inmensa responsabilidad delante de Dios, si no levantamos nuestra voz, si no la hacemos resonar como la trompeta, para amonestar, reprender y corregir; mas al mismo tiempo nos damos a nosotros mismos el testimonio, de no haber cesado de clamar constantemente contra la impiedad; de haber dado siempre el alarma contra sus continuos y atrevidos embates. Así, pues, como el mal proviene, hermanos míos, de la educación doméstica y de la educación pública; y de que en una y otra se cuida mucho de lo transitorio, y se abandona el único necesario, la religión, la moral, la felicidad eterna de las almas; a los padres, y a todo maestro y superior que participan de la paternidad, es a quienes especialmente incumbe esta obra de educar a los hijos instruyéndolos y santificándolos en el Señor; y así a todos ellos digo con el Apóstol: **Et vos, patres, filios vestros educate in disciplina et correptione Domini.**

He aquí en estas palabras de San Pablo resumido cuanto hay qué decir sobre la educación religiosa de los hijos. Y para fijar claramente el asunto de mi discurso, digo: que la educación religiosa es necesaria; y que ella debe ir acompañada de condiciones indispensables. Os hablaré, pues, de la necesidad y de los medios de la educación religiosa. —Imploremos los auxilios de la gracia.— **Ave, Maria.**

I.

Educar los hijos solamente para la vida natural, es lo que hacen hasta los mismos brutos desprovistos de razón: educarlos también para la vida social, lo hacen los infieles que carecen de las luces de la fe: educarlos para Dios y para su Iglesia, es el deber más importante de un padre cristiano. Si la razón le hace conocer la necesidad de una educación civil, que les dé la capacidad de llenar los empleos del mundo, la fe, elevando sus miras a lo alto, le hace sentir la obligación de una educación cristiana que los habilite para cumplir con los deberes de la religión, y para servir a su Creador. Porque ¿qué es lo que un padre da a su hijo? Nada más que la vida natural; pero esta misma, y toda su existencia la debe sólo a Dios. "No soy yo, no, decía a sus hijos la generosa madre de los Macabeos, quien os ha dado el espíritu que os anima, ni la vida de que gozáis. No he formado vuestros miembros; ignoro aun el modo como aparecísteis en mi seno. El Creador del mundo, autor de todas las cosas, es quien da sér al hombre y le hace nacer". Sí; El es quien le inspira ese soplo de vida, y quien haciéndolo a su propia imagen y semejanza, lo constituye rey en la tierra y poco menos que los espíritus celestiales. El cuerpo de pecado, según la expresión del Apóstol; ese cuerpo manchado con la culpa original, que infesta al alma, y que mantiene una guerra constante contra el espíritu; he aquí el funesto beneficio que un padre da a su hijo, considerándolo sin relación a la vida religiosa.

Pero yo me represento a Jesucristo Nuestro Señor, Padre universal de los hijos de los cristianos, que al momento que el infante sale de las aguas del bautismo, dice a sus padres, como la hija de Faraón cuando sacó a Moisés de las aguas del Nilo: Recibid este niño que acaba de renacer por la gracia; educádmelo, que yo os daré la recompensa. Yo os lo confío, porque nadie en la tierra podrá tener, ni más ternura, ni más autoridad, ni más interés para obrar su felicidad que vosotros, que habiéndolo engendrado en pecado, lo recibís ya limpio de esa mancha y enriquecido con el celestial sello de hijo de Dios. Tal me parece ser el lenguaje sublime de la religión cada vez que regenera a los hijos de los hombres en las aguas del bautismo. No espera la Iglesia a que los niños hayan llegado a la edad perfecta, sino que desde la misma infancia los llama, los doctrina, los corrige, los encamina por las sendas del Señor. **Venite, filii audite me: timorem Domini docebo vos.** (Ps. XXXIII, 12).

Y ciertamente, cuando no tuviéramos un precepto divino tan estricto de educar religiosamente a los hijos, la misma naturaleza de la condición del hombre lo impondría, pues teniendo la religión y la moral una conexión esencial, no puede enseñarse ésta sin inspirar aquélla.

De aquí es que los principios religiosos en la educación son útiles aun para facilitarla. Porque si se desea ser francos y sinceros a los niños, para mejor dirigirlos conociendo sus verdaderas disposiciones, es preciso persuadirles que sus palabras y hasta sus pensamientos son conocidos de Dios; si se quiere que sean dóciles a las diversas lecciones con que se les instruye, es necesario que un

motivo superior y eficaz obre en su espíritu, cual es el conocimiento de que la autoridad con que se les enseña tiene su origen en Dios; si se aspira a que la gratitud y el reconocimiento, o mejor dicho el amor, sea en ellos el móvil de sus acciones para guiarlos por una obediencia voluntaria, es indispensable comenzar por encender en sus corazones el amor a Dios, como a su Creador, conservador, benefactor, remunerador y Señor universal, cuya voluntad debemos hacer en todo. De esta manera, presidiendo la religión los primeros sentimientos de la naturaleza, los dirige, los purifica, y los eleva tanto sobre las pasiones, que la rebeldía de éstas no puede alcanzar triunfo.

Ahora bien, señores, extendiéndose más allá de la infancia esta saludable influencia de los principios religiosos, presentarán ellos en toda la duración de la vida el más poderoso resorte que concebirse pueda para practicar la virtud. Observemos que la ley divina, para conducir a los hombres al bién, reúne en su objeto todos los géneros de universalidad: la universalidad de las personas; porque desde el espíritu más simple e inculto hasta el genio más vasto y profundo, todos pueden conocerla igualmente y sentir la necesidad de conformarse y someterse a ella: la universalidad de las acciones; porque no hay virtud que no prescriba, ni perfección que no aconseje; vicio que no condene, ni crimen que no castigue: la universalidad de las circunstancias; pues que ella sigue al hombre en todas las vicisitudes de la vida, manda a todas sus acciones públicas o secretas, penetra hasta el pensamiento, y no contenta con vedar el pecado, encadena la voluntad, sofoca los malos de-

seos, y echa fuéra del alma toda idea menos recta. Y como la educación religiosa no es otra cosa que ejercitar al tierno niño en la veneración y guarda de la ley divina, resulta de aquí que semejante educación hace que todos los deberes civiles o domésticos, asociados al cumplimiento de la ley divina, se sostengan por ella y adquieran un vigor que no puede darle sino la conciencia, dentro de cuyo santuario vela la Religión por sus propios intereses, por los de la Patria, y por los del mismo individuo.

¿Quién creyera, hermanos míos, que unos principios tan claros, tan perceptibles, hubieran de ser desconocidos por los hombres? ¿Y no como quiera por los hombres comunes y de pocos alcances, sino por aquéllos que mejor dotados por la Providencia, se denominan ellos mismos filósofos, y se creen llamados a arreglarlo todo sin Dios? Así es, sin embargo; pues la incredulidad, cubriéndose con el manto de la filosofía, pretende que no se hable de Dios a los niños en sus primeros años: dice que la educación religiosa debe reservarse para la adolescencia, es decir, para aquella edad llena de peligros y de ilusiones, en que el joven comienza a reclamar ciertos derechos, y las pasiones a ejercer su funesto influjo.

¡Oh incrédulos, hombres de pecado, y falsos políticos! ¿Quién será bastante necio para no percibir a primera vista el interés que os inspira semejante pretensión, semejante lenguaje? A imitación de aquellos insectos devastadores de los jardines, que destruyen las plantas cortando bajo la tierra sus raíces, vosotros también, para facilitar y llevar a cabo vuestros planes destructores de la

religión, aplicáis a su raíz vuestros mortíferos dientes.

No lo dudéis ni un solo instante, hijos míos. Así es como intenta la falaz filosofía desecar en los corazones la santa piedad, que tan fuerte resistencia opone a sus doctrinas y lecciones: ella quiere que sea entregada absolutamente a su enseñanza seductora, a sus ejemplos todavía más seductores, y a merced de las propias pasiones, una juventud sin principios y sin experiencia; una juventud tan vacia de conocimientos que la ilustren, como incapaz de razonamientos que la defiendan contra sí misma y contra los que la seduzcan y embauquen: ella se desvive por adueñarse de la juventud en esa edad crítica y peligrosa, para hallársela más susceptible a sus insinuaciones, más dócil a sus exhortaciones, más obediente a sus mandatos, más complaciente a los escándalos, más fácil de ser corrompida bajo de todos respectos: en una palabra, ella tiene en mira arrebatar la religión a la infancia, para que no la adquiera jamás; y el verdadero objeto que se propone en no hablar de Dios en la primera edad, es el de preparar de este modo la guerra contra Dios en la edad posterior.

Pero ¿no es cierto que abandonada, o por lo menos descuidada la educación religiosa en la primera edad, y una vez pasado aquel tiempo precioso, que es el de aprender la religión, ya después las mismas necesidades de la vida y otras mil cosas impiden al hombre formar su corazón? No hablemos de la clase menesterosa que necesita de todo su tiempo para ganar la vida: aquellos mismos que viviendo en medio de las comodidades están en aptitud de gozar mejor del tiempo ¿qué es

lo que pueden hacer para este altísimo deber de formar su corazón, en una edad que es propiamente la de su entrada en el mundo, es decir, en aquel teatro donde todo ha de seducirlos y encantarlos, donde los buenos ejemplos, si existen, son apenas como pequeños destellos en lóbrega noche, y donde la religión ocupa el ínfimo lugar, como colocada allí para recibir, en vez de homenajes, miradas de desprecio? No obstante, quiero suponer que en medio de la agitación de aquella edad, y de las distracciones que por todas partes le ofrece el mundo, alcance a sonar en los oídos de los jóvenes el lenguaje de la religión. Pues entre este severo lenguaje, desconocido para ellos, y las máximas seductoras del mundo; entre los bienes lejanos del cielo, de que no tienen sino una vaga idea, y los placeres de la tierra que están gozando; entre las privaciones que impone la ley divina, y los goces multiplicados que lisonjean las pasiones; en tal situación, ¿por qué lado se decidirán quienes no han alimentado en su alma desde la infancia las ideas de Dios, de la conciencia, de la eternidad? Bien pudiera yo apelar aquí a vuestra propia experiencia para que me respondiéseis; pues por el abandono en que se halla, tántos años há, la educación religiosa, estáis viendo y palpando hechos semejantes a la suposición sobre que reflexiono; y ojalá que vosotros mismos no hayáis tenido que sufrir en vuestra propia familia los terribles efectos de la falta de religión en la juventud. Pero quiero más bien continuar mis reflexiones, contrayéndome a las circunstancias peculiares de la edad.

Y ciertamente, hermanos míos, yo no alcanzo a comprender cómo haya quién pueda imaginar

que en la edad de las pasiones, y de pasiones tanto más fogosas cuanto que comienzan entonces a fermentar, tanto más activas cuanto que las excitan los ejemplos, tanto más ciegas cuanto que parecen autorizadas por muchos usos recibidos; que en esta edad, digo, tengan poder alguno discursos puramente metafísicos sobre los inconvenientes del vicio; pues las inclinaciones de la naturaleza, aguijoneadas así por tántos incentivos, no llegarán jamás a reprimirse por meros cálculos de utilidad. Es preciso hallarse fascinado por la incredulidad para pensarlo, para afirmarlo y enseñarlo. Si jóvenes educados con esmero en los principios de la religión, fortalecidos con sólidas instrucciones, y penetrados del amor de Dios, experimentan una guerra continua de tentaciones de toda especie, ¿qué será de los que llegan a esa edad crítica, sin haberse precavido contra los peligros con los sagrados documentos de la religión? El Espíritu Santo tiene declarado lo que les sucederá: "Los vicios de su mocedad penetrarán hasta la médula de sus huesos —y le seguirán hasta el polvo del sepulcro". **Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiae ejus, et cum eo in pulvere dormient.** (Job. XX, 11).

Sin embargo, contra verdades tan luminosas contra la evidencia de los hechos, alegan los filosofistas, para oponerse a la enseñanza de la religión a los niños, que la infancia concibe siempre ideas groseras de la Divinidad, y que en lugar de hacérseles cristianos, se les haría antropoteistas. Si semejante argumento fuera sugerido por la buena fe, bastaría para refutarlo la consecuencia misma que de él se seguiría, conviene a saber, que siendo el vulgo siempre infante en esta materia, sería

también preciso privarlo de toda instrucción religiosa; y yo ignoro si ha habido hasta ahora hombre que haya osado afirmar seriamente un absurdo tan perjudicial y tan monstruoso: los mismos ateos que anegaron la Francia en sangre reprobaron un error de tal enormidad, no sólo en sus leyes sobre el culto cristiano, sino hasta en el delirio del culto de la teofilantropía. Pero ¿cuál es el mál que puede resultar de que la infancia no tenga en sus nociones religiosas, ni la exactitud del teólogo, ni la claridad del hombre versado en las letras? La fe es tan simple para el sabio como para el ignorante: para el rey como para el pastor; y el pontífice y el más humilde cristiano no creen de diverso modo. Todo vendría a parar en que el niño no tiene los motivos o fundamentos de credibilidad que posee el hombre ilustrado y reflexivo; que no sabrá toda la economía de la religión, de cuyo conocimiento necesita el teólogo para enseñar; pero creerá simplemente y con humildad, apoyado en la autoridad de sus padres, en la de sus maestros, y en la de la sociedad entera pues el testimonio doméstico, el público del magisterio, y el alto y venerable del culto, tienen sobre él tánta fuerza, como la que ejercerían en un hombre de letras y de talento despejado los sublimes escritos de los más grandes apologistas de la religión. ¿Y qué nos importa que el niño se convenza y llene su alma con los sentimientos de la religión, sólo por la autoridad, o que lo consiga por otros medios más científicos? Mas en último análisis, la autoridad es siempre la que obra en todo caso; con la diferencia que el niño se somete a una autoridad más directa, y el hombre formado la acepta

por medios o motivos más dilatados por el examen. Entre los dos, no será más religioso, ni por consiguiente más moral, el que tenga más numerosos motivos para creer, sino aquel que creyere la verdad revelada con mayor humildad, y la practicare con mayor fidelidad. Lo esencial es conocer a Dios por aquellas propiedades o atributos que tienen relación con nosotros, venerar su omnipotencia, honrar su santidad, adorar su sabiduría, bendecir su providencia, temer su justicia, y amar su bondad. ¿Y cuál es el niño, por rústico que se le suponga, que no conciba estas ideas, y no experimente en su alma las emociones que ellas excitan? Pues a estas mismas ideas pueden reducirse las emociones generales sobre los misterios que da el catecismo, y los principios de moral que comprende.

Lejos de ser impropia la edad de la infancia para enseñar la religión, es por el contrario el tiempo más favorable de la vida para hacer conocer, amar y practicar las santas reglas que ella nos impone. Preguntad a los hombres experimentados en la ardua empresa de una buena educación, a los padres de familia vigilantes, que saben aprovechar los días y los momentos para formar el corazón de sus hijos. Ellos os dirán que en la edad tierna es cuando los principios de la fe y de la moral se graban más profundamente en la memoria; cuando las verdades cristianas hieren más vivamente el espíritu; cuando los tiernos afectos de la piedad conmueven más poderosamente el corazón. Ni puede ciertamente ser de otra manera. Porque si esa edad no es el tiempo de la reflexión, sí es el de la docilidad. Todavía sin hábitos buenos ni malos, un niño es como una cera blanda dispuesta a recibir

la forma que se le dé: su corazón puro comienza a ejercitarse amando al Creador, y esto sólo basta para dejar en él con este sentimiento, el más noble y grande que puede concebirse, el origen fecundo de mil acciones buenas; su alma inocente tiene entonces la dicha de usar de sus potencias conociendo la verdad, practicando la regla de las costumbres, y aborreciendo el vicio. Así nos lo enseña el Espíritu Santo, mandando instruír y corregir al niño desde la infancia, porque pasado ese tiempo se endurecerá, no creerá a su padre, y vendrá a ser para éste un objeto de amargo dolor. ¡Oh hombres ciegos, seducidos por los engañosos sistemas de una falsa filosofía! En vano esperaréis morigerar a vuestros hijos, cuando habiendo ignorado en la infancia los principios salvadores de la religión, se hallen ya agitados por la efervescencia de la juventud: en vano pretenderéis entonces apartarlos del vicio, inculcándoles la justicia de Dios que no han conocido; pues no les fueron enseñados los preceptos divinos cuando su corazón no tenía interés en que fuesen falsos, y corrompido ya luégo, ciego y lleno de hábitos malos, será preciso nada menos que un milagro de la Providencia para mudarlo.

Concluyamos, pues, hermanos míos, por reconocer como una verdad incontrovertible, indudable, sancionada por todos los siglos y todos los pueblos, e indestructible por los sofismas de la incredulidad: que es no solamente útil, sino también absolutamente necesario el que la educación sea religiosa desde la infancia; para que, desarrollándose la razón bajo la tutela de la fe, se identifiquen los primeros juicios y razonamientos del

hombre con los primeros actos religiosos nacidos de la misma fe. Porque, una vez que las enseñanzas de ella hayan caído en los espíritus inocentes, cual preciosas semillas en tierra virgen, germinarán allí antes que nazca la cizaña de las pasiones, echarán profundas raíces, y llevarán con el tiempo frutos abundantes de virtud. Sólo así puede haber verdadera moral privada y pública: todo lo demás es fiar la dicha de los pueblos y de los individuos a la merced de las pasiones, siempre impetuosas y malignas cuando desde la infancia no se ha aprendido a sujetarlas. Pero para ello es también indispensable que a la educación religiosa se unan la instrucción, el ejemplo, la vigilancia, y la corrección: medios de hacer efectiva la buena educación, y que recorreré brevemente en la segunda parte de este discurso.

II.

Al considerar a un niño que comienza a usar de su razón, hallamos: que él necesita ante todo conocer sus deberes; y esto se consigue instruyéndolo: que ha menester confirmarse en la práctica de estos deberes, o lo que es lo mismo, recibir estímulos que se la faciliten; y el ejemplo se lo allana todo: que le es preciso verse libre de los peligros que rodean su inexperiencia y su debilidad; y la vigilancia se los aleja: en fin, que tendrá de enmendar las faltas inevitables de su fragilidad; y la corrección las castiga y las evita para lo sucesivo.

Pero cuando coloco la instrucción por primer medio de la educación cristiana, no pretendo por

cierto que se haya de enseñarlo todo a la juventud, procurando llenarla de nomenclaturas, de generalidades, y de índices de libros; que es el gran vicio que hoy reina, aun con relación a lo más profundo de las ciencias profanas, y que desnaturalizando la noble institución del magisterio público, colma de males a la sociedad, sin darle un solo bien. La religión, infinitamente sabia como su Autor, lo que quiere es que nada se ignore de las relaciones que hay entre el Creador y la criatura; pero deja en plena libertad al hombre para que, después de adquiridas las nociones religiosas que le da, añada a ellas, si le place, con el estudio y la meditación, cuanto pueda ayudarle a considerarlas bajo diversos aspectos, y a descubrir más y más sus bellezas; que tal debe ser, en último resultado, y no otro, el fin de toda ciencia. Hablo, pues, de la instrucción bajo este punto de vista general, pero contrayéndome por ahora a su base y fundamento, que es la instrucción religiosa.

Cuando el Señor dió a Moisés su ley santa para promulgarla al pueblo hebreo, no encargó sino que se trasmitiese de generación en generación, haciendo de cada padre un maestro y un pastor: **Docebis ea filios ac nepotes tuos.** (Deut. IV, 9). De aquí deberemos deducir, que los padres están obligados a enseñar a sus hijos el dogma y la moral; lo que deben creer y lo que deben practicar. Sin duda no hay quien no convenga en esta máxima; pero que en realidad se observe, como es debido, es cosa que no vemos, y cuya omisión llena de amargura a los corazones cristianos. Nada más común que juzgar haber llenado un deber tan importante, con hacer repetir de memoria a los niños el símbolo

de la fe y algunas partes del catecismo. Esto no es enseñar instruyendo: es sólo dar nociones vagas, que se repiten, pero que no se entienden; que se pronuncian con los labios, pero que no entran en el espíritu y en el corazón. Instruír en la religión, es explicar y desenvolver lo que la doctrina encierra para que las verdades santas penetren hasta lo íntimo del espíritu como la lluvia penetra la tierra, y para que sus saludables preceptos vayan a grabarse hondamente en el corazón: es reiterar con frecuencia la misma lección hasta que haya vencido la ligereza de la edad: es, en una palabra, hacer entender lo que se enseña, y amar la verdad y los preceptos que se proponen.

Permitidme preguntaros ahora: ¿desempeñáis de este modo el deber tan sagrado de instruír a vuestros hijos en la ley santa del Señor? ¿Habéis procurado que la creencia de los dogmas cautive perfectamente su asenso? ¿Habéis inculcado en sus almas inocentes los mandamientos de Dios y de la Iglesia, haciéndolos respetar, y mirar su fiel observancia como el deber más esencial del cristiano? No, hermanos mios, no es asi que se obra en nuestros días. Mientras que se desvelan los hombres porque sus hijos recorran las clases de las diversas ciencias, aprendan las artes de recreo, y se ejerciten en los usos de urbanidad y cultura, les dejan abandonar lo único necesario que es la salvación, para la cual es indispensable que sepan su religión. Pero ¿qué digo, su religión? ¿La tienen acaso los que anteponen las cosas vanas y transitorias del siglo, a las sólidas y eternas de la vida futura? San Pablo califica de apóstata al que no cuida de la cristiana educación de sus hijos; y yo

no dudo repetir con el grande Apóstol, que quien no enseña la religión a sus hijos, ha negado la fe, y aun se hace peor que el infiel: **Si quis suorum, et maxime domesticorum, curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior.** (I. Timoth. V, 8) Así, pues, perdidos son tántos afanes como tomáis, para que vuestros hijos sean grandes letrados, hombres distinguidos en el mundo, hábiles en todo género de conocimientos, si al mismo tiempo les dejáis ignorar los misterios de la religión y sus preceptos: no hacéis en ello otra cosa que inutilizarlos para Dios, para sus semejantes, y para sí mismos en sus propios estudios: **Inutiles facti sunt in studiis suis.** (Rom. III, 13): aprenden el mal, y no hay entre ellos quien haga el bién, no hay uno solo: **Non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.** (Ps. XIII, 3).

Pero de todas las lecciones que podéis dar a vuestros hijos, la primera, la principal, la más meritoria, la más eficaz, es vuestro ejemplo. En todos los tiempos se ha reconocido, y lo enseña San Agustín, que hace más impresión lo que se ve que lo que se oye: las palabras dan idea de la obra, el ejemplo presenta la obra misma: los discursos pueden persuadir, el ejemplo arrastra. Ahora bien, en ninguna edad obra con más eficacia el ejemplo, que en la infancia; porque los niños son de suyo imitadores, y lo son, por la debilidad de su razón, y porque Dios los ha hecho así para que se instruyan por el lenguaje de los hechos. ¿Y cuál más poderoso que el de la vida de los mismos padres, en quienes la autoridad más dulce y más venerable reúne cuanto pueda apetecerse, para la instrucción, para la exhortación y para el estímulo? Ternura,

respeto, razonamientos, el hábito mismo, todo conspira a persuadir al niño que es legítimo cuanto ve en sus padres: por sentimiento y por convicción se cree libre de toda falta cuando obra como ellos. El más sabio de los hombres declara que por el ejemplo se instruyó en la virtud: **Quod quum vidissem, posui in corde meo:** (Prov. XXIV, 32). Que vuestros hijos os vean observar los preceptos de Dios y de la Iglesia, y ellos los guardarán también: que vean en vosotros la piedad ejercitada, y ellos también la practicarán. Vuestra caridad los hará caritativos; vuestra humildad, humildes; vuestra fidelidad a los deberes paternales, los hará exactos observantes de los deberes filiales. ¡Oh! y qué espectáculo tan tierno, tan edificante, presentaría la casa de un padre de familia, que pudiera decir a sus hijos, como San Pablo a sus discípulos de Corinto: "Sed mis imitadores, como yo lo soy de Jesucristo!" (1ª Cor. XI, 1).

Confesemos, empero, con dolor, que los malos ejemplos son más comunes que los buenos; y lo que es más deplorable, que tienen mayor eficacia aquellos que éstos. Así es que casi todos los defectos de los hijos vienen de sus padres; porque teniendo siempre a sus ojos un espectáculo inmoral, necesariamente ha de contaminarlos tan maligna influencia. Buscad, si no, hijos sensatos, de padres libertinos; hijas modestas, de madres desenvueltas y vanas. Si hay algunas excepciones, son bien raras, y por lo común vienen de una educación virtuosa recibida lejos de la casa paterna, o más bien son el efecto de la omnipotencia de la gracia, que se complace en hacer ostentación de su benéfico poder, para hacer lucir más la virtud cerca del vicio.

Pero, hablad de buena fe, padres escandalosos, y decidme; si esa elación insoportable, si esa venganza hasta por cosas las más pequeñas, si esa maledicencia de todas horas, si esa desocupación continua y causa de todos los vicios, nacieron con vuestros hijos? —No; que son la copia de vuestro modelo. —¿Por ventura, aquel y aquel de vuestros hijos, vinieron al mundo impíos, rebeldes para con Dios y para con la sociedad, enemigos de la Iglesia, despreciadores de los sacramentos y del sacerdocio? —No; que son la copia de vuestro modelo. —¿ Y esas jóvenes vanas, amadoras de sí mismas y del fausto, tan olvidadas de Dios y de la eternidad, tan entregadas a relaciones peligrosas, y que siempre están pensando en los bailes y en el teatro, las dísteis acaso a luz, oh madres escandalosas, con tales hábitos y disposiciones? —No; que son la copia de vuestro modelo.— ¡Infelices! mejor habría estado para vosotros que os hubieran echado a lo profundo del mar con una piedra al cuello, antes que hubiéseis escandalizado a uno solo de vuestros hijos. Y no aleguéis que no han faltado lecciones de virtud en vuestras familias, y que las habéis exhortado a su ejercicio; porque ¿qué otra cosa han podido hacer unas lecciones frías e informales, que enseñar prácticamente la criminal hipocresía de los fariseos, que dicen una cosa y hacen otra?

Quiero ahora suponer, que con el ejemplo y la doctrina instruís a vuestros hijos en sus deberes. Pero también se necesita cuidar de que los cumplan, y para ello tenéis que emplear una atenta vigilancia, una inspección exacta y continua.

Sin esta asidua vigilancia, para prevenir sus faltas alejando de ellos las ocasiones; para moderar el fuego de las pasiones cortando con cuanto pueda fomentarlas; para evitar, en fin, todo aquello que propenda a imprimir en el ánimo inclinaciones torcidas; no hay que esperar que se conserve esa inocencia del corazón, dote tan inestimable como delicada, y tan importante para la felicidad temporal como para la eterna; dón divino, necesario para progresar en la piedad, necesario para hacer con fruto cualquiera género de estudios, necesario, en fin, para la conservación misma de la salud del individuo. Sin esta asidua vigilancia, la juventud adquiere prematuramente la ciencia del mal, sigue las sendas del error y de la destrucción, se degrada, haciéndose esclava de las pasiones, y encenagándose en el vicio. Desgraciadamente la experiencia nos prueba todos los días que es más común de lo que se cree la pérdida de los hijos, por la falta de vigilancia en los padres. Piensan éstos haber hecho mucho con ciertas precauciones nocturnas; pero, ¿no es evidente que las compañías ordinarias de los hijos, los libros que leen y estudian, los escándalos que se ofrecen a su vista, los deseos antojadizos satisfechos con una condescendencia punible, están testificando otras tantas omisiones de la vigilancia paterna? Y siendo esto así, ¿habremos de extrañar el que los padres sean los últimos que saben los desórdenes de su hijos? Lo que sí debe asombrarnos, y mucho, es que aun después de conocer faltas graves, y hasta escandalosas, no se piense siquiera en corregir ni en castigar.

Y sin embargo, advertir, amonestar, corregir y castigar, son cosas esencialísimas en la educa-

ción. Nada hay más expreso en las Santas Escrituras, que el deber de la corrección que tienen los padres y superiores: a cada paso inculca el Sabio las ventajas de la corrección, y las funestas consecuencias de la impunidad. Si no hay poder alguno sobre la tierra, cuya autoridad no se sostenga por las correcciones y castigos, ¿cómo será posible que la autoridad paterna haga eficaces sus instrucciones para la observancia de la moral, si los transgresores quedan impunes? La edad de la niñez no es susceptible de reflexiones, ni obra en ella el amor de una manera constante. El temor es casi siempre el único principio que la reprime para no desviarse, y es tanto más necesario en la juventud, cuanto que ella ha menester de más fuerte freno. No obstante, este temor no existe, y no dudamos asegurar que la indulgencia habitual de los padres es la causa más común de la relajación de sus hijos; aunque aquéllos no dejen nunca de atribuír el mal a otras causas diversas, y no a las ocasiones que por negligencia no evitaron, ni a los desvíos que por flojedad no corrigieron. Padres hay, entretanto, y no pocos, que se irritan, y tal vez hasta un arrebatamiento inexplicable, por ciertas faltas de sus hijos en materias que no tocan sino a intereses temporales; pero en aquellas otras faltas que son contra la piedad y la religión, pasan por encima, si es que llegan ellas a parecerles siquiera reprensibles. He aquí un origen fecundo del desorden de las costumbres: disimúlanse las faltas contra la religión, pónese así a Dios en menosprecio, olvídase de todo punto su santo temor; y una vez perdido el temor del Señor, ya no hay probidad, no hay recato, no hay moral, no hay virtud alguna.

Yo sería interminable, hermanos míos, si quisiera continuar discurriendo sobre este interesantísimo asunto. Pero el mal que deploro es harto conocido por una diaria y dolorosa experiencia; y ya he dicho lo bastante para despertar a los padres de su letargo, para reprender su indiferencia, para condenar su impiedad. Así concluyo recordando a aquellos en quienes hayan hecho alguna impresión mis palabras, y que quieran ya de veras volver sobre sus pasos, el grande ejemplo que deben seguir, el de la ilustre Santa Mónica, de que anteriormente les he hablado; y repitiendo a todos con el Apóstol: "Y vosotros, padres, educad vuestros hijos, instruyéndolos y corrigiéndolos en el Señor".—**Amen.**

SERMON

PARA LA QUINTA DOMINICA DE CUARESMA SOBRE EL MATRIMONIO.
DE LOS DEBERES DE LOS HIJOS PARA CON LOS PADRES

Fili, a juventute tua excipe doctrinam, et usque ad canos invenies sapientiam.

Hijo mío, abraza desde tu juventud la buena doctrina, y adquirirás una sabiduría que durará el fin de tu vida.

(ECCLI. VI, 18).

No sé ciertamente, hermanos míos, cómo he de hablar en esta tarde a la juventud a quien dirijo mis exhortaciones, cuando no puedo dejar de reflexionar que pasaron ya por desgracia los tiempos venturosos, en que la edad respetaba a la edad, el estado al estado, y el carácter natural humano al carácter sobrenatural del sacerdocio del cristianismo. Ofrécese en este día a mi imaginación una innumerable multitud de hijos de cristianos, que deben ser el consuelo de la Iglesia, la esperanza de la patria, el apoyo de sus familias. Mas al lado de esta perspectiva de objetos tan interesantes y queridos, se presenta también a mi espíritu la triste y aterradora idea del genio del mál, que en este siglo sensual y soberbio hace que toda carne se corrompa desde el principio en sus caminos, y que

todos los pensamientos se inclinen a la maldad desde la adolescencia. Lleno de pavor me pregunto a mí mismo, y lo pregunto también a las personas que me rodean: ¿Qué podremos aguardar de esta nuestra juventud, para la Iglesia y para la Patria? Observo que todos nos hallamos confusos y embargados para dar una respuesta decisiva, al paso que lamentamos a una voz la fatal influencia que el germen de la depravadora filosofía está ejerciendo en esa tierra virgen, tan apta para llevar frutos de sanidad y de vida como para producirlos mortíferos y destructores. La misericordia de Dios no nos deja presentir clara y distintamente todo lo malo y adverso que nos amenaza; pero todos los días decimos de las generaciones que crecen, aunque en un sentido diverso que el del profeta al recibir a Jesús en el templo: "He aquí la ruina, o la resurrección de la sociedad".

Ya comprendéis bien, jóvenes míos muy amados, que yo considero vuestra edad como la época crítica de la vida que debe decidir de vuestra dicha, en el tiempo y en la eternidad: que contemplándoos como que deberéis un día reemplazar a vuestros padres, a vuestros maestros, a vuestros magistrados, a vuestros pastores; en una palabra, como que habréis de ser vosotros mismos los miembros importantes de la sociedad en todos los diversos estados; aspiro a que aprendáis ahora lo que entonces tendréis que practicar y enseñar; a que abracéis desde la juventud la buena doctrina, y adquiráis la sabiduría que ha de durar hasta el fin de la vida. **Fili, a juventute tua excipe doctrinam, et usque ad canos invenies sapientiam.** (ECCLI. VI, 18).

¿Por ventura tendré necesidad de comenzar mis razonamientos, por probar y establecer la existencia de un Dios todopoderoso, criador y conservador del universo, remunerador de los buenos, y castigador de los malos? ¿Deberé primero hacer conocer al Autor de la sabiduría, para que ella sea deseada y escuchada? No, hijos míos: la idea que tengo de vosotros y de vuestra índole es más alta y ventajosa que la que concibo de esos falsos sabios, cuyos perniciosos libros os despojan de la inocencia, y adormecen el temor de Dios en vuestras almas. Sería preciso olvidar que nadie pasa de repente de uno a otro extremo; y que por consiguiente nadie sacude en la edad temprana, sin una inmensa repugnancia y cierta trepidación, los dogmas consoladores de la existencia de Dios, de su providencia, de su bondad, de su justicia y de la vida futura. Desde luego, las doctrinas del sensualismo, que contaminan hoy casi todas las ciencias profanas, excitan, fomentan y estimulan las pasiones de esa peligrosísima edad de la juventud, y sugieren al inexperto joven un deseo vago de que no hubiera Dios ni vida futura, para gozar a sus anchas, sin recelos ni temores, de todos los placeres de la carne, de todos los contentamientos de la vanidad y de la soberbia. Pero ese mismo deseo no toma asiento fijo en la voluntad vacilante, hasta que la corrupción no haya echado hondas raíces en el corazón; porque el sentimiento naturalmente peligroso que Dios ha dado a toda alma, mantiene hasta entonces en ella todavía viva la llama de la fe, aunque combatida por el soplo de la impiedad que se empeña en apagarla.

Tal me figuro el estado lleno de peligros en que se encuentra la cristiana juventud, al tomar en sus manos los libros impíos que hoy día circulan por todas partes, y que aun le sirven de texto para su instrucción. Considero, pues, en semejante situación a nuestros carísimos jóvenes, como a unos viajeros hermosos y lozanos, que precisados a atravesar un país apestado, en el cual se les ofrece a la vista el triste espectáculo de montones de cadáveres que yacen insepultos, van respirando a cada paso un aire inficionado y letal: ya comienzan a experimentar un malestar indefinible, ya sienten algún síntoma alarmante, ya se sobrecogen y se angustian; pero echando luego mano a los antídotos y preservativos aconsejados por el arte, los más bien complexionados de entre ellos se recobran en seguida, y continuando animosamente su camino, se salvan al fin del peligro sin daño ni lesión; mientras que otros de inferior temperamento, menos avisados y menos prevenidos, o salen mal parados, o quedan también tendidos entre las infelices víctimas de la reinante epidemia.

Yo no sé si acaso me he excedido, presentando así con más favorables coloridos de los que en realidad tiene el cuadro moral y religioso de nuestra juventud, en este funesto siglo, que tanto se gloría de su malicia, y que no es poderoso sino en la iniquidad. A lo menos, si hemos de juzgar por los resultados que día y noche lamentan los padres de familia, sería preciso creer que es muy corto el número de jóvenes que conservan sana e íntegra su fe en medio del contagio universal. Pero yo supongo que no sea así; aún me lisonjeo con

la esperanza de que la religión y la piedad han de recuperar su dulce y legítimo imperio sobre aquellos que las hayan puesto en olvido; y confiando en que no habrá desaparecido del todo en sus almas el respeto al sacerdocio, levanto hoy mi voz, movida por la caridad, animada del celo pastoral, y, quiéralo Dios, sostenida también con su poder y su bondad.

Jóvenes cristianos, porción preciadísima de mi grey, que apenas salidos de la infancia os habéis encontrado en medio de un teatro de impiedad y de desórdenes; que habéis tenido la desgracia de venir al mundo, cuando el audaz filosofismo se interpone cual densa nube, para interceptar las relaciones de la tierra con el cielo, y oscurecer las luces de la fe; cuando, impotente para destruír el culto verdadero, quiere ya igualarlo con todos los cultos del error, pone una especie de entredicho a la enseñanza ortodoxa, y cierra las puertas del templo de la verdad, dejando abiertas las anchas sendas de la mentira y del vicio. Yo os llamo en este día en el nombre de Jesucristo: venid a escuchar las saludables doctrinas del Evangelio, únicas que pueden germinar en vuestras almas las preciosas semillas de la piedad que sembraron en ellas vuestros padres: venid, y os enseñaré la sabiduría; esa sabiduría celestial que os acompañará hasta el sepulcro, y que os llevará como en los brazos hasta el cielo: venid, y aprended a llenar vuestros deberes para con Dios y para con vuestros padres.

Imploremos los auxilios de la gracia, etc. **Ave, Maria.**

I.

Al enunciar que voy a tratar de los deberes de los jóvenes para con Dios, tal vez esperáis una exposición de las obligaciones que todo cristiano debe desempeñar sobre la tierra. Yo supongo estas obligaciones, y su necesidad, para todos sin excepción. Pero como al mismo tiempo observo que vuestra edad, la edad de los peligros, es mirada como una época de exención y de holganza, es mi intento inculcar a la juventud el especial deber que tiene de ejercitarse en la piedad, aun durante ese mismo período de la vida, que ella estima como el patrimonio de los placeres.

No os imaginéis, empero, que exigiéndoos la práctica de la piedad, piense yo en disponeros para los claustros, y que trabajando en este día para haceros sinceramente piadosos, pretenda hacer de cada uno de vosotros un solitario. Este estado, el más perfecto en sí mismo, cesa de serlo, y aun se vuelve pernicioso, para los que entran en él sin una vocación del cielo. El único deseo que me anima es el de haceros buenos cristianos, para que seáis también buenos ciudadanos. La piedad, que sirve para todo, es el principio más fecundo, el móvil más activo, el garante más seguro, y el más sólido apoyo de todas las virtudes sociales. La piedad santifica todos los actos de la vida civil, y hasta los mismos placeres cuando son honestos y moderados.

No, hijos míos: no concede Dios al hombre los floridos años de la juventud, para que los dé a las pasiones, corriendo en pos de una felicidad imagi-

naria, hasta llegar con las fuerzas abatidas a las puertas de la vejez. Verdad es que Dios no rechaza a quien se dirige a él y en cualquiera hora de la vida, y que mientras conserve el hombre su existencia puede y debe buscar a Dios, como a su único bienhechor, y única felicidad suprema. Pero ¿sabe si le hallará propicio? ¿Si admitido a la gracia, y cargado no obstante de hábitos pecaminosos, podrá vencerlos y reformarse? ¿Si alcanzará siquiera a llegar a la edad madura? Una sola cosa hay cierta, y es: que con la edad crecen los hábitos, buenos o malos, y que las costumbres de la juventud deciden casi siempre del resto de la vida.

Sin embargo por una inversión de principios tan irracional como culpable, el mundo juzga por lo común de una manera contraria: el mundo, es decir, los prudentes del siglo, cuya sabiduría es delante de Dios necedad y locura: **Sapientia hujus mundi stultitia Deum**, (1ª Cor. III, 19). Esmérese cuanto quiera el mundo en atesorar riquezas materiales en la juventud para la edad mayor: no me propongo ahora hacerle cargo de ello: mi objeto es el de las riquezas espirituales de la religión y de la moral, que tanto desdeñan y menosprecian los jóvenes mundanos, cuando entregándose a los goces y dulzuras terrenales, juzgan como carga propia de la vejez abrazar una vida más recogida y moderada, y le reservan también, sin cuidarse de ello, la responsabilidad de un número infinito de pecados. ¿Qué os dice la conciencia? ¿Qué cosa nos enseña la experiencia? y de otro lado, ¿qué amonestaciones nos hacen sobre esto los libros santos?

Oídlo:

"Acuédate de tu Criador en los días de la juventud, dice el Eclesiastés, antes que con la vejez venga el tiempo de la aflicción, y se lleguen aquellos años en que digáis: ¡Oh, qué años tan displicentes! Obrad hoy lo que pueden hacer vuestras manos, porque vendrá un tiempo en que no tengáis ni razón, ni sabiduría, ni ciencia: nada de esto habrá en los infiernos, a donde corréis otro tanto, cuanto de Dios os separáis". No son estas máximas, que textualmente tomo de la Escritura, reflexiones puramente humanas: son sí la verdad eterna de aquel Dios ante quien nadie es sabio ni prudente, sino cuando se somete humilde y obediente a su ley. Esta ley es la que impone a los jóvenes el deber de abrazar la piedad y de seguirla; no, como una obligación transitoria; no, como una regla de circunstancias; sino como un deber riguroso y permanente que, cumplido, debe allanarles el áspero camino de la vida. Si dudáis de estas verdades; si la intimación os parece dura; entrad por un momento dentro de vosotros mismos, y escuchad esa voz interior, la cual os advierte a todas horas, que hay un Dios eterno e infinitamente justo: que no sóis obra de vuestras manos, sino que vinísteis al mundo por la voluntad del mismo Dios; y que no hay medio entre conformarse a su ley, o ser eternamente desgraciado. Esta será la voz de la conciencia; porque en vano se presentaría el ateísmo como un refugio al incrédulo, pues no siendo doctrina positiva, sino un sistema meramente negativo, tan absurdo en sí mismo como rodeado de horrores y desconsuelos, ni puede calmar las agita-

ciones del espíritu, ni dar nunca esperanzas de sosiego al corazón. Ahora bien, ¿cuál ha sido la paz de vuestra alma, ni dónde ha gozado ella de un solo día de perfecta tranquilidad, desde que en lugar de cultivar la piedad, sólo habéis seguido tras las concupiscencias del siglo, dado contento al apetito de los placeres, y obedecido ciegamente a los incentivos de la ambición y de la gloria mundanal? Porque en los honores de la tierra, todo es envidia y zozobra; en las riquezas, todo cuidados; en la sensualidad, todo deseos y nunca contentamiento perfecto. Pasando el hombre de deseos en deseos, de proyectos en proyectos, no hace más que conocer por una triste experiencia, que debajo del sol todo es vanidad y aflicción de espíritu: **Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.** (Ecclc. I, 2).

Pero el mundo y el demonio, que no cesan de aguijonear la carne para que siempre esté rebelada contra el espíritu, dicen al oído de la debilidad humana: "Hasta ahora, es verdad, no has acertado a lograr una dicha cumplida; mas al entrar en el camino de la piedad, vas a verte en una guerra crudísima. Combates terribles tendrás que sostener: contra la naturaleza, para domeñar sus inclinaciones; contra la imaginación, para borrar en ella tántas fantasías con que se ha familiarizado; contra la voluntad, para arrancarle mil y mil objetos con que se abrazó desde muy temprano; contra el corazón mismo, para destruír en él los afectos que lo penetran. No, esto es imposible, irrealizable". A estas voces de artera seducción; al oír las palabras de **imposible, irrealizable,** desfallece sin duda quien no conoce ni los medios ni las armas con que se pelean los combates del Señor; y

si no llega a precipitarse en la incredulidad después de haber buscado su sosiego en la sofocación de los remordimientos de la conciencia, es seguro que va a parar en una lúgubre indiferencia, bajo la cual, sin averiguar de dónde vino ni a dónde va, camina cual débil paja llevada acá y acullá por todo viento.

No de otra suerte es que el enemigo de la salvación separa de continuo a los jóvenes del servicio de Dios. Por el contrario, aquel que ha sabido resistir a sus malignas sugestiones, y que dócil a la voz de la religión, emprende recorrer hasta el fin el escarpado camino del cielo, ni se arredra a vista de las dificultades que él le presenta, ni menos se deja distraer y seducir por los falsos bienes de la tierra. Huéllalos antes bien, como quien no hace estima alguna de ellos, y apoyado en las promesas infalibles de Dios, atraviesa con paso firme por en medio de los peligros el largo trecho de la edad juvenil; y desde que una vez hubo superado la primera dificultad, ya conoce cuán fingido y sin realidad es aquel **imposible** que el mundo alega y opone cuando se trata de encaminarse hacia el cielo. Resuena luégo en sus oídos aquella palabra del Espíritu Santo, con que el ministro del santuario le llama feliz y bienaventurado porque desde su juventud tomó sobre sí el yugo del Señor; y llevando este yugo sostenido por el temor de Dios y suavizado por su amor, cobra día por día mayores fuerzas que animan y hacen más fervorosa su piedad. Crece todavía, más y más con los años, el vigor de su espíritu: los hábitos contraídos en el ejercicio de la virtud se la hacen tanto más fácil que parece serle connatural: las

pasiones, sujetas a la fe y a la razón, son fieras encadenadas que ya no le alarman: el demonio, tan frecuentemente vencido, redobla en vano sus esfuerzos, porque las primeras victorias conseguidas contra él han sido premiadas con nuevos y eficaces auxilios de la gracia. Aún tendrá que lidiar, y lidiar por el resto de la vida, en mil arriesgados combates. Pero ¿cuál no deberá ser la confianza con que pelee quien a Dios tiene por amigo? quien desde la juventud entró en las sendas del Señor, y nunca de ellas se ha separado? Como a Jerusalén pecadora pero justificada en la penitencia, dirále el Señor reconociendo su fidelidad: "Acordaréme del pacto que hice contigo en los días de tu juventud, y haré revivir contigo la alianza sempiterna". (Ezech. XVI, 60). Sí: esta alianza sempiterna será la felicidad que ha de durar por los siglos de los siglos, y que está prometida a todos los que pelearen legítimamente, para ser coronados después de haber alcanzado la gloriosa victoria en que es vencido el mundo por la fe: **Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra.** (I, Joann. V, 4).

Pero cuando os he propuesto el importante deber de seguir la piedad desde la juventud, creo, hermanos míos, haberos indicado el primer paso en el camino del cielo, y el principio de donde se derivan las obligaciones de segundo orden que ligan la primera edad de la vida. Dios, que es el Padre de los hombres, ha comunicado en cierto modo su paternidad, su autoridad y sus derechos, a los padres naturales; haciendo como una segunda religión de los deberes que nos vinculan para con el Creador. ¡Oh admirable economía de la providen-

cia del Señor! Ella nos ha dado en la piedad, es decir, en el espíritu de religión, no sólo el medio de ganar la gloria del siglo venidero, sino también el de hacer dichosa la vida presente, siendo fieles a nuestro Padre celestial, y a nuestros padres naturales.

II.

Entre tántos absurdos como ha abortado la arrogante filosofía de nuestros tiempos, destructora de todo sentimiento noble, de todo principio de virtud, ninguno más monstruoso que la criminal pretensión de degradar al hombre hasta igualarlo con los brutos, rompiendo el lazo sagrado y querido que une a los hijos con los padres, desvirtuando y aniquilando en sus pechos el recíproco amor que debe hacer la alianza y la felicidad permanente entre ellos, y descargando a los hijos de todo respeto, de toda sumisión, de todo reconocimiento, luégo que cesan de serles necesarios los cuidados paternales. Para dicha de la humanidad, un clamor universal condenó y rechazó tan execrable tentativa, hija del olvido de la religión, de la ceguedad espiritual de esos filósofos, que no viendo más que materia en la creación, se abaten envilecidos hacia la tierra, hasta hacerse como el bruto insipiente. El Divino Hacedor del universo no dejó a los caprichos humanos ese lazo indispensable que une a los hijos con los padres, sino que lo estableció en un sentimiento anterior a la razón misma; el cual no se adquiere, ni se aprende, sino que nace con el hombre, y comienza a desarrollarse mucho antes de que éste sea capaz de mostrar los primeros des-

tellos de su inteligencia. Vosotros, padres amorosos, y vosotras también, tiernas madres, podéis apreciar debidamente la exactitud de mi aserción, pues que antes de que vuestros hijos supiesen, no digo articular la primera palabra, pero ni aun dar las primeras señales de razonamiento, ya os hablaban en sus inocentes caricias el lenguaje del amor filial, saltando a abrazarse de vuestros cuellos con una dulce sonrisa, más elocuente que las palabras animadas por el armonioso acento del arte oratorio. Pero ¡oh triste condición de la humana naturaleza! A proporción de los inefables consuelos con que inundan vuestros corazones, la inocencia y el amor filial de vuestros hijos en la infancia, es también agudo y profundo el dolor que ellos mismos, mucho peores que las fieras, suelen causaros en la edad posterior, por su desamor, por su irreverencia, por su desobediencia y por su ingratitud. Pueda mi débil voz en esta tarde inspirar de nuevo a esos hijos desnaturalizados, siquiera un principio de aquellos sentimientos de amor, de reverencia, de obediencia y de gratitud que parecen haber perdido para siempre.

No hay nación alguna sobre la tierra, donde no sea mirado como un monstruo el hijo que falte al sagrado deber de amar a sus padres; porque la misma naturaleza es la que infunde este amor en el corazón de los hijos, como en reconocimiento de la vida natural que han recibido de su padres de la ternura y cuidado que éstos les dispensan en la infancia; de las inquietudes, temores y fatigas que toman para librarlos de riesgos y peligros; de los sacrificios de todo género que hacen por su educación; y de mil y mil afanes y atenciones con

que viven realmente más bien para sus hijos que para sí mismos.

Al salir de este mundo el anciano Tobías; cuando ya nada le interesaba sobre la tierra, porque su corazón estaba en el cielo; ninguna cosa encarecía tánto a su hijo, como el amor que debía profesar a su madre, teniendo siempre presente lo que había padecido por él, y los peligros a que se había expuesto cuando lo llevaba en su vientre. El joven Tobías prometió a su padre llenar cumplidamente sus preceptos; y ciertamente, quien desde su infancia había sido un modelo de todas las virtudes, no podía dejar de darlas mayor brillo, usando con su padre moribundo, y después con su madre viuda, de las más filiales atenciones, de las más afectuosas complacencias. En sus acciones, como en sus palabras, acreditaba el joven Tobías el sincero y fervoroso amor en que ardía su corazón para con ellos: ese amor que no se reduce al simple y estéril afecto interior, sino que se externa fecundo en buenas obras. "Honra a tu padre, dice el Espíritu Santo, con obras y con palabras, y con toda suerte de paciencia, para que venga sobre tí su bendición".

Habiendo, pues, de ser tan calificado el amor que los hijos deben a sus padres, ¡cuál será, hermanos míos, la enormidad del pecado de aquellos que, en vez de amarlos, los aborrecen! ya sea que les den señales exteriores de aversión; ya sea que no salga el odio de su pecho; ellos se labran por sí mismos su eterna condenación. ¿Y qué diremos de esos otros, más crueles que las bestias carniceras, que llegan hasta desear la muerte de sus pa-

dres, para obtener cuanto antes una herencia, que por la vileza del infame deseo con que se la apetece, y por el fin torcido a que se la destina, ha de convertírseles en tesoro de iniquidad? ¿Qué, del insolente y atrevido, que levanta las crestas y la voz para contristar a su anciano padre, el cual no puede ya ver en su hijo sino un contrario de profesión y de hábito, en lugar de un tierno y fiel amigo? ¡Qué hemos de decir, sino que todos ellos son malditos del Espíritu Santo, y que tienen de verse sobre la tierra cual viajeros descaminados, que en región desconocida y noche obscura han perdido el conductor y la antorcha que los guiaba! **Qui maledicit patri suo, et matri, extinguetur lucerna ejus in mediis tenebris.** (Prov. XX, 20).

Hasta aquí sólo he considerado el amor que los hijos deben a sus padres, y las faltas a este deber. Pero es inseparable del amor la reverencia: la cual no consiste en meros actos de urbanidad y decencia social, sino en un respeto profundo que llene el corazón, y que por lo mismo se manifieste en todo; en un respeto que sea tímido y tierno; que se recele de contristar, y se esfuerce en complacer; que brille en las palabras, y se produzca en las acciones; y en fin, que se goce de hallar ocasiones en qué ejercitarse. Tal es el honor y la reverencia que los hijos deben tributar indispensablemente a sus padres. De aquí resulta una obligación de ser celosos de su honra, de callar sus defectos, y de cubrirlos cuanto se pueda, como Sem y Jafet; de rechazar lejos de ellos la calumnia, y de imponer silencio a la maledicencia. Hay otros deberes que admiten excepciones, algunos que a veces se hacen imposibles, y también hay caso en que no obliga

cumplirlos. Pero ninguna razón, ningún pretexto, ninguna dificultad, ninguna impotencia puede excusar la violación del respeto y reverencia filial. Las sinrazones de los padres, su importunidad, su mal humor, sus injusticias mismas, y malos tratamientos, no justificarían las irreverencias de los hijos. Semejantes hechos sólo les autorizarían para hacer representaciones respetuosas. Aún en el caso extremo de que un padre mandara cosas a que no debiera obedecerse, por ser contra la ley de Dios, no sería lícito a su hijo salirse de los límites del respeto. Tan sagrada así es, hermanos míos, la obligación de venerar a los padres; que aun para desobedecerlos, es preciso que esa justa y legítima desobediencia sea respetuosa. Hay, pues, circunstancias, en que la desobedecincia es permitida; pero es solamente (oídlo bien, hijos de familia), cuando la obediencia sería criminal. No es legítima, ni aun disculpable, la desobediencia al poder paternal, sino cuando os la manda una potestad superior, de la cual dependen tanto el padre como el hijo. Fuera de este caso, es preciso obedecer sin réplica.

¡Qué dulce es para los cristianos, verse guiados en esta materia por el ejemplo de su mismo Dios! El Verbo Eterno, el Dominador supremo, a cuya voz obedecen las mismas potestades de los cielos; el que con un solo acto de su voluntad gobierna el universo; el Hijo del Padre celestial, hecho hombre, y bajo un humilde techo en Nazareth, se somete en todo a los padres que se había dado. Cuanto nos refiere el Evangelio de la juventud de Jesucristo Nuestro Señor, se reduce a estas tres palabras, tan cortas como sublimes y signifi-

cativas: **Erat subditus illis.** Sí: Jesús, inocente, santo, impecable, todopoderoso, se desnuda de su omnipotencia y de su gloria, para no tener en esa edad otra voluntad que la de María y de José: a ellos se somete, los respeta, venera y obedece, como el hijo más humilde. **Et erat subditus illis.**

Hijos de los hombres! ¡Jóvenes de ambos sexos! Ved en Jesucristo vuestro modelo y vuestra regla. El que vino a dar cumplimiento a la Ley y a los Profetas, no podía dejar de confirmar con su ejemplo y su doctrina la autoridad más antigua de la tierra, la más justa, la más respetable, la más santa: la autoridad paternal. Aun no existían las sociedades civiles, y ya el poder paterno regía como soberano una crecida descendencia. El imperio patriarcal precedió a todas las soberanías que se han sucedido desde Nemrod hasta nosotros; y cuando la Providencia, multiplicando el género humano, hizo necesarias las grandes sociedades, y sometió los padres y los hijos a un supremo poder público, ni despojó a los primeros de sus derechos primitivos, ni eximió a los segundos de sus deberes naturales. Al contrario, añadiendo nuevos lazos a la sociedad civil, ha afirmado más los de la subordinación filial.

En efecto, hermanos míos, no hay legislación alguna que no haya corroborado con su sanción el poder paternal. Aun los mismos salvajes que habitan en nuestros bosques, pero formando una sociedad civil aunque imperfecta, reconocen y sostienen tan sagrado derecho. De donde debemos concluír, que la ley divina que lo estableció desde el principio ha ido pasando de generación en generación, y que su origen celestial lo hace tan santo

como venerable. Dios ha establecido, la autoridad paterna como esencialmente necesaria: a los Estados, para formar súbditos fieles y generosos; a las familias, para conservar las buenas costumbres; a los mismos hijos, para instruírlos en las ciencias que los ilustren, y en los deberes cuya práctica los haga virtuosos por todo el curso de la vida. ¿Qué sería de la sociedad humana, si relajándose los resortes de la autoridad paterna, viniese a desaparecer el poder más benéfico y más fecundo en buenos resultados? Desaparecería con él todo orden en la vida social, y vendría a parar el hombre en un estado semejante al de los brutos, y aun llegaría a destruírse su misma especie.

Desde luego, esto no es más que una suposición; pero una suposición racionalísima, que muestra el término infalible que tendría la sociedad humana sin el poder paternal. Mas no es una suposición, ni son meras conjeturas, los horribles desórdenes que experimentamos todos los días, por la insubordinación de los hijos, por su rebeldía contra la autoridad de los padres. Apenas comienzan a originarse ciertos hechos, o diré mejor, ciertas consideraciones correspondientes a los que han llegado a la edad juvenil, cuando ya ellos creen debérselo todo a sí mismos; cuando ya reputan que les es importuna e innecesaria la autoridad de sus padres; que las amonestaciones y consejos de éstos no son más que manías o impertinencias de la edad; y aun se propasan a opinar que los que les han dado el sér son para ellos una molesta compañía, y para el progreso de la civilización un obstáculo fatal, a causa de lo que llaman las preocupaciones de una educación religiosa. Así es que se

persuaden haber ya hecho demasiado, en no rechazar abiertamente las máximas de la religión y los preceptos de conducta que su padres les inculcan, y en usar para con ellos de ciertas condescendencias por el bien parecer; pero en todo lo demás, precisamente en lo que es sustancial y obligatorio, oponen de hecho una indocilidad constante y tenaz para no obedecerles. En suma: creyéndose sabios, porque han llenado sus cabezas con los fatales sistemas de los libros irreligiosos por donde estudian, sus pensamientos, sus discursos y sus obras, son los de quien en el paroxismo del orgullo han renunciado absolutamente a la dependencia de toda autoridad, comenzando por la autoridad paterna.

Si no es ésta la conducta de todos los jóvenes para con sus padres, son sin embargo tántos los que así se manejan, que el mal puede y debe reputarse como muy general, y no tiene ni puede tener otro remedio que el de restablecer y reformar la educación religiosa. Sin el freno de la religión, sin que sus preceptos penetren íntimamente el corazón de la juventud, jamás tendrá nuestra sociedad, ni en sus leyes, ni en sus costumbres, fundamento sólido sobre qué asegurar el orden y la tranquilidad pública; y por consiguiente, la misma libertad civil de que nos mostramos tan excesivamente ufanos, y tan imprudentemente celosos, irá desapareciendo a proporción que desaparezca el imperio de la fe en la conciencia de las generaciones que se levantan; porque nunca se ha visto perderse solo el respeto de la fe, sino que con él se pierden también toda honestidad, toda integridad, toda virtud. Y, perdidas éstas, ¿cómo podrá que-

dar salva y firme la piedad filial, ese deber sagrado, que de consuno sancionan la naturaleza, la razón y la fe?

Yo veo que Jesucristo condena, como una prevaricación, el abuso introducido entre los hebreos de no socorrer a los padres en sus necesidades, haciendo por ellos ofrendas en el templo. "Violáis de este modo, les decía, la ley de Dios, por seguir vuestras tradiciones". Pues hoy también podríamos reprender a multitud de hijos ingratos, que no por seguir una tradición supersticiosa como los judíos, sino por procurarse placeres sensuales y prohibidos, miran con ojo indiferente las necesidades, las angustias y los dolores de sus padres. Sobrándoles recursos para todo lo supérfluo; saben proporcionárselos para granjearse y conservar amistades peligrosas; gastan con profusión y aun sin mesura en ello; y mucho será, si de cuando en cuando extienden una mano forzada para dar un escaso socorro al autor de sus días, a la madre que tántas fatigas y vigilias padeció por fomentar vidas que habían de serle tan poco favorables.

Apartemos la vista de un objeto tan ingrato como execrable; pero no olvidemos que después de los pecados directos contra Dios, ninguno es más grave que el que se comete contra los padres. El Espíritu Santo califica en los **Proverbios** de homicida al que priva a sus padres de los bienes: el que los irrita, los aflige, y los abandona, es entregado a la ignominia entre los hombres, y a la maldición de Dios. Llenos están, por otra parte, los libros santos de penas y maldiciones contra los malos hijos: contra los hijos de corazón duro y rebel-

de; contra los hijos insolentes y atrevidos; contra los hijos díscolos, inobedientes, y amadores de la vanidad de sí mismos. Pero al mismo tiempo que el Señor condena a penas y suplicios terribles a los hijos refractarios, ofrece a los humildes y obedientes, sinceros y fieles, agradecidos y respetuosos, las bendiciones de la vida y las recompensas del cielo; una vida larga, hijos que se les parezcan en la bondad, y un premio eterno, infinito, en la gloria celestial.

¡Felices vosotros, oh padres de familia, si de hoy en adelante sólo experimentáseis en vuestros hijos las bendiciones del cielo! Pero para que así sea, es preciso que seáis primero fieles al Señor en el matrimonio, desempeñando bien todas las obligaciones que El os impone. Yo he procurado en esta santa cuaresma recordaros los grandes y extensos deberes de un estado tan necesario y tan santo, ya que no he podido instruíros a fondo como debiera haberlo hecho. Pero si vuestros deseos no se han llenado, si el santo ministerio que ejerzo no ha aparecido con toda aquella eficacia que esperábais; no es porque la verdad no sea siempre de suyo luminosa, ni porque el Evangelio no sea santo y sublime en todo: es sí, porque en las manos de un ministro indigno se empaña la pureza y el lustre de la ley inmaculada del Señor. Sí, hermanos míos, y lo digo con sinceridad: un grandísimo temor me sobrecoge, al considerar que no basta anunciar la palabra divina, y reprender al pecador, si por culpa y negligencia nuestra no fructifica la semilla celestial. Pero el Señor, magnífico en sus misericordias, hará por sus propias ovejas lo que el pastor a quien las ha confiado no alcan-

za; y como Pastor invisible de los mismos pastores, se acordará que murió por todos en la Cruz, y pedirá a su Padre por nosotros indignos ministros suyos, con aquella caridad con que le pidió hasta por sus mismos perseguidores. El quiere ser vuestro Pastor inmediato, y por eso os dice lleno de dulzura: "Venid a mí, todos los que os halláis trabajados y abrumados con el peso de las miserias humanas: que yo os aliviaré".

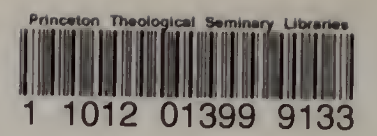
No sería éste, ciertamente, el lenguaje de un orador profano; porque no pudiendo ofrecer otra cosa que bienes transitorios y consuelos vagos, apenas alcanzaría a deciros: que es preciso moderaros para que viváis más; que la sobriedad es para la salud del cuerpo, como la moderación para la del alma; que el hombre más rico, es el que menos desea; y el que mejor conserva su vida, y su lugar en la sociedad, es también el más feliz de los mortales. Bellas máximas, a la verdad, que la razón no reprueba. Pero el ministerio del Evangelio no se contenta con ellas: él se eleva hasta los cielos, porque habla en nombre del Señor de los cielos. Querer que la moderación por sí sola haga nuestra felicidad, es insultar a nuestra pobreza, es aumentar nuestra debilidad, es desesperar nuestra nada. ¿Cómo contentarnos con tan poco, si el vacío de nuestro corazón no pueden llenarlo ni los tronos y diademas del mundo entero? ¿Cómo creernos dichosos con las fugitivas felicidades de la vida, si las potencias del alma son facultades que nos mueven a desear siempre, porque nunca, nunca, se verán satisfechas? Aquí es donde quiero, juventud mía muy amada, aquí es donde reclamo toda vuestra atención, como la de todos mis oyentes. Nuestro

sér, nuestras facultades todas nos dicen que necesitamos una cosa más grande que nosotros mismos, una cosa infinita, para que se satisfagan deseos infinitos.

Pero a Vos sólo, Dios mío, a Vos que sois EL QUE ES, pertenece no desear nada fuera de Vos mismo; porque nada hay grande ni excelente sino EL QUE ES. Mas para el hombre, para este abismo de miseria, desear es el clamor de su misma miseria, al mismo tiempo que la más noble necesidad de su alma. Deseemos, pues, hermanos míos: deseemos; pero que nuestros deseos sean alas que nos lleven hasta el cielo, y no cadenas vergonzosas que nos fijen en la tierra. Deseemos; pero que nuestros deseos sean inmensos. Nuestro crimen no está en desear, sino en desear a medias; en limitarnos a desear bienes menos grandes que los infinitos de la eternidad.

¡Oh hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo seguiréis la vanidad y la mentira? Si el vano ídolo que os cautiva puede llenar el gran vacío de vuestro corazón: si los bienes que os ofrece son bastante sólidos para no ser devorados por el tiempo: si ese ídolo nada tiene qué temer, ni de los reveses, ni de la insubsistencia de la fortuna: seguidle. **Si Baal est Deus, sequimini illum.** Pero si él no puede recompensar vuestros sacrificios; si sus bienes os dejan pobres; si sus premios os hacen infelices; conoced al fin que el mundo entero no os basta, y arrebatad como los valientes el cielo. Buscad vuestra felicidad en Dios, cuyos bienes son inmutables como su trono, ciertos como sus promesas, y eternos como sus años.— **Amen.**

ESTA OBRA SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL
SANTAFÉ EL DÍA 15 DE JULIO DE MIL
NOVECIENTOS CINCUENTA Y CUATRO,
SIENDO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
EL TENIENTE GENERAL
GUSTAVO ROJAS PINILLA
Y MINISTRO DE EDUCACIÓN NACIONAL
EL DOCTOR DANIEL HENAO HENAO


Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01399 9133